

PERFECTA UNIÓN DE **MARÍA CON JESÚS**

Dr. Enrique Alvarado Abaunza



© Amerisque / 1ra. Edición, 2012.

© Dr. Enrique Alvarado Abaunza

Todos los derechos reservados.

Diseño / Imagen de portada:

Andy Rivera. (Panamá) / Fotografía tomada por mi hijo Humberto Alvarado Valerio.

JESUS BAJADO DE LA CRUZ. En la Basílica Catedral: Asunción de la bienaventurada Virgen María. Ciudad de León, Nicaragua

Diseño y diagramación:

Freddy Avilés C.

Producción técnica:

Impresiones y Troqueles, S.A.

INDICE

Agradecimientos.....	5
Preámbulo	7
Motivación.....	11
“Visible semejanza en la expresión”	19
“Alégrate”	22
“Llena de gracia”	26
“El Señor está contigo”	30
“Cómo será esto, si yo soy Virgen”	31
“Yo soy la esclava del Señor”	34
“Hágase en mi según tu Palabra”	38
“Hágase tu voluntad”	42
“El Magnificat”	46
“Mi Alma alaba al Señor y mi Espíritu se alegra en su presencia”	49
“Me llamarán Bienaventurada”	54
“Las bodas de Caná”	60
“Mater Dolorosa”(María, junto a la Cruz)	67
“Resurrección”	78
“Ascensión de Jesús a los cielos”	90
“María en Pentecostés”	93
“Perfecta unión de María con Jesús”	103
“María asunta al cielo”	109
“Fundamento de este Dogma”	116
“Veneración y culto a María”	118
“Antología Mariológica”	124
“Alegres celebraciones Marianas”	158
Bibliografía	159

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a DIOS, por el don de la vida, por darme unos padres que en todo momento me cuidaron e infundieron las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, además valores cristianos y principios éticos. Por la infancia feliz, por mis estudios obtenidos, a pesar de tropiezos encontrados en mis años universitarios, vencidos por voluntad de DIOS, influenciándome en todo momento con perseverancia y decisión por superarme, de esa forma logré graduarme. Por mis hermanos, que aunque no hubo cariño demostrado, pero si solidaridad y fraternidad. Por la bendición de mi vida al regalarme por esposa a Marlene, el único amor de mi vida; por ser beneficiados con frutos a través de mis hijos: Pablo Apóstol, Marlene del Socorro, Karla Vanessa, Humberto Enrique y mis tesoros: Pablo Enrique, Gabriel Ernesto y María José.

Reconozco que JESUCRISTO me sedujo a través de su dulce mirada, enamorándome de su vida generosa, entrega misericordiosa y compasiva; de su palabra de vida y de su misión profética, pasando por el tamiz del sacrificio, al dar su vida por nosotros los pecadores, sufriendo valientemente su pasión, muerte; pero resucitando, para quedarse en el Templo Santo, la Iglesia, perennizando su sangre a través del vino y su cuerpo en el pan: la Eucaristía y eternizándose en la humanidad. El que cuando me llamaba, me escabullía y escondía en distracciones efímeras.

Recibí del ESPÍRITU SANTO su iluminación, sustento y guía; a mis 75 años, con 3 enfermedades a tuteo, como cosa inusual, dediqué durante 75 días, de 8 a 10 horas diarias en la preparación, conformación y recolección de este sencillo trabajo dirigido a poner de relieve, la humildad, paciencia, sencillez de la Esclava del Señor y referir por escrito las palabras concordantes pronunciadas en sus escasas intervenciones, guiadas por el Espíritu Divino, que tuvieron resonancia y eco en su amadísimo Hijo, Dios hecho Hombre: Jesús de Nazaret; o referidas en el Viejo y Nuevo Testamento, Vaticano II, Catecismo de la Iglesia Católica, Libros de sacerdotes y la Antología Mariológica o Mariana, en respuesta a la fidelidad demostrada por los santos padres desde la Plaza de San Pedro.

Me complace la aceptación de nuestros directores espirituales, los Obispos Monseñor José Leopoldo Brenes Solórzano y Monseñor Silvio Báez Ortega, desde el Arzobispado de la Diócesis de Managua, Masaya y Carazo, autorizándome en la elaboración de este sencillo, pero sincero homenaje dedicado a la:

PERFECTA UNIÓN DE MARÍA CON JESÚS.

Enrique Alvarado Abaunza

PREÁMBULO

Preocupación constante ha sido en mi vida de Católico, leal a mi Santa Iglesia, a las Autoridades Eclesiásticas y muy especialmente a la Santísima Virgen María, por dar énfasis a las pocas palabras que ella pronunció en su breve estancia, pero que denota la fuerza de Fe, por inspiración propia del Espíritu Santo, que en la anunciación la rebalsó de tal forma, que aceptó dócil, sincera y obedientemente con el derecho que se le respetaba al preguntar humilde y sencillamente: ¿Cómo será eso?, Sn. Lc. 1,34 y que el Ángel Sn. Gabriel le explicara el suceso más importante de la humanidad y le dijo: “Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según su voluntad”: Sn. Lc. 1,38; llegando a ser la Madre de Jesús, el Redentor, con todos los agravantes que ello implicaba: el estreno de la Fe, no tener lugar donde nacer, asimilar la profecía de Simeón, persecución y huida por el desierto, la pérdida en el Templo; ausencia por tres años de predicación, sorteando toda clase de peligros, la traición de Judas, el injusto juzgamiento, la crucifixión y qué muerte; todo significó sufrimiento en su Madre: dolor, soledad, abandono, desamparo y para colmo, no tuvo donde reposar su Hijo, pero para nuestra alegría, resucitó al tercer día.

Como el actor principal de la Historia de la humanidad es Jesús de Nazaret, brindo este homenaje a ambos, haciendo eco a las escasas palabras de María, en comparaciones, referencias, respuestas. Con objeto de difusión ante el gran conglomerado católico nicaragüense, cuyo fruto económico, sea destinado exclusivamente para ayuda en el mantenimiento y sostenimiento de los semilleros de sacerdotes: los Seminarios Católicos de todas las Diócesis de Nicaragua. Esperando respuestas de hermanos (as) que quieran ayudar en esta noble tarea: “La mies es mucha y los obreros pocos”. “Envía Señor obreros a tu mies”: Sn. Mt, 9. 37, 38.

Si se llena este cometido, me sentiré sumamente complacido, dadas las ingentes necesidades que tienen que irse superando, a fin de que las comunidades más recónditas de Nicaragua, reciban el pan del saber y el pan y el vino, que obedecen fielmente a las palabras de Jesús, en la institución del Sacramento de la Eucaristía: Sn. Lc. 22. 19, 20: “Tomó pan y dadas las gracias, lo partió y se los dio diciendo: este es mi Cuerpo que es entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía; de igual modo, después de cenar, tomó la copa diciendo: esta copa es la alianza con mi sangre, que es derramada por ustedes”. Y eso hermanos (as), solamente el Sacerdote puede impartir, repartir y compartir.

ORACIÓN DEL PAPA JUAN PABLO II AL ESPÍRITU SANTO

Cuando tenía 11 años, me entristecía cuando se me dificultaban los estudios. Entonces mi Padre me entregó esta oración y me dijo que la rezara y el Espíritu Santo me iba a ayudar a comprender; desde entonces hago esta oración todos los días y he sabido lo mucho que ayuda:

“OH ESPÍRITU SANTO, AMOR DEL PADRE Y DEL HIJO:
INSPIRAME SIEMPRE LO QUE DEBO PENSAR,
LO QUE DEBO DECIR, CÓMO DEBO DECIRLO,
LO QUE DEBO CALLAR, CÓMO DEBO ACTUAR,
LO QUE DEBO HACER, PARA GLORIA DE DIOS,
BIEN DE LAS ALMAS Y MI PROPIA SATISFACCIÓN.

ESPÍRITU SANTO DAME AGUDEZA PARA ENTENDER,
CAPACIDAD PARA RETENER, MÉTODO Y FACULTAD
PARA APRENDER, SÚTILEZA PARA INTERPRETAR,
GRACIA Y EFICACIA PARA HABLAR.

DAME ACIERTO AL EMPEZAR, DIRECCIÓN AL PROGRESAR
Y PERFECCIÓN AL ACABAR”.



Managua, 20 de Diciembre del 2011

Estimado Dr. Alvarado:

Por medio de la presente, agradecemos el gesto que ha tenido de presentarnos su obra **“Perfecta Unión de María con Jesús”** que, a nuestro parecer, es una magnífica expresión literaria dedicada a la Madre del Redentor.

Con obras literarias como la suya, se contribuye a propagar la fe desde la reflexión de la Palabra de Dios; por tanto, *no existe impedimento para que sea impresa.*

Aprovechamos la ocasión para manifestarle las muestras de nuestra más alta consideración y estima.

Afectísimo en Cristo,

+Silvio José Báez

Obispo Auxiliar de Managua



Honorable
Dr. Enrique Alvarado Abaunza
Cirujano Pediatra

MOTIVACIÓN

Dr. Enrique Alvarado Abaunza

Mientras esperaba la edición de mi tercer producción, ¿Quieres ser médico, hijo mío? Meditaba bastante sobre la vocación que había surgido en mí, no hablo de “escritor”, pero nadie me niega el derecho de aspirar a continuar mi afición en la difícil tarea de elaborar un libro.

Medité y oré un buen tiempo, antes de comenzar, como católico profesante, de Misa los jueves del Santísimo y en domingo. Estudiando en el Salesiano “Don Bosco” de Masaya, Colegio Católico, el hecho de asistir a misa, que sentíamos como obligatoriedad diaria, me aburría, al no entender la para mí, “pesada misa en latín”, con sacerdotes dando la espalda al público; para un niño de apenas 7 años en 1943 y así pasaba con el resto de niños, nadie escapaba de lo que llamábamos “fregadera”, por no decir “martirio”, lo que en realidad debía ser el Santo Sacrificio de la Misa, base en que descansa el cristianismo católico, del que no entendíamos nada, menos que guardáramos un buen recuerdo, digno de alojar en el corazón. Así fui creciendo, bajo el alero de mi casa, con mi Madre Lila, de misa, si se le permitía diario, por la cercanía de la Iglesia de San Jerónimo; con acciones encaminadas todo el tiempo a la caridad cristiana, a base de obras piadosas, con compasión y misericordia por los pobres. Atendía a un grupo de 12 menesterosos, de ambos sexos, con almuerzo dos veces por semana en la casa, yo era su ayudante gustoso; ya no digamos con mi Padre, que para él la atención médica a todo privado de dinero que acudía en su ayuda era tan solícito y respetuoso, especial con todo lo que fuera de la Iglesia, “el médico atento de todos los sacerdotes de Masaya”; no asistía a Misa, sólo por bautizos o defunciones.

Así fui creciendo, hasta bachillerarme, viajo a México lindo y querido a estudiar Medicina en 1954, a los 17 años. Cumplía con irregularidad a esa devoción y como un evento especial, el día del cumpleaños de mi Padre y de mi Madre, ofrecía la comunión. Y ahí fui valorando la falla que cometemos los católicos, que termina en desaliento, en rutina y en ritualismo del más puro: (fieles cumplidores de los ritos litúrgicos), para que nos vean o por rutina, sin tomarle el sabor, ni interesarnos realmente a nuestra necesidad de Dios; nos enseñaron de pequeños: “Que Dios está en todas partes”, pero con nuestro desleal comportamiento, lo estamos despreciando, excluyendo de nuestras vidas, talvez involuntariamente, pero en vez de ponerlo y tenerlo como lo más importante de la existencia, estamos negando la vida misma, que él mismo nos proveyó. De ninguna manera, confío que en decir

la meriteda verdad sin ánimo de ofender a nadie, que si en especial se sienta alguien aludido, habla en misa, o al que le llegue, le aconsejo que ore sinceramente ante el Santísimo expuesto, se sincere y le hable a Dios, le responderá, así oírás su voz, que amorosamente lo llamará a su verdadero rebaño y todo cambiará, no sólo en él (ella), en su familia, en su entorno y en nuestra querida Nicaragua. De ahí saldrá transformado (a), con mayor deseo de oración diaria o rezo del Santo rosario, obras penitenciales, que llegue a sentir aumento por amor al prójimo, con obras de caridad, inserción en grupos laicales, en búsqueda insaciable de directores espirituales.

Sucede una bendición para todo el mundo: Vaticano II, la verdadera, pero verdadera y necesaria Revolución del siglo XX en nuestra “ya cansada”, pero en nuestra Santa Iglesia Católica, nos ordenó todo el andamiaje. Como fruto del mismo, da importancia a los laicos, nos integra en lectura de la palabra en público, ayudantía en ausencia de diácono y distribución en el ministerio de la Comunión durante la Misa, incluso a domicilio, visitas a los enfermos y cárceles, nos ordena a evangelizar con la Palabra de Dios, previa preparación, capacitación y cursos para conferencistas y tantos adelantos que surgieron, que llegamos a sentirnos integrados como Iglesia. Fue bajo la brillante inspiración del Espíritu Santo, un verdadero Pentecostés para el mundo, con una profusa y prodigiosa liberación, gracias a la inspiración que recayó en SS Juan XXIII, el llamado: “Papa Bueno”. Anuncia al Colegio cardenalicio en la basílica de San Pablo Extramuros, con el propósito de convocar un Concilio: el 25 de enero de 1959. Su clausura fue el 7 de diciembre de 1965. Precisamente en octubre de 1959, mientras hacía mi Servicio Social en Teziutlán, Puebla, México, me invitan a participar, porque estaba iniciando en esa ciudad: “Cursillo de cristiandad”, que por cumplir con mis turnos y no tener suplencias, me excusé. Lógico, inicia la “crianza”, con cursillos, era el primer hijo legítimo de Vaticano II. En 1967, arrancó la Renovación Carismática Católica, que hubo nacido en grupos católicos y algunos protestantes en la Universidad de Duquesne EEUU. A fines de 1973, época posterremoto, comenzaron charlas de Laicos, si mal no recuerdo en casas particulares y que posteriormente se trasladan a la Iglesia de San Francisco de Asís en Bolonia. De ahí, va creciendo a pasos considerados agigantados, con mucha popularidad, que permeaba en todas las clases sociales de Managua.

Mi regreso definitivo a Nicaragua, como Médico y especialista, fue en 1966. En 1977, a regañadientes, fui llevado a la fuerza por mis hermanos Peché y Celia, a lo que se llamaba Iniciación en el Espíritu Santo o Seminarios de la Vida en el Espíritu, liderada por la Renovación Carismática católica con reuniones amenas semanales, que fue agarrando un auge tal, que de I. San Francisco, cubre más del 50% en las parroquias de Managua y luego se traslada a casi todo Nicaragua; con indudables frutos de conversión, de asiduidad a los sacramentos, notable acercamiento con los párrocos, asambleas copiosas interparroquiales y nacionales. Llegando en poco tiempo a su extensión mundial. Poco después de la RCC, se desprende otro movimiento, al parecer netamente nicaragüense: La Ciudad de Dios y la Pastoral

carcelaria, iniciada por la RCC; entra además el Camino neocatecumenal y con el tiempo, vienen el Opus Dei, Reflexión cristiana, los encuentros matrimoniales; por lo que bautizamos esos movimientos laicales como hijos de Vaticano II, que han sido un real avivamiento de la fe, un ordenamiento e incremento al respeto a los actos litúrgicos y conformación de grupos de oración. En lo personal, los he catalogado como una bendición para el pueblo católico de Nicaragua.

Refiriéndose a la Eucaristía, Vaticano II tuvo cinco definiciones bien puntuales, llamándola: “Fuente y lumbre de la vida cristiana”; “Centro y quicio de toda comunidad cristiana”; “Fuente y culmen de la predicación”; “Centro y cima de los sacramentos” y “Prenda de la futura esperanza y alimento para el camino”.

SS Juan Pablo II, recién beatificado, en premio a su humildad, su amor desparramado a todo el mundo y levantar los ánimos y devolvernos una esperanza que a veces era una quimera. Al predicarnos durante la Eucaristía en Managua en 1983, dijo: “no tengan miedo” y propuso la instauración de la paz en nuestros corazones a base de oración y no decaer en luchar con fe, para conseguir la paz permanentemente en nuestra Patria; coincidente con el mensaje de la Virgen Santísima en Cuapa en 1981.

SS Juan Pablo II, nos instruyó posteriormente “Celebremos con amor la Santa Misa: el domingo es el día supremo de la fe, “un día indispensable”, “el día de la esperanza cristiana”. Como cristianos obedientes y haciendo nosotros vida las propias palabras de Jesús, al instituir el Sacramento de la Eucaristía: “Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con los apóstoles y les dijo: Yo tenía gran deseo de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer. Porque les digo que ya no la volveré a comer hasta que sea la nueva y perfecta Pascua en el Reino de Dios.

Jesús tomó una copa, dio gracias y les dijo: Tomen esto y repártanlo entre ustedes, porque les aseguro que ya no volveré a beber del jugo de la vid, hasta que llegue el Reino de Dios. Después tomó pan y dando gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi cuerpo que es entregado por ustedes. “Hagan esto en memoria mía”. Hizo lo mismo con la copa después de cenar, diciendo: Esta copa es la alianza nueva, sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes”: Sn. Lc. 22. 14, 20 y lo repite: “Yo soy el pan de vida”. Sus antepasados comieron el maná en el desierto, pero murieron: aquí tienen el pan que baja del cielo, para que lo coman y ya no mueran. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan, vivirá para siempre. El pan que yo daré, es mi carne y lo daré para la vida del mundo. En verdad les digo que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida eterna. El que come mi carne y bebe mi sangre, yo lo resucitaré el último día. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre que es vida me envió, y yo vivo por el Padre, así, quien me come, vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No como sus antepasados, que comieron y después murieron. El que coma este pan, vivirá para siempre”: Sn. Jn. 6. 48, 58.

El Evangelio de San Marcos, refiere la Santa y última cena del Señor: 14. 12, 25, así como en San Mateo: 26. 26, 29.

Nótese que el Evangelio de San Lucas, el más explícito, es en el cual dice Jesús: “Hagan esto en memoria mía”: 22, 19. Que es la muestra de fidelidad, obediencia y docilidad de la Iglesia Católica en que se celebra la Santa Misa, en el “memorial de la pasión de Jesús” y que es uno de los objetos de este mensaje, a fin de colaborar con nuestros pastores, a mejorar la calidad de vida de nosotros los fieles; que acudamos a Misa concientizados, para saber que es al acto más trascendente e importante de nuestra vida espiritual, que redunda tanto en bien personal, como familiar y nacional; es el acto de: “Acción de gracias y bendición eucarística”, que significa reconocimiento, gratitud; de ahí, acción de gracias al Señor de señores, que reina en el altar, que merece de nosotros los fieles, sincera alabanza, adoración, ofrenda de nuestro amor y entrega de nuestras familias, trabajos, penas, dolores, pecados, enfermedades y problemas, al pie de la Santa Cruz: “Pero llega la hora y ya estamos en ella, en la cual los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Entonces serán verdaderos adoradores del Padre, tal como lo quiere Él. Dios es Espíritu y los que lo adoran, deben adorarlo en Espíritu y en verdad”: Sn. Jn. 4. 23, 25.

En realidad, la palabra Eucaristía, ha prevalecido en el uso cristiano católico, para designar la acción instituida por el propio Jesús, en la víspera de su muerte, ante los apóstoles reunidos en la última cena. Sin olvidar que este término, significa “alabanza” por las maravillas de Dios Padre, tanto y más, que un agradecimiento por el bien que de ellas obtenemos. Por este acto decisivo en que Jesús confió a unos simples alimentos, el valor eterno de su muerte redentora, consumó y fijó por todos los siglos, el homenaje de sí mismo, de todos los hombres a Dios, que es lo propio de la religión que profesamos y que es la esencia de su obra de salvación, ofrecida en la cruz, como sacrificio y en la Eucaristía, es toda la humanidad, con el universo por marco, que retornan al Padre. Esta riqueza, que la sitúan en el “centro y culmen” del culto cristiano, la hallamos en textos extensos. En buen cristiano, en la Eucaristía, en su presencia, contestamos los católicos en la Misa, al canto del sacerdote: “Este es el Sacramento de nuestra fe”: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven Señor Jesús”.

A veces, nos sucede como a los discípulos de Jesús en el camino a Emaús, cerca de Jerusalén, que a su paso los alcanzó Jesús resucitado y no lo reconocieron, hasta que con ellos, celebró la Eucaristía y “al partir el pan”, cayeron en la verdad y corrieron a manifestarlo a los demás discípulos, después de recriminarlos, diciéndoles: “Qué duros de entendimiento son para creer lo que anunciaron los profetas. ¿No era necesario que el Mesías padeciese esto, para entrar en su gloria?: Sn. Lc. 24. 13, 35. ¿No nos identificamos ciertos nicaragüenses con los de Emaús, en cierto momento, olvidamos e ignoramos a Jesús vivo en el sacramento del altar? ¿Lo valoramos,

estimamos, le cumplimos, siendo leales y fieles; obedientes y dóciles? Cual María, su y nuestra Madre. En el parecido de nosotros, con ellos, nos sucede a veces, que por dejados y atendidos, se nos reconoce en la ruta de la falla, por no ser congruentes y consecuentes con la "fe que debiéramos dar gracias a Dios, que decimos creer", o mejor, "que profesamos".

Nunca está demás, resumir y repetir los pasos importantes con los que vamos a participar en la Santa Misa, conocida como: Asamblea Eucarística. Memorial de la vida, pasión, muerte y Resurrección del Señor Jesús. Santo Sacrificio del Señor. Santa y divina Liturgia. Acción de Gracias al Señor. La forma sincera y correcta de aprender los pasos que lleva el sacerdote y que los "presentes seguimos" o "debemos seguir atentamente" para no perder el hilo, de principio a fin y en coro, debemos llegar temprano; unidos en una sola fe y en un mismo accionar. La única manera de entender, conocer y seguir correctamente los pasos de la Misa, solo y exclusivamente lo conseguiremos y responderemos adecuada y fielmente, asistiendo frecuentemente, voluntariamente, por no decir: "exigidamente" y participando activamente (no de espectadores como en la TV, cine o teatro) en la Misa; sino diario, pues que sea jueves y domingo; más mérito si se asiste enfermo.

Necesitamos tomarle gusto a la Eucaristía, saborearla, hacerla propia; "al rato, no les miento ni les exagero, no podremos vivir sin ella, tan necesaria, beneficiosa, bondadosa, instructiva, acogedora y docente"; sin apasionamiento y sin exageración, perdónenme, seré necio hasta el cansancio; los sacerdotes son respetuosos y no insisten, pero los laicos nos entendemos mejor y aceptamos y reconocemos nuestros errores; reconozcamos que estamos tratando con nuestras experiencias de fe, por así decirlo: que son: "más serias, necesarias, útiles para nuestra alma, nuestro espíritu, nuestro cuerpo y nuestro futuro": "léanlo bien": no sólo más, sino que tan necesarias: "como el aire que respiramos"; por él vivimos; por ella, nos alimentamos, viviremos eternamente: "En Él vivimos, nos movemos, existimos": He. 17, 28; seguiremos con citas bíblicas hasta el cansancio, si es posible aguantar la necedad, con el objeto de insinuar y mostrar: que la "palabra" de Dios" convence, es cierto, pero el "testimonio" arrastra: "Y he aquí, Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo": Sn. Mt. 28, 20; "Esto se los digo, para que tengan paz en mí; en el mundo tendrán tribulaciones, pero ánimo: "Yo he vencido al mundo": Sn. Jn. 16, 33; "Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, en la comunión y en la fracción del pan": He. 2, 42; "Pero: ¿cómo invocarán al Señor, sin haber creído en Él? y ¿Cómo podrán creer si no han oído hablar de Él? y ¿Cómo oirán, si no hay quien lo proclame? y ¿Cómo lo proclamarán si no son enviados? Como dice la Escritura: "Qué bueno es ver los pasos de los que traen la Buena Nueva": Rom. 10. 14, 15; "Ahora bien: sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que aman, de los que según sus designios son "llamados": Rom. 8,28; ¿Cómo podríamos ser capaces por nosotros mismos?: "nuestra suficiencia viene de Dios": 2 Cor. 3, 5; "La "palabra" de Jesús habite abundantemente en ustedes, enseñándoles

y aconsejándoles con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, dando gracias a Dios en sus corazones”: Col, 3,16; “No te dejaré ni desampararé”: Hb. 13, 5; “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre”: Hb. 13, 8.

Mientras anduve visitando comunidades carismáticas, siempre con misas exigidas, en las cuales los fieles pedían se incluyeran “oraciones por los enfermos”, muy comunes en nuestras asambleas. Es y ha sido siempre el desconocimiento, por falta de educación, que se ignora que en toda Misa que se celebra en todas las iglesias de todo el mundo, de ahí viene lo “católico”, por “universal”; se incluye, sin faltar ni omitir, la oración de sanación: “Yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya, bastará para sanarnos”: Sn. Mt. 8, 8.

Dando esta amplia introducción sobre el tema necesario para no ser un “visitante cualquiera”, por cumplir en Misa; estamos hablando del momento más solemne al participar activamente en la vida de Jesucristo, pero vivo como Sacramento del Altar, su pasión, muerte y resurrección; desde el punto de vista de los que estamos frente del altar, de un laico comprometido en el agradecimiento a Dios, por las múltiples gracias recibidas en mi vida y me duele que no nos comprometamos y quedemos como “simples asistentes”, sin involucrarnos en esta tarea que es de todos juntos, no sólo de sacerdotes, monjas o religiosas, estamos involucrados todos juntos en el mismo vehículo de la vida redentora de Jesucristo: “Jesús se acercó y les habló así: me ha sido dada toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan por toda Nicaragua y hagan que todas las gentes sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”: Sn. Mt. 28. 18, 20.

Estoy seguro que cumpliéndole al Señor de Señores, al Amor de los Amores y al Rey de Reyes, será más fácil comprender el contenido que encierra la presente y sencilla recopilación de datos, por la semejanza de las pocas palabras empleadas primeramente por María, Madre de Jesús, la similitud empleada por Jesús a través de sus tres años de predicación y las venidas del enviado del cielo por Dios Padre, la prima Isabel, Simeón y las palabras al respecto que relata la Biblia, tanto del Viejo, como del Nuevo Testamento, De los Santos Padres, a través de Vaticano II y por supuesto de nuestro poco leído y menos comentado: el Catecismo de la Iglesia Católica, edición 1992. De todos ellos, busqué y escogí, “palabras” concordantes, con las pocas “palabras” emitidas por María; objetivo sumamente importantes, por falta de antecedentes en la amplia gama de la literatura latinoamericana o del habla hispánica. No encontré nada que reflejara mi intento. Aquí, están a la orden, en honor a Jesús, Dios Padre, El Espíritu Santo; alcanza San José y su dulcísima esposa, la Madre del Redentor de la humanidad.

Espero hermano/hermana que me honren leyéndolo, me presten o regalen tu comprensión, tu compasión y tu misericordia al juzgar mi atrevimiento, pero que

nunca alguien ha mencionado como algo importante en las múltiples enseñanzas sobre María; preñada, (término científico que empleamos los médicos) del Espíritu Santo. Bien lo expresa el Sacerdote Teodoro de Ancira: "Así como quien se pone bajo una cascada, se moja de cabeza a pies, así también la Virgen Madre de Dios Hombre, fue enteramente ungida por la santidad del Espíritu Santo, que descendió sobre ella y desde entonces, acogió al Verbo de Dios, que comenzó a vivir en la perfumada recámara de su seno virginal". En realidad, el prodigio que encierra el baño del Espíritu Santo en María, es que quedó tan llena, repleta, rebosante, más aún, al confluir en ella, las tres divinas personas de la Santísima Trinidad; al igual que a ella, nos ocurre a los cristianos cuando nos santiguamos por las mañanas: "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", para llenarnos como lo fue María.

Por ello, el Espíritu Santo, la iluminó y orientó en sus escasas respuestas, atinadas y siempre llenas de su humildad y su sinceridad; además estuvo pendiente en todo momento de su lucidez al intervenir tanto en: La Anunciación, en la Visitación, en la Salutación, en el Magnificat, la "palabra" empleada en la Búsqueda, las "palabras de Intercesión" en Caná y "Hagan lo que él les diga"; culmina en el escenario doloroso de la cruz, en donde llena, fortalecida y acompañada del Santo Espíritu, soportó con valor increíble, al presenciar los dolores de su Hijo adorado. Qué no decir de la prudente espera, a sabiendas del Hijo resucitado, sin salir a buscarlo, con sabiduría supo esperarlo; conocedora de que Jesús la precedió en la Ascensión a los cielos, a prepararle su "morada"; de su esperada y merecida asunción a los cielos y la presencia participativa y amorosa; bien acoplada y en Sintonía destacada, luciéndose María, la "orante" implorando con los brazos en alto y atrayendo al Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Sirvan estas explicaciones, con el objeto de ir pregonando a medida que avanzamos en la lectura cuidadosa y detenida, para ir comprendiendo el gran hallazgo que me tocó rebuscar, releer y compaginar, a base de perseverancia, paciencia, tesón y amor a Jesús sacramentado, a su merecida Madre y a nuestra Iglesia Católica. Mas adelante iré hilvanando una a una, de las pocas palabras pronunciadas por María, referentes o dirigidas a ella, su importancia en la Respuesta, como "semejanza de la expresión" en la viva voz de su divino Hijo o bien de Dios Padre todopoderoso, creador de cielo, tierra y de la humanidad entera y palabras del Viejo y Nuevo Testamento o en voz de los apóstoles o en los sabios escritos profusamente ilustrados de sacerdotes y de los Santos Padres de la Iglesia, que hacen alusión a ella. Se trata de poner de relieve, por la importancia que mereció en ése tiempo y merece ahora que hay tanta confusión y si acaso discusión respecto a ella, la Madre de Dios o Verbo encarnado en su vientre, bendecido y bendito, bien se ganó ese mérito y su derecho a ser "amada, bendecida y venerada".

“VISIBLE SEMEJANZA EN LA EXPRESIÓN”

Comienza el Evangelio de San Lucas, con una página que constituye el punto focal de la historia. Una página en que el Amor infinito se derrama sobre María; en que el Eterno, se inserta en el tiempo, como un instante de eterna duración, llegando a ser un momento eterno, no solo para María misma, sino para cada uno de nosotros, representados como humanos, en ella. Ser superficial al escribir sobre María, en relación a su divino Hijo Jesús, como que suena a pecado grave de omisión y también deja de ser piadoso, por parecer profundo. El Padre Suárez, desde Alcalá de Henares en España, en el año 1592, nos orienta: ¿Podrá haber alguno tan pobre en el escribir que, puesto a hablar de la grandísima dignidad, de las excelentísimas virtudes, de la admirable vida y gracia de la Santísima Virgen María, pueda recorrer estas grandezas, con espíritu breve y compendioso? Lo cierto es que, a mí en esta parte, nuestra teología me ha parecido demasiado breve y concisa, (por decirlo modestamente), siendo así que la dignidad y amplitud de la materia, unida con sumo deleite, erudición y utilidad, podría exigir del teólogo con todo derecho, cosa muy distinta”, concluye sabiamente: “Y es que la piedad sin la verdad es flaca y débil, así como la verdad es estéril sin la piedad”. Convincente, por ello, lo cito textualmente.

A la luz de estas consideraciones al parecer profundas en psicología, en la verdad misma, se advierte claramente que el misterio de María ha sido difundido desde hace rato, discutido a conciencia y captado con excelencia, mediante conceptos y expresiones, sobretodo influidas por la verdad de los hechos, por aquel substrato sensible, común a todos los hombres, que derivan de sus experiencias elementales relacionadas con la pureza y la sensibilidad; con la belleza y fragilidad de una inocente joven; solicitud y ternura hecha Madre y con la suntuosidad, sin espavientos, por ser humilde, pero notorio, en una gran dama, procedente de la dignidad real y del celestial reinado, toda una Reina, por ser Madre del Rey del Universo.

El relato del Evangelio, es una escena en que participamos todos, aún no estando presentes; a la que se refiere el “don” con que le ha de regalar a María “el corazón del Padre: el secreto del Espíritu Santo”, del que será confidente y la invitación que recibe es un pacto de amor”. Habiendo sido concebida sin mancha de pecado, inmaculada, además llena de la plenitud de la gracia de Dios. Desplegando en su morada, actividades cotidianas, con un corazón en un ininterrumpido acto de amor y obediencia sin límites a Dios. Simón Martini, en la galería de Florencia, la pinta: “Sumergida en un profundo y respetuoso recogimiento, con la mirada concentrada

en el interior de su silencio; apretando con la mano derecha el borde de su manto sobre el corazón, mientras con la izquierda retiene el libro Sagrado, medio cerrado, con el pulgar entre las páginas, que ofreciera quizá, el argumento a su meditación”. Así pintada, así imaginada, así vivida.

La anunciación, debe haber sido: de pronto un mar de luces, invadiendo la humilde habitación. En el centro de aquella luz, hay un fulgor más intenso; algo que se mueve; una fisonomía humana de maravilloso resplandor. Es un ángel que se acerca y le sonríe, como para ganar su confianza y no asustarla, como todo humano caería en lo extraño, extrañándola; se han de haber cruzado las miradas. Oyendo cuidadosamente el saludo. “Alégrate, llena de gracia. El Señor, está contigo”: Sn. Lc. 1, 28. Primera palabra a tratar en lo sucesivo.

Antes de avanzar, tenemos que mostrar al personaje designado por Dios, la que con su concurso, se llevará a cabo la obra redentora-salvífica de la humanidad, a través del Hijo a engendrarse en su virtuoso, delicado e inmaculado vientre: “El nombre de la Virgen era María”: Sn. Lc. 1, 27. Así la llamaban comúnmente todos, con nombre puesto por sus padres, al decir, era un nombre corriente. En el Antiguo Testamento, así se llamaba la hermana de Moisés y en el Nuevo Testamento, aparecen las tres Marías: la Magdalena, la de Cleofás y la de Santiago. El nombre de María, era uno de tantos, lo llevaba la “liviana” de Magdala, convertida después por Jesús, igual la Inmaculada, esposa del Espíritu Santo.

Tenemos un nombre que será divino, cuando lleguemos a Dios: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias: Al que salga vencedor... le daré un maná escondido y le dará también una piedrecita blanca y grabado en la piedrecita blanca lleva un nombre nuevo, que sólo lo sabe el que lo recibe”. Ap. 2, 17. Es este el nombre que Jesús reconocerá ante Dios y sus ángeles y el que está escrito en el registro de los cielos. El Padre, puso nombres a Abraham, a Jacob, a Enmanuel, luego a Jesús, incluso cambió el nombre de Simón Pedro por Pedro a secas. Se sabe el nombre divino de la Virgen: “La llena de gracia” o Kejaritoméne. Llena de Dios, llena de gracia del Padre llena de la humanidad del Hijo, de la fuerza del y por el Espíritu Santo. Llena, completa a rebalsar por la Santísima Trinidad. ¿Quién más mereció este delicado, dedicado, decidido y preferencial trato? Para desenvolverme, tomaré del Evangelio de: Sn. Lc. 1. 26, 38. La anunciación:

“Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios, a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida en matrimonio, con un hombre llamado José, de la familia de David. La virgen, se llamaba María. Llegó el ángel hasta ella y le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. María quedó muy conmovida al oír estas palabras y se preguntaba qué significaría tal saludo. Pero el ángel, le dijo: No temas María, porque has encontrado el favor de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que le pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios, le

dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás. María dijo entonces al ángel: ¿cómo puede ser eso, si yo soy virgen? Contestó el ángel: el Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo, te cubrirá con su sombra; por eso el niño santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel, está esperando un hijo en su vejez y aunque no podía tener familia, se encuentra ya en el sexto mes del embarazo. Para Dios, nada es imposible. Dijo María: “Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra”. Después la dejó el ángel.

“ALÉGRATE”

“**L**as palabras del ángel, tienen este valor: “Salve, tú has sido colmada sobreabundantemente “de la gracia”, de la “alegría” y regocijo de Dios, has sido escogida por él. Aquella que posee en un grado único, con sobreabundancia tan excelsa, que constituye su característica personal, sustituyendo a su nombre”: Médebielle, Dictionnaire de la Bible. Pagina 283. Tanto, como dice San Irineo: “Cuando Yahvé creaba al hombre a su imagen, esta era su imagen externa, el Verbo y así al hacer a Adán, pensaba en Jesucristo; al crear al hombre, Dios creador, pensaba en María. María, estaba ya en Él y Él era ya en María. Y al infundir el Espíritu en el primer hombre, soñaba ya en la humanidad, a la que infundiría su Espíritu. También el Padre y el Espíritu Santo, soñaban en María”

Cuando el ángel llegó a saludarla: “Alégrate, llena de gracia”, era enviado por Dios y Dios, se había adelantado y lo encontró con ella. El ángel Gabriel, tenía de seguro, los ojos acostumbrados a Dios, aún cuando dice la Palabra de Dios, “que a Dios nadie lo ha visto”: Ex. 33, 20; viene siendo una expresión de intimidad, de proximidad, por provenir del Cielo, enviado por Dios mismo, pero a la vez, era uno de los siete espíritus, que asisten a su trono y están en su presencia y captó de inmediato el mismo resplandor que había dejado sin dejarlo. Se encontró de nuevo con Yahvé. El rostro de María transparentaba el rostro de Dios. Quizá por eso se arrodilló no ante ella, sino ante Él, para saludarle a ella. ¿Y a qué más puede y debe aspirar el hombre, a que Dios esté en él y él en Dios? La oración de quietud, de la que hablan Santa Teresa y San Juan de la Cruz: “es la cima de la unión con Dios. Unión sponsal, (se refiere a la mutua promesa de casarse, que se hacen y aceptan el hombre y la mujer), generalmente callada, sin grandes dones ni grandes alborotos del alma. Sencillamente: es estarse amando al amado”.

“La llena de gracia”, no exigió al cielo ninguna señal. Cabe preguntar. ¿Quién se atrevería a pedir ser Madre de Dios? Al menos María, la pequeñita, la esclavita, esclava de Yahvé, “no se atrevió a pedirlo, pero sí a aceptarlo”.

El saludo: “Alégrate, regocíjate” viene siendo una invitación al gozo mesiánico, eco de la invitación que los profetas hacían a Jerusalén; a la hija de Sión, por la presencia de Dios, en medio de su pueblo, lo relacionamos adecuadamente con los relatos coincidentes en la “anunciación”, con la presencia y consentimiento de María ante el ángel, ante Dios Padre celestial, el Espíritu Santo y con su Hijo, Dios hecho Hombre, tomadas en cuenta, como palabras Proféticas: “Grita de contento y de “alegría”, oh Sión, porque grande es en medio de ti, el Santo de Israel”: Is 12, 6; “No temas tierra; “alégrate”, regocíjate, porque Yahvé, obra grandes cosas: Jl

2, 21;”Grita de gozo”, oh hija de Sión y que se oigan tus aclamaciones, oh gente de Israel. “Regocíjate” y que tu corazón está de fiesta, hija de Jerusalén”: So 3. 14; “Salta llena de gozo”, oh hija de Sión; “lanza gritos de “alegría”, hija de Jerusalén.

Pues tu Rey viene hacia ti: él es Santo y victorioso, “humilde” y va montado en un asno, en un pollino, hijo pequeño de una burra”: Za 9, 9.

También en los salmos, hay expresiones de desbordante “alegría”, iguales a las expresadas anteriormente y más que todo, son exhortaciones, para vencer tristezas, tedio, aburrimiento, desesperanza o como el saludo realizado a María, a fin de posesionarse firmemente de su papel, con aceptación y “alegría”, piropeándola, como: “llena de gracia”: “Por eso se me “alegra” el corazón, mis entrañas retozan y hasta mi carne en seguro descansa”: Sal 16, 9; “Siéntanse orgullosos de su Santo nombre y “alégrense” los que buscan al Señor”. Sal 105, 3; “Hizo salir a su pueblo “alegremente”, a sus elegidos, entre gritos y gozos”: Sal 105, 43; “Que veamos la dicha de tus elegidos, nos “alegramos” con el “gozo” de tu pueblo y nuestro orgullo, sea el de tu familia”: Sal 106, 5.

Debemos tomar en cuenta, las cuantas y tantas ocasiones en el Nuevo Testamento, con las que se invita a la “alegría”, comenzando por María: “Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu “se alegra” en Dios, mi Salvador”: Sn. Lc .1. 46, 47. Dicho en el Magnificat, que será tratado a su debido tiempo; “Regresaron los setenta y dos “alegres”, diciendo: hasta los demonios se someten en tu nombre”: Sn. Lc. 10, 17; “Yo les digo de igual modo, que habrá más “alegría” en el cielo, por un solo pecador que vuelve a Dios, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse”: Sn. Lc. 15, 7;

“Pero él le dijo: tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y “alegrarse”, porque este hermano tuyo, estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado”: Sn. Lc. 15, 31; “Y como no acaban de creerlo por su gran “alegría” y seguían maravillados, les dijo: ¿Tienen algo que comer?: Sn. Lc. 24, 41; “Él es el novio que tiene a la novia; el amigo del novio está a su lado y hace lo que él le dice y se “alegra” con sólo oír la voz del novio, por eso, me “alegro” sin reservas”: Sn. Jn. 3, 29; ”En verdad les digo que llorarán y se lamentarán, mientras que el mundo se “alegrará”. Ustedes estarán apenados, pero su tristeza, se convertirá en “gozo”.

Es muy elocuente la “palabra” emitida por el Señor Jesús, nuestro Salvador dirigiéndose a sus discípulos: “La mujer se siente afligida cuando está para dar a luz, porque le llega la hora del dolor. Pero después que llega la criatura, se olvida de las angustias, por su “alegría” tan grande; piensen: un ser humano ha venido al mundo”. “Así también ustedes sienten tristeza, pero yo los volveré a ver y su corazón se llenará de “alegría” y nadie les arrebatará ese gozo. Cuando llegue ese día, ya no tendrán que preguntarme nada”. “Yo les aseguro, si piden algo al Padre en mi nombre, se lo concederá. Hasta ahora, no han pedido nada en mi nombre; pidan y recibirán; para que su “alegría” sea completa: Sn. Jn. 16. 21, 23.

“El patrón le contestó: muy bien servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te voy a confiar mucho más. Ven a compartir la “alegría” de tu patrón”: Sn. Mt. 25, 21; “Sean diligentes y no flojos. Sean fervorosos en el Espíritu. Tengan esperanza y sean “alegres”. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar”: Rom 12, 11, 12; “Piensen que el reino de Dios, no es cuestión de comida y bebida, sino de justicia, de paz y “alegría” en el Espíritu”: Rom 14, 17; “El amor no se “alegra” de lo injusto, sino se “alegra” de la verdad”: 1 Cor 13, 6; “En cambio, el fruto del Espíritu es amor, “alegría”, paz, comprensión de los demás, generosidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo. Estas son cosas que no condena ninguna ley”: Gal 5, 22; “Ustedes lo aman sin haberlo visto; ahora, creen en él sin verlo y nadie sabría expresar su “alegría” celestial”: 1 Pe 1, 8.

Continuamos con las importantes consideraciones referidas en el Catecismo Católico. Relacionado al santoral en el año litúrgico: “En la celebración de este círculo anual de los misterios de Jesucristo, la santa Iglesia venera con especial amor a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con un vínculo indisoluble en la obra salvadora de su Hijo; en ella mira y exalta el fruto excelente de la redención y contempla con “alegría y gozo”, como en una imagen purísima, aquello que ella misma, toda entera, desea y espera ser”: No. 1172.

Los signos y ritos: “La unción es el simbolismo bíblico y antiguo, posee numerosas significaciones; el aceite es signo de abundancia y de “alegría”, purifica y es signo de curación”: No. 1293.

Los signos de pan y vino: “El cáliz de bendición al final del banquete pascual de los judíos, añade a la “alegría” festiva del vino una dimensión escatológica, la de espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén”: No. 1334.

Las gracias del sacramento del matrimonio: “Permanece con ellos, les da fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar uno las cargas de los otros: Gal 6, 2, de estar sometidos unos a otros en el temor de Jesucristo: Ef 5, 21; en la “alegría” de su amor y de su vida familiar, les da ya aquí un gusto anticipado del banquete de las bodas del cordero”: No. 1642.

Días de descanso y de gracia: “En los días de fiesta y en domingos, como días festivos, deben dar a todos un ejemplo público de oración, de respeto y “alegría” y defender sus tradiciones, como una contribución preciosa a la vida espiritual de la sociedad humana”: No. 2188.

El amor de los esposos: “Los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí, son honestos y dignos y realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación, con la que se enriquecen mutuamente con “alegría” y gratitud: No. 2362.

Hasta aquí, la reflexión puesta a la orden, sobre la gran recopilación de expresiones sobre la palabra “alegría”, haciendo alusión de todos los pasajes que acompañaron

no paralelamente, sino directamente y acertadamente al “alégrate”, dirigido por Gabriel el ángel, a María en la anunciación, que son como cascada sonora angelical de repeticiones, intencionadas o no, pero semejantes y coincidentes. Concluyo: Desde luego, porque María fue el instrumento que Dios se dignó escoger para que el verbo se encarnara: “Caro Christi, Caro Mariae”, dice un Santo Padre: “la carne de Jesús, su cuerpo sacratísimo, fue tomado de la sustancia de María”. ¿Qué relaciones tan íntimas entre Jesús y María?

”Verdaderamente, María es Madre de Jesús, Jesús es Hijo de María y como Jesús es Dios, María es Madre de Dios”, muy a pesar de grupos significantes de incrédulos y en protesta permanente.

“LLENA DE GRACIA”

Esta expresión, usada como nombre propio, es un participio perfecto griego, que denota un estado pleno y permanente de “gracia” y de favor divino. Es difícil dar de él una traducción adecuada. Algunas versiones traducen por “favorecida de Dios”. Otras sencillamente “llena de gracia ante Dios”. La Biblia de Jerusalén comenta. “Tú que has estado y sigues estando llena de favor divino”. En el vocablo griego: “jaris”, se esconde muy probablemente la palabra hebrea: “Jessed”, que significa “amor de misericordia”, o bien “jen”, cuyo significado en “gracia”, favor.

Pues bien, María es objeto del favor de Dios permanentemente fiel. El amor de Dios, la llena totalmente. Si es “llena de gracia”, significa que la obra de Dios, se va a llevar a cabo, toma posesión de ella, de manera nueva y con ese nombre, le confiere una misión importantísima: “ser la Madre de su Hijo divino”, sin ella saber cómo sería eso, pero por su conducto y por su obediencia, será ante todo y sobre todo, “una gracia”, un don de amor misericordioso y gratuito, una iniciativa extraordinaria de amor, de parte de Dios, pero como Dios es respetuoso, no abusa, no impone, espera su reacción voluntaria, positiva y de apoyo a la obra salvífica.

Esta aldeanita, nuestra futura y después definitiva Madre María, ha sido “favorecida” del Señor. Toda ella es “gracia” regalada de Dios y más aún llena, rebosante de la “gracia” de Dios, no son términos empalagosos llenos de emoción, a decir verdad, me emociono al expresarlos con sumo respeto y cariño; desde su concepción inmaculada, es bella ante el Señor, porque Él la ha hecho bella por dentro y por fuera, limpia, sin mancha, inmaculada. Es por lo tanto, toda “gracia”. No es heroína como Judith o valiente como Ruth. Sin historial de hazaña alguna, no sobresale, por su condición de “humilde”, ni siquiera lleva ochenta años orando y ayunando como Ana, la profetisa del templo. Todo lo que hay en ella es Dios y nada más que Dios, en perfecta consonancia. Por eso es que se turba con esta salutación del ángel y piensa: ¿qué querrá decir?

Cuando dentro de su singular sencillez, no se cree ser merecedora de esa “gracia” o favor de Dios. ¿Piensa que se habrá confundido con ella el ángel? Hasta ahí llega en su sorpresa. “No temas María, pues “has hallado gracia” ante Dios”: Sn. Lc. 1, 30. Eso es todo, no hay otra razón. Aunque nos adelantemos a los hechos del Evangelio de San Lucas, pero es necesario el paso a dar en futuro: “Déjate querer”. Isabel tu prima ayuna más que tú, ora más que tú, al parecer ama a Dios más que tú. Pero a ti, te ama más Dios, con este amor perfecto y personal.

Quiere que el Verbo se encarne en ti. “Porque para Dios no hay nada imposible”: Sn. Lc. 1, 37. Es el misterio del amor de Dios. Es el misterio de Dios, que es Amor. ¿Te dejas querer? Gabriel fue viajero dos veces del cielo a la tierra, en un lapso de seis meses. No viajero de lugar a lugar, sino de persona a persona. Y no solo de Dios a María, porque: “él seguía asistiendo al trono de Dios y Dios, ya estaba en María”. El sexto mes, sólo pone la distancia entre anuncio y anuncio, entre saludo y saludo. Y eso, para el calendario humano. ¿Qué importarán los meses para los ángeles sin tiempo y qué Jerusalén o Nazaret, para quienes asisten el trono de Dios? no como los humanos que le damos más importancia al tiempo que a las cosas de Dios, que es la eternidad, el Alfa y el Omega, el principio y el fin; entre ellos, estamos nosotros navegando en el tiempo, que pertenece a Dios. En el Antiguo testamento, “la nube de Dios, se posaba sobre el tabernáculo y reposaba sobre la gloria del Altísimo”: Ex 40, 34.

El mismo verbo y la misma imagen emplea San Lucas, para narrar en la transfiguración: “Apareció una nube y los cubría con su sombra y quedaron aterrorizados al entrar en la nube”: Sn. Lc. 9,34. Porque simbolizaba la presencia de Dios. Los ejemplos simbolizan a María, secuestrada por la nube fuera del tiempo. Al entrar a la sombra del Altísimo, penetró en la eternidad de Dios y en la encarnación de su Hijo, se hizo presente a toda la historia. Todo ocurrió en el tiempo, pero a la vez fuera del tiempo en ese punto en que Dios hace de la historia eternidad y de la eternidad historia.

Nos trasladamos a enfocar la importancia que Dios le da en toda su palabra, a través de la Biblia, sobre: “María”. “Yahvé vuelva hacia ti su rostro y te dé paz”: Num 65, 26; “Yahvé se ha ligado a ti y te ha elegido, no por más numeroso de los pueblos, al contrario eres el menos numeroso”: Dt 6, 7; “El Señor mismo la creó, la vió y le tomó medidas, la difundió en todas sus obras. En toda carne conforme a su largueza y se la dispensó a todos los que le aman”: Eclo 1. 9, 10;” Y la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, que recibe del Padre, el Hijo único, en él todo era don amoroso y verdad. De su plenitud, hemos recibido todos y cada don amoroso, preparaba otro. Por medio de Moisés, hemos recibido la ley, pero la verdad y el don amoroso, nos llegó por medio de Jesucristo”: Sn. Jn. 1. 14 y 16.

“Todos mueren por la falta de uno solo, pero la “gracia” de Dios, se multiplica más todavía, cuando este don gratuito, pasa de un solo hombre, Jesucristo, a toda la muchedumbre”: Rom. 5, 15;”El pecado ya no los volverá a dominar, pues no están bajo la ley, sino bajo la “gracia”: Rom. 6, 14; “Hay algo de lo que nos sentimos orgullosos: nuestra conciencia nos asegura que la santidad y la sinceridad de Dios, ha inspirado siempre nuestra conducta en este mundo, especialmente respecto a ustedes.

No nos han movido razones humanas, sino la “gracia” de Dios”: 2ª Cor 1, 12; “Pero me dijo: Te basta mi “gracia”, mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad”: 2 Cor 2, 12; “No puedo pensar de otra manera, pues los llevo a todos en mi corazón, ya esté en la cárcel o tenga que defender y promover el Evangelio, todos están

conmigo y participan de la misma “gracia”: Flp 1, 7; “Y es una “gracia” para ustedes, que no solamente hayan creído en Cristo Jesús, sino que también padezcan por él”: Flp 1, 29.

Tomando con toda libertad, parte de la encíclica “Magnae Dei Matris”: “Gran Madre Dios”, de SS León XIII, el 8 de diciembre de 1892, quien año con año publicó algún documento en referencia a la Virgen María; llama la atención, que pocos pontífices, han sido tan fervientes devotos de María como él. Dice: “Cuando la llamaron “llena de gracia”, saludándola con las palabras del ángel y cuando formamos una corona con esta repetida alabanza, es casi imposible decir cuán agradable le somos, pues cada vez le representamos el recuerdo de su sublime dignidad y de la redención del género humano, que por ella comenzó Dios y el lazo perpetuo y divino que la une a las “alegrías” y los dolores, a los oprobios y a los triunfos de Cristo Jesús, por la dirección y asistencia de los hombres por el camino de la eternidad”.

“Y si plugo (le complació) a Jesús, en su ternura, tomar tan completamente nuestra semejanza y llamarse y mostrarse a tal punto: Hijo del Hombre y por tanto, hermano nuestro, con el fin de manifestarnos de la manera más elocuente su misericordia para con nosotros, debió hacerse semejante en todo, a sus hermanos, para ser misericordioso: Heb. 2, 17; María, de igual manera, escogida para ser madre de nuestro Señor Jesucristo, que es nuestro hermano, fue por tal privilegio, elevada sobre todas las madres, para derramarse en nosotros y nos prodigase su misericordia, siempre “alegre”; “Estén siempre “alegres” en el Señor, se lo repito, estén “alegres” y den a todos muestras de un Espíritu muy abierto”: Fil. 4, 4.

Recurrimos al Catecismo de la Iglesia: “Para ser la Madre del Salvador, María fue “dotada por Dios, con dones a la medida de una misión tan importante”. V. II: LG 56. El ángel Gabriel en el momento de la anunciación, la saluda como “llena de gracia”. En efecto, para poder dar el asentimiento libre de su fe, al anuncio de su vocación, era preciso que estuviera totalmente poseída por la “gracia de Dios”: No.490;

“A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María, “la llena de “gracia” por Dios”: Sn. Lc. 1, 28, había sido redimida desde su concepción”: No. 491.

“Alégrate llena de gracia, María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen María, es la obra maestra de la misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres, por ello, los más bellos textos sobre la Sabiduría, la tradición de la Iglesia, los ha entendido frecuentemente con relación a María: (Pr. 8. 1, 9). María es cantada y representada en la Liturgia, como “el trono de la Sabiduría” En ella, comienzan a manifestarse las “maravillas de Dios” que el Espíritu va a realizar en Jesucristo y en su Iglesia”: No. 721.

“El Espíritu Santo, preparó a María, con su “gracia”, convenía que fuera “llena de gracia”, la Madre de aquel en quien; “Reside toda la plenitud de la Divinidad, corporalmente”: Col 2, 9. Ella fue concebida sin pecado, por “pura gracia”, como la más “humilde” de todas las criaturas. Con justa razón, el ángel Gabriel saluda a la “hija de Sión: “Alégrate”. Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la “acción de gracias” de todo el Pueblo de Dios y por tanto de la Iglesia, en “acción de gracias”, que ella eleva en su Cántico al Padre en el Espíritu Santo”: No. 722.

“Así, la contemplación es la expresión más sencilla del misterio de la oración, “es un don, una gracia”; no puede ser acogida más que en la humildad y en la pobreza. La oración contemplativa es una relación de alianza establecida por Dios en el fondo de nuestro ser”: Jr. 31, 33. Es comunión en ella, la Santísima Trinidad conforma al hombre, imagen de Dios: “a su semejanza”: No. 2713.

“EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO”

Esta fórmula esencialmente bíblica, proclama la presencia de Dios en una persona llamada a realizar una especial vocación en la historia de la salvación. Dios respondió: “Yo estoy contigo” y ésta será para ti la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, ustedes vendrán a este cerro y me darán culto aquí”: Ex 3, 12; “Cuando el ángel de Yahvé se le apareció y le dijo: “Yahvé está contigo” valiente guerrero”: Jue 6, 12; “No tengas miedo, “porque estaré contigo”: Jr 1, 8; “Ellos te declararán la guerra, pero no podrán vencerte, pues “yo estoy contigo” para ampararte”: Jr 1, 19; “Haré que tú seas como una fortaleza y una pared de bronce frente a ellos y si te declaran la guerra, no te vencerán, “yo estoy contigo”, para librarte y salvarte”: Jr 15, 20. ¡Qué firme fortaleza ofrecida, qué acompañamiento más seguro, todo el triunfo garantizado en tan grata compañía!

“CÓMO SERÁ ESTO, SI YO SOY VIRGEN”

Fue la sencilla y simple respuesta de María al ángel Gabriel que la importunó, por el sorpresivo ofrecimiento que le hizo, de ser la Madre del que le pondría el nombre de Jesús, su respuesta fue de duda y de pregunta lógica y necesaria: la interrogación. ¿Cómo será esto? Como separada de su confesión de ser virgen y no conocer varón alguno, no tomando en cuenta la relación prematrimonial de José el varón justo y casto, es porque precisamente, ella se asusta e interroga apresurada al mostrar y demostrar ausencia de relaciones íntimas con José. Aunque merece explicación, por adelantarnos en el tiempo, una vez que ha crecido Jesús, pero son las dos únicas oportunidades en que María interroga con preguntas similares a su divino Hijo.

La única pregunta que existe en las sagradas escrituras, es la misma en la que interroga a Jesús, en el pasaje de su pérdida por tres días en el templo, mientras con José, lo encontraron después de tres días de angustiosa búsqueda, lo miran sentado en medio de los maestros de la Ley, en donde todos quedaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas: “Sus padres, se emocionaron mucho al verlo”, su Madre, le decía: Hijo ¿porqué nos has hecho esto? Tu padre y yo, hemos estado angustiados mientras te buscábamos. Él les contestó: ¿Y porqué me buscaban? ¿No saben que yo debo estar donde mi Padre? Pero ellos no le entendieron a su respuesta”. Sn. Lc. 2. 48 a 50. Se cruzan las palabras humanas de María, con la preocupación lógica y las palabras del orden divino en la respuesta al ángel y luego de Jesús. Los dos tienen su razón en la pregunta de María y en la respectiva respuesta. No hay más comentario que hacer.

Retomando lo relacionado a la virginidad, parte importante de la pureza, luego es una virtud, que no desaparece al contacto sexual, solamente incluye lo anatómico, pero la integridad, no se pierde y queda como dulce recuerdo de haberse mantenido la mujer incólume, hasta ese momento. Viene siendo, del grupo cardinal de la Templanza. Esta en general, refrena o modera la inclinación, que hace buscar el placer en todo lo relativo al tacto y la sensualidad.

Dentro de este grupo, se encuentra la sobriedad, la modestia, la humildad, la castidad. Todas ellas, se engloban dentro del control personal de los instintos, que cuando son irrefrenables, con o sin consentimiento, vienen las consecuencias indeseables en las jóvenes, bien por descuido, placer o forzadas. La virginidad se puede tener de dos maneras o mejor dicho, se puede considerar desde dos puntos de vista diferentes: la virginidad o integridad puramente física o corporal, puede conservarse sin méritos o perderse sin culpa y la que la elige voluntariamente y

que por tanto es meritoria, como en María y con el respeto que se merecen, las “religiosas”.

La virginidad, junto con la castidad, son de las aceptaciones de la pureza, virtudes que dominan, moderan, encausan la primera de las tres concupiscencias, de que habla San Juan: “concupiscentia carnis, (la concupiscencia de la carne)”: la lujuria. Castidad, viene de “castigare”, castigar, porque no se puede conseguir, ni conservar, sin “castigar el cuerpo y reducirlo a servidumbre”, como dice San Pablo. Todo esto ausente en la pureza de María, solo se mencionan, por instruirnos. La virginidad, tiene una virtud conexas, la continencia y auxiliares, como el pudor, la modestia y hasta la mortificación, que es en caso extremo y extremista, que tiende al sadomasoquismo. Existen también, varios grados, como la castidad matrimonial, la de los célibes voluntarios, como los sacerdotes o de la viudez. No obstante, la “virginidad”, es la castidad perfecta y la “virginidad” perfecta, es la “virginidad” consagrada, como ocurrió en María.

María arguyó, “no conocer varón”, siendo el foco difícil de la escena, que se convierte en un eufemismo (modo de expresar con suavidad o disimulo palabras o bien ideas de mal gusto) sexual, en efecto, no tenía ni tuvo antes, relaciones íntimas con José, por lo tanto, tiene toda la razón de la esperada y lógica interrogación y a la vez, de defender su estado de integridad física, moral y espiritual.

Recurro de nuevo a las sabias consideraciones al respecto, a través del Catecismo: “El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el Mesías prometido a Israel: Les ha nacido hoy en la Ciudad de David, un Salvador, que es Jesucristo Señor”: Sn. Lc. 2, 11. Desde el principio él es “a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo”: Sn. Jn. 10, 36, concebido como “santo”: Sn. Lc. 12, 35, en el seno “virginal” de María. José fue llamado por Dios para “tomar consigo a María su esposa” encinta “del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo”: Sn. Mt. 1, 20, para que Jesús, llamado “Cristo”, nazca de la esposa de José, en la descendencia mesiánica de David”: Sn. Mt. 1, 16; Rm 1, 3; 2 Tm 2, 8; Ap 22, 16: No. 438.

“Desde las primeras formulaciones de la fe: Ds. 10-64, la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la “Virgen” María, únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también, el aspecto corporal de este suceso; Jesús fue concebido: “absque semine ex Spiritu Sancto”: Concilio de Letrán, año 649; esto es: “sin elemento humano”, por obra del Espíritu Santo. Los padres ven en la concepción virginal, el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios, el que ha venido en una humanidad como la nuestra”.

Así San Ignacio de Antioquia, a comienzos del siglo II: “Estén firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne: Rom. 1, 3. Hijo de Dios, según la voluntad y el poder de Dios: Sn. Jn.1, 13; nacido verdaderamente de una “virgen”...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su cuerpo, bajo Poncio Pilatos...padeció verdaderamente, así como resucitó verdaderamente”. Smyrn. 1-2. No. 496.

“En María el Espíritu Santo realiza el designio benevolente del Padre. La “Virgen” concibe y da a luz un Hijo de Dios, con y por medio del Espíritu Santo. Su “virginidad” se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu Santo y de la fe: Sn. Lc. 1. 26, 38. No. 723;

“En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la “Virgen”. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva. Llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne, dándolo a conocer a los pobres”: Sn. Lc. 2. 15, 19 y a las primicias de las naciones”: Sn. Mt. 2, 11. Num. 724.

“Por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en comunión con Cristo Jesús a los hombres, “objeto del amor benevolente de Dios”: Sn. Lc. 2, 14 y los “humildes” primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos”. No. 725

“Desde los tiempos apostólicos, “vírgenes” cristianas llamadas por el Señor para consagrarse a Él enteramente: 1 Cor.7. 34, 36, con una libertad mayor del corazón, de cuerpo y de espíritu, han tomado la decisión aprobada por la Iglesia, de vivir en estado de “virginidad”, “a causa del Reino de los cielos”: Sn. Mt. 19, 20; “El papel de María con relación a la Iglesia, es inseparable de su unión con Jesucristo, deriva directamente de ella. “Esta unión de la Madre con el Hijo, en la obra de la salvación, se manifiesta desde el momento de la concepción “virginal” de Jesús, hasta su muerte”: LG 57. Se manifiesta particularmente en la hora de su pasión”: No. 964.

“YO SOY LA ESCLAVA DEL SEÑOR”

María, se confiesa la “Esclava del Señor” en dos ocasiones importantes: antes de ser llena por el Espíritu Santo, concebir en su seno y dar a luz un hijo y ¿qué Hijo?, llamado también, Hijo del Altísimo, todo por ser “llena de gracia”, premiada en esa forma, en estos dos momentos:

- I. Durante la anunciación, ante la imponente presencia del ángel Gabriel, María responde con magistral obediencia: “He aquí la “esclava” del Señor”, “hágase” en mí, según tu “palabra” y el ángel dejándola, se fue”. Sn. Lc. 1, 38. (pasaje igual ante los discípulos de Emaús): “En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él (Jesús), desapareció”. Sn. Lc. 24, 31.
- II. En el Magnificat, dijo María: “Engrandece mi alma al Señor y “mi espíritu” se “alegra” en Dios mi Salvador”, porque ha puesto los ojos en la humildad” “de su esclava”: Sn. Lc.1. 47, 48.

La expresión “esclava del Señor”, no tiene primariamente una connotación psicológica: esclava-sierva, términos variables de Biblia a Biblia. Esa expresión tiene ante todo un sentido religioso que brota del concepto profético-sapiencial (referido a profetas y a la sabiduría), de los “pobres de Yahvé”, que “humildes” y sencillos, ponían toda la confianza en Dios, (qué dichosos, ya quisiéramos) y eran a su vez, objeto particular del amor y de las predilecciones del Señor”: So 2, 3; Is 49, 13; Sal 22, 27; Sal 69. 33, 34; Sal 74, 19; Sal 149, 4. Todos relacionados al amor de Dios, en su protección y entrega a los “humildes” y los pobres. María, la “esclava-sierva” del Señor, evoca la figura del “Siervo de Yahvé”. Al igual que él, ella quiere realizar en plenitud su llamamiento, con una docilidad incondicional al querer de Dios”; “Hágase” en mí, lo que el Señor quiera”: Is 42. 1, 9.

Desde que inicia su vida en los evangelios se nota la inclinada disposición a la sencillez y humildad, rebajándose al máximo con el fin de cooperar obedientemente, hasta llegar a aceptarse como: “esclava del Señor”, reflejo del más bajo escalafón. Es útil observar primero, que en la Biblia, la misma palabra significa a la vez que: “servidora”. Es cierto que en el Antiguo Testamento, “se acepte la esclavitud” como un uso establecido: “Si un hombre golpea a “un esclavo o esclava”, con un palo, si muere en sus manos, será reo de crimen. Mas si sobrevive uno o dos días, no se le culpará, porque le pertenecen”. Ex 21. 20, 21, manifestando así un auténtico sentido del hombre o mujer.

El amo, aún cuando era propietario de su “esclavo”, no se hace justicia, ni se ha justificado en ningún momento ni tiempo, por ello el derecho al mal trato, como es

y ha sido lo corriente, en expresión propia discriminativa. Salvo el consentimiento del interesado, prohibía a la esclavitud por toda la vida: “Si compras un “esclavo” hebreo, te servirá seis años, el séptimo será libre, sin pagar rescate”. Ex 21, 2”; según el código de la alianza; “Israel liberado de la “esclavitud” por Dios, volvía a caer en ella, si era infiel”: Jue 3, 7.

El Nuevo Testamento, revela todavía, mejor esta aflicción y más profunda; desde que con Adán entró el pecado al mundo, todos “los hombres estamos “esclavizados” interiormente” y por el mismo hecho, nos doblamos ante el temor de la muerte, con su inevitable salario: Rom 5, 12; Rom 7. 13, 14. Hb 2, 14. La ley misma, no hacía sino reforzar “esta esclavitud”. Sólo Jesús era capaz de romperlas y liberar a los pecadores, puesto que era el único sobre el cuál, no tenía poder el príncipe de este mundo. “Jesús vino a liberar a los pecadores: Sn. Jn. 8, 36. Para romper las cadenas de la “esclavitud”, consintió él mismo, en adoptar una condición de “esclavo”: Flp 2, 8. Se hizo “Siervo”, no sólo de Dios, sino también de los hombres, a los que de esta manera rescató: Sn. Mt. 20, 28; Sn. Jn. 13. 1, 17.

Los bautizados, mejor que los hebreos, rescatados de Egipto, han venido a ser los libertados del Señor o si se quiere, “esclavos” de Dios, muy distinto al otro tipo de “esclavitud” que rebaja su condición de humano; con Dios es distinto, esta se basa en la obediencia, en el amor y el amar, dejados al poder de la misericordia, del perdón, de la salvación y optar incluso a la vida eterna, cumpliendo su promesa que colma nuestra esperanza y fe. “Esclavos” de Dios y la justicia: 1 Cor 7, 22; Rom 6. 16, 22. Ahora se está liberado del pecado, de la muerte, de las leyes: Rom 6, 8; Gal 5, 1. De “esclavos” que fueron, se convirtieron en hijos del Hijo: Sn. Jn. 8. 32, 36, pero libres frente a todos: “Se hacen, sin embargo, “servidores” y “esclavos” de todos, con el fin de ganar a esa muchedumbre, a ejemplo de su Señor”: 1 Cor 9, 19; porque en el servicio del hombre/mujer, es accidental y si la “esclavitud” del pecado y de la carne, es anormal, el servicio de Dios y a los hermanos, se constituye en vocación misma, de todo cristiano. La palabra de Jesús, concluyente, relacionada al ofrecimiento: “El Señor está contigo”, hace posesionarse a María, de las palabras propias de Jesús, al despedirse de los apóstoles: “Jesús se acercó y les habló así: me ha sido dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan pues y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he enseñado a ustedes. “Yo estaré con ustedes”, todos los días, hasta el fin de la Historia” Sn. Mt. 28. 18, 20.

El Catecismo, nos enriquece, sobre la “esclavitud” más dominante: a reconocer la condición de “esclavo”: “Esta alma humana que el Hijo de Dios, asumió, está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, este no podía ser de por sí limitado. Se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por eso el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso progresar en “sabiduría, en estatura y en “gracia”: Sn. Lc. 2, 52, e igualmente adquirir aquello

que en la condición humana, se obtiene de una manera experimental: Sn. Mc. 6. 38. Eso correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario en la condición de “esclavo”: Flp 2, 7. No. 472;

“Al liberar Jesús a algunos hombres de los males terrenos del hambre: Sn. Jn. 6. 5, 15; de la injusticia. Sn. Lc. 19,8; de enfermedad y muerte: Sn. Mt. 11, 5. Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo: Sn. Lc. 12. 13, 14, sino a liberar a los hombres de la “esclavitud” más grave, la del pecado: Sn. Jn. 8. 34, 36, que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus “servidumbres humanas”: No. 549.

Haciéndose Jesús, pecado del mundo: “Los pecados de los hombres, a consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte: Rom. 5, 12; 1 Co. 15, 56. Al enviar a su propio Hijo en la condición de “esclavo”: Flp. 2, 7, la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado: Rom. 8. 3; quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios, en él”: Rom. 5, 10”: No. 602.

Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los cantos del “Siervo”: Is 42, 1, 9; Sn. Mt. 12. 18, 21; Sn. Jn. 1. 32, 34; después Is 49. 1, 6; Sn. Mt. 3, 17; Sn. Lc. 2, 32 e Is 50. 4, 10. Estos cantos, anuncian el sentido de la Pasión de Jesús e indican así cómo enviará el “Espíritu” Santo, para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra condición de “esclavos”: Flp 2, 7. Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio “Espíritu” de vida”: No. 713.

“El pueblo de Dios participa, por último, en la función regia de Cristo Jesús. Ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres en su muerte y resurrección, Sn. Jn. 12, 32. Jesucristo, Rey y Señor del Universo, se hizo “servidor” de todos, no habiendo venido a ser “servido”, sino a “servir” y dar su vida en rescate por muchos”: Sn. Mt. 20, 28. Para el cristiano, “servir” es reinar”: Vaticano II: LG 36, particularmente en “los pobres y en los que sufren”, donde descubren la imagen de su “fundador, pobre y sufriente”. LG 8. El pueblo de Dios realiza su “dignidad regia”, viviendo conforme a esta vocación de “servir” con Cristo Jesús”: No. 786.

“El carácter de “servicio” del ministerio eclesial está intrínsecamente ligado a la naturaleza sacramental. En efecto, enteramente dependiente de Cristo Jesús que da misión y autoridad, los ministros, son verdaderamente “esclavos” de Jesús”. Rom 1, 1, a su imagen, que libremente ha tomado por nosotros la forma de “esclavo”. Flp 2, 7. Como la “palabra” y la “gracia” de la cuál son ministros, no son de ellos, sino de Jesucristo que se les ha confiado para los otros, ellos se harán libremente “esclavos” de todos”: 1 Cor 9, 19: No. 876.

San Agustín, ha resumido esta doctrina. “Esta ciudad plenamente rescatada, es decir, la asamblea y la sociedad de los santos, es ofrecida a Dios, como un sacrificio universal por el Sumo Sacerdote que bajo la forma de “esclavo”, llegó a ofrecerse

por nosotros en su pasión, para hacer de nosotros el cuerpo de una tan gran Cabeza...Tal es el sacrificio de los cristianos. “Siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo Jesús”: Rom 12, 5. “Y este sacrificio, la Iglesia no cesa de reproducirlo en el Sacramento del altar, bien conocido por los fieles, donde se muestra en lo que ofrece, se ofrece a sí mismo”: No. 1372.

”El séptimo mandamiento, proscribire los actos que por una u otra razón: egoísta o ideológica, mercantil o totalitaria, conducen a “esclavizar” seres humanos, a menospreciar su dignidad personal, a comprarlos, a venderlos y a cambiarlos como mercancía. Es un pecado contra la dignidad de las personas y sus derechos fundamentales, reducirlos por la violencia a la condición de objeto de consumo o a una fuente de beneficio. San Pablo ordenaba a un amor cristiano, que tratase a su “esclavo” cristiano, no como “esclavo”, sino, como hermano en el Señor”: No. 2414.

“HÁGASE EN MI SEGÚN TU PALABRA”

Con el “hágase” de la Virgen María termina la escena. Este “fiat”, no es la cumbre del relato, pero no por eso se debe minimizar la libertad y el mérito de su “sí”. Su grandeza aparece particularmente si María, advertida del misterio y sin percibir toda su profundidad y sus alcances, se entrega sin embargo con un abandono generoso y sin reservas a las exigencias, fueren las que fueren, de la obra que Dios quiere realizar en ella. El “fiat” de María, es la expresión de un acto profundo y sublime de fe, la que se entrega total y sin reservas a la voluntad divina. Este “fiat” de María, pronunciado por primera vez en Nazaret, permanecerá en adelante siempre actual en: Caná, en la cruz, en Pentecostés, en la asunción y en su intercesión maternal constante en el cielo. El evangelista, pone fin a su relato, con gran austeridad y escribe: “Y se apartó de ella el Ángel”. Sn. Lc. 1, 38.

Cuando María aceptó la “palabra” del Ángel, era la “palabra” eterna de Dios, se hizo carne en su ser y pudo estar entre los hombres. Es lo que San Prócolo de Constantinopla expresó bellamente, poniéndolas en los labios de María: “Escuché la palabra. Concebí la palabra. Devolví la palabra”

Se lee en el Antiguo testamento que cuando el arca de la alianza recorría el territorio de Israel, con “alegría” y con júbilo, el pueblo danzaba y cantaba: 2 Sam 6, 16. Algo similar aconteció con María, el arca que llevaba en su seno, a Jesús; se adelantó por las montañas de Judea y llegó a Ain Karin. “Entró a la casa de Zacarías y saludó a Isabel, al oír su saludo Isabel, el niño dio saltos en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “Bendita entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la Madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de “alegría” en mis entrañas. Dichosa tú, por haber creído que se cumplirán las promesas del Señor”: Sn. Lc. 1. 40, 45. Es importante la coincidencia en Zacarías, quien exultó (saltó de “alegría” y gozo), al igual que el hijo de ambos: Juan el Bautista; el Espíritu Santo, en Isabel, atravesando la barrera placentaria, penetró a su vientre y hubo un Pentecostés florido y abundante, por la presencia del Espíritu Santo en su vientre, atraído por Jesús en el vientre de María Santísima, doblemente Santa.

Después de esta escena maravillosa, de júbilo, de especial acontecimiento, “María se sintió acogida, recibida, reconocida, respetada, exaltada y útil”, como dice el Cardenal Martini, quien además: “Captó con toda profundidad el misterio que Dios estaba obrando en ella”, todo con la modestia y humildad características sobresalientes en ella, por eso entonó el canto de alabanza al Todopoderoso, por medio de la “palabra”, más que por los gestos”. El ramillete de textos bíblicos que

San Lucas colocó en labios de María, debió ser un himno que cantaban los primeros cristianos y que siguen entonando las nuevas generaciones de creyentes desde hace veinte siglos, mismos que tiene de fundada la Una, Santa, Católica, Apostólica Iglesia, por Jesucristo, el Santo Hijo del Espíritu Santo y de María; de ninguna manera por hombres comunes y corrientes en los últimos años, que van surgiendo y acomodan a su gusto y antojo su llamado “culto”.

El canto de María, que es un estremecimiento de gozo y gratitud, es una síntesis que expresa la piedad de los judíos, una letanía de alabanza a Dios: “Mi “alma alaba” al Señor”, es a la vez, una inspiración celestial, repito como letanía de alabanza que cantan a Dios los cristianos desde el siglo I, un himno que en ningún labio y voz, podría sonar mejor. A ese canto, le llamamos “el Magnificat”, “palabra” con que empieza su traducción del latín. De él, dicen los obispos latinoamericanos: “Es el espejo del alma de María. En ese poema logra su culminación de la espiritualidad de los pobres de Yahvé y el profetismo de la antigua alianza. Es el cántico que anuncia el nuevo Evangelio de Jesucristo; es el preludio del Sermón de la Montaña. Ahí, María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el Magnificat, se nos manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, como hoy se dice, sino que proclaman con ella, que Dios ensalza a los humildes y si es el caso, derriba a los potentados”. Documento de Puebla No. 297.

A muchos católicos les extrañará y más aún a protestantes, leer en los escritos de Martin Lucero, brillante sacerdote agustino alemán, instruido en Teología y Filosofía. Si bien no pretendía abandonar el catolicismo, al que profesó con gran habilidad, inteligencia y estudios, solamente pretendía denunciar ciertos abusos y publica la Reforma de protesta, abandonando el catolicismo, para fundar la doctrina luterana, a tanto llegó su separación, ya que casó con Catalina von Bora en 1525. Menciono este pequeño paréntesis de alguien que siendo tan preparado en seminarios católicos, se divorcia del catolicismo y que se conozca su diferencia, pero vale reseñar su amor manifestado por María. Dijo: “La Virgen nos enseña cómo amar y alabar a Dios por sí mismo, sin interés alguno. Amar y alabar a Dios como lo merece, es alabarlo por su bondad y su benignidad. Es poner únicamente en él la felicidad y la alegría. Esta manera sublime, delicada y pura de amar a Dios, es la que conviene a la persona sublime y amable de la Virgen”. No entiendo que haya hermanos que quieren ser motos, renunciando al amor de nuestra Santísima Madre de Dios y de todos nosotros pecadores.

Reconocida por su humildad, sencillez, pobreza y la inspiración propia del Espíritu Santo, demostradas en María, la Iglesia canta el Magnificat en el oficio litúrgico cada día. El Espíritu Santo, insisto hasta que lo aprendamos: inspiró a María, sigue guiando la oración eclesial, como si estuviese entonando una lira sonora. En

el Magnificat, María empezó por dejar que se engrandeciera sin inflarse su “alma” y que su “espíritu” se regocijara al admirar y desear estar cerca de la grandeza del Señor. Está absorta en la contemplación, se siente grande, sin creerse grande, menos engrandecerse, ni envanecerse; es consciente de su condición de: “esclava del Señor”, cuando ve lo que en ella hizo Dios, es la hija de Sión, que se siente “jubilosa”, al saber que tendrá un descendiente y qué clase de descendiente. Por su voz, la Iglesia canta la bondad de Dios, por haber enviado a través del Espíritu Santo y de María, “un Salvador”.

La oración que Jesús enseñó a los discípulos nos enseñó y nos dejó, para invocarlo, alabarlo, adorarlo y glorificarlo, además de reconocernos pecadores, sencillamente en el: “Padre Nuestro”, en donde se encierra la misma “palabra” que pide María que se haga en ella, como expresión de su voluntad: “Hágase en mí, según tu palabra”, la menciona preferentemente Jesús en la oración que pidieron y dedicó a los apóstoles: “Y al orar, no hablen mucho como los paganos, ellos creen que por abundantes “palabras”, van a ser escuchados. No hagan como ellos, pues antes que ustedes pidan, su Padre ya sabe lo que necesitan” Sn. Mt. 6,7; “Ustedes recen así: Padre Nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, “hágase” tu voluntad así en la tierra, como en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestra ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos de todo mal”. Amén.

Desde el Antiguo Testamento recogemos: “Yahvé responde: no te equivocas, pues yo estoy así alerta a mi “palabra”, para cumplirla”: Jer 1, 12; Y cumpliré mi “palabra” que di a sus padres, de darles una tierra que mana leche y miel”: Jer 11, 5; “La “palabra” en cuanto revelación y regla de vida, es para ellos luz”. Sal 119, 105; “Así pues, quienquiera que transmita la “palabra”, hay que escucharla”: Is 1, 10; “Palabra” reveladora: Sal. 119, 89; “Palabra” para ponerla en práctica”: Dt 6, 3; “Palabra” para tenerla en el corazón”: Dt 6, 6; “Palabra” para contar con ella y esperar en ella”: Sal 130, 5.

Tantas expresiones similares que emplearía después María en el Nuevo Testamento: María “cree en la “palabra” que le es transmitida por el ángel”: Sn. Lc. 1, 37; “Felices los que escuchan la “palabra” y la ponen en práctica”: Sn. Lc. 11. 27, 28; “Yo sé que son descendientes de Abraham, pero mi “palabra” no tiene acogida en ustedes y por eso tratan de matarme”: Sn. Jn. 8, 37; Sn. Mt. 6. 7, 13. Del mismo San Mateo, 4, 4: “El hombre no solo vive de Pan, sino de la “palabra” que sale de la boca de Dios”; Con una “palabra” Jesús, transmite poderes a los apóstoles: “Yo les digo: todo lo que aten en la tierra, lo mantendrán atado en el Cielo y todo lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el Cielo”: Sn. Mt. 18, 18.

Con una “palabra”, Jesús instituye los signos de la Nueva Alianza: “Mientras comían, Jesús pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomen y coman, esto es mi cuerpo. Después tomó una copa, dio gracias y se

las pasó diciendo. Beban todos de ella, esto es mi sangre de la alianza, que será derramada por ustedes, para el perdón de los pecados”: Sn. Mt. 26, 26, 28; “Pero ella se turbó con esa “palabra” y se preguntaba qué significaba eso”: Sn. Lc. 1, 29; “Pasarán el Cielo y la tierra, pero mis “palabras”, no pasarán”: Sn. Mt. 24, 35; “El “espíritu” es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las “palabras” que les he dicho, son “espíritu” y vida”: Sn. Jn. 6, 63.

Tratando de agilizar y adelantar, refiero que los evangelios sinópticos, dicen sobre las “palabras” de Jesús, que muestran claramente el objeto de esta elección; en la parábola de la semilla: la “palabra” es el Evangelio del Reino, es acogida diversamente por sus distintos partícipes: “La semilla que cayó en tierra buena, es todo aquel que oye la “palabra” y la comprende”: Sn. Mt. 13, 23; o acoge. “pero Jesús le respondió: Dice la Escritura, el hombre no sólo vive de pan, sino de toda “palabra” que sale de la boca de Dios”: Sn. Mt. 4, 4; o la guardan: “Y lo que cae en tierra buena, es como los que reciben la “palabra” con un corazón noble y generoso, la guardan y perseverando, dan fruto” Sn. Lc. 8, 15: “la ven producir fruto”; Así mismo, Jesús en cuanto Verbo, existía en Dios desde el principio y él mismo era Dios: “En el principio era la “Palabra” y la “Palabra” era Dios, ella estaba ante Dios en el principio. Por ello la “palabra”, se hizo todo y nada llegó a ser sin ella. Lo que fue hecho, tenía vida en ella y para los hombres, la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas”: Sn. Jn. 1, 1, 2.

Por lo demás, esta “palabra”, no designa tanto una serie de “palabras del Maestro”, recogidas y repetidas por los discípulos: Sn. Mt. 7, 24, 26; Sn. Lc. 6, 47, 49, la casa fundada sobre la roca, por un lado o sobre la arena por el otro; así mismo, terminado Jesús el Sermón de la Montaña, en que acaba de proclamar la nueva ley, sentencia: opone la suerte de los que oyen su “palabra” y la ponen en práctica, edifican en roca; o la de los que oyen la “palabra” y no la ponen en práctica, edifican en arena: Sn. Mt. 7, 24, 26 y Sn. Lc. 6, 47, 49; “Al presentarles la “palabra” de vida, de ese modo, me sentiré orgulloso de ustedes en el día de Jesucristo, porque mis esfuerzos y mis afanes no habrán sido inútiles”: Flp 2, 16; “palabra” de salvación”: Hch 13, 26; “palabra” segura”: 1 Tim 1, 15; “palabra”, viva y eficaz: “Nosotros, igual que ellos, recibimos una Buena Nueva, pero a ellos de nada les sirvió haberla oído. Porque no creyeron ni se unieron a los que escucharon esas “palabras”: Heb 4, 2.

“HÁGASE TU VOLUNTAD”

Desde que en Jesús se realizó la “voluntad” de Dios en la tierra como en el Cielo, podemos estar seguros los cristianos de ser escuchados en nuestra oración dominical: Sn. Mt. 6, 10. En Getsemaní, percibe Jesús sucesivamente en su aparente contradicción: “lo que yo quiero” y “lo que tú quieres: Sn. Mc. 14. 32, 40; pero supera el conflicto, a base de oración en su soledad, ya que: los discípulos dormían, a pesar de recomendarles: “estén despiertos y oren, para no caer en tentación”, tan recomendada por él, tan abandonada por nosotros, en franca demostración de “nuestra flaca fe” y de “la raquítica confianza en él”, si hiciéramos caso a sus enseñanzas, Nicaragua cambiaría radicalmente, nuestro corazón viviría pletórico de paz, alegría, gozo, paciencia, humildad, todo en y por el Señor, transmitiendo todo lo bueno a los demás. “No se haga mi “voluntad”, sino la tuya”: Sn. Lc. 22, 42. Pero invertimos totalmente, a base de nuestra conveniencia: “No se haga tu “voluntad” Señor, sino la mía/la nuestra”; inventamos y somos patrocinadores y propagadores de nuestro propio Evangelio, interesado en el yoismo, personalismo y todos los defectos que a la hora de la verdad, sacamos como escudo, preocupados sólo por “nuestro y mi bien personal”. Si digo verdad, crucifiquenme con críticas acérrimas. Trataré de aguantar la falsedad, la mentira y los espejismos, en el nombre de Dios. Menos mal que no digo “son ustedes”, sino digo “somos nosotros”, sin personalizar, lo ideal es que seamos congruentes, que no nos bañe el pensamiento de Mahatma Ghandi. “creo en Cristo, no en los cristianos”

Es muy elocuente oír lo que responde María durante la Anunciación. “Yo soy la “esclava” del Señor, “hágase” en mí según tu “palabra”, que viene siendo “hágase en mí, según tu voluntad”: Sn. Lc. 1, 38; al repetir de viva voz de Jesús en el Huerto de Getsemaní: la oración dirigida a Dios Padre: “Dice a los discípulos: quédense aquí, mientras voy a orar. Y tomando a Pedro y los hijos de Zebedeo, Comenzó a sentir tristeza y angustia, diciéndoles: Mi alma está triste hasta el punto de morir, manténganse despiertos. Se adelantó un poco y postrándose hasta tocar la tierra con su cara, suplicaba así: “Padre, si es posible que esta copa se aleje de mí. Pero no se haga mi “voluntad”, sino lo que quieres tú, volvió donde sus discípulos y los encontró dormidos”: Sn. Mt. 26, 36 al 40.

Es más elocuente todavía escuchar la “palabra” concordante pronunciada por Jesús: “Hágase tu “voluntad” así en la tierra, como en el Cielo”, tan hermosa oración, solicitada por los discípulos, para que les enseñara a orar: el Padre Nuestro: Sn. Mt. 6. 9, 15; Sn. Mc. 11, 25 y Sn. Lc. 11. 1, 4, que condensa el cristianismo sincero y puro, oír o leer las indicaciones precisas de Jesús, para que con las “bienaventuranzas”

y los diez mandamientos, orientemos nuestro caminar correcto, nuestra forma de vivir, para obtener una vida plena, compartiéndola en unidad con los hermanos en Jesucristo o no, al igual que María. En el Nuevo Testamento, son inagotables las citas bíblicas: “Los doce reunieron la Asamblea de los discípulos y les dijeron. “No es correcto que nosotros descuidemos la “Palabra” de Dios, por hacernos cargo de las mesas, por lo tanto hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del “Espíritu Santo” y de sabiduría, les confiaremos esta tarea, mientras que nosotros, nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la “Palabra”: Hch 6. 2, 4.

Aquí, vale hacer una consideración. Cuando María dice: “Hágase en mí, según tu “palabra”, es que está diciendo, que se cumpla en mí tu “voluntad”. Ella la interpreta como lo que oye del ángel, además de ser un mensaje, tipo sugerencia, tipo consejo, es la apertura a la puerta del “amor de Dios”, ella obediente, con dudas y preguntas ante algo inusual y sorprendente, acepta gustosa formar parte con la obra redentora a través de su presencia íntima, de la que queda embelesada y completa. Dada la importancia que representa la “palabra voluntad”, haremos referencia sobre lo que encierra en el panorama amplio en la Iglesia Católica.

Desde el Antiguo Testamento, se nos envía el mensaje, recogido por el Catecismo: “Dios interviene primero, al llamar a Moisés, desde la zarza ardiendo: Ex 3. 1, 10. Este acontecimiento quedará como una de las figuras principales de la oración en la tradición espiritual judía y cristiana. “Las virtudes humanas, son disposiciones estables del entendimiento y de la “voluntad” que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Pueden agruparse en torno a cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza”: No. 1834.

“Aunque accesibles a la sola razón, los preceptos del Decálogo han sido revelados. Para alcanzar un conocimiento completo y cierto de las exigencias de la ley natural, la humanidad pecadora, necesitaba esta revelación. “En el estado de pecado, una explicación plena de los mandamientos del Decálogo, resultó necesaria a causa del oscurecimiento de la luz y de la razón y de la desviación de la “voluntad”. San Buenaventura: No. 2071.

Aquí cabe la pregunta real y la respuesta sincera: ¿La “voluntad” de Dios, no fue cumplida con obediencia, disciplina y a cabalidad por María? “Los padres deben mirar a sus hijos, como hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la “voluntad” del Padre de los cielos”: No. 2222.

“Hacerse discípulo de Jesús, es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: “el que cumpla con la “voluntad” de mi Padre celestial, este es mi hermano, mi hermana, mi Madre”: Sn. Mt. 12, 49: No. 2233.

“La sexta “bienaventuranza” proclama: “Bienaventurados” los limpios de corazón, porque ellos, verán a Dios”: Sn. Mt. 5, 8. Los “corazones limpios”, designan a los que han ajustado su inteligencia y su “voluntad” a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad, la castidad o rectitud sexual y la ortodoxia (conformidad con el dogma de una religión) de la fe, en éste caso en la Iglesia Católica, existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe”: No. 2518

“Un número apreciable de hombres y mujeres presentan tendencias homosexuales instintivas. No eligen su condición homosexual, esta constituye para la mayoría una autentica prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ello, todo signo de discriminación injusta. Estas personas están llamadas a realizar la “voluntad” de Dios en su vida y si son cristianas, a unir el sacrificio de la cruz del Señor, las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición”: No. 2538.

“El deseo de la felicidad verdadera aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo y tendrá su plenitud en la visión y la “bienaventuranza” de Dios: “La promesa de ver a Dios, supera toda felicidad”. En la Escritura, ver es poseer. El que ve a Dios, obtiene todos los bienes que se pueden concebir”: San Gregorio de Nisa.”: No. 2548.

Si el “Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob” llamó antes a su servidor Moisés, es que él es el Dios vivo, que quiere la vida de los hombres. Se revela para salvarlos, pero no lo hace solo, ni contra la “voluntad” de los hombres, llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión y Moisés, después de debatirse, acomodará su “voluntad” a la de Dios Salvador”: No. 2575.

“La oración cristiana es una relación de alianza entre Dios y el hombre en Jesucristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la “voluntad” humana del hijo de Dios hecho Hombre”: No. 2564;

“En el Nuevo Testamento, el modelo perfecto de oración, se encuentra en la oración filial de Jesús. Hecha con frecuencia en la soledad, en lo secreto, la oración de Jesús entraña una adhesión amorosa con la “voluntad” del Padre, hasta la cruz y una absoluta confianza en ser escuchada, en el Getsemani”: No. 2620.

“Orar al Padre debe hacer crecer en nosotros la “voluntad” de asemejarnos a Él, así como debe fortalecer un corazón “humilde” y confiado”: No. 2800;

“El primer grupo de peticiones nos lleva hacia Él: “tu nombre, tu Reino, tu “voluntad”. Lo propio del amor, es pensar primeramente en Aquel que amamos. En cada una de estas tres peticiones, nosotros “no nos nombramos, sino que lo que nos mueve, es el deseo ardiente, el ansia” del Hijo amado, por la gloria de su Padre.

Santificado----sea---venga---hágase---estas tres súplicas ya han sido escuchadas en el Sacrificio de Jesucristo Salvador, pero ahora están orientadas, en la esperanza, hacia su cumplimiento final, mientras Dios no sea todavía todo en todos” 1 Cor 15, 28: No. 2804.

“EL MAGNIFICAT”

Después de escuchar María de parte de la prima Isabel, una expresión de alabanza y de satisfacción, por la fe demostrada, ya que se “aferró a lo que esperaba, con la seguridad de las cosas que no se pueden ver”: Heb 11, 1; al igual que Abel, Noel, Abraham, Isaac, Jacob, Sara, etc. Las palabras de Isabel: “Dichosa tú por haber creído que se cumplirán las promesas del Señor”. Versa así:

María dijo entonces: “Proclama mi “alma” la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en la “humildad” de su “esclava” y desde ahora todas las generaciones me llamarán “bienaventurada” (feliz)”

“El poderoso ha hecho en mi favor maravillas. Santo es su nombre.

Y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen”.

“Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón”.

“Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes”.

“A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió sin nada”.

“Acogió a Israel, su “siervo”, acordándose de la misericordia”.

“Como había anunciado a nuestros padres—a favor de Abraham y de su linaje por los siglos”: Sn. Lc. 1. 46, 55.

Después de la anunciación, aún perpleja por el momento que acaba de pasar, cualquier, pero cualquier mujer, se hubiera dejado llevar por un arrebató emocional, terminando en crisis. Miles de doncellas desde en tiempos de Abraham, muchas veces y por siempre, reconocido “el Padre de la fe”, sobre todo desde los días de la realeza, hasta María, habrían alimentado el sueño dorado de llegar a ser la “Madre del Mesías”; varias vírgenes contemporáneas de ella, lo esperaban con ansias, como que fuera una lotería o concurso de belleza, como que a la más bonita le iba a caer el premio, que estaba predestinado a María, la más sencilla y “humilde”. Nada más elocuente que la palabra de Dios, en respuesta a la entrega generosa, al canto amoroso, al discurso profético de María, dedicado a Él y le responde: “Su “alma” era preciosa a los ojos del Señor, por eso, se apresuró de sacarla de entre la maldad”: Sab. 4, 14; “Había recibido como herencia, un “alma” buena”: Sab, 8, 19; “Pero Dios creó al hombre, a imagen de su misma naturaleza, le hizo para que fuera un ser incorruptible”: Sab. 2, 23; “En cambio, las “almas” de los justos, están en manos de Dios y ningún tormento podrá alcanzarlas”: Sab. 3, 1.

Se insinuaba en Israel una especie de leyenda popular, según la cuál toda mujer que daba a luz un hijo varón, entraba a participar indirectamente de la gloria del futuro Mesías. ¿Esperaban el sufrimiento que ello iba a significar de adulto, el Hijo predilecto de Dios? Se retiraban de ipso facto, al momento, a la arrancada, con sólo pensar el dolor causado por la profecía de Isaías, respecto al “Varón de dolores”; durante la presentación en el templo, que el profeta Simeón, la estaba esperando, para dirigirle la premonición seca a María: “Una espada te atravesará el alma”; o bien la pérdida por tres días en el templo, temblarían y se hubieran arrepentido de participar en el supuesto “concurso”, saldrían como las ovejas, trasquiladas. María no. Oye, analiza, contribuye aceptando la oferta del Ángel, voluntaria, decidida y valientemente. Es decir, como gente educada y culta, tenían que entender y saber lo que les esperaba, no por satisfacción, gusto o placer que lo daba a borbotones, sino por el sacrificio que encerraría después de los tres años de prédica, cumplir en el cadalso, por “voluntad” expresa de Dios.

Como consecuencia de este rumor popular, había surgido en Israel, por esa época, una desestimación completa por la virginidad, igual a lo siglo XXI y más aún por la esterilidad (más felicidad todavía en esta época y últimamente en nuestro país); lamentamos que hay países europeos en que sólo viejos existen, no quieren niños, pero se van a acabar esos países desgraciadamente, ¿de qué sirven matusalenes? Ambas consecuencias impedían a las mujeres entrar en la gloria mesiánica. La mayor frustración, era quedar solteras y la triste humillación, ser estériles, enriqueciéndose la Biblia con incontables ejemplos: Ana, Sara, Isabel, las lágrimas derramadas por la hija de Jefté: Jue 11, 38; son un eco de aquella leyenda popular. Es en ese momento que se le anuncia e invita a María que el sueño fantástico alimentado por las vírgenes, iba a realizarse en ella y que además, se iba a consumir de una manera prodigiosa con la intervención excepcional de Dios.

María, mujer serena y reflexiva, ya informada, tomó conciencia de lo que se le comunicaba. Si una mujer no tiene madurez emocional, de tranquilidad y más que todo fe, es normal que se sienta incapaz de controlar sensacionales noticias, la traicionan los nervios, se quiebra por la emoción, desahogándose en llanto partido. Si María fue capaz de quedar en silencio, tranquila, sin comentar ni quejarse, cargando por completo el peso de semejante secreto, significa que se estuvo frente a una real señora, dueña de sí misma. Ahora bien, ¿cuál podría ser, fuera de la gracia, la explicación psicológica de esta fortaleza interior? En primer lugar, era una mujer contemplativa y todo el que posee ese don, es dueño de una gran madurez. Es exactamente un alma admirada, emocionada y agradecida. El (la) contemplativo (a), es una persona seducida o arrebatada por alguien. Siempre está en éxodo, en estado de salida, vuelta hacia el (la) otro (a). Por ello hay madurez y reflexión, tomando voluntariamente la mejor aunque difícil parte, sus reacciones son objetivas y marcadas por la sabiduría.

Por ser auténtica contemplativa, María tiene esa fortaleza interior, basta analizar el Magnificat, en todo momento es una guitarra vibrante, sonora, dirigida al Señor, en armonía íntima. En este lugar, no tiene María ningún punto de referencia, más que la fe, para declararse como “poca cosa”, como en el Salmo 8: “Señor nuestro Dios ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Y además en las armónicas de San Pablo: ¡Oh profundidad de la tierra, de la sabiduría y la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son tus pensamientos, qué indescifrables tus caminos! En el Magnificat resume Isabel: “qué magnifico es nuestro Dios”.

A una mujer asombrada como María, no le importan ni le “mueven sus cosas”; ¡sí las de Dios! Vive desligada de sus intereses. Su mundo interior no puede ser tocado por las noticias referentes a ella. Está más allá y por encima de los vaivenes emocionales. No la deprimen las adversidades. De ahí, la inmovible estabilidad anímica. Como los evangelios hablan poco de María, por estar detrás de la puerta, o bien aislada de la vida pública de Jesús, sin estorbar ni figurar, ya que el objeto era reflejarlo a Él; se mantuvo así todo el tiempo. Su primer sujeto es Jesús niño, adolescente, hombre, acompañándolo y callada participa en lo que puede estar presente, el que sobresale debe ser su Hijo, al que chinea, amamanta, enseña, adoctrina en el mandamiento del Amor, del perdón a la humanidad, rebalsada de esas virtudes de prudencia, modestia, sencillez y humildad.

Las palabras de María en el Magnificat, consideradas como el cántico de María, inspirada en el Cántico de Ana: “Mi corazón alaba a Dios”: 1 Sam 2, 1. Así como en muchos otros pasajes del Antiguo Testamento, además de las principales afinidades literarias, subrayadas por las referencias marginales; de ellas, surgen dos grandes temas: Primero los pobres y socorridos, con detrimento de los ricos y poderosos. Segundo, Israel, objeto del favor de Dios. San Lucas debió dejar este cántico en el ambiente de los pobres, donde quizá lo habrían atribuido a la hija de Sión. Estimó oportuno ponerlo en labios de María, incluyendo su relato en prosa: “Mi “alma” “alaba” al Señor y mi “espíritu” se “alegra” en Dios, mi Salvador, porque se ha dignado mirar la “humildad” de su “esclava”.

María canta el Salmo 104: “Que la gloria del Señor dure para siempre y en sus obras, se regocije, v. 31; Al Señor quiero cantar toda mi vida, salmodiar para mi Dios mientras yo exista, v. 33; yo como sea, me “alegro” en mi Señor”, v. 34.

“MI ALMA ALABA AL SEÑOR Y MI ESPIRITU SE ALEGRA EN SU PRESENCIA”

Ya tratamos el tema: “alégrate”, el de la “esclava”, ahora toca el “alma, alma misma” a la que el profeta Simeón referirá luego en la presentación en el templo, como atravesada por una espada. El “alma”, que de ser una parte que junto con el cuerpo, compone el ser humano, designa al hombre entero, en cuanto animado por un “espíritu” de vida, propiamente hablando, no habita en un cuerpo, sino que se expresa por el cuerpo, el que al igual que la carne, designa también al hombre/mujer, entero/a. Si el “alma” en su relación con el “Espíritu”, indica en el ser humano, su origen “espiritual”, esta “espiritualidad” tiene profundas raíces en el mundo concreto. La mayoría de las veces, se le considera en las variadas lenguas, como que designan el “alma” relacionada más o menos, con la imagen del “aliento”.

El “alma” y el principio de vida, si bien es el “alma” signo de la vida, sin embargo, no es su fuente. Y ésta es todavía una segunda diferencia, que separa la mentalidad semítica (relativa a los semitas, descendientes de Sem) y la platónica (que sigue la filosofía de Platón). Para ésta, el “alma”, se identifica con el Espíritu, cuya emanación, es en cierto modo y confiere al hombre una verdadera autonomía. Según los semitas, no el “alma”, sino Dios, es por su “Espíritu”, la fuente de la vida: Dios le inspiró en el rostro aliento de vida y fue así, el hombre “alma”: Gen 2,7.

Este, como la respiración, es en efecto el signo por excelencia del viviente, a su través penetra por las vías respiratorias el oxígeno, que circula por todo el cuerpo y que como el agua, da vida, o sea, no se puede vivir sin oxígeno y sin agua, se complementan en la circulación. Estar en vida, es tener todavía en sí el aliento: “Entonces me dijo: acércate a mí y mátame, porque me siento mareado, aunque todavía respiro, estoy bien vivo”: 2 Sam 1, 9; “Pablo, entonces, bajó, se inclinó sobre él y después de tomarlo en sus brazos, dijo. No se alarmen, pues su “alma” está en él”: Hch 20 10; “Cuando el hombre muere, sale el “alma” de él”: Gen 35, 18; “Es exhalada”: Jer 15, 9, “Dios mío, por favor, que vuelva el “alma” a este niño”: 1 Re 17, 21. Primero, objetivamente, se llama “alma” a todo ser viviente: Gen 1. 20, 24; Gen 2, 19; pero las más de las veces, se refiere a un país con setenta “almas”: Gen 46, 27.

Un hombre, es un “alma”, es “alguno”: Lev. 5, 1.; “Entonces yo conmigo hablaré. “Alma” mía, tienes aquí muchas cosas guardadas, para muchos años: descansa, come, bebe, pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Necio! ¡Esta misma noche te van a reclamar tu “alma” ¡las cosas que preparaste! ¿Para quién serán?: Sn. Lc. 12. 19, 20; “Al tener ya ahora eso mismo que pretende la fe, la salvación de sus “almas”: 1 Pe 9; “Al aceptar

la verdad, han logrado la purificación interior, la santificación de las “almas”: 1 Pe 1, 22; “En efecto, así como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, “alma” viviente, el último Adán, “espíritu” que da vida” 1 Cor 15, 45; “Cuando abrió el quinto sello, divisé debajo del altar las “almas” de los degollados, a causa de la “palabra” de Dios y del testimonio que mantuvieron”: Ap 6, 9.

De nuevo, acudo a nuestra joya, el Catecismo: “El hombre, con su apertura a la verdad y la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, se interroga sobre la existencia de Dios. En estas aperturas, percibe signos de su “alma” “espiritual”. La semilla de eternidad que lleva en sí al ser indestructible a la sola materia. De Vaticano II: GS 18, 1, su “alma”, no puede tener origen, más que en Dios” No. 33;”

Apolinar de Laodicea afirmaba que en Jesucristo, el Verbo había sustituido al “alma” o al “espíritu”. Contra este error, la Iglesia confesó que el Hijo eterno, asumió también un “alma” racional humana”: DS 149: No. 471.

“El “alma” humana que el Hijo de Dios asumió, está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, este no podía ser, de por sí ilimitado: se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por eso, el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso progresar en: “sabiduría, en estatura y en gracia”: Sn. Lc. 2, 52, e igualmente adquirir aquello que en la condición humana se adquiere de manera experimental: Sn. Mc. 6, 38. Correspondía a la realidad de su anonadamiento voluntario, en la condición de “esclavo”: Flp 2, 7: No. 472.

“A pesar de que la razón humana, hablando simplemente, pueda por sus fuerzas y su luz naturales, llegar a un conocimiento verdadero y cierto de un Dios personal, que protege y gobierna el mundo por su providencia, así como de una ley natural puesta por el creador en nuestras “almas”, sin embargo, hay muchos obstáculos que impiden a esta misma razón usar eficazmente y con fruto su poder natural; porque las verdades que se refieren a Dios y a los hombres, sobrepasan absolutamente el orden de las cosas sensibles y cuando deben traducirse en actos y deciden proyectarse en la vida, exigen que el hombre se entregue y renuncie a sí mismo. El “espíritu” humano, para adquirir semejantes verdades, padece dificultad por parte de los sentidos y de la imaginación, así como de los malos deseos nacidos del pecado original. De ahí procede que en semejante material, los hombres se persuaden fácilmente a la falsedad o al menos a la incertidumbre de las cosas que no quisieran que fueran verdaderas”. SS Pío XII, encíclica *Humanis generis*: DS. 3875: No. 37.

“Maravillosa visión que nos hace contemplar el genero humano en la unidad de su origen en Dios.: en la unidad de su naturaleza compuesta de igual modo en todos de un cuerpo material y de un “alma” “espiritual”; en la unidad de su fin inmediato y de su misión en el mundo; en la unidad de su morada: la tierra, cuyos bienes, todos los hombres, por derecho natural pueden usar para sostener y desarrollar la vida; en la unidad de su fin sobrenatural: Dios mismo, a quienes todos deben tender; en la

unidad de los medios, para alcanzar este fin., en la unidad de su rescate, realizado para todos por Jesucristo”: SS Pío XII. Summi Pontificatus. NA. I: No. 360.

“La armonía en que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades “espirituales” del “alma” sobre el cuerpo, se quiebra”: Gen. 3, 7; “De todos los que han nacido de nuevo en Jesucristo, el signo de la cruz, hace reyes, la unción del Espíritu Santo, los consagra como sacerdotes, a fin de que, puesto aparte el servicio particular de nuestro ministerio, todos los cristianos “espirituales” y que usan de su razón, se reconozcan miembros de esta raza de reyes y participantes de la función sacerdotal. ¿Qué hay en efecto, más regio para un “alma”, que gobernar su cuerpo en la sumisión a Dios? y ¿Qué hay más sacerdotal que consagrar a Dios una conciencia pura y ofrecer en el altar de su corazón, las víctimas sin mancha de la piedad?: San León Magno, sermón. 4, 1: No. 786.

“El que somete su propio cuerpo y domina su “alma”, sin dejarse llevar por las pasiones, es dueño de sí mismo; se puede llamar rey, porque es capaz de gobernar su propia persona, es libre e independiente y no se deja cautivar por una esclavitud culpable”: San Ambrosio. PL 15: No. 908.

“El término “carne”, designa al hombre en condición de debilidad y mortalidad”: Gen 6, 3; Sal. 56, 5. La resurrección de la carne, significa que después de la muerte, no habrá solamente vida del “alma” inmortal, sino que también nuestros “cuerpos mortales”: Rom 8, 11, volverán a tener vida”: No. 990;

“La muerte pone fin a la vida del hombre, como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina, manifestada en Cristo Jesús: 2 Tm 1. 9, 10. El Nuevo Testamento, habla del juicio, principalmente en la perspectiva del encuentro final con Jesucristo, en la segunda venida; pero también asegura reiteradamente, la existencia de la retribución inmediata después de la muerte de cada uno, como consecuencia de sus obras y de su fe. La parábola del pobre Lázaro: Sn. Lc. 26, 32; 2 Cor 5, 8; Heb 9, 27; Heb 12, 23 y la “palabra” de Jesús en la cruz al buen ladrón: Sn. Lc. 23, 43, hablan de un último destino del “alma”, que puede ser diferente para unos y para otros”: No. 1021.

“La enseñanza de la Iglesia, afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las “almas” de los que mueren en estado de pecado mortal, descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y ahí sufren las penas del infierno, “el fuego eterno”: DS 46. La pena principal del infierno, consiste en la separación eterna de Dios, en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad, para las que ha sido creado y a las que aspira”: No. 1035.

“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, para perpetuar por los siglos hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su esposa amada: la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad,

vínculo de amor, banquete pascual, en el que se recibe a Jesús, el “alma”, se “llena de “gracia” y se nos da una prenda de la gloria futura”: No. 1323.

“Dotada de un “alma” “espiritual” e inmortal: GS 14, la persona humana es la única criatura de la tierra a la que Dios ha amado por sí misma”: GS 24, 3. “Desde su concepción está destinada para la Bienaventuranza eterna”: No. 1703.

“Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y verifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el “alma” de los fieles, para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del “Espíritu” Santo en las facultades del ser humano”. “Tres, son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad”: 1 Cor 13, 13. No. 1813.

“Creados a imagen del Dios único y dotados de una misma “alma” racional, todos los hombres poseen una misma naturaleza y un mismo origen. Rescatados por el sacrificio de Jesucristo, todos son llamados a participar en la misma Bienaventuranza divina: todos gozan por tanto de una misma dignidad”: no. 1934;

“La libre iniciativa de Dios, exige la respuesta libre del hombre, porque Dios creó al hombre a su imagen, concediéndole con la libertad el poder de conocerle y amarle. El “alma” sólo libremente entra en la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Puso en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que sólo Él puso en el hombre. Las promesas de la “vida eterna” responden, por encima de toda esperanza a esta aspiración”: No. 2002.

“La sexualidad abraza todos los aspectos de la persona humana, en la unidad de su “cuerpo” y de su “alma”. Conciérne particularmente a la efectividad, a la capacidad de amar y de procrear y de manera más general, a la aptitud para establecer vínculos de comunión con otro”: No. 2332.

¿De dónde viene la oración del hombre? “Cualquiera que sea el lenguaje de la oración (gestos y “palabras”), el que ora es todo el hombre. Sin embargo, para designar el lugar de donde brota la oración, las Sagradas Escrituras hablan a veces del “alma” o del “espíritu” y con más frecuencia del corazón (más de mil veces). Es el corazón el que ora. Si este está alejado de Dios, la expresión de la oración, es vana”: No. 2562.

“La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Jesucristo. Es acción de Dios y el hombre; brota del “Espíritu Santo” y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho Hombre”: No. 2564.

Contrariamente a una concepción muy propagada, el cuerpo, no es un conjunto de carne y de huesos que los humanos poseemos durante el tiempo de nuestra existencia terrena, del que se despoja con la muerte y que finalmente recupera el día de su: resurrección Tiene una dignidad muy superior que San Pablo puso de relieve

en una “teología del cuerpo”. No solo se reduce a la unidad de los miembros que lo constituyen, tal es el sentido griego que le imprime, siguiendo el apólogo (relato alegórico del que se deduce una enseñanza moral) de los miembros y del cuerpo: 1 Cor 12. 14, 27. Concluye: “Ustedes son el cuerpo de Jesucristo y cada uno en su lugar, ”es parte de él” , sino que es propio de la expresión de la persona en sus situaciones específicas: estado natural y de pecador, consagración a Jesús y su gloria. “El cuerpo de Jesucristo, es la “Iglesia”, en las cartas de la cautividad, vuelve Sn. Pablo a la misma doctrina en una perspectiva más completa, que pone más de relieve a Jesús, como cabeza del cuerpo y por lo tanto, de la Iglesia: Col 1, 18 e insiste en su papel cósmico, en cuanto creador: Col 1, 16; Ef 1, 22 y en su superioridad, respecto a los ángeles: Ef 1, 21. Así como un marido ama a su mujer, como a su propio cuerpo: Ef 5, 28, del que él es la cabeza: Ef 5, 23; así Jesús ha amado a su Iglesia y es más, se ha entregado por ella: Ef 5, 25, siendo como es, el Salvador del cuerpo. Así la Iglesia que es su cuerpo, su plenitud: Ef 1, 23, siendo la cabeza, garantiza la unidad de este cuerpo. Así pues, todos nosotros somos miembros: Ef. 5, 30, todos seremos reconciliados y Dios así lo quiera, que en Nicaragua, formemos un solo cuerpo, con un solo Pastor, Jesucristo, dentro de la única Iglesia fundada por Él Mismo.

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA”

“Dijo María: Mi “alma” alaba al Señor y mi “espíritu” se “alegra” en Dios, mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la “humildad” de su “esclava”. Por eso, desde ahora, todas las generaciones me llamarán: “Bienaventurada”: Sn. Lc. 1. 47, 48.

Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, también inicial, porque como una primicia, es María quien estrena la “palabra”: “Bienaventurada” en el Nuevo Testamento o en los inicios de los evangelios, repetimos este culto; se diferencia bien del dedicado al “Verbo Divino encarnado”, que merece ser “adorado”, lo mismo que a “Dios Padre” y al “Espíritu Santo”; en María, nos limitamos: a “amarla, quererla, venerarla” y lo favorece eficazmente, ya que los católicos, hemos llegado al convencimiento y conocimiento, posterior a Vaticano II, que bien nos lo enseñó. Las formas de Piedad hacia la Madre de Dios Hijo, que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa (conforme con el dogma) de acuerdo con las condiciones de tiempo y lugar hacen que al ser honrada la Madre, mayormente el Hijo, por razón del cual son todas las cosas: el “principio y fin”, el “alfa y la omega”, dice el Señor Dios: “aquel que es, era y será” y que ha de venir, el Todopoderoso”: Ap 1, 8. En el que se satisfizo el Padre eterno, en quien habitase toda plenitud: Col 1, 19, fuera mejor conocido, adorado, amado, alabado y glorificado y que a la vez, sean cumplidos sus mandamientos y su santa “palabra”.

San Lucas, debió ofrecer en el cántico del Magnificat, en el ambiente de los pobres preferentemente, donde quizá se lo habrían atribuido a la hija de Sión; estimó oportuno ponerlo en labios y voz de María, inspirada en el Espíritu Santo, incluyendo su relato profético y sapiencial; no más que en prosa.

El (la) hombre/mujer, quiere la felicidad, la que consiste en: vida, paz, gozo, bendición, trabajo, reposo, esparcimiento, educación, cultura. Todos estos bienes deseados, aspirados y esperados por todos (as), a veces merecidos o no, están debidamente incluidos en la fórmula por la que se declara alguien: “feliz” más que lo contrario: “infeliz”, a quien o quienes no se le (s) desea este estado insano de ánimo, plagado de incertidumbre, tristeza, soledad o bien llamado (a) el (la) “desgraciado” (a). Cuando el sabio proclama: “dichosos los pobres, desgraciados los ricos”, no quiere pronunciar ninguna bendición que proporcione la felicidad, ni una maldición que produzca la infelicidad, sino que tiene por objeto, exhortar en nombre de su experiencia de “felicidad”, a seguir y continuar en los caminos que conducen a ella, es obligación de todo el que se diga Hijo de Dios, buscar su bien, su felicidad, satisfacer

el bien propio y no nos olvidemos aspirar al bien general, a base de buenas acciones, incluso a través de la “política”, que ejercida honestamente, conduce a “buscar el bien general”, proclamado por nuestra Santa Iglesia Católica de Nicaragua, a conseguirse a través de fuentes de trabajo, proporcionar condiciones óptimas en atención de la Salud, mejorar los niveles educativos a base de principios morales, conceptos éticos, volver a la educación cívica, trato social y humanidades, abarcando primaria, secundaria y profesional, lo ideal en un país que aspira al desarrollo y al progreso; con esas condiciones tendidas como alfombra, encaminada a todos nuestros niños y adolescentes, se favorece la felicidad familiar y por ende el bien y la felicidad general y nacional. Se actúa en función netamente de Dios en nuestro ambiente patrio y que Dios nos ayude a seguir en su camino, para satisfacer nuestras legítimas necesidades.

Para comprender el alcance y el significado de numerosas máximas de sabiduría, hay que situarlas en el clima religioso en que fueron enunciadas. En efecto, si la “Bienaventuranza” supone que su fuente está en Dios, conoce no obstante una evolución lenta, pero segura, que va de lo terrenal a lo celestial. Se resume por lo tanto, “felicidad y gloria” en Dios, como en María, por lo que se supone y espera, que siendo la Madre de Dios Hijo, sea favorecida por la constancia de su devoción y su amor demostrados, con ejemplar comportamiento de humildad, sencillez, aceptación, entrega en la espera paciente, sin cuestionar, ni oponerse a la “palabra” del ángel que la visitó, enviado por Dios Padre. Se ganó su título, con honores; adquirido magistralmente con la “humildad” de “esclava”, no pidiendo nada, dándolo todo.

A diferencia de los dioses griegos, saludados ordinariamente con el título de “bienaventurados”, por encarnar el sueño del hombre. La Biblia no se detiene en la felicidad de Dios: “Según el Evangelio glorioso de Dios: “Bienaventurado, como a mí me fue encargado”. San Pablo: 1 Tim 1, 11; “A su debido tiempo, Dios lo manifestará, el único soberano, Rey de Reyes, Señor de Señores”: 1 Tim 6, 15, Que no tiene punto de comparación, a la felicidad a que María aspira. Dios, en cambio, el Dios de la Gloria, lo que sugiere es una segunda diferencia, mientras que los dioses griegos, gozan de su felicidad, a su modo, sin preocuparse ni un rato por la suerte de los demás humanos, preocupación constante y perenne de nuestro Señor Dios del Cielo y la Tierra, quien se inclina bien intencionado y solícito, hacia todos (as) los (las) hombres/mujeres, especialmente hacia su pueblo.

La “Bienaventuranza” por tanto, deriva de la “gracia divina” y es participación de su gloria. Dios mismo y las “bienaventuranzas”, a través de las proclamaciones que abundan en la literatura sapiencial, de las cuales, incluso todo lector de la Biblia, descubre en qué consiste la verdadera felicidad y porqué debe buscarla: “Dichoso el que busca a Yahvé, será poderoso, bendecido”: Sal 112, 1, ss; “Tendrá numerosos hijos”: Sal 128, 1 ss; si quiere procrearse: “Vida, salvación, bendición, riqueza”: Prov 8, 34, ss; “hallarla”: Prov 3, 13, ss; “ejercitarse en ella”: Eclo 14, 20; “cuidar al pobre”: Sal 4, 12; en una “palabra”, ser justo.

Por estos motivos, el sabio invita a transitar en los “caminos de la verdadera felicidad”; sin embargo, no limita su horizonte a la retribución esperada o más bien, muestra que la recompensa esperada es Dios. La lógica del sabio, cede entonces ante la experiencia del fiel piadoso, que ha comprendido que con Dios, lo tiene todo y puede vivir en una confianza sin límites; no se expresa ningún motivo, sino una simple afirmación: “Dichosos los que esperan en Él” o “Dichoso el hombre que confía en ti”: Sal 84, 13; “Felices” los que se refugian en ti”: Sal 2, 12; “feliz” tu invitado, tu elegido”: Sal 65, 5. Si el israelita teme a Dios, observa su ley, escucha a la sabiduría, es que espera la “felicidad” por recompensa; los más espirituales, incluso la poseen ya, lo que significa para ellos, estar con Dios por siempre”: “Me enseñarás la senda de la vida, gozos y plenitud en tu presencia, delicias para siempre a tu derecha”: Sal 16, 11.

Jesús, no es sencillamente un sabio de gran experiencia, sino uno que vive plenamente la “Bienaventuranza”, que propone y propuso la aceptación en María, que la entendió y proclamó: “Todas las generaciones me llamarán “Bienaventurada”, siendo “palabra” clave empleada por ella, por primera vez en los evangelios y que después Jesús las emplea ordenadamente, situadas en el frontispicio del sermón inaugural de la Montaña, ofreciendo según Sn. Mt. 5. 3, 12, el programa de la felicidad cristiana. En la versión que expresa San Lucas, van emparejadas atestiguando el infortunio, que preconizan el valor superior de ciertas condiciones de vida: Sn. Lc. 6. 20, 26. Estas dos interpretaciones, no pueden sin embargo, reducirse a la beatificación de las virtudes o de estados de vida. Una y otra se compensan; sobretodo, no dicen su verdad, sino a condición de ser referidas al sentido que Jesús viene de parte de Dios a decir un “sí” solemne a las promesas del Antiguo Testamento.

Se da el Reino de los cielos, se suprimen las necesidades y las aflicciones, se otorga en Dios, la misericordia y la vida. En efecto, si bien, ciertas “bienaventuranzas” se pronuncian en futuro, la primera que contiene virtualmente las otras, va a actualizarse desde ahora. Pero hay más, las “bienaventuranzas”, son un “sí” pronunciado por Dios, en Jesús. Mientras en el Antiguo Testamento, llegaba a identificar la “Bienaventuranza” con Dios mismo; Jesús se presenta a su vez, como el que las cumple y realiza la aspiración a la “felicidad”, dado que en el Reino de los cielos, está presente en Él. Más aún, Jesús quiso encarnarlas, viviéndolas personalmente, mostrándolas personalmente y mostrándose: “manso y humilde” de corazón. Incluso fue consecuente, “si dio su vida” para asentar con la verdad, que lo por Él predicado, fue de “fiel cumplimiento”, consecuente hasta en la muerte misma, con eso lo demostró.

Nuestro Catecismo, nos dice: “Oh Trinidad, luz “bienaventurada” y unidad esencial: (Himno de vísperas): Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso. Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar la gloria de su vida “Bienaventurada”: No. 257.

“Es verdad fundamental que la Escritura y la Tradición, no cesan de enseñar y de celebrar. El mundo ha sido creado para la gloria de Dios”: Vaticano I: DS 3025.

Explica San Buenaventura: “No para aumentar su gloria, sino para “comunicarla y manifestarla”, porque Dios no tiene otra razón para crear, que su amor y su bondad: “Abierta su mano con la llave del amor, surgieron las criaturas”: Santo Tomás de Aquino. Concilio Vaticano I explica: “En su bondad y por su fuerza poderosa, no para aumentar las “bienaventuranzas” ni para adquirir su perfección, sino para manifestarla por los bienes que otorga a sus criaturas, el solo verdadero Dios, en su libérrimo (superlativo de libre) designio, en el comienzo del tiempo creó de la nada a la vez una y otra criatura, la espiritual y la corporal” DS 3002: No. 293.

“Dotada de un “alma” “espiritual” e inmortal: GS 14, la persona humana, es la única criatura de la tierra a la que Dios ha amado por sí misma: GS 24, 3. Desde su concepción está destinada a la “Bienaventuranza” eterna”: No. 1703.

“El Nuevo Testamento utiliza varias expresiones para caracterizar la “Bienaventuranza” a la que Dios llama al hombre: la llegada del Reino de Dios: Sn. Mt. 4, 17; la visión de Dios: “Dichosos” los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”: Sn. Mt. 5, 8; la entrada en el “gozo” del Señor: Sn. Mt. 15, 21. La entrada en el descanso de Dios”: Heb 4. 7,11. “Allí descansaremos y veremos; veremos y nos amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá al fin sin fin. ¿Y qué otro fin tenemos, sino llegar al Reino de Dios, que no tendrá fin? San Agustín. No. 1720.

“Bienaventurados” los pobres de espíritu”: Sn. Mt. 5, 3,”bienaventuranzas” que revelan un orden de felicidad y de “gracia”, de belleza y de paz. Jesús celebra la “alegría” de los pobres, a quienes pertenece ya el Reino”: Sn. Lc. 6, 20. “El verbo llama “pobreza en el Espíritu” a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia: el apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios, cuando dice: “Se hizo pobre por nosotros”: 2 Cor 8, 9. San Gregorio de Nisa: No. 2546

“El deseo de la “felicidad” verdadera, aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo y tendrá su plenitud en la visión “Bienaventuranza” de Dios. “La promesa de ver a Dios, supera toda “felicidad”. En la Escritura, ver es poseer. El que ve a Dios, obtiene todos los bienes que se pueden concebir”: San Gregorio de Nisa: No. 2548.

“La alabanza es la forma de orar que reconoce de la manera más directa, que Dios es Dios. Le canta por Él mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que Él es. Participa en la “Bienaventuranza” de los corazones puros que le aman en la fe, antes de verle en la Gloria. Mediante ella, el “Espíritu” se une a nuestro “espíritu”, para dar testimonio de que somos hijos de Dios: Rom 8,16, da testimonio del Hijo único en quien somos adoptados y por quien glorificamos al Padre. La alabanza integra las otras formas de oración y las lleva hacia Aquel que es su fuente y su término; “un solo Dios, el Padre, del cuál proceden todas las cosas y por el cuál somos nosotros”: 1 Cor 8, 6: No. 2639.

Abarcadas las “bienaventuranzas” en el Antiguo y el Nuevo Testamento y en el pensamiento de la Iglesia, relacionado a la intervención que tiene y pregona Jesús, por medio de su “palabra”, lo correspondiente al “Cántico de María”: “y desde ahora, todas las generaciones, me llamarán “Bienaventurada”: Sn. Lc. 1, 48, después continúa y reconoce: “Porque ha hecho maravillas el que es Todopoderoso y su nombre, es Santo”: Sn. Lc. 1, 49. Desde ese momento, por el pregón de María, será reconocida y alabada por todas las generaciones, en todo tiempo y lugar. Hay quienes preguntan un poco desconcertados: ¿Es que a María le gustaban las alabanzas? Empleó “palabras” provenientes de la inspiración del Espíritu Santo, ya que su humildad, no le permitía la auto alabanza: ¿El o la verdaderamente humilde, no se recrea más en los insultos que en los aplausos? “Es necesario sufrir mucho, para entrar al Reino de Dios”: Hch 14, 22; ¿No dijo Jesús que nos alegráramos cuando nos desearan todo mal y que nos entristeciéramos cuando nos alabaran?

Podríamos apurar y repujar más nuestros problemas, en aras a llevar a la verdad: ¿Regocijarse en los propios dones espirituales, no es un genero de vana “complacencia”, más sutil y más peligrosa que la simple vanidad por las cualidades naturales? No nos equivoquemos. No podemos negar que la profecía de la Virgen, se ha cumplido honestamente, hasta nuestros días. Desde los primeros tiempos, los santos padres, le dedicaron poemas, oraciones, sermones, llenos de amor, de alabanza en honor a la Santísima Virgen María. Y a medida que avanza el tiempo, parecería que la devoción oficial y popular de la Iglesia, se ha incrementado, pero: “Ella sigue siendo la humilde esclava, a los pies del Señor Jesús”.

Los últimos Papas, han sido profundamente marianos, por ello, dedicamos en otra parte, un capítulo: “Antología mariológica”, aunque vale destacar algunos pensamientos positivos: “SS Pío IX, fue quien definió el dogma de la Inmaculada Concepción, sin discusión; SS Pío XII, declaró el de la Asunción de María a los cielos; SS Pablo VI, acuñó un nuevo título glorioso, al finalizar Vaticano II, llamando a María, Madre de la Iglesia y dedicó el Culto a María (Marialis cultus), el documento oficial, más extenso, completo y devocionario del Magisterio eclesiástico; SS Juan Pablo II, no concluye ninguna alocución, homilía, encíclica o enseñanza, sin antes encomendarse a sí mismo y a la Iglesia bajo la protección maternal de la Virgen. Eso en cuanto a la devoción jerárquica. Y es que la Iglesia fundada por Jesucristo, ama, venera y respeta a nuestra Santa Virgen María a la que Dios “dedica todas sus complacencias”.

Y qué mejor que cerrar este capítulo, dedicado a la “Bienaventurada” de Dios, “palabra” que puso en su boca el “Espíritu Santo” y que Jesús lanzó, ya explicado antes, desde el monte, repitiendo todas y cada una de ellas, de las cuales, María fue una fiel intérprete en su devenir histórico, temporal, terrenal y luego celestial. Recogemos estas valiosas: proféticas, docentes oraciones y ponemos nuestra mayor buena voluntad, para ensalzarlas y aprenderlas con la ayuda de Jesús, quien las

brindó y regaló a la multitud, mejor reflejadas y más completas en el Evangelio de San Mateo, que en el de San Lucas, en donde el Epílogo sí es más elocuente, por lo que vale complementarlos:

Tomado de San. Lucas: 6. 17, 20: “La muchedumbre sigue a Jesús, bajando con ellos, se detuvo en un paraje llano; había ahí una gran multitud de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser sanados de sus enfermedades y los que eran molestados por espíritus inmundos, quedaban curados. Toda la gente procuraba tocarlo, porque salía de él, una fuerza que sanaba a todos”. Él entonces levantó los ojos hacia sus discípulos: “Entonces comenzó a hablar y les enseñaba diciendo:

Bienaventurados (felices) los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consuelo.

Bienaventurados los pacientes, porque ellos recibirán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos, serán saciados.

Bienaventurados los compasivos, porque ellos recibirán misericordia.

Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Bienaventurados ustedes, cuando por causa mía los insulten, los persigan y les levanten toda clase de calumnias. Alégrense y manténganse contentos, porque su recompensa será grande en el cielo, porque así persiguieron a los profetas que vinieron antes de ustedes”: Sn. Mt. 5. 2, 12.

Por continuar en el mismo ambiente y sintonía, es necesario relatar los deseos de Jesús que regala al final del Sermón de la Montaña, como conclusión de las “bienaventuranzas”: “Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal deja de ser sal, ¿Cómo podrá ser salada de nuevo? Ya no sirve para nada, por lo que se tira fuera y es pisoteada por la gente. Ustedes son la luz del mundo: ¿Cómo se puede esconder una ciudad asentada sobre este monte? Nadie enciende una lámpara para taparla con un cajón; la colocan más bien en un candelero y alumbr a todos los que están en la casa. Hagan pues, que brille su luz ante los hombres, que vean estas buenas obras y por ello den gloria al Padre de ustedes que está en los cielos: Sn. Mt. 5. 13, 16. Porque: “el Padre, es más grande que yo” Sn. Jn. 14, 28.

“LAS BODAS DE CANÁ”

“**T**res días más tarde, se celebraba una boda en Caná de Galilea y la Madre de Jesús estaba allí. También fue invitado Jesús a la boda con sus discípulos. Sucedió que se terminó el vino preparado para la boda y se quedaron sin vino. Entonces la Madre de Jesús, le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: ¿Qué tengo yo contigo mujer? Todavía no ha llegado mi hora. Dice su Madre a los

Sirvientes: “Hagan lo que él les diga”. Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de cien litros cada una. Les dice Jesús: “Llenen las tinajas de agua” y las llenaron hasta arriba. Saquen ahora el vino y llévenlo al mayordomo y ellos se lo llevaron. Después de probarlo, el mayordomo dijo al novio, pues no sabía de donde provenía, a pesar de que lo sabían los sirvientes que habían llenado de agua”. Y le dijo: “Todo el mundo sirve al principio el vino mejor y cuando todos han bebido bastante les dan el de menos calidad, pero tú has dejado el mejor vino para el final. Esta señal milagrosa (signo) fue la primera y Jesús la realizó en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él”: Sn. Jn. 2. 1, 12.

En este apartado genial de milagros, la fe de María por ser adhesión plena a la “palabra” de Dios, tiene confianza en Él, así como en su divino Hijo, Dios hecho Hombre, actúa con obediencia amorosa a la voluntad del Padre y deseo del Hijo. Va comprobando cómo Jesús, realiza ejemplarmente la voluntad de Dios Padre. Experimenta fielmente ella, que los caminos de Dios, no son los caminos de los (as) hombres/mujeres.

El diálogo que se instala, es producto de un procedimiento literario. San Juan, más que ofrecer el acontecimiento materialmente histórico, quiere proponer una doctrina teológica, de ahí lo estilizado del diálogo, reducido a su mínima expresión, lo que difícilmente se ajusta a lo que acontece en la naturalidad de la vida: “Habiendo faltado el vino, la Madre de Jesús, le dice: ¡No tienen vino! Jesús le responde secamente:” ¿Qué hay entre tú y yo mujer, todavía no llega mi hora?; entre otras versiones: ¿Qué tengo yo contigo mujer? Y varían: ¿Mujer, porqué te metes en mis asuntos? Muchos se alegran del supuesto cortón de Jesús para su Madre, sin embargo, no nos enredemos, menos que nos dejemos enredar. Dejando a un lado, las consideraciones despectivas, si las hay, el evangelista, fija su atención en el vino, que es el problema crucial planteado a María y después ella, conocedora de que el “hacedor de milagros”, puede sacarlos del atolladero, le dice: “No hay vino”, con el fin de deleitar a los invitados, entre los cuales estaban los doce sedientos apóstoles. Ante esta situación caótica, las mujeres acuciosas, con doble sentido de percepción

y de fijarse en detalles, más que en nosotros los hombres. Por ello, su Madre directa y cortésmente, expone el problema al Hijo. Es preocupación singular y particular en ella.

Con esas palabras de “no tener vino”, le entrega el poder protagónico delicada y respetuosamente y de fácil solución al divino Hijo: que sea Él quien surja solucionando el problema en que se hallan los anfitriones, ante los comensales impacientes de seguro, como suele suceder. Ella no le pide el milagro, aunque supone que tiene la capacidad suficiente de realizarlo, con esperanza, con confianza y casi seguridad, por la vocación de Fe, que la anima. Esa formulación de espera expectante, no sólo de María, sino de comensales, anfitriones, servidores, tiene similitud o es paralela, aunque, situaciones distintas, no parecidas siquiera, con las hermanas de Lázaro, que Marta expresa a Jesús a modo de disimulado reclamo: “Si hubieras estado aquí, Lázaro no hubiera muerto, pero aún así, yo sé que puedes pedir a Dios, cualquier cosa y Dios te la concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará” y ante la espera: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá”. Se realiza otro milagro, tejido del acostumbrado intercambio de “palabras”. Sn. Jn. 11. 1, 26.

Por otra parte, el vino en la literatura bíblica, era un elemento cargado de simbolismo para los profetas, era símbolo de regocijo y “felicidad” por la futura restauración de Israel: Am 9, 14; Os 14, 8; Jr 31. 5, 12; Is 25, 6; Jl 2, 19 y para los evangelistas, el “vino nuevo”, imagen de los tiempos mesiánicos y de festín escatológico (conjunto de creencias y doctrinas, referentes a la vida de ultratumba): Sn. Mc. 2, 22; Sn. Mt. 26, 29; Sn. Lc. 22, 18. San Juan, escoge este sentido simbólico inherente al vino, a través de esta escena, para cerrar con broche de oro con la Epifanía del Señor. (Apariciones de Jesús, El día del Señor).

María en su intervención inicial, reflejada por San Juan, va más allá de “un simple vino”, contemplando otra realidad superior simbolizada. María sabe que se ha terminado el vino, el vino del amor, de la paciencia, de la sencillez, de la humildad, del compañerismo, del cariño, de la sencillez, de la honestidad. Etc. Escudriñando la respuesta de Jesús, se encuentra la riqueza que encierra. La traducción literal, sería: ¿Qué nos va a ti y a mí? o ¿Qué hay entre tú y yo? Sólo se puede entender correctamente a la luz de la tradición bíblica: “Jefté envió mensajeros al rey de los ammonitas (Ammon), que le dijeran: ¿Qué hay entre tú y yo? Para que vengas a atacarme en mi propio país: Jue 11, 12; David, dijo a Abisai: ¿Qué tengo yo con ustedes, hijos de Sarvia, que se convirtieron hoy en adversarios míos? ¿En un día como hoy, va a morir alguien en Israel?: 2 Sam. 19, 23; La viuda de Sarepta, interpela a Elías: ¿Qué hay entre tú y yo, hombre de Dios? ¿Es que has venido a mí, para recordar mis faltas y hacer morir a mi hijo? 1 Re 17, 18.

De estos ejemplos se interpreta un tipo de respuestas interrogativas, que parecen duras, pero manifiestan que había: “acuerdos previos o relaciones anteriores”, con armonía tácita, segura entre los interlocutores, entre dos personas afines; pero de

pronto, una intervención venida de las partes, pone en peligro la paz y tranquilidad mutua, ante tal amenaza, la otra parte, exclama: ¿Qué hay entre tú y yo? ¿Qué está pasando? Parece que hay confianza, cierto grado de sinceridad, pero se entiende que se rompe la armonía. Por ello, la fórmula estereotipada (gestos, formas, expresiones, que se repiten sin variación): ¿Qué hay entre tú y yo? Indica que la insinuación de María, sin ser impertinente, imprudente, con mucha claridad, confianza, está más buscando solución satisfactoria, con la seguridad de conseguirla, pero pone en peligro la paz, la armonía que existe entre ellos.

El término empleado por Jesús: “mujer”, al dirigirse en varias ocasiones a su Madre, empleaba el patronímico (entre griegos y romanos, se decía del nombre, que derivado del perteneciente al padre o madre u otro antecesor y aplicado al hijo, denotaba a este, como tal), igual lo empleaba Jesús con su Madre. No es una “palabra” de menosprecio, pues se dirige a personas a las que se ama o se respeta, porque la “palabra” “mujer”, exige; respeto, por la connotación que representa: Sn. Jn. 20, 13. A María Magdalena: “mujer” ¿porqué lloras? Le respondió: porque se han llevado a mi Señor y no sé donde lo han puesto”: Sn. Jn. 20, 13. Sin embargo, parece ser un título que lleva solemnidad insólita (“palabra” poco empleada, no común, ni ordinaria).

Si Jesús se dirige de esta manera a su Madre, significa que intenta moverse a un nivel diferente al de las relaciones simplemente filiales (esta escena es pública, no privada) y que la quiere considerar sencilla y llanamente como: “mujer”. Este título dado a su “Madre”, es semejante al que emplearía él mismo en la cruz, es un “anuncio”: Sn. Jn. 19, 26: “mujer, ahí tienes a tu hijo”, o sea lo emplea en varias ocasiones y en público. Con ello, no desautoriza su filiación de: “Madre”. Cosa rara u omisión en la Biblia, pocas veces dialogaron, no como guardando distancia, sino se supone con supremo respeto, pero siempre con cariño, bondad, sinceridad y sencillez. Por otra parte, en Caná, igual que en el “calvario”, ilumina con luz refleja, ambos eventos importantes.

“Todavía no llega mi hora”, parece ser el punto clave que clarifica: ¿Qué hay entre tu y yo? y “mujer”, la tres intervenciones de Jesucristo en todo este diálogo: Madre-Hijo, Hijo-Madre. La “hora” es en el Evangelio de San Juan; el momento en que se realiza la obra para la cuál cada uno había sido destinado; como Médico que soy, apruebo la “hora de la mujer”, cuando da a luz: Sn. Jn. 16, 21. La “hora de los judíos”, será cuando persigan y den muerte a los discípulos de Jesús: Sn. Jn. 16. 3, 4. Pues bien explicado y entendido, la “hora de Jesús”, es el momento sublime en que se va a llevar a cabo definitivamente, la “misión” para la cual había sido enviado del Cielo a la tierra y “esa hora”, será la: “glorificación en la cruz” y no solo la muerte, sino, que después vendrá la “hora” triunfal y definitiva de la resurrección y la ascensión a los cielos.

El triunfo de la vida sobre la muerte, en que la derrota y lo dice Jesús a: “Satanás, el mal llamado Príncipe de este mundo, que en mí no tiene poder”: Sn. Jn. 14, 30. Es

la “hora” del paso de este mundo, al Padre: Sn. Jn. 7, 30; Sn. Jn. 8, 20; la “palabra” pronunciada por el propio Jesús: “Ha llegado la “hora” de que sea glorificado el Hijo del Hombre”: Sn. Jn. 12, 23, 27; Sn. Jn. 13, 1; Sn. Jn. 17, 1. Todas hablan de la “hora” que Jesús le dijo a María: “no te precipites, no adelantes la “hora”, que aún no ha llegado”, es un detente a la precipitación angustiosa y necesaria para el servicio, de su Santísima Madre, favoreciendo el primer milagro.

Cuando María expone la situación urgente a su divino Hijo, de enfrentar a los novios con los anfitriones y los invitados, habiendo crisis de: “no tienen vino”, Jesús interpreta esas “palabras”, como que le estuviera sugiriendo proporcionar un vino que solo podría dar cuando “llegara su hora”, la de su pasión, muerte y resurrección, como que ella sugiriera que la “adelantara”. A Él todo le parece prematuro. He ahí la respuesta. Es como que le dijera: “mujer”: ¿Porqué estamos en desacuerdo? No sintonizamos, no coincidimos ni en pensamiento ni en “palabra”. “Fíjate lo que me estás pidiendo, que adelante la “hora” ¿Te das cuenta lo que pides?

Conociendo la clave del mensaje que emplea el evangelista San Juan, sobre el diálogo descrito antes, derivó con la orden categórica de María: “Hagan lo que Él les diga”, “palabra” que vendrá a enseñarnos, la concordancia con las palabras pronunciadas posteriormente por Dios Padre, con respecto al Hijo de ambos. María percibe en el tono de las palabras, que algo va a suceder y es por eso, que se atreve a decir: “hagan lo que Él les diga”, limitaría en apariencia el deseo de poner remedio al difícil momento que transcurre en la Boda, sin embargo, para San Juan, es una reminiscencia (el recuerdo de una cosa casi olvidada) de la “palabra” empleada por el Faraón, cuando dejaba a José, los problemas de los menesterosos en Egipto: Gen 41, 55; es una voz que aparece resonante con la fórmula empleada por el pueblo de Israel, para ratificar la alianza del Sinaí o renovar los compromisos: Ex 19, 8; Ex 24, 3, 7; Dt 5, 27; Jos 25, 24; Esd 10, 12. Es una “palabra” que concordará después, en la Teofanía de Dios Padre, en el Tabor:

“Estaba Pedro todavía hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz que salía de la nube dijo: “Este es mi Hijo, el amado; este es mi elegido “Escúchenlo”: Sn. Mt. 17, 5, que hubo hecho el mismo eco anteriormente en el momento del bautizo de Jesús en el Jordán: “En este momento se abrieron los cielos y se vió al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre Él. Al mismo tiempo, se oyó una voz del Cielo, que decía: “este es mi Hijo, el amado, este es mi “Elegido”: Sn. Mt. 3, 16, 17.

María deja confiadamente su súplica en manos de Jesús, tomando actitud “paciente, a la vez de orante y meditante”, logró conseguir el Milagro de Dios, a través de su súplica y la obediencia del Hijo. Si logramos entender: “Hagan lo que Él les diga”, con “Escúchenlo”, que se oye en la Transfiguración del Tabor, a través de la nube, que transmitía la voz de Dios, tenemos que hacer comparación: “Hagan todo lo que Él les diga” y “Escúchenlo” o si las invertimos: “Escúchenlo y Hagan

todo lo que él les diga”, se están juntando la inspiración del Espíritu Santo en María y la de Dios en el Tabor, no tienen una pizca de discusión, de divergencia, no se contradicen, no se divorcian una de la otra, más bien se compaginan y convergen en la evangelización, para “ser escuchado”, precisamente: Jesús vino a Evangelizar a través de su “palabra”, de sus acciones, de su comportamiento y de su vida. Lo hizo para que nosotros: “Tuviéramos vida y vida en abundancia”: Sn. Jn. 10, 10; “El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. El que quiera asegurar su vida, la perderá, pero el que sacrifique su vida por mí, la hallará: Sn. Mt. 16. 24, 25; “A lo largo del camino, proclamen: El Reino de los cielos está cerca”: Sn. Mt. 10, 7; “Sanen a los enfermos y díganles: El Reino de Dios, ha venido a ustedes”: Sn. Lc. 10, 9; “Conviértanse, porque el Reino de Dios ha llegado”: Sn. Mt. 4, 17; “En verdad les digo: el que guarda mi “palabra”, no probará la muerte jamás”: Sn. Jn. 8, 51; “Como el Padre que es vida me envió y yo vivo por el Padre, quien me coma, vivirá por mí”: Sn. Jn. 6, 57; “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá luz y vida”: Sn. Jn. 8, 12; “No se turben, crean en Dios y crean también en mí: Sn. Jn. 14. 1; “No juzguen a los demás y no serán juzgados ustedes”: Sn. Mt. 7, 1; “El Espíritu del Señor, está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres, la Buena Nueva; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de “gracia” del Señor”: Sn. Lc. 4. 18, 19; “El Padre Nuestro: Sn. Mt. 6, 9; “Las bienaventuranzas”: Sn. Mt. 5. 2, 12. ”Los mandamientos de la ley de Dios”: Sn. Mc. 12. 28, 34.

El humilde de los humildes, ha proclamado desde el Antiguo Testamento y compartió su llana “palabra” en las bodas de Caná, con María su bendita Madre, la “humildad” de su “esclava”. Habiendo escuchado una parte de las “palabras” de Jesús, le hallamos la razón a estas dos participaciones: la de María y la de Dios en el Tabor, dándonos instrucciones que hoy más que nunca tienen prevalencia y eco a mas de dos mil años, son de urgente necesidad para el mundo de hoy, aquí y en todas las naciones. Esas “palabras” sirven para edificar o preparar la venida del Reino de Dios. Ambas tienen significado parecido, aunque gramaticalmente suenan distinto, pero por provenir de Dios, se conjugan y armonizan espléndidamente: “hagan lo que Él les diga”; de inmediato: “escúchenlo-hagan lo que él les diga-escúchenlo-hagan lo que él les diga”. Pareciera un juego, sin embargo, hay concordancia bíblica.

San Juan, termina el relato, afirmando enfáticamente, que Jesús hizo esa conversión del “agua en vino”, como principio de sus signos, ahí inaugura con el 43 primer milagro. Por supuesto que no fue su único signo, solamente una señal orientadora de primera importancia. Es como una síntesis y primicia, de los signos que vendrán después. Como dijo Feuillet: “Es como la clave al principio de una pauta musical; todos los signos del cuarto Evangelio, están orientados, cada cuál a su manera, a la hora de Jesús, hora sacramental y hora eclesial”. Los milagros que consigna el Evangelio de San Juan, no son llamados prodigios; sino: “Signos”, que

señalan carácter de gestos reveladores. En el signo, una cosa que se ve, pero tras ello, se cree en otra realidad superior; los milagros testifican en efecto, la misión de Jesús y la presencia del Padre, en Él: Sn. Jn. 10, 38; Sn. Jn. 14, 10; Sn. Jn. 20, 30; son una imagen, un símbolo, el de los dones espirituales ofrecidos a los hombres en su persona: Sn. Jn. 6, 26; Sn. Jn. 9, 3; Sn. Jn. 11, 4, 25.

San Juan, no quiso dar el significado de éste “Primer signo”, pero a la luz de todo el Evangelio, será posible descubrirlo. En efecto, Caná es un signo calificado en conexas (enlazar, relacionar) con la “hora de Jesús”. Y este fue el momento de su paso de este mundo al del Padre: Sn. Jn. 13, 11; Sn. Jn. 17, 1. Concluyendo a este misterioso, glorioso y hasta famoso pasaje, “manifestó su gloria y sus discípulos, creyeron en Él”: Sn. Jn. 2, 11; Ante todo, se convencieron y creyeron en Él, por si las dudas, aún eran incrédulos unos y otros, como Tomás, que terminó pidiendo huellas de los clavos. San Juan, no especifica el objeto de la fe, sino habla en términos absolutos.

Creer, es aceptar plenamente a Jesús y entregarse sin reservas a su persona, su doctrina, su “palabra” y también, su generosa obra, como nuestra María, el mejor ejemplo de “fe”. La semana inaugural de la Epifanía mesiánica de Jesús, termina con la “visión y la “fe” de los discípulos, como más adelante concluirá también la suprema manifestación de Jesús resucitado: Se refiere a Tomás: ¿Porque me han visto, han creído? “Bienaventurados” los que sin ver, han creído”: Sn. Jn. 20, 29. Pero: ¿Será vanidad espiritual, gloriarse de los propios dones? (transmitidos sí), cuyo nombre lo dice, son: “regalos”

Santa Teresa, la Santa mística y honesta; dedica sus obras, narrando las maravillas, de las que confesó que Dios había realizado en ella. Pero cada párrafo, está transitado cuidadosamente por alabanzas a Dios, a cuya misericordia, atribuye todo. En sí misma, no veía más que miseria, de tan franca que era, confesaba que le hubiera agradado que los demás hubieran conocido y palparan sus pecados y quiso contarlos, pero sus confesores no se lo permitían, para que así, quienquiera que se saboreara leyendo sus libros, aprendan a alabar más y mejor a Dios, quien da los dones a personas tan “miserables”, como ella se consideraba. Y la Santa, es muy sutil y útil al saber discernirle las caras de los “falsos humildes”.

Dijo la Santa: “es falsa humildad, no reconocer los dones que Dios nos otorga”, escribe acerca de unas humildades que existen, “quienes creen que no es de humildes, querer ignorar la fuente de los dones provenientes de Dios, sin merecerlos”. Ella explicó: “Como que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro y agradezcamos a su Majestad, porque si no reconocemos que recibimos, no despertamos al amor y al agradecimiento”. “Es cosa muy cierta que, mientras mas vemos, estamos ricos, sobre conocer que somos pobres, más aprovechamiento. Nos viene aún y más verdadera humildad. Así de sencillo. Lo demás es acobardar el ánimo, parecer que no se es capaz de grandes bienes; si comenzando el Señor a

dárselos, empieza a atemorizarse, con miedo de vanagloria”. La Santa creyó que reconocer los dones que Dios nos dá, ayuda precisamente a amarlo más. “Es claro que amamos más a una persona, cuando mucho, nos acordamos de las buenas obras que nos hizo”.

Esta fue principalmente la postura de la Virgen María. Sin merecer nada, por sentirse pequeña, insignificante. Todo se debió a la misericordia de Dios y al alabarla, estamos reconociendo en la alabanza, que es para el Santo de Dios, que ha sido capaz de hacer una “maravilla” tal en una hija de Adán: humana y de nuestro linaje. María reconoce que el Todopoderoso ha hecho en ella: “maravillas” y así lo canta en el Magnificat, no se lo apropia para ella, el mérito es de y para Dios, por eso se fijó en las “humildad de su esclava”, muy a pesar de su pequeñez,

que le ayudara para lograr la obra salvífica con su divino Hijo, ello explica porqué se dejó llevar confiadamente por esos difíciles caminos, nada agradables, trazados cuidadosamente por el Espíritu Santo y algo más, María en ningún momento puso

resistencia; la común resistencia humana, que ponemos a veces so pretexto, por no cumplir, no colaborar, somos lentos a la respuesta; María no, decididamente, sin tardanza, dio el “fiat, el hágase”, he ahí su grandeza que gustó a Dios. Notemos que no se escudó, como dijo Santa Teresa, en “falsas humildades”, María no dijo, “voy a ser humilde”, María fue “humilde”, obedeció, cumplió y por tanto, agraciada y reconocida como tal, autollamada y llamada con derecho: “Bienaventurada”. Vale la pena repetirlo, por la cantidad insignificante de incrédulos, que no respetan ni obedecen la “palabra” de Dios y que deben aceptar:

“María, dijo entonces:

“Mi “alma” alaba al Señor y mi espíritu se “alegra” en su presencia, Porque se fijó en la “humildad” de su “esclava” y desde ahora, todas Las generaciones, me llamarán “Bienaventurada”. El poderoso ha hecho Maravillas por mí. Santo es su Nombre”: Sn. Lc. 1. 46, 49. Tan breve, como inevitable historia veraz.

“MATER DOLOROSA” (María, junto a la cruz)

De nuevo tenemos que acudir a una inevitable historia, tan breve, como impactante y completa: “Junto a la cruz de Jesús, estaba de Pie, su Madre”: Sn. Jn. 19, 25. Por ello nos impresiona la personalidad de María, por estar incólume, por sus sobresalientes relieves de valentía, coraje, humildad y serenidad. Cuando llega la hora de la humillación, avanza y se coloca en primer plano, digna, silenciosa y sólo con la “fortaleza”: Don suministrado a ella, por el Espíritu Santo, para todos los momentos de su vida y en especial para este preciso instante de dolor. San Marcos, relata que en el calvario, había un grupo de mujeres que “miraban desde lejos”: Sn. Mc. 15, 40, sin embargo San Juan, señala que su Madre, permanecía al pie de la cruz.

Durante su existencia bíblica, recorriendo los caminos gloriosos, aunque escabrosos, acompañando al máximo, pero hasta el último momento a su divino Hijo Dios Santo, procurando en todo momento, no sobresalir, quedando oculta en la penumbra, yo lo expreso siempre: “detrás de la puerta”, a fin de no llamar la atención y no entorpecer la presencia y accionar del principal protagonista de su vida, la verdadera razón de su existencia y de la Iglesia: su “Hijo”, mientras predicaba. Con participación real y verdadera, desde el nacimiento, huida a Egipto, primeras letras, crecimiento, búsqueda desesperada en el templo, acompañada del buen José, educación, cuidados, alimentación, acompañándolo durante la vida apostólica y evangelizadora, como oyente, como orante; fue una de sus principales característica, poco imitadas por los cristianos, que a veces cuando hay problemas la imitamos y recurrimos a la oración, que descuidamos, porque debería ser como el Pan Nuestro, que lo pedimos a Dios para nuestro sustento diario, para alimentar el cuerpo, la oración alimenta el alma; María, estuvo presente en todo el suplicio de la persecución, aprehensión, insultos, juicio hipócrita y viciado, flagelación, burla, tortura, continuó a su lado, en el tránsito tortuoso, doloroso en ruta al calvario y ser sometida como primera espectadora al escarnio y muerte en la “cruz”.

“Despreciado y abandonado de los hombres “varón de dolores” y familiarizado con el sufrimiento y como uno ante el cuál se oculta el rostro, menospreciado, sin que lo tomáramos en cuenta y con todo, eran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores que soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y “por sus llagas, hemos sido sanados”: Is 53. 3, 5. Era de lógica necesidad exponer lo profetizado por Isaías, como “palabra”

cumplida de Dios, se realizó la “crucifixión” de Jesucristo, delante de su adolorida Madre María, reconfortada intensamente por las palabras que hubo de leer del mismo profeta Isaías: “No temas, que yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré y vendré en tu ayuda y con la diestra victoriosa, te sostendré”: Is 41, 10; “Porque yo, Yahvé, tu Dios, te tengo agarrada por la diestra y yo te digo: no temas, yo voy en tu ayuda. No temas gusanillo de Jacob, coquito de Israel; yo te ayudo, dice Yahvé y tu redentor, es el Santo de Israel”: Is 41. 134, 14.

La campeona en la fe, fue sostenida por Dios Padre celestial, quien la había escogido para acompañar en todo y hasta el último momento al Hijo bendito de ambos. Por ser ella una auténtica contempladora, tiene esa fortaleza interior. Basta analizar de nuevo el Magnificat, toda María es un arpa vibrante, dirigida al Señor, una armonía tal, sin interrupciones ni fisura alguna, menos ante el transido dolor y su necesidad de apoyo celestial. En este himno, la Madre no tiene ningún punto de referencia por sí misma, sólo incidentalmente se acuerda de ella. Ahora, su preocupación en la “cruz”, es su Hijo.

El nuevo calendario romano ha fijado la fiesta de los dolores de la Santísima Virgen María, para el 15 de septiembre. Se quiere que antes de esa época, nos consagremos a una preparación inmediata, para la fiesta principal de todo el año litúrgico: La Pascua o sea el gran misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. No por ello, vayamos a pensar que la meditación de los dolores de María, nos vaya a distraer del misterio de nuestra Redención; si los misterios de Jesús son al mismo tiempo, los misterios de María, no se puede separar al Redentor de la Corredentora, al mediador entre Dios y los hombres, de la mediadora entre los hombres y su divino Hijo, a la Pasión de Jesús, de la compasión de María, a la Madre de Dios, de su Hijo divino. De ellos, se puede decir, de lo que Jesús manifestó: (Quod Deus coninxit, homo non separet): “Lo que Dios ha unido, ningún ser humano puede separar”: Sn. Mt. 19, 6.

Lo que pretende la liturgia es que, pasadas ya las principales fiestas del año, nos dediquemos más, con propósito a meditar en los dolores de nuestra Madre Santísima. Abundan cristianos que tienen una idea muy incompleta de los dolores de María. Suelen reducirlos a los que sufrió al pie de la cruz, al “Stabat mater dolorosa”... como también es un error reducir el misterio de su soledad al tiempo que tardó Jesús en resucitar o sea de la tarde del viernes Santo, a la mañana del Domingo de Pascua.

Cuando en esta vida entra Jesús, de una manera especial en un “alma”, con Él entra el “gozo”, pero también el “dolor” y en la medida que crece en un “alma” el amor a Jesús, en esa medida crece el “gozo” y el “dolor”. Cabe la pregunta: ¿Qué será mayor, este “dolor” o este “gozo” que Jesús trae consigo? Es un misterio insondable, que las pobres luces humanas no podemos desentrañar. Aunque se nos permite inclinarnos a sospechar, que supera el “dolor”, por dos motivos. Desde luego en esta

vida, el alma tiene mayor capacidad para “sufrir” que para “gozar”. Acudamos a los santos, como San Francisco Javier, Sta. Teresa de Jesús, Sta. Magdalena de Pazzis, Sta. Teresa de Lisieux; apóstoles como Pedro, Esteban. No sólo fueron sufrientes, sino mártires. Al contrario, cuando se trata de sufrir, la mayoría, aún cristianos, nos agachamos o apartamos, para que pase por otro lado y somos huraños al dolor, más aún, al sufrimiento. Mientras otros valientes, no se sacian y piden más: “Amplius Domine”, desfallecen o pierden el conocimiento y “No piden al Señor, que ya termine”: “Satis est, Domine, satis est”.

Por otra parte, en el Cielo, ya no se puede sufrir, sólo gozar; en cambio la vida de la tierra no es propiamente para gozar, sino para sufrir. Aquí vale la pregunta del rey de Texcoco, México: “Netzahualcoyotl”, que lo quemaron en brazos ardientes y preguntó: ¿Acaso estoy en un lecho de rosas? demostrando evidentemente que estaba sufriendo, pero valientemente. Ante este paréntesis, se considera, sin ser sadomasoquismo, que el dolor, es una gran riqueza, que unido al amor, el dolor purifica y es la prueba del amor; el dolor transforma y redime. Es como la enfermedad, el que sufre, tiene que clamar a Dios por ayuda, a través de nuestra oración, que se transforma en diálogo positivo: “O me curas o me das fuerzas para tolerar la enfermedad y así vencerla, antes de que acabe conmigo y si es tu voluntad, acepto en tu nombre y en tu honor, más y mayores cosas que me esperan Dios mío”. El dolor es pureza, es amor, es semejanza con Jesús crucificado, es fuente de “gracia” para las “almas”. Por supuesto convincente para los que tenemos fe; para los que no, se ríen y hacen mofa, continúan con el dolor y en la enfermedad, renegando de Dios y abjurándolo, creen que se los envió por castigo, por no estar de su lado; esto no es cuento, como Médico, lo he constatado.

Con la convicción de que nuestro paso por la tierra, es efímero, pero eterna su misericordia y la gloria del Cielo, “debemos esperar y pedir a nuestro Señor que nos auxilie, en compañía de nuestra Auxiliadora de los cristianos”, con el objeto de que “nos enseñen a saber soportar el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, con valentía, por lo que se nos ha dado en el Bautismo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”, para que “resplandezca el valor y no el miedo ni duda o desesperación; que brille con todo su fulgor la alegría, destruyendo la tristeza; que el ánimo, venza totalmente la pereza y la desesperanza” y que el “optimismo que merecemos, como hijos de Dios, venza al fatídico pesimismo, puerta de entrada de la derrota en nuestras vidas”.

Si nos queremos aferrar a la vida, sin tomar en cuenta a Jesús y pedir su misericordia, por ser el “Dios misericordioso”, por lo contrario, si hay dolor, todo el día remachamos por el dolor, nos acordamos sólo de él, lo traemos a tuto, pareciera que no nos quisiéramos desprender de él, que ya es parte de nuestras vidas, le damos más importancia a veces hasta olvidamos a nuestras familias, pretextamos para no trabajar, incluso, hay católicos que no asisten a misa o días de guardar, por un dolor o simple enfermedad, no buscamos la salud espiritual que viene de Dios. Le damos

tanta importancia que nos desinstala, nos saca de quicio, nos violenta y nuestro entorno más cercano, (familiares) sufren al vernos acabándonos y derrotados. Ni cuenta nos damos, que vamos derechos al precipicio, al desfiladero y/o a la desdicha.

Todo esto es verdad irrefutable, como que lo es, tratándose de la Santísima Virgen, en ella, tiene la máxima aplicación. Con Jesús entró en su vida “un glorioso gozo del Cielo” y un “dolor inmenso de cruz como el mar”: “Magna est velut mare contritio tua”. Y este dolor llenó su vida desde la anunciación, hasta su tránsito por este mundo y un dolor que fue creciendo como una marea ascendente en la cruz.

Ciertamente, María murió de amor, pero de un amor glorioso, porque con él estaba como amalgamado el deseo torturante, irresistible, de unirse con su divino Hijo. Y todo deseo es dolor, tanto más grande, cuanto más profundo es el amor que lo produce. Porque convengamos en esta realidad: el “deseo es un amor insatisfecho”. María, iluminada con la luz divina en la Contemplación, conoció a fondo las Escrituras, a los profetas, en especial Isaías, le habían enseñado que el Mesías prometido, sería una víctima que con su sacrificio especial debía salvar al hombre, sin antes pedirle su consentimiento.

Por otra parte, Dios es muy respetuoso de la libertad de la criatura y se ha propuesto la ley de no imponerle un sacrificio especial, sin antes pedirle su consentimiento. Por consiguiente, cuando Dios le pidió a María, que fuera la Madre de su Hijo, la Madre del Redentor, tamaña responsabilidad y tarea, es indudable que le comunicó una luz, para que comprendiera lo que esta misión significaría sobre la inmolación y el dolor. Por ello, contesta y acepta diciendo “hágase”, el famoso “fiat”, la puerta abierta al “sí”, toda buena voluntad hacia una misión dolorosa. Con Jesús, entró en la vida de María, el dolor, vale repetirlo, para que no se olvide. Y este dolor fue creciendo en la medida en que crecía la santidad de la Virgen, que se iba posesionando de ella en forma definitiva; por ello su infinito amor al Hijo, que era a la vez su Dios, al tiempo, que se hacía más detallada la revelación del sacrificio de Jesús.

Escena y “palabras” de San Juan: 19. 25, 28: “He aquí a tu hijo”; “He aquí tu madre”, nos dan la impresión, a primera vista de que Jesús encomendó a María a los cuidados de Juan, por ser joven y preferido del Mesías. Al desaparecer, la Madre quedaría sola, nadie que la pudiera acoger y recibir, aún cuando desde la cruz, en el v. 27, dice: “y desde aquel momento, el discípulo la llevó a su casa”. Para los judíos, era un signo de maldición, el que una mujer quedara sola en la vida; Jesús, por ello lo previó, ya moribundo tuvo ese rasgo de delicadeza con su Madre. Esa es la primera impresión, pero en la misma escena, hay un conjunto de circunstancias, por las que la disposición de Juan, para con la Madre de Jesús, encierra una extensión más vasta y un significado mucho más profundo, que un mero encargo familiar. Para algunos escritores, aquí nace la maternidad espiritual de María, necesitando analizar detenidamente ese contexto de circunstancias, que abre un “encargo” y como tal,

debe “cumplirse”, al parecer simplemente doméstico, con sentido mesiánico, es decir, en medio de un conjunto de relatos, todos los cuales, tienen esa dirección, es decir, que “trascienden” el simple relato del hecho.

Juan fue testigo presencial en el Calvario, disponía suficientes datos para narrar, un abundante material, de pura pluma o de viva voz, estos relatos son sinópticos (resumidos). Pero a la vez, escogió tan sólo aquellos hechos que tenían o se prestaban a mostrar significación mesiánica. El discípulo amado, quiso demostrar que en la cruz, se había cumplido lo que dice la Escritura.

En otro análisis cuidadoso, donde los que: “mucho saben”, es preciso conocer que Jesús establece una doble corriente: Una descendente de María para Juan: “he aquí a tu hijo” y otra ascendente de Juan para María: “he ahí a tu madre”, tratándose de una mera disposición familiar: Juan: “cuida con cariño a mi Madre, hasta el fin de sus días”. Esta serie de precisiones variadas y complejas otras, nos lleva finalmente a la deducción final, que Jesús: “entrega una madre a la humanidad”. ¿Por qué el término mesiánico? Significa que un hecho o unas “palabras” no terminan en sí mismas, no se agotan en un sentido directo, natural o literal, sino que encierran un significado “trascendente”, que perdura y se extiende a todos los (as) hombres/mujeres, en un sentido más amplio, a la “universalidad”, es decir: “trasciende a la humanidad”, nos heredó Jesús a su Madre. Nos la dejó, para que fuera nuestra Madre.

El dolor de María, tenía una extraña mezcla de certidumbre e incertidumbre, con dualidad de situaciones difíciles de decidirlo por sí sola. Tanto una cosa como la otra no servían, sino sólo para aumentar su pena, no había salida posible. Tenía sí la certeza de que conservaba a su Hijo para que fuera sacrificado. Pero: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con qué clase de martirio? Esta incertidumbre hacía maquinar su imaginación, esperando lo peor y aumentando el dolor, sin ella saberlo, sin ella quererlo. Lo habría leído en los profetas, por lo que era estudiada. Lo oyó de voz de Simeón en el templo. ¿Cuánto sufrió en la huida a Egipto? Lo supo por el sueño de San José, cuando Herodes buscaba al niño para matarlo. ¿Sería para ella, ésa la hora del sacrificio? Con esa incertidumbre emprenden el viaje, temiendo en cada momento que la fuerza del mal los descubrieran, por lo cuál caminaban de noche y se ocultaban de día. Así mismo cuando perdieron a Jesús en el templo, en su peregrinación a Jerusalén, con motivo de la Pascua. Estos temores la asediaban, el que por descuido lo hubiera perdido o el de que sus perseguidores lo hubieran alcanzado para matarlo. Esto no parece inverosímil, ¿no hubo más tarde judíos que robaban a un niño cristiano, para crucificarlo en viernes Santo?

Aunque haya pasajes repetitivos, pero es necesario aclararlos en relación al “dolor” de la Madre de Dios Hijo, a medida que van sucediendo. La revelación de la Pasión y muerte, se fue aclarando poco a poco en la intimidad de Nazaret. ¿Cómo podría haber secretos entre Jesús y María? Entre el Hijo más amante y la Madre más amorosa. Ciertamente que el Evangelio, nada nos dice. Pero es que el Evangelio, trata de los hechos

públicos; por eso tampoco nos dice nada de sus confidencias en Betania, ni de las apariciones a su Santísima Madre, después de la Resurrección, ni de la vida de María, después de la Ascensión del Señor, ni el tránsito y asunción de María a los cielos. Todos esos son secretos tan íntimos que sólo en el Cielo, se nos descubrirían de ir directos en ascenso. No por ello, vamos a obviar, ni dejaremos de creerlo o negarlo. Son secretos o verdades reveladas, que de no verlas, las creeríamos en la balanza de la fe, por lo que tienen nuestra confianza, aunque no las veamos u oigamos.

Otra de las grandes penas que sufrió nuestra María, no comentada ni meditada, es la despedida de Jesús, cuando abandona el lar paterno y materno, en vías a la predicación, al cumplir los treinta años y comenzar la vida pública, aunque ella se escabullía entre la multitud. Jesús no se lo hubiera dicho claramente; las madres tienen intuiciones inequívocas y María comprendió que aquella despedida era definitiva, como en realidad lo fue. Después de la muerte de su castísimo esposo, aunque no reflejado en los evangelios, a quien amó con un amor tan profundo y tan puro, temporalmente le quedaba la gran compañía de Jesús capaz de compensar todas las separaciones. Pero cuando poco tiempo después la abandona, por cumplir: “No saben que yo debía estar en la casa de mi Padre”: Sn. Lc. 2, 49.

Suponemos a su Madre acompañándolo hasta la puerta... lo vio alejarse...y perderse de vista en el primer recodo del camino. Y ella sola, volvió a entrar en su casita... ¡Qué solita volvió a quedar! ¡Qué fría! ¡Qué triste! “Sunt lacrymae rerum” recurrió a las lágrimas y esa soledad, tipo abandono, desprecio: “hiere el corazón”, porque nos recuerdan al ausente, sus utensilios de trabajo, su lugar en la mesa, vacío; sus ropas, su pobre lecho donde descansaba...sobre todo el rinconcito donde tenían sus íntimas conversaciones, todo ese recuerdo imaginable, representaba el acto de la soledad.

Al respecto del abandono, he comprobado en mi profesión, que la soledad genera tristeza y la tristeza busca su escape, por un lado depresión y por otro, son “las lágrimas”. Las lágrimas que se destilan por las cosas, porque nos hablan del ser amado que se ha ido. Y aquella soledad preñada del recuerdo, tristeza y añoranzas, le vienen a amargar más las noticias, al oír sobre el odio de quienes lo persiguen y del desenlace que se aproxima. Todo va en cadena, en un rosario interminable de dudas, ahora sí, de incertidumbre, abrumándola, intranquilizándola, inquietándola, acongojándola.

Jesús surge al mundo y se manifestó a los treinta años, empezó, su predicación; cuando un “taumaturgo”, nomás que hay que agregarle “divino”, como le decían, empezó a realizar prodigios por todas partes; María, la Virgen sensata, se ocultó. Lejos de hacer alarde de ser la Madre del Mesías prometido, del Redentor, guardó silencio y se envolvió en la penumbra.

Solamente Jesús en dos ocasiones se hizo presente. En las bodas de caná, (ya relatadas), pero como coincide entre las apariciones en que se encuentra con su

Madre. Cuando su Hijo no parecía aún lo que era y sólo para pedirle que hiciera un acto de caridad, aunque fuera un milagro. Se explica esta intervención, porque era preciso que todos supiéramos la eficacia de los ruegos de María, a los cuales su divino hijo, no se pudo resistir y así “tuvo que adelantar su hora”.

La otra ocasión (ya abordada), pero en afán de seguir el relato, fue durante la incredulidad de sus parientes. Querían a toda costa, saber con certeza si Jesús era o no el Mesías. Y les pareció que para lograrlo era necesaria una entrevista y para que su plan diera resultado, era preciso que los acompañara María, su Madre. María no era proclive a desempeñar tal papel, sin embargo, aceptó y se admira en ella, aunque no a gusto, su bondad, aceptación y la condescendencia para darle gusto al Hijo. Pero conociendo Jesús, el interior de los corazones, no se prestó a la maniobra, además no los recibió, declarando, para detenerlos ante la insistencia, que sus “verdaderos familiares, eran los que cumplían la voluntad de Dios” y quién mejor que la obediente María, se distinguió cumpliendo a cabalidad, la voluntad de Dios. No desairó a su Madre, antes obró como ella misma deseaba.

Cuando llegó lo que Jesús llamó: “su hora”, la hora de la humillación, del desprestigio, de las injurias, del fracaso, de las calumnias, del deshonor, de la Pasión en una palabra. María fue la primera en estar presente, para compartir y sufrir con su Hijo. En Espíritu, cuando era imposible de otro modo, inutilizada, neutralizada e imposibilitada. La única opción era la oración, que en respuesta, la llenaba de resignación, de valor y coraje, para tolerar el escarnio propinado injustamente al divino Hijo, en las horas traumatizantes de la Pasión.

Jesús “humildemente” lo aceptó todo, hasta el abandono de su divino Padre, pero quiso reservarse el íntimo consuelo de la compañía de su Madre amorosa, paciente y perseverante. ¡Qué conmovedoramente humano aparece aquí el Señor de Señores, que sin dejar de ser Dios, es perfectamente humano!

En la suprema desventura: ¿a qué ser acudimos y a quién llamamos instintivamente, si no es a nuestra Madre? ¿Cuántas veces hemos escuchado murmurar y hasta llorar ante las amarguras de la agonía?: “mmmamá mmmamá”, nuestro paño de Lágrimas. Como si a ese reclamo o ruego, fuera imposible que la Madre dejara de acudir, así debiera traspasar los linderos de la eternidad, para volver al tiempo y acompañar al Hijo. De esa forma, tenemos que ponderar lo que María sufrió durante la pasión al pie de la cruz, cuando recibió en su regazo el cuerpo yerto del Señor y en las horas que siguieron de suprema desolación, es imposible hacerlo. Es preferible envolver ese dolor con el velo del silencio en respetuosa adoración.

Con suma veneración, devoción y respeto, haremos la descripción captada por Juan: “Cerca de la cruz de Jesús estaba su Madre, con María la hermana de su madre, esposa de Cleofás y María de Magdala. Jesús al ver a la Madre y junto a ella, el discípulo amado, dijo a la Madre: “mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” y desde aquel momento, el discípulo se la llevó

a su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, dijo: “Tengo sed” y con esto también se cumplió la Escritura. Había allí un jarro de vino agrio. Pusieron en una caña, una esponja empapada en aquella bebida y la acercaron a sus labios. Jesús probó el vino y dijo: “Todo está consumado”. Después inclinó la cabeza y entregó el Espíritu”: Sn. Jn. 19. 25, 30.

Gusta más por completo el final que ofrece Sn. Lc. 23. 45, 46: “En ese momento la cortina del templo se rasgó por la mitad y Jesús gritó muy fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu”. Y dichas estas palabras expiró”. El Evangelio de San Mateo, 27, 46: se encarga de agregar: “a eso de las tres de la tarde, Jesús gritó con fuerza: “Eli, Eli, lamá sabactani”, que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿Porqué me has abandonado? Dada la comparación considerada incompleta del Evangelio de San Marcos, 15. 38, 39: “En seguida la cortina que cerraba el templo, se rasgó en dos, de arriba hacia abajo. Al mismo tiempo, el capitán romano, que estaba frente a Jesús, al ver cómo había expirado, dijo: “verdaderamente este hombre, era Hijo de Dios”.

De los momentos dolorosos, debemos enriquecer nuestras experiencias “espirituales”, que nos permita abrírnos y conducirnos a la virtud de la “esperanza”. Nos enseña que en la vida no estamos condicionados al pasado. Quiere decir, no mirar atrás: “La mujer de Lot, miró hacia atrás y quedó convertida en una estatua de sal”: Gen 19, 26. Por lo tanto, si miramos atrás, nuestros tropiezos: pecado, dolor, dificultades, nos entorpecen el paso hacia adelante, los tenemos como lastres, que no nos dejan avanzar. No abandonamos cosas del pasado, es como comenzar de nuevo o dar vueltas y vueltas, que nos atrasan y estamos con una vida frente a la muerte. “Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente, no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros”: Rom 8, 18. Podemos nacer continuamente, podemos cambiar todo, si tenemos un Dios que como madre, nos engendre. Ya después, cumplir con ciertos parámetros:

- 1) Aceptar con honestidad nuestra situación, nuestra realidad; reconocer lo negativo, buscar la verdad en uno mismo.
- 2) No conformarnos con la mediocridad. Sn. Pablo, nos increpa: “De hecho, no hago el bien que quiero, sino hago el mal que no quiero”: Rom. 7, 19. No nos conformemos con nuestro pecado, aspiremos a ser limpios y puros, honestos, intachables, dignos hijos de Dios y María.
- 3) Arriesgarnos valientemente a caminar por las sendas de Jesús.

Respecto a la situación de los “sufrimientos” de Jesús y de María en la “cruz”, nos auxiliamos nuevamente con nuestro Catecismo: “Jesús expresó de forma suprema, la ofrenda libre de sí mismo en la escena tomada con los Doce Apóstoles”: Sn. Mt. 26, 20, “en la noche que fue entregado”: 1 Cor 11, 23. En la víspera de su Pasión,

estando todavía libre, Jesús hizo de esta última Cena con sus apóstoles, el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre: 1 Cor 5, 7, por la salvación de los hombres: “Este es mi cuerpo que va a ser entregado por ustedes”: Sn. Lc. 22, 19. “Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos, para el perdón de los pecados”: Sn. Mt. 26, 28: No. 610.

“Durante toda su vida y hasta su última prueba, cuando su Hijo Jesús murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el cumplimiento de la “palabra” de Dios. Por todo ello, la Iglesia, venera en María la realización más pura de la fe”: No. 149.

“Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el levantamiento de su caída. Este pasaje del Génesis, ha sido llamado “Protoevangelio”, por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la mujer y de la victoria final de un descendiente de ésta”: 410.

“Jesucristo es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como “familia de Dios. Los convoca en torno a Él, por su “palabra”, por sus señales que manifiestan el Reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, Él realizará la venida de su Reino, por medio del gran misterio de su Pascua: su muerte en la cruz y su Resurrección. “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”: Sn. Jn. 12, 32. A esta unión con Jesús, están llamados todos los hombres”: No. 542;

“La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás”: Sn. Mt. 12, 26; “Pero si por el Espíritu Santo de Dios, expulso yo los demonios, es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios”: Sn. Mt. 12, 28; Los exorcismos de Jesús, liberan a los hombres del dominio de los demonios: Sn. Lc. 8. 26, 39. Anticipan la gran victoria de Jesús sobre el príncipe de este mundo: Sn. Jn. 12, 31. Por la cruz de Jesús, será definitivamente establecido el Reino de Dios”.

Volviendo al Catecismo: “La Virgen María, realiza de la manera más perfecta, la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo “que nada es imposible para Dios”: Sn. Lc, 1, 37 y dando su asentimiento:”He aquí la “esclava” del Señor, hágase en mí, según tu

“palabra”: Sn. Lc. 1, 38. Isabel la saludó: “Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”: Sn. Lc. 1, 45. Por esta fe, todas las generaciones la “proclamarán: “Bienaventurada”: Sn. Lc. 1, 48;

“Durante toda su vida y hasta su última prueba”: Sn. Lc. 2, 35, cuando Jesús su Hijo murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el cumplimiento de la “palabra” de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María, la realización más pura de la fe”: No. 149.

“La fe, es ante todo, una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. En

cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice. Sería vano y errado, poner una fe semejante en una criatura”: Jr 17. 5, 6: No. 150.

“El hombre al creer, debe responder voluntariamente a Dios, nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto el acto de fe, es voluntario por su propia naturaleza”. Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en “espíritu” y en verdad. Por ello quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados. Esto se hizo patente sobre todo en Cristo Jesús. En efecto, Él invitó a la fe y a la conversión, no forzó jamás a nadie. “Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla a la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino crece por el amor con que Jesús, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él”: No. 160.

“El mundo que los fieles cristianos creen creado y conservado por el amor del creador, colocado ciertamente bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Jesús crucificado y resucitado, una vez que fue quebrantado el poder del maligno”: GS 2, 2; “Jesús acogió la confesión de fe de Pedro que le reconocía como el Mesías anunciándole la próxima pasión del Hijo del Hombre: Sn. Mt. 16, 23. Reveló el auténtico contenido de su realeza mesiánica en la identidad trascendente del Hijo del Hombre, “que ha bajado del cielo”: Sn. Jn. 3, 13; a la vez que en su misión redentora, como “siervo” sufriente: “El Hijo del Hombre, no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”: Sn. Mt. 20, 28. Por esta razón el verdadero sentido de su realeza no ser ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz: Sn. Jn. 19. 19, 22. Solamente después de su Resurrección, su realeza mesiánica, podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: “Sepa, pues con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo, a este Jesús, a quien ustedes han crucificado”: Hch 2, 36: No. 440.

“Toda la vida de Jesús, es misterio de redención, nos viene ante todo por la sangre en la cruz”: Ef 1, 7; Col 1, 13, pero ese misterio esta actuando en toda la vida de Jesús; ya en su Encarnación, porque haciéndose pobre, nos enriquece con su pobreza: 2 Cor 8, 9; en su vida oculta donde repara nuestra insumisión, mediante su sometimiento: Sn. Lc. 2, 51; en su “palabra” que purifica a sus oyentes: Sn. Jn, 15, 3; en sus curaciones y sus exorcismos, por los cuales “Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”: Sn. Mt. 8, 17; en su Resurrección, por medio de la cuál, nos justifica: Rom 4, 25: No. 517.

“Jesús es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como “familia de Dios”. Los convoca en torno a Él por su “palabra”, por sus señales que manifiestan el Reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, Él realizará la venida de su Reino. Por medio del gran Misterio de su Pascua; su muerte en la cruz y su “Resurrección”: “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”: Sn. Jn. 12, 32. “A esta unión con Jesucristo, están llamados todos los hombres”: LG 3;

“La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás: Sn. Mt. 12, 26;” Pero si por el Espíritu de Dios, expulso yo los demonios, es que ha llegado a

ustedes el Reino de Dios”: Sn. Mt. 12, 28. Los exorcismos de Jesús, liberan a los hombres del dominio de los demonios: Sn. Lc. 8. 26, 39; Anticipan la gran victoria

de Jesús sobre el “príncipe de este mundo”: Sn. Jn. 12, 31. Por la cruz de Jesús, será definitivamente establecido el Reino de Dios: “Regnavit a ligno Deus”: “Dios reinó desde el madero de la Cruz”, es el himno: *Vexilla Regis*: No. 550.

“Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también, que para “entrar en su gloria”: Sn. Lc. 24, 26, es necesario pasar por la cruz en Jerusalén. Moisés y Elías, habían visto la gloria de Dios en la Montaña: La ley y los profetas, habían anunciado los sufrimientos del Mesías: Sn. Lc. 24, 27. La pasión de Jesús, es la voluntad por excelencia del Padre;

el Hijo, actúa como siervo de Dios: Is 42, 1. Santo Tomás de Aquino, nos instruye: “La nube, indica la presencia del Espíritu Santo: “*Tota trinitas apparuit*”: *Pater in voce*; *Filius in homine*, *Spioritus ain nube clara*”: “Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa”....

“Tú te has transfigurado en la montaña y en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado tu Gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado, comprendieran que tu Pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre”. Liturgia bizantina, *Kontakion*, de la fiesta de la Transfiguración: No. 555.

“Jesús anunció, no obstante en el umbral de su Pasión, la ruina de ese esplendido edificio del cual no quedará piedra sobre piedra: Sn. Mt. 14. 1, 2. Hay aquí un anuncio de una señal de los últimos tiempos, que se van a abrir con su propia Pascua: Sn. Mt. 24, 3. Pero esta profecía pudo ser deformada por falsos testigos en su interrogatorio, en casa del sumo sacerdote: Sn. Mc. 14. 57, 58 y serle reprochada como injuriosa, cuando estaba clavado en la cruz”: No. 586.

“Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”: Sn. Jn. 12, 32. La elevación de la cruz, significa y anuncia la elevación en la Ascensión al Cielo. En su comienzo, Jesucristo, el único Sacerdote de la Alianza nueva y eterna, “no penetró en un Santuario hecho por mano de hombre... sino en el mismo Cielo, para presentarse ante el acatamiento de Dios a favor nuestro”: Hb 9, 24. En el Cielo, Jesús ejerce permanentemente su sacerdocio. “De ahí que puede salvar perfectamente a los que por Él, se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor”: Heb 7, 25. Como “Sumo Sacerdote de los bienes futuros”: Hb 9, 11, es el centro y el oficiante principal de la liturgia que honra al Padre en los cielos”: Ap 4. 6, 11: No. 662.

“RESURRECCIÓN”

Los cuatro evangelios, hablan por igual de la “Resurrección” de Jesús, que se presenta como espiritualidad de la Pascua: “Hay que nacer de nuevo”. Referido como hecho único, ha acontecido en el “crucificado”, pero surge a la vida en el sepulcro, recreado y llevado previamente ante la plenitud de Dios. Ya renacido, se presentará a los discípulos, creyentes o incrédulos. La Resurrección, es un hecho aislado, singular, incomparable, indiscutible e incuestionable. El que crea, que crea. No hay medias tintas, no debemos prestarnos a que “alguien que quiere dudar, pues que dude”, ése es su problema y hasta le cedo el derecho, pero que se quede “aislado”, como un pez solito en la pecera y es más “que se quede callado”, que no haga el ridículo, menos perder el tiempo en explicaciones que se considerarían vacías para esa clase de gente.

No es posible que después de Veinte Siglos transcurridos, venga alguien o algunos trasnochados a cuestionar una verdad absoluta, sostenida por tanto tiempo. Traigo a colación, porque se necesita abrir ojos, oídos y mentes a gentes necias e intransigentes: “Si desde entonces, el mundo se reparte, (no es cosa mía) y no solo se reparte, sino que se parte, en AC (Antes de Cristo) y DC, (Después de Cristo), no sólo pongo el ejemplo sugerente de algo que pasa en lo que era la URRS. Lo transmito aquí, por ser cierto y necesario. Mientras intervenía niños con padecimientos quirúrgicos en el Hospital Velez Paiz en los 80s, llegó una niña seriamente grave, había que operarla de urgencia. Me y la encomendé a “Jesús el médico divino” y pinté una cruz antes de extenderme a todo el abdomen. El anestesista, era Ruso y me preguntó qué significaba eso, ya explicado, me dijo: “Es que nosotros, en nuestra tierra, a lo que ustedes llaman Antes de Cristo, decimos Nueva Era, es la que parte ésa época. Lo refiero, a manera de instrucción, pero defendiendo nuestras creencias, exigiendo sean respetadas. Lo que nadie puede dudar o refutar, es que “Jesús es un único referente de ésa historia”; es singular en el universo y el verdadero Redentor de la humanidad. Sin discusión.

Resultó el final anticipado, ahí sí llegó la hora de Jesús. La realidad, no es en la que nos movemos nosotros, va más allá. Con la “Resurrección” del Señor, inicia el mundo nuevo, al que por su misma amplitud, nos cobija, estamos llamados. El fin del mundo, forma parte de nuestra fe, consecuencia natural de lo creado por el Dios del Universo. Llegará a su final, no a la destrucción, todo será transformado. El final, coincide con la plenitud, dice San Lucas: “Alégrense”, se acerca su “liberación”. Ese final ha acontecido, anticipado, en la Resurrección de Jesús. Ha entrado en esa dimensión: Cielo, Gloria, Vida plena, más allá de la muerte. Exaltado por el Padre,

Jesús, en el principio de un mundo nuevo, aparece el primogénito de los muertos (en griego: cadáver).

Jesús deja la huella que es como la fe en la Resurrección: “Certeza interior del creyente”. Culmina en la experiencia personal de cada creyente, somos como las semillas de la Resurrección; ahí donde hay vida, hay armonía, hay amor, hay unidad, cuyo fruto mayor, es la comunidad de creyentes. La condición es “creer”, por lo tanto, recibir y “llenarnos de esa vida nueva”: Hch 2. 22, 24.

La “Resurrección” es el principio de algo nuevo: Dios con poder honroso, lo resucitó. No se trató de revivir un cadáver. Si Jesucristo resucitó, es un parto de Dios: “Es Más fuerte el amor que la muerte”: Cantares 8, 7; “La mujer se siente afligida cuando está para dar a luz, porque le llega la hora del dolor. Pero después que ha nacido la criatura, se olvida de las angustias, por su “alegría” tan grande, piensen: un ser humano ha venido al mundo”: Sn. Jn. 16, 21; Lo más interesante lo dice San Pablo, ya que se compromete seriamente: “Si Jesucristo no resucitó, es vana nuestra fe”: 1 Cor 15, 17; “No te extrañes de que te haya dicho: “Necesitan nacer de nuevo desde arriba”: Sn. Jn.3, 7; “Y se lo presentó a Jesús. Jesús miró fijamente a Simón y le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan, pero te llamarás “Kefas”, que quiere decir Pedro”: Sn. Jn. 1, 42. Simón Pedro, no fue integro ni consigo mismo, ni con Jesús. Simón Pedro, deja de ser Pedro, pero lo llama de nuevo, olvidándose de la negación. Le da la oportunidad de volver a comenzar, esto es el nuevo nacimiento. Resucitado Pedro: “Apacienta mis ovejas”: Sn. Jn. 21, 17; le da la opción de cuidar al rebaño”.

“El triunfador sobre la muerte, viene con la fuerza del amor y la voz del amigo, resucita a Lázaro: Sn. Jn. 11. 1, 4; “María magdalena llora en el sepulcro vacío. La hace volver a la vida cuando oye la voz del Maestro”: Sn. Jn. 20, 1, 2. El resucitado olvida el pasado, todo es futuro, todo es nuevo. Es la pregunta que encierra una acción nueva. Presente el efecto de nacer biológicamente, la criatura nace de una existencia cerrada del vientre, dependiente de la madre, que le transmite su sangre y el oxígeno que le dan vida, lo alimenta directamente; al salir, al nacer se independiza, respira, llora, inspira aire (oxígeno), come, se alimenta de la madre lógicamente, pero tiene vida propia.

Es cierto que el nacimiento es traumatizante, de la tranquilidad uterina, flotando en agua, viviendo seguro, protegido, salvo golpes, accidentes, drogas, medicamentos, alteraciones afectivas, incomodan el panorama interno; la fuerza del útero, llegado el tiempo, empuja espontáneamente, abre el cuello o es forzado por presión externa, a fin de que salga y al salir, hay brazos que lo esperan para darle cariño, abrazado contra el pecho amoroso; llora, mete aire a los pulmones y su vida es independiente en el sentido de que sólo alimento y cuidados recibirá de la madre, pero es dueño y autónomo de su vida”.

El principio del “resucitado”, es el Bautismo, en el centro de la espiritualidad. Al entrar en el agua, hay muerte y “Resurrección”, ya llevamos el germen del “resucitado”,

la fe, nos hace partícipes. La experiencia fundamental de la fe: “Nicodemo lo preguntó: ¿Cómo renacerá el hombre ya viejo? ¿Quién volverá al seno materno? Jesús le contestó: “En verdad te digo: El que no renace del agua y del “Espíritu”, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del “Espíritu” es “Espíritu”. No te extrañes de que te haya dicho: “Necesitas nacer de nuevo desde arriba. El viento sopla donde quiere y tú oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene, ni adonde va. Lo mismo sucede al que ha nacido del “Espíritu”. Nicodemo volvió a preguntarle. ¿Cómo puede ser eso? Respondió Jesús: “Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes de estas cosas?”: Sn. Jn. 3. 4, 9.

“Les daré un corazón nuevo”, “Hay que nacer del “Espíritu” Ez 36. 25, 27. Nacer del “Espíritu”, nos introduce a un camino de novedad, un nuevo mundo de valores, que nuestro egoísmo contradice y ataca, somos presas de las tinieblas y no nos permite dar el salto adecuado y correcto del “nacimiento” a una vida nueva. En el Evangelio de la Pascua, “de la muerte hay que pasar a la Vida Nueva”.

Es decisión personal, ese tipo de nacimiento “espiritual”, auxiliados por la fe en Jesús. El primer mandamiento del nacimiento, es el Bautismo, en donde recibimos el germen de la Nueva Vida. La vida es una fuerza que nos va empujando, no nos adormila, es acción vivificante, es indetenible, lleva hacia el futuro y se decide “nacer de nuevo” a pesar del dolor que causa el parto. Con el crecimiento hay ocasiones en que nos parece que la vida se nos escapa de nuevo, nos abrimos a la gracia y dejamos al “Espíritu Santo” que viene en nuestra ayuda. Estas experiencias nos permiten dar un salto. Ciertamente es que hay crisis durante ese crecimiento, podemos perder seres queridos, nos afectan; perdemos trabajo, divorcio, aunque no luce en un (a) cristiano (a); cambio de ciudad, país, exilio, cárcel, hospital, enfermedad limitante: eventos comunes, que se nos atraviesan a cualquier cristiano, ya sea voluntaria o involuntariamente. “Ánimo”: “Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”: Sn. Mt. 28, 20.

Escojo el Evangelio de San Juan, testigo de la vida de predicación, pasión, muerte y narrador de la Resurrección del Señor Jesús: “El que lo vió, da testimonio. Su testimonio es verdadero y aquel, sabe que dice la verdad. Y da este testimonio, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura, que dice: “No le quebrarán un solo hueso” y en otro texto: “Contemplaron al que traspasaron” Sn. Jn. 19. 35, 37. “En el lugar donde había sido crucificado Jesús, había un huerto y en el huerto, un sepulcro nuevo, donde todavía no había sido enterrado nadie. Como el sepulcro estaba muy cerca, y debían respetar el día de la preparación de los judíos, enterraron allí a Jesús”: Sn. Jn. 19. 41, 42.

“El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro y vió que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, había sido removida. Fue corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y

no sabemos donde lo han puesto. Pedro y el otro discípulo salieron para el sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el discípulo, corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Como se inclinara, vió los lienzos ordenados, pero no entró.

Pedro llegó detrás, entró en el sepulcro y vió también los lienzos ordenados, en el suelo. El sudario con que le habían cubierto la cabeza, no se había caído, sino que se mantenía enrollado en su lugar. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero, vió y creyó. Pues no habían entendido todavía la escritura: “Él debía resucitar de entre los muertos”. Después los discípulos se volvieron a casa. María de Magdala, se quedaba llorando fuera, junto al sepulcro.

Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron. ¿Por qué lloras? Les respondió: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se dio vuelta y vio a Jesús allí de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: “Mujer: ¿Porqué lloras? ¿A quién buscas? Ella creyó que era el cuidador del huerto y le contestó: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré”. Jesús le dijo: “María”. Ella se dio la vuelta y le dijo: “Rabboni”, que quiere decir: “Maestro”. Jesús le dijo: “Suéltame”, pues aún no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes”. María Magdalena se fue y dijo a los discípulos: “He visto al Señor y me ha dicho esto”.

Ese mismo día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor. Jesús les volvió a decir: “La paz esté con ustedes”. Como el Padre me envió a mí, así los envío yo también. “Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo: a quienes perdonen sus pecados, serán liberados y a quienes se los retengan, les serán retenidos”.

“Tomás, uno de los doce, llamado el mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: “Hemos visto al Señor”. Pero él contestó: “Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en los agujeros de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré”. Ocho días después, estaban los discípulos de Jesús reunidos en casa y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: “La paz esté con ustedes. Después dijo a Tomás: “Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree.

“Tomás exclamó: “Tú eres mi Señor y mi Dios”. Jesús replicó: Crees porque me has visto. Felices los que no han visto, pero creen”; “Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas, para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Crean y tendrán vida por su Nombre”: Sn. Jn. 20. 1, 31.

Difiere un poco y es más conciso lo relatado por san Lucas: el “Señor ha resucitado” Sn. Lc. 24. 1, 12. Agregando además lo referente al pasaje de los “discípulos de Emaús”: Sn. Lc. 24. 13, 32. Concluyendo: “De inmediato se levantaron y volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a los de su grupo. Estos les dijeron: “Es verdad; el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón. Ellos por su parte, contaron lo sucedido en el camino a Emaús y cómo lo habían reconocido al partir el pan”: Sn. Lc. 24. 33, 35.

Este extraordinario pasaje narrado por uno de los presenciales: San Juan, es evidente que Jesús pone a prueba a todos los discípulos, ya que aún viéndolo resucitado, lo confunden, porque no le creyeron a su “palabra” de verdad y vida, repetida varias veces, como lo detallo a continuación. No tomaron en cuenta la promesa hecha, la aseveración a cumplirse, el hecho relatado de previo: “Luego comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho y ser rechazado por los notables. Jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley, que sería condenado a muerte y resucitaría a los tres días. Jesús hablaba de esto, con mucha seguridad”: Sn. Mc. 8. 31, 32; “Porque del mismo modo que Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así también el hijo del hombre, estaría tres días y tres noches en el seno de la tierra”: Sn. Mt. 12. 40; “Un día estando Jesús en Galilea, con los apóstoles, les dijo: “El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres y le matarán, pero resucitará al tercer día”. “Ellos se pusieron muy tristes”. Sn. Mt. 17, 22.; “Este hombre dijo: “Yo soy capaz de destruir el Templo de Dios y de reconstruirlo en tres días”: Sn. Mt. 26, 61; “Dentro de poco ya no me verán, pero después de otro poco, me volverán a ver”: Sn. Jn. 16, 16.

No es de extrañar en María Magdalena, pero en Tomás, apodado “el incrédulo”, Quien hasta llega a dudar, porque exigirle a Jesús que le dé pruebas que demostraran lo por Él dicho. Es tan misericordioso Jesús, que se la ha perdonado a Pedro, hasta llegarlo a ser su sucesor, cuando hemos creído muchos que había mejores que Pedro, sin embargo Jesús era quien decidía y ahora premia a Tomás, cuyas “palabras” están incluidas en la Santa Eucaristía, al presentar el vino: “Señor mío y Dios mío”.

Hay que entender bien, que aunque Jesús “resucitado” haya dicho a María de Magdala: “Vete donde mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes, a mi Dios, que es Dios de ustedes”: Sn. Jn. 20, 17, el hecho notorio e importante de no encomendarle ningún mensaje para María su Madre, ni que ella tuviera iniciativa de preguntar, como debió ser; similar comportamiento observado en los apóstoles: Pedro y el discípulo amado de Jesús, que al oír la “buena nueva”, corrieron presurosos al sepulcro y lo encontraron vacío y al comprobar la Resurrección, igual extraña que no buscaran a María, para comunicárselo, tampoco que ella preguntara ni averiguara, para conocer y compartir alegremente tan espectacular y maravillosa noticia. Parece que todo ya estaba bien preparado por el Espíritu Santo, porque: “María escuchaba con atención y guardaba todo en su corazón”: Sn. Lc. 2, 51, estaba por lo tanto

en sintonía con su Hijo divino y no corrió al sepulcro, no vaciló un minuto y aunque no se dice nada de los tres días de espera, tampoco se habla de que María se desesperara; demuestra y muestra “tranquilidad de espíritu” que genera “paciencia” y que provee “seguridad”, esa lógica seguridad, requerida en todo momento, más en este precisamente; respecto a estos detalles íntimos, se tratan con sumo respeto, son obviados en los evangelios. (Leer Sn. Jn. 21, 25). Al parecer la noticia impactante para todos los tiempos, que merecía divulgarse, tenía que hacerse pública, por los que exigían: “ver para creer”, tipo Tomás, “menos para María”.

Mientras que en su amada Madre, solo por lo que “da la fe”, supo que su Hijo había resucitado, con su serena paz, espera a que se le presente a abrazarla y besarla. Hasta por fe, tenemos derecho de imaginar, de pensar en esa filial y emotiva escena íntima, de primera mano, no pública, ni publicada por los evangelistas. Jesús supuestamente le diría: “Dichosa tú por haber creído que se cumplirían mis promesas” Sn. Lc. 1, 45, “entre ellas la resurrección”. Se espera, que luego de cumplir amorosamente con su querida Madre, es que se presenta a los discípulos, ese lapso transcurrido, se lo dedica a estar con su Madre, estrenando la “nueva vida”. Así como hay: “Hechos de los apóstoles”, tenemos derecho, sin asomo de abuso, menos de herejía, de que en nuestra mente, elucubremos, descubramos y revelemos los: “Hechos de los católicos nicaragüenses” que creemos en la Resurrección de Jesús y que fue derecho a entregarle el “diploma de Resucitado” a su Santísima Madre, como cuando nos bachilleramos o nos graduamos profesionalmente, le entregamos el diploma a nuestras madrecitas. Que Dios nos perdone, pero esa comparación, obedece a un acto y deseo de fe.

Busco lo más sobresaliente al respecto de la Resurrección, que tratan los Santos Padres tan acertadamente en el Catecismo: “El octavo Día. Pero para nosotros ha surgido un nuevo día: El día de la Resurrección de Jesucristo. El séptimo día acaba la primera creación. Y el octavo día, comienza la nueva creación. Así, la obra de la creación culmina en una obra todavía más grande: la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Jesús, cuyo esplendor sobrepasa el de la primera”: No. 349.

“La Iglesia enseña que cada”alma” “espiritual” es directamente creada por Dios: SS Pío XII: encíclica *Humani generis*, 1950. DS 3896; SS Pablo VI: “No es producida” por los padres y que es inmortal (Concilio de Letrán, año 1513); no perece cuando se separa del cuerpo en la muerte y se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final”: No. 366.

“En el umbral de la vida pública, se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. Por el Bautismo de Jesús: “fue manifestado el misterio de la primera generación”: nuestro bautismo; la Transfiguración “es el sacramento de la segunda generación”, para nuestra propia resurrección”: Santo Tomás de Aquino. Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo,

que actúa en los sacramentos del Cuerpo de Jesús. La Transfiguración, nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Jesucristo, “el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo”: Flp 3, 21. Pero ella nos recuerda también “que es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino Dios”:

Hch. 14, 22. “Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Jesús en la montaña”: Sn. Lc, 9, 33. Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice. Desciende para penar en la tierra para servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La vida desciende para hacerse matar; el Pan desciende para tener hambre: el Camino desciende para fatigarse andando; la Fuente desciende para sentir la sed, y tú ¿vas a negarte a sufrir? San Agustín: No. 556.

“La permanencia de Cristo Jesús en el sepulcro, constituye el vínculo real entre el estado posible de Jesús antes de Pascua y su actual estado glorioso del “resucitado”. Es la misma persona de “El que vive”, que puede decir: “estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos”: Ap. 1, 18; “Dios (el Hijo), no impidió a la muerte, separar el “alma” del cuerpo, según el orden necesario de la naturaleza, pero los reunió de nuevo, uno con otro, por medio de la Resurrección, a fin de ser: “El mismo en persona, el punto de encuentro de la muerte y de la vida”, deteniendo en Él la descomposición de la naturaleza que produce la muerte y resultando Él mismo el principio de reunión de las partes separadas”: San Gregorio Niceno. Catequesis 16: No. 625.

“Jesús bajó a las regiones inferiores de la tierra. Este que bajó es el mismo que subió: Ef 4. 9. 120. El símbolo de los apóstoles confiesa en un mismo artículo de fe, el descenso de Jesús a los infiernos y su Resurrección de los muertos al tercer día, porque es en su Pascua donde desde el fondo de la muerte, Él hace brotar la vida”: No. 631.

Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuales: “Jesús resucitó de entre los muertos”: Hch 3, 15; Rm 8, 11; 1 Cor 15, 20, presuponen que antes de la Resurrección, permaneció en la morada de los muertos: Hb 13, 8. Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador, proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban ahí detenidos”: No. 632.

“Tal era en efecto, a la espera del Redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos: Sal 89, 49; Ez 32. 21, lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica como lo enseñó Jesús en la parábola del pobre de Lázaro, recibido en el seno de Abraham: Sn. Lc. 16. 22, 26. “Son precisamente estas “almas” santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos”. “Jesús no bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados

(Concilio De Roma año 745) ni para destruir el infierno de la condenación, sino para liberar a los justos que le habían precedido. (Concilio de Toledo, año 625): Sn. Mt. 27. 52, 53: No. 633.

“Jesús, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte: Sn. Mt. 12, 40, para “que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan, vivan”: Sn. Jn. 5, 25. Jesús, el “príncipe de la vida” Hch 3, 15, aniquiló “mediante la muerte al señor de la muerte, es decir al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud”: Hb 2. 14, 15. En adelante, Jesús resucitado:

“Tiene las llaves de la muerte y del Hades”: Ap 1, 18 y “Al nombre de Jesús, toda rodilla se doble en el Cielo, en la tierra y en los abismos”. Flp 2, 10; No. 635.

“En la expresión: “Jesús descendió a los infiernos”, el símbolo confiesa que Jesús murió realmente y que por su muerte a favor nuestro, ha vencido a la muerte y al diablo”señor de la muerte”: Hb 2, 14: No. 636.

“Jesucristo muerto, en su “alma” unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del Cielo a los justos que le habían precedido”: No. 637.

“Les anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros los hijos, al resucitar a Jesús. Hch 13. 32, 33. La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo Jesús, creída y vivida por la primera comunidad cristiana, como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicado como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la cruz”:

Cristo resucitó de entre los muertos.
Con su muerte venció a la muerte.
A los muertos, ha dado vida.

Liturgia bizantina, Tropario de Pascua. No. 638

“El misterio de la resurrección de Jesucristo, es un acontecimiento real, que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas, como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya San Pablo, hacia el año 56, escribió a los Corintios: “Porque les transmití en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Jesucristo murió por nuestros pecados, según las escrituras; que fue sepultado y que resucito al tercer día, según las Escrituras; que apareció a Cefas y luego a los Doce”: 1 Cor 15. 3, 4. El Apóstol habla aquí de la tradición viva de la Resurrección que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco”: Hch 9. 3, 18: No. 639.

¿Porqué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí,”ha resucitado”: Sn. Lc. 24. 5, 6. En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento

que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Jesús en el sepulcro, podría explicarse de otro modo: Sn. Jn. 20, 13 o Sn. Mt. 28. 11, 15. A pesar de eso, el sepulcro vacío, ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos, fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar de las santas mujeres: Sn. Lc. 24, 3, después de Pedro. Sn. Lc. 24, 12. El discípulo que Jesús amaba: Sn. Jn. 20, 2, afirma: que al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “las vendas en el suelo”: Sn. Jn. 20, 6: “vió y creyó”: Sn. Jn. 20, 8. Eso supone que constató el estado del sepulcro vacío: Sn. Jn. 20. 5, 7. Que la ausencia del cuerpo de Jesús, no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal, como había sido el caso de Lázaro”: Sn. Jn. 11, 44: No. 640.

“María Magdalena y las santas mujeres que iban a embalsamar el cuerpo de Jesús, Sn. Mc, 16, 1. enterrado a prisa en la tarde del Viernes Santo por la llegada del Sábado: Sn. Jn. 19, 31, fueron las primeras en encontrar al Resucitado: Sn. Mt. 28. 9, 10. Así las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Jesús para los propios Apóstoles: Lc. 24. 9, 10. Jesús se apareció en seguida a ellos, primero a Pedro, después a los Doce: 1 Cor 15, 5; Pedro, llamado a confirmar en la fe a sus hermanos: Sn. Lc. 22. 31, 32, ve por tanto al Resucitado antes que a los demás y de su testimonio, es sobre el que la comunidad exclama: ¡Es verdad! “el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón”. Sn. Lc. 24, 34: No. 641. “Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales, compromete a cada uno de los apóstoles y a Pedro en particular, en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del resucitado, los apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y para la mayoría, viviendo entre ellos todavía. Estos testigos de la Resurrección de Jesucristo”: Hch 1, 22, son ante todo, Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: “Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los apóstoles”: 1 Cor. 15, 4: No. 642.

“Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Jesús fuera del orden físico y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos, que la fe de los discípulos fu sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por Él de antemano: Sn. Lc. 22. 31, 32. La sacudida provocada por la pasión, fue tan grande, que por lo menos algunos de ellos, no creyeron tan pronto en la noticia de la Resurrección. Los evangelios, lejos de mostrar una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos (la cara sombría): Sn. Lc. 14, 17 y asustados: Sn. Jn. 20, 19. Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y sus “palabras”, les parecían como desatinos: Sn. Lc. 24, 11. Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua, “les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado”: Sn. Mc. 16, 14. 643.

“Tan imposible les parece, que incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía. Sn. Lc. 24, 38: creen ver un espíritu: Sn. Lc. 24, 39. “No acaban de creerlo a causa de la “alegría” y estaban asombrados”:

Sn. Lc. 24, 41. Tomás conocerá la misma prueba de la duda: Sn. Jn. 20, 24, 27 y en su última aparición en Galilea, referida por San Mateo, “algunos sin embargo, dudaron”: Sn. Mt. 28, 17. Por esto, la hipótesis, según la cual, la resurrección, habría sido un “producto” de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles) no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació bajo la acción de la “gracia” divina de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado”: No. 644.

“Jesús resucitado establece con los discípulos relaciones directas mediante el tacto: Sn. Lc. 24, 39 y el compartir la comida: Sn. Lc. 24, 30. Les invita así a reconocer que Él no es un espíritu. Sn. Lc. 24, 39, pero sobre todo a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos, es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, ya que continúa presentando las huellas de su Pasión: Sn. Lc. 24, 40. Este cuerpo auténtico y real posee sin embargo, al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo “glorioso”; no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad, donde quiere y cuando quiere: Sn. Mt. 28, 9 y 16, 17, porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre: Sn. Jn. 20, 17. Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un “jardinero”: Sn. Jn. 20, 14 o bajo otra figura, distinta de la que les era familiar a los discípulos y eso para suscitar su fe”: Sn. Jn. 21, 4, 7: No. 645.

“La Resurrección de Jesucristo, no fue un retorno a la vida terrena, como en el caso de resurrecciones que Él había realizado antes de la Pascua: La hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas beneficiadas por el milagro, volvían a tener por el poder de Jesús, una vida terrena “ordinaria”. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Jesús, es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida, más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús, se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Jesucristo, que es el “hombre celestial”: 1 Cor 15, 35, 49: No. 646.

“Qué noche tan odiosa canta el Exultet de Pascua, sólo ella conoció el momento en que Jesucristo resucitó de entre los muertos. En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico fue demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Jesús resucitado, no por ello, la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe de aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso, Jesús

“resucitado” ¡no se manifiesta al mundo! Sn. Jn. 14, 22; sino a los discípulos “a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo”: Hch 13, 31: No. 647.

”La Resurrección de Jesús es objeto de fe en cuanto es una intervención trascendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres Personas divinas actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que ha “resucitado (Hch 2, 34) a Jesús, su Hijo y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad-con su cuerpo- en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente: “Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad, por su Resurrección de entre los muertos”: Rom 1. 3, 4. San Pablo insiste en la manifestación del poder de Dios: Rom 6, 4; 2 Cor 13, 4, por la acción del Espíritu Santo que ha vivificado la humanidad muerta de Jesús y la ha llamado al estado glorioso del Señor”: No. 648.

“Por la unidad de la naturaleza divina que permanece presente en cada una de las dos partes del hombre, estas se unen de nuevo. Así la muerte se produce por la separación del compuesto humano y la Resurrección por la unión de las dos partes separadas”: San Gregorio Niceno: No. 650.

“Si no resucitó Cristo Jesús, vana es nuestra predicación, vana también”: nuestra fe”: 1 Cor 15, 14. La Resurrección constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo Jesús hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran la justificación si Jesús al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo ha prometido”: 651.

“La Resurrección de Cristo Jesús es cumplimiento de la promesa del Antiguo Testamento: Sn. Lc. 24. 26, 27; y del mismo Jesús durante su vida terrenal: Sn. Mt. 28. 6. La expresión según las escrituras 1 Cor 15. 3, 4 y el símbolo Niceoconstantino politano, indica que la Resurrección de Jesús, cumplió sus predicciones”: No. 652.

“La verdad de la divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección. Él había dicho: “Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, entonces sabrán que Yo soy”: Sn. Jn. 8, 28. La Resurrección del “crucificado” demostró que verdaderamente él era “Yo Soy”: el Hijo de Dios y Dios mismo. Sn. Pablo pudo decir a los judíos: “La promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros...al resucitar a Jesús, como está escrito: “Hijo mío, eres tú, yo te he engendrado hoy” Hch 13. 32, 33; Sal. 2, 7. La Resurrección de Jesús está estrechamente unida al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios: es su plenitud según el designio eterno de Dios: No. 653.

“Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su resurrección, nos abre al acceso a una nueva vida. Esta, es en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios: Rom 4, 25, a fin de que, al igual que Jesús fue resucitado de entre los muertos...así también nosotros vivamos una nueva vida: Rom 6, 4. Consiste en la victoria sobre la muerte y el

pecado y en la nueva participación en la “gracia”: Ef 2, 4, 5. Realiza la adopción final porque los hombres se convierten en hermanos de Jesucristo, como Jesús llama a sus discípulos después de la Resurrección: “Vayan a avisar a mis hermanos”: Sn. Mt. 28, 10. Hermanos por naturaleza, sino por don de la “gracia”, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección”: No. 654.

Por último, la “Resurrección de Jesucristo” el propio Jesús resucitado es principio y fuente de nuestra resurrección futura: “Jesucristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que se durmieron...del mismo modo que en Adán, mueren todos, así también, todos revivirán en Jesús”: 1 Cor 15, 20, 22. En la espera de que esto se realice, Jesús resucitado, vive en el corazón de sus fieles. En Él, los cristianos: “saborean los prodigios del mundo futuro”: Hb 6, 5 y su vida es arrastrada por Jesús al seno de la vida divina. Col 3, 1, 3, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”: 2 Cor 5, 15: No. 655-

“La fe en la Resurrección tiene por objeto, un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el resucitado y misteriosamente trascendente en cuanto entrado en la humanidad de Jesucristo, en la gloria de Dios”: No. 656.

“El sepulcro vacío y las vendas en el suelo, significan por sí mismas que el cuerpo de Jesús ha escapado por el poder de Dios de las ataduras de la muerte y de la corrupción. Preparan a los discípulos para su encuentro con el resucitado”: No. 657. “Jesucristo, “el primogénito de entre los muertos”: Col 1, 18, es el principio de nuestra propia resurrección, desde ahora por la justificación de nuestra “alma”: Rom 6, 4; más tarde por la “vivificación de nuestro cuerpo”: Rom 8, 11: No. 658.

“ASCENSIÓN DE JESÚS A LOS CIELOS”

Respecto a la Ascensión de Jesús a los cielos, cuarenta días después de la noche oscura, narrada fielmente por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles: “De hecho, se presentó a ellos después de la pasión y les dio numerosas pruebas de que vivía. Durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios. En una ocasión en que estaba reunido con ellos, les dijo que no se alejaran de Jerusalén y que esperaran lo que el Padre les había prometido. Ya les hablé al respecto, les dijo: Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días. Los que estaban presentes le preguntaron: ¿Es ahora que vas a restablecer el reino de Israel? Les respondió: No les corresponde a ustedes conocer los plazos y los pasos que solamente el Padre tenía autoridad para decidir. Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra. Dicho esto, Jesús fue levantado ante sus ojos y una nube lo ocultó de su vista. Ellos seguían mirando fijamente al cielo, mientras se alejaba. Pero de repente vieron a su lado a dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Amigos galileos, ¿Qué hacen ahí mirando al cielo? Este Jesús que les han llevado, volverá de la misma manera que ustedes lo han visto ir al cielo”: Hch 1. 3, 11.

Es obligación de fe que Jesucristo resucitado entró en la gloria, pero esto es un misterio que trasciende también la experiencia sensible y no puede limitarse ni circunscribirse a lo que parece, a la sola y única escena del monte de los Olivos, donde los apóstoles observaron con sorpresa, pena y dolor, cómo su Maestro, el Mesías, los abandonaba para retornar a Dios. De hecho, los textos sagrados se expresan sobre el sentido del momento, el modo de la exaltación celestial de Jesús, cuya riqueza es instructiva. A la luz de estos textos, se tratará de percibir la realidad profunda del misterio, a través de la génesis de su expresión literaria. Según una concepción espontánea y universal, adoptada también por la Biblia: El Cielo es la morada de la divinidad, hasta tal punto que este término sirve de metáfora (se usa una palabra en sentido distinto al que tiene, pero semejante) para significar a Dios. La tierra su escabel: Is 66, 1; es la residencia de los hombres: Sal. 18, 10. Así para visitarlos, “desciende Dios de los cielos: Gen 11, 5; Sal 144, 5 y asciende de nuevo a él: Gen 17, 22. La nube es su vehículo: Num 11, 25. El Espíritu enviado por Dios, debe también descender: Sn. Mt. 3, 16; 1 Pe 12, 12; asimismo, la “palabra”, la que vuelve a él una vez realizada su obra: Sab 18, 15. Los ángeles que habitan el Cielo con Dios: 1 Re 22, 19; Job 1, 6, descienden para desempeñar sus misiones: Dan 4, 10; Sn. Lc. 22, 43 y luego vuelven a ascender: Jue 13, 20. “En verdad les digo que ustedes verán los cielos abiertos y a los ángeles de Dios, subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre” Sn. Jn. 1, 51.

“Para los humanos, el trayecto en sí imposible. Hablar de subir al Cielo, equivale a expresar la búsqueda de lo inaccesible: Sal. 139, 8; cuando no es ya pretensión de una soberbia insensata: Sn. Mt. 11, 23. Ya es mucho que las oraciones suban al Cielo en forma fluida y rápida, de acuerdo con la forma en que se realizan: Hch 10, 4 y que Dios dé cita a los hombres en la cima de montañas a las que descende, mientras ellos suben como al Sinaí: Ex 19, 20 o al monte Sión; Is. 2, 3. Solo elegidos como Henoc: Gen. 5, 24 o Elías: 2 Re. 2, 11, que tuvieron el privilegio de ser arrebatados al Cielo, por el poder divino”.

“Jesús exaltado por la Resurrección a la diestra de Dios: Hch. 2, 34; donde señorea como Rey que es: Ap. 3, 21, debió subir al Cielo. De hecho, su ascensión aparece en las primeras afirmaciones de la fe, no tanto como un fenómeno considerado por sí mismo, cuanto por la expresión indispensable y necesaria de la exaltación celestial de Jesús: Hch. 2, 34. Pero en el progreso de la revelación y la explicitación (que expresa claramente) de la fe, ha ido adquiriendo una individualidad teológica e histórica, cada vez más marcada. Jesús, antes de bajar a la tierra, estaba junto a Dios, como Hijo, Verbo, Sabiduría, por consiguiente, su exaltación celestial no fue sólo el triunfo de un hombre elevado al rango divino, como podría sugerirlo una cristología primitiva: “Israelitas, escuchen mis “palabras”: “Dios acreditó entre ustedes a Jesús de Nazaret. Hizo que realizara entre ustedes milagros, prodigios y señales que ya conocen. Ustedes, sin embargo, lo entregaron a los paganos, para ser crucificado y morir en la cruz y con esto, se cumplió el plan que Dios tenía dispuesto. Pero Dios lo libró de los dolores de la muerte y lo resucitó, pues no era posible que quedara bajo el poder de la muerte”: Hch. 2, 22, 24.

Regreso al Catecismo: “Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios”: Sn. Mc. 16, 19. El cuerpo de Jesucristo fue glorificado desde el instante de su Resurrección, como lo prueban las propiedades nuevas y sobrenaturales, de las que desde entonces su cuerpo disfruta para siempre: Sn. Lc. 24, 31. Durante los cuarenta días en los que Él come y bebe familiarmente con sus discípulos: Hch. 10, 41 y les instruye sobre el Reino: Hch. 1, 3, su gloria aún queda velada bajo los rasgos de una humanidad ordinaria: Sn. Mc. 16, 12. La última aparición de Jesús, termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina, simbolizada por la nube: Hch. 1, 9; Sn. Lc. 9- 34, 35 y por el Cielo: Sn. Lc. 24, 51, “donde Él se sienta para siempre a la derecha de Dios”: Sn. Mc. 16, 19. Sólo de manera completamente excepcional y única, se muestra a San Pablo “como abortivo”: 1 Cor. 15, 8, en una última aparición, que constituye a este apóstol”: 1 Cor 9. 1: No. 659.

“El carácter velado de la gloria del Resucitado durante este tiempo, se transparenta en sus “palabras” misteriosas a María Magdalena: “Todavía no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y diles: Subo a mi Padre y el Padre de ustedes, a mi Dios, el Dios de ustedes” Sn. Jn. 20, 17. Esto indica una diferencia de manifestación entre la gloria de Jesús Resucitado y la de Jesús exaltado a la derecha del Padre. El acontecimiento

histórico, trascendente de la Ascensión, marca la transición de una a otra”: No. 660. “Esta última etapa permanece estrechamente unida a la primera, es decir, a la bajada desde el Cielo realizada en la Encarnación. “Sólo el que salió del Padre, puede volver al Padre”: Jesús: Sn. Jn. 16, 28. “nadie ha subido al Cielo sino el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre”: Sn. Jn. 3, 13. Dejada a sus fuerzas naturales la humanidad no tiene acceso a la “Casa del Padre”: Sn. Jn. 14, 2, a la vida, a la felicidad de Dios. Sólo Jesucristo ha podido abrir este acceso al hombre “ha querido precedernos como cabeza nuestra, para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino”: Prefacio de la Ascensión: No. 661.

“Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”: Sn. Jn. 12, 32. “La elevación en la cruz significa la elevación en la Ascensión al Cielo. Es su comienzo. Jesucristo, el único Sacerdote de la Alianza Nueva y eterna, no “penetró en un Santuario hecho por mano de hombre... sino en el mismo Cielo para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios, en favor nuestro”: Heb. 9, 24. En el Cielo, Jesús ejerce permanentemente su Sacerdoció. “De ahí que pueda salvar a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor”: Hb 7, 25. Como: “Sumo Sacerdote de los bienes futuros”: Heb. 9, 11, es el centro y el oficiante principal de la liturgia que honra al padre en los cielos”: Ap. 4. 6, 11: No. 662.

“Jesucristo, desde entonces, está sentado a la derecha del Padre”: “Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos, como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada”: San Juan Damasceno: No. 663.

“Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del Reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel, respecto del Hijo del Hombre”: “A Él se le dio imperio, honor y reino y todos los pueblos de las naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno que nunca pasará y su reino no será destruido jamás”: Dn 7, 14. A partir de este momento, los apóstoles se convirtieron en los “Testigos del Reino que no tendrá fin”: Símbolo de Nicea-Constantinopla: No. 664.

“La ascensión de Jesucristo marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celestial de Dios de donde ha de volver”: Hch 1, 11. “Aunque mientras tanto lo esconde a los ojos de los hombres”: Col 3, 3: No. 665.

“Jesucristo, cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre, para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con Él eternamente”: No. 666.

“Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el Santuario del Cielo, intercede por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo”: No. 667.

“MARÍA EN PENTECOSTÉS”

Si la ascensión de Jesús a los cielos fue a los cuarenta días después de la Pascua, diez días después o sea a los cincuenta días de la Pascua, se celebra Pentecostés. La “palabra” de origen griego, significa que la fiesta celebrada ese día, tiene lugar después de la Pascua. El objeto de esta fiesta evolucionó: en un principio era fiesta agraria, conmemora en lo sucesivo el hecho histórico de la alianza, para convertirse al fin en la fiesta del don del Espíritu Santo, que inaugura en la tierra la nueva alianza.

Según el judaísmo, es con pascua y los tabernáculos una de las tres fiestas en que Israel tenía que presentarse ante Yahvé, en el lugar escogido por Él, para que habitara en Él su nombre. En los orígenes, es la fiesta de la recolección, de la siega, día de regocijo y de acción de “gracias”: Ex. 23, 16, donde se ofrecen las primicias de la cosecha. Luego, la fiesta era un aniversario. La alianza se había concluido unos cincuenta días: Ex. 19. 1, 6, después de la salida de Egipto, que se celebraba con la pascua. Pentecostés vino a ser el festejo del aniversario de la alianza, sin duda, en el s. II. AC.

El Pentecostés cristiano: El don del Espíritu, con los signos que lo acompañaban. El viento, el fuego, se situaban en la prolongación de las teofanías del Antiguo Testamento. Un doble milagro subraya el sentido del acontecimiento: en primer lugar, los apóstoles se expresan en “lenguas” para cantar las “maravillas” de Dios: Hch. 2, 4; el hablar en lenguas es una forma carismática de oración, que son registradas en las comunidades cristianas primitivas. Este hablar en lenguas, aunque de por sí ininteligibles (poco se entienden): 1 Cor. 14. 1, 25, este día era comprendido, por los presentes; este milagro de audición era un signo de la vocación universal de la Iglesia, puesto que estos oyentes acudían de las regiones más diversas:

1. Efusión del Espíritu: San Pedro, citando al profeta Joel 3. 1, 5 “que realiza las promesas de Dios”: “que en los últimos tiempos, el Espíritu presente el que debía bautizar en el Espíritu Santo: Sn. Mc. 1, 8 y Jesús, después de la Resurrección, había confirmado estas promesas: “Dentro de pocos días, serán bautizados en el Espíritu Santo”: Hch. 1, 5;
2. Coronamiento de la Pascua de Jesucristo. Según la catequesis primitiva, Jesús muerto, resucitado y exaltado a la diestra de Dios Padre, acaba su obra derramando el Espíritu, sobre la comunidad apostólica: Hch 2. 23, 24. Quiere decir que Pentecostés, es la plenitud de la “Pascua”.
3. Reunión de la comunidad mesiánica. Los dispersos serían reunidos en la montaña de Sión y que así la asamblea de Israel estaría unida en torno de

Yahvé, Pentecostés realiza en la comunidad de Jerusalén, la unidad espiritual de los judíos y los prosélitos de todas las naciones.

4. Comunidad abierta a todos los pueblos. El Espíritu, se da con vistas a un testimonio que se ha de llevar hasta los confines de la tierra: Hch 1, 8; el milagro de la audición subraya que la comunidad mesiánica, se extenderá a todos los pueblos.
5. Comienzo de la misión: el Pentecostés que reúne a toda la comunidad Mesiánica, es también el punto de partida del discurso de San Pedro. “de pie con los once”, es el primer acto de la misión dada por Jesús: Recibirán al Espíritu Santo, entonces me serán testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria y hasta en los confines de la tierra”: Hch. 1, 8.

Los Padres compararon este bautismo en el Espíritu Santo, como una investidura apostólica de la Iglesia: el bautismo de Jesús, teofanía (adoración de los reyes) solemne al comienzo de su ministerio público. Pentecostés, considerado como misterio de “salvación”; si fue pasajero el aspecto exterior de la teofanía, el “don hecho a la Iglesia, es definitivo”. Pentecostés inaugura el tiempo de la Iglesia, que en su peregrinación al encuentro del Señor, mientras recibe constantemente de Él, el Espíritu que la reúne en la fe y en la caridad; la santifica y la envía en misión. Los Hechos, que fungen como el Evangelio del Espíritu Santo, revelan la actualidad permanente de este don, el “carisma” por excelencia, tanto por el lugar que ocupa el Espíritu en la dirección y en la actividad misionera de la Iglesia: Hch. 4, 8, 13; como por sus manifestaciones más visibles: Hch. 4, 31. El don del Espíritu califica los “últimos tiempos, período, que comienza en la “ascensión” y hallará su consumación el último día, cuando retorne el Señor a la tierra”.

En el momento previo a la “ascensión de Jesús a los cielos”, estando reunido con los discípulos, aprovechó para decirles: “Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”: Hch. 1, 5; “Recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes” Hch. 1, 8; “Entraron a la ciudad y subieron a la habitación superior de la casa donde se alojaban. Allí estaban Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago hijo de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas, hijo de Santiago.

“Todos ellos perseveraban juntos en la oración, en compañía de algunas mujeres, de María la Madre de Jesús y de sus hermanos”: Hch. 1, 13, 14: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del Cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban y aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les conseguía que se expresaran”: Hch. 2, 1, 4.

Era tanta la sorpresa que despertaba en ajenos y en ellos mismos: “Y todos les oímos hablar en nuestras propias lenguas las “maravillas” de Dios”. Estaban asombrados y perplejos se preguntaban unos a otros ¿Qué querría significar todo aquello? Pero algunos se reían y decían que ¡estaban borrachos!: Hch. 2. 11, 13; “Entonces Pedro con los once a su lado, se puso de pie, alzó la voz y diciendo: “Amigos judíos y todos los que se encuentran en Jerusalén, escúchenme: tengo algo que enseñarles. No se les ocurra pensar que estamos borrachos, son apenas las nueve de la mañana, se está cumpliendo lo que anunció el profeta Joel”: “Escuchen lo que sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre cualesquiera que sean los mortales. Sus hijos e hijas profetizarán, los jóvenes tendrán visiones y los ancianos tendrán sueños proféticos”. “En aquellos días derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas y profetizarán. Haré prodigios arriba en el Cielo y señales milagrosas abajo en la tierra. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes de que llegue el Día grande del Señor. Y todo el que invoque el nombre del Señor, se salvará” Hch 2. 14, 21.

Y es tal el poder derramado a través del “Espíritu Santo” a los apóstoles, que con estos ejemplos, podemos darnos idea que atestigüen el cumplimiento de “Pentecostés”: “Pedro les contestó: Arrepiéntanse y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesús, el Mesías, para que sus pecados les sean perdonados, entonces recibirán el don del Espíritu Santo”: Hch 2, 38; “Cuando Pedro y Juan estaban para entrar en el Templo, un hombre le pidió una limosna. Pedro con Juan a su lado, fijó en él su mirada y le dijo: “Míranos” El hombre los miró, esperando recibir algo, pero Pedro le dijo.”No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre del Mesías Jesús, el Nazareno: “camina”. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó. Inmediatamente tomaron fuerza sus tobillos y sus pies; de un salto se puso en pie y empezó a caminar. Luego entró con ellos al Templo, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios y lo reconocieron como el tullido”: Hch 3. 3, 9;

“Se agregaban al Señor cada día más creyentes, muchedumbres de hombres y mujeres, hasta el punto de sacar a los enfermos a las calles y ponerlos en camillas, por donde iba a pasar Pedro, para que por lo menos su “sombra” cubriera a algunos de ellos. Acudían multitudes, de ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo a sus enfermos y a personas atormentadas por espíritus malos y “todos eran sanados”: Hch 5. 15, 16. Después “Ananías, entró en la casa y le impuso las manos diciendo: ¡Hermano Saulo (Pablo), el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino de Damasco, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. Al instante, se le cayeron de los ojos, una especie de ¡Escamas! y empezó a ver. Se levantó y fue bautizado”: Hch 9. 17, 18; “Al oír esto, se hicieron bautizar en el nombre del Señor Jesús y al imponerles Pablo (Saulo) las manos, el Espíritu Santo bajó sobre ellos y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar”: Hch 19. 5, 6; “Dios obraba prodigios extraordinarios por las manos de Pablo, hasta tal punto que imponían a

los enfermos pañuelos o ropa que había usado y mejoraban. También salían de ellos los espíritus malos”: Hch 19. 11, 12.

Habiendo presentado unas de las variadas y productivas manifestaciones provenientes de Jesús el Mesías, a través del Espíritu Santo, que habiendo recibido los apóstoles en Pentecostés, con expresiones evidentes de devolver la salud física y espiritual a muchos y muchos bautizados, condición previa exigida por los discípulos, para llegar a ver la “Gloria de Dios”. La escogida por su condición de Madre fiel, amorosa, piadosa de Jesús, por las cualidades, les aventajaba a los apóstoles, además:

- a) Por el hecho de ser la preferida de Dios para ser la Madre de su Divino Hijo.
- b) Por ser bañada y rebalsada del Espíritu Santo en la anunciación, en quien se llevó a cabo el primer Pentecostés en el Nuevo Testamento.
- c) Su condición de ser Virgen Inmaculada, preparada para ser la Madre de Jesús, el Redentor de la humanidad; por su “sí” incondicional, quedando por “gracia” de Dios, como co-redentora.
- d) La cualidad sobresaliente de ser la primera “orante” facilitando la comunicación con Dios Padre; todo ello, le ayudó a dirigir la oración de invocación al Espíritu Santo en el “Cenáculo”, alguien debía tomar la iniciativa, quién mejor y más que ella, la: “Emparentada con la Santísima Trinidad”.
- e) Otra ventaja muy importante: el “pedir” es un gesto de humildad. El soberbio nunca pide; María como “esclava” confesado por ella desde la “anunciación”, la hace experta en “pedir”, en “suplicar”, en “llamar”: “Proclama mi “alma” la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se fijó en su “humilde esclava” y desde ahora, todas las generaciones, me llamarán: “Bienaventurada”. “El poderoso ha hecho maravillas por mí. Santo es su nombre”: Sn. Lc. 1. 46, 49; “Jesús les mostró con un ejemplo que debían “orar” siempre, sin desanimarse “jamás”: Sn. Lc. 18, 1.”Da al que te pida”: Sn. Mt. 5, 42; Dijo Jesús: “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra y se abrirá la puerta al que llama”: Sn. Mt. 7. 7, 8. María pidió intensamente la bajada del Espíritu Santo.
- f) María, no sólo “oraba”, sino que dedicaba tiempo importante a la “meditación”, que a veces unos (as) y otros (as) perdemos el tiempo miserablemente. La meditación es tan productiva, eficaz y eficiente, además de ganar tiempo, ayuda a adelantarse al tiempo, como en ella: “Todos los que escucharon a los pastores, quedaron maravillados de lo que decían”. Sn. Lc. 2,18.

María por su parte, guardaba estos acontecimientos y los volvía a “meditar” en su interior”: Sn. Lc. 2, 18, 19; “En verdad les digo: el que “guarda” mis “palabras”, no probará jamás la muerte”: Sn. Jn. 8, 51 y “Jesús entonces regresó con sus padres, llegando a Nazaret. Posteriormente siguió obedeciéndoles. Su Madre por su parte, “guardaba” todas estas cosas en su corazón”. Sn. Lc. 2, 51. ¿Quién mejor que María para llamar al Espíritu Santo?

A través de María, la mujer puede convertirse en símbolo del “alma creyente”. Así se comprende que Jesús consienta en dejarse seguir por “santas mujeres”: Sn. Lc. 8, 1 ss; en tomar como ejemplo a “vírgenes fieles”: Sn. Mt. 25, 1, 13; en confiar una “misión a mujeres”: Sn. Jn. 20, 17. Se comprende que la Iglesia naciente, señale el puesto y la misión desempeñada por numerosas mujeres: Hch. 1, 14. Desde entonces, las mujeres y especialmente las viudas, son llamadas a colaborar en la obra de la Iglesia.

Tratando de seguir relatos de Santos Padres, de Sacerdotes marianos, tenemos que repetir ciertos eventos, que resaltan y relatan la no poca importancia sobre su participación, cual debía de ser en María, aunque su perfil tenía que ser rebajado lógicamente, porque la relevancia especial, espacialísima, era seguir, acompañar, esperar, hasta llorar a Jesús, razón primordial de su escasa presencia en los evangelios: “Todo por Jesús y toda para Jesús”.

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, el día de Pentecostés, la Santísima Virgen María, estaba en medio de ellos. Y aunque este Espíritu creador, debía ser enviado a la tierra, puesto que nuestro Señor nos lo había ofrecido, con promesa de enviarlo, era designio de Dios, como la encarnación de su Hijo en María, igual su pasión y muerte en cruz, como designio de Dios, había de cumplirse fielmente y ella aceptar “obediente” todo lo proveniente de Dios.

Escritores sagrados, nos enseñan que María, la Madre de Jesús, apresuró el descendimiento del Santo Espíritu o Divino Paráclito y lo acabó de obtener por el fervor de sus oraciones. Esta doctrina, no debe de extrañarnos: ¿No fue María quien, ya desde Nazaret, atrajo a la tierra por su incomparable pureza, al Verbo de Dios, prometido desde el origen del mundo?

María recibió en el Cenáculo la plenitud del Espíritu Santo y del corazón de la Santísima Virgen, se derramó sobre toda la Iglesia. El Padre Ollier, resume así esta doctrina:

“Como los reyes dan presentes a sus vasallos cuando entran a tomar posesión de su reino; así Jesucristo, al subir a la diestra de su Padre, para tomar posesión de su trono, quiso enviar a sus Apóstoles, su Espíritu y sus dones. Con este objeto y por orden suya, los discípulos se reunieron en Jerusalén con la Santísima Virgen y algunas santas mujeres que se entregaron a la oración, alabando y bendiciendo el nombre de Dios y esperando la venida del Espíritu Santo”.

“María estaba en medio de ellos y presidía ese sagrado Concilio; porque para establecer la gloria de Dios en el mundo, tenía una gracia que superaba a la de los Apóstoles. Aunque Jesucristo no quiso que María ofreciera exteriormente el Santo Sacrificio y fuese verdadero sacerdote, según el orden de Melquisedec; sin embargo, fue voluntad suya, que la Santísima Virgen destinada a ser madre de los vivientes, se encontrase en el Cenáculo de los Apóstoles, para facilitar en ellos la plenitud de su Espíritu y fuera así como receptáculo de la vida divina que debía ser distribuida en Ella y por Ella, a todos sus hijos”. “Por eso cuando vino el día de Pentecostés y descendió el Espíritu Santo en forma de fuego, María lo recibió, no con medida, como lo recibieron los Apóstoles y discípulos, sino en toda su perfección”.

“San Pedro, a quién Jesús estableció como jefe visible de su Cuerpo Místico, aunque lleno de la vida de su Maestro, en el Cenáculo no recibió parte de esta vida divina, sino la porción necesaria a su dignidad de Vicario de Cristo Jesús. Los demás apóstoles, que recibieron también las primicias del Espíritu de Jesús, no lo poseyeron sino en la medida en que cada uno se los distribuyó la sabiduría y el amor divino”

“No sucedió así con María; como habitaba en ella la plenitud de su amor, no dejó de comunicarle todo lo que era capaz de recibir. De manera que así como el Padre comunicó a su Hijo todo lo que tenía en sí y que era comunicable, así el Hijo, no dejó de poner en María y de obrar en ella todo lo que pudo, haciéndola como receptáculo de sus riquezas, para distribuir las por Ella a toda la Iglesia”: Concluye el Padre M. Ollier, a través de: “*Vie interieure de la très Sainte Vierge*”: (Vida interior de la tres veces Santa).

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre la Santísima Virgen María en Pentecostés, era la tercera vez que lo recibía. La primera efusión del Espíritu Santo, fue el día de su Concepción Inmaculada; ese día hizo de María, la obra maestra de la creación. Su “alma” fue santificada por una gracia insigne y especial, que la hizo Hija del Divino Padre, su “Toda hermosa”, su única, según la expresión del Cantar.

María permaneció bajo el influjo de esta “gracia”, desde su cuna a Nazaret, “gracia” de fidelidad perfecta y de amor a Dios, “gracia” de soledad, de silencio, de oración y de contemplación; primeras luces de la aurora divina sobre el “lirio de Israel”, mientras que crecía en el huerto cerrado del Esposo, a la sombra de los pórticos del Templo de Jerusalén.

Por segunda vez el Espíritu Santo descendió sobre María el día de la Anunciación en Nazaret. Entonces al llenarla con su virtud, la hizo Madre de Jesucristo y concibió al Salvador, permaneciendo siempre virgen. Esta “gracia”, al embellecer más el “alma” de María, la hizo digna de servir a Jesús como Madre.

Dándole todas las virtudes y las perfecciones necesarias, para ejercer santamente las elevadas funciones que debía cumplir cerca de su Hijo.

La tercera vez, fue en el Cenáculo, cuando María recibió del Espíritu Santo la “gracia de la maternidad cristiana”, es decir ese santo ardor de proselitismo (partidario

de una doctrina) apostólico, al cuál se entregó Jesús, después de la Resurrección. Desde que nació del sepulcro, lleno de fuerza y de gloria, Jesús no se ocupa sino de fortalecer a los apóstoles, les da los “sacramentos” y las “gracias” necesarias a su vocación de fundadores y de padres de la Iglesia. De esta manera, bajo el fuego divino en el Cenáculo, María recibe el Espíritu de luz y de fuerza, el Espíritu de Sabiduría y de consejo, el Espíritu de celo y fecundidad espiritual, que la hacen capaz de ser Madre de la Iglesia y de dirigir a los fieles por los caminos de la perfección evangélica.

Llegada la hora de pasar de este mundo hacia el Padre, el divino crucificado se volvió hacia quien treinta y tres años antes, le había traído al mundo: ella, era la Mujer, era la Madre, la Nueva Eva, la que podría proteger a todos los discípulos que Jesús amaba. Por eso exclamó Jesús: “Ahí tienes a tu hijo” y a todos los demás discípulos, les dijo Jesús en la persona de Juan: “Ahí tienes a tu Madre”. Desde entonces María mora en las casas de los discípulos de Jesús. A ellos se les repite lo que un día dijo el ángel a José: “No temas recibir a María en tu casa”: Sn. Mt. 1, 20; ella lleva a Jesucristo, en ella obra el Espíritu, ella es la Madre de todos, la Madre de la Iglesia. Jesús es el sujeto que recibirá la unción. El Espíritu Santo es el principio operante de dicha unción. María será por lo tanto, el Templo, donde se efectúe esta consagración. Aquí la tenemos con nosotros para siempre, nuestra Santísima Madre, Virgen María.

María recibió al Espíritu Santo en el Cenáculo públicamente, porque había llegado la hora de anunciar en público a Jesucristo, todos ven que desciende sobre Ella, el signo de su misión, todos comprenden que ha sido hecha la Madre de todos los cristianos, heredada por Jesucristo desde la prominencia de la cruz.

Hasta el momento, no se ha vislumbrado celo apostólico, ni del Espíritu Santo, menos de los apóstoles y ya no digamos de los vicarios de Jesús y de su Iglesia, en sucesión por veinte siglos. Es Más, consagrada por el Espíritu Santo, es favorecida también, acepta de la mano de su Hijo, la responsabilidad de toda la Iglesia; en adelante ha trabajado con Él en la santificación de su rebaño y no vivirá ya, sino para los hijos que Jesús le ha confiado.

Este triple descendimiento del Espíritu Santo en María, nos enseña maravillosamente el modo de obrar que emplea para santificar nuestras “almas”. La Iglesia llama al Espíritu Santo: “Luz” y “Fuente”, porque en su acción, encontramos de una manera perfectísima las cualidades de la “luz y del agua viva”. Si entramos por la mañana a una sala abierta a los rayos del sol, la encontraremos iluminada; si volvemos unas horas después, la luz, será más viva, al mediodía, nos sentiremos deslumbrados. En la fuente, encontramos una progresión análoga: cuando impulsada por una ola subterránea, sale el agua a flor de tierra, empieza a correr y se convierte sucesivamente en un arroyuelo, en un torrente y al fin en un río caudaloso. Así hace el Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación, del Orden,

a medida que avanza este sol del “alma”, se hace más luminoso; a medida que sube, se derrama con mayor abundancia. Como la luz, el Espíritu Santo nos purifica, nos ilumina, nos calienta, nos fortifica, nos fecunda. Como el agua viva, nos refresca, sacia nuestra sed y nos transporta en sus ondas. Cada cristiano, recibe una “gracia” que corresponde al estado actual de su “alma”, a su presente vocación.

El Catecismo, es bien claro respecto a Pentecostés y nos aclarará muchas lagunas que bien podrían ir quedando en el camino. Entre las autoridades de Jerusalén, no solo el fariseo Nicodemo, el de la fe escondida, porque sólo de noche la mostraba, o el notable José de Arimatea, que ambos eran en secreto discípulos de Jesús, sino que durante mucho tiempo hubo disensiones a propósito de Él: “En la víspera de su pasión, San Juan, pudo decir de ellos, que “un buen número creyó en Él”, aunque de una manera muy imperfecta: Sn. Jn. 12, 42. Eso no tiene nada de extraño si se considera que al día siguiente de Pentecostés: “multitud de sacerdotes iban aceptando la fe”: Hch. 6, 7 y que “algunos de la secta de los fariseos habían abrazado la fe”: Hch. 15, 5, hasta el punto de que Santiago pudo decir a San Pablo que: “miles y miles de judíos han abrazado la fe y todos son celosos partidarios de la Ley”: Hch. 21, 20: No 595.

El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego, simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que: “surgió como el fuego, cuya “palabra” abrasaba como antorcha”: Eclo. 48, 1, “con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo”: 1 Re. 18. 38, 39, figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, “que precede al Señor con el Espíritu y el poder de Elías”: Sn. Lc. 1, 17, anuncia a Jesús, como el que “bautizará en el Espíritu Santo y el fuego”: Sn. Lc. 3, 16, Espíritu del cuál Jesús dirá: “he venido a traer fuego sobre la tierra y ¿cuánto desearía que ya estuviese encendido? Sn. Lc. 12, 49. Bajo lenguas “como de fuego”, cuando el Espíritu Santo se posó sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó: Hch. 2. 3, 4. La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego, como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo. San Juan de la Cruz: Llama de amor viva. “No extingan el Espíritu”: 1 Ts. 5, 19: No. 696.

“Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo”: Is. 42. 1, 2. Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra “condición de esclavos”. Flp. 2, 7. Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida”: No. 713.

“Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo, son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del:” amor y de la fidelidad”: Ez. 11, 19, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés: Hch 2. 17, 21.

Según estas promesas en los “últimos tiempos”. El Espíritu del Señor, renovará el corazón de los hombres, grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz”: No. 715.

“El día de Pentecostés, la Pascua de Jesús se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da, comunica como Persona divina: desde su plenitud, Jesucristo el Señor: Hch 2, 36, derrama profusamente el Espíritu”: No. 731.

“En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde este día el Reino anunciado por Jesús, está abierto a todos los que creen en Él: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los “últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado: “Hemos visto la verdadera luz, hemos recibido al Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado: (Liturgia bizantina), Tropario de Vísperas de Pentecostés; empleado también en las liturgias eucarísticas, después de la comunión”: No. 732.

“Dios es amor”. 1 Sn. Jn. 4, 8, 16 y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor: “Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”. No. 733.

“La palabra “católica” significa “universal” en el sentido de: “según la totalidad” o “según la integridad”. La Iglesia es católica en un doble sentido: Es católica porque Jesucristo está presente en ella. “Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia Católica”: San Ignacio de Antioquia. En ella subsiste la plenitud del cuerpo de Jesús unido a su Cabeza: Ef 1, 22, 23, lo que implica que ella recibe de Él “la plenitud de los medios de salvación” que Él ha querido: confesión de fe recta y completa, vida sacramental íntegra y ministerio ordenado en la sucesión apostólica. La Iglesia en este sentido fundamental, era católica el día de Pentecostés y lo será siempre hasta el Día de la Parusía (el regreso glorioso de Jesucristo)”: No. 830.

“El día de Pentecostés, por la Efusión del Espíritu Santo, la Iglesia se manifiesta al mundo: LG 2. El don del Espíritu, inaugura un tiempo nuevo en la “dispensación del Misterio”: el tiempo de la Iglesia, durante el cual Jesús manifiesta, hace presente y comunica su obra de salvación mediante la Liturgia de su Iglesia, “hasta que Él venga”: 1 Cor 11, 26. Durante este tiempo de la Iglesia, Jesús vive y actúa en su Iglesia y con ella ya de una manera nueva, la propia de este tiempo nuevo. Actúa por los sacramentos; esto es lo que la Tradición común de Oriente y Occidente llama: “la Economía sacramental”; ésta consiste en la comunicación o “dispensación” de los frutos del misterio pascual de Jesucristo, en la celebración de la Liturgia “sacramental” de la Iglesia”: No. 1076.

“Signos sacramentales: Desde Pentecostés, el Espíritu Santo realiza la santificación a través de los signos sacramentales de su Iglesia. Los sacramentos de la Iglesia, no

anulan, sino purifican e integran toda la riqueza de los signos y símbolos del cosmos y de la vida social. Aún más, cumplen los tipos y las figuras de la Antigua Alianza, significan y realizan la salvación obrada por Jesús y prefiguran y anticipan la gloria del Cielo”: No. 1152.

“Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el Santo Bautismo. En efecto, San Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: “Conviértanse y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados y recibirá el don del Espíritu Santo”: Hch 2, 38. Los apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos: Hch 2, 41, El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: “Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa”, declara San Pablo y su carcelero en Filipos. El relato continúa: “el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos”: Hch 16. 31, 33: No. 1226.

“Ahora bien, esta plenitud del Espíritu no debía permanecer únicamente en el Mesías, sino que debía ser comunicada a todo el pueblo mesiánico. Ez 36. 25, 27. En repetidas ocasiones Jesucristo prometió esta efusión del Espíritu: Sn. Lc. 12, 12, promesa que realizó primero el día de Pascua: Sn. Jn. 20, 22 y luego de manera más manifiesta el día de Pentecostés: Hch 2. 1, 4. Llenos del Espíritu Santo, los apóstoles comienzan a proclamar las “maravillas” de Dios y Pedro declara que esta efusión del Espíritu, es el signo de los tiempos mesiánicos: Hch 2. 17, 18.”Los que creyeron en la predicación apostólica y se hicieron bautizar, recibieron a su vez el don del Espíritu Santo”: Hch 2, 38. No. 1287.

“A veces se habla de la Confirmación como del “sacramento de la madurez cristiana”, es preciso, sin embargo, no confundir la edad adulta de la fe con la edad adulta del crecimiento natural, ni olvidar que la “gracia” bautismal es una “gracia” de elección gratuita e inmerecida, que no necesita una “ratificación” para hacerse efectiva. Santo Tomás lo recuerda: “La edad del cuerpo no constituye un prejuicio para el “alma”. Así, incluso en la infancia, el hombre puede recibir la perfección de la edad espiritual de que habla la Sabiduría: 4, 8: “la vejez honorable no es la que dan los muchos días, no se mide por el número de los “años”; numerosos niños, gracias a la fuerza del Espíritu Santo que habían recibido, lucharon valientemente y hasta dieron la sangre por Jesucristo”: No. 1308.

“En la oración del Señor, se trata principalmente, de la venida del Reino de Dios por medio del retorno de Jesucristo: Tt 2, 13. Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor: “a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo”. Plegaria eucarística”: No. 2818.

“PERFECTA UNIÓN DE MARÍA CON JESÚS”

La palabra de Dios, que es verdad y vida, nos lleva de la mano a entender esta perfecta armonía entre María y Jesús. La Madre de Jesús, primero por la Fe y por el vínculo directo por la sangre. Para que ocurriera, hubo un detalle que Jesús estimó como más importante, su respuesta: “Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de Dios es hermano mío y hermana y madre”: Sn. Mc 3. 31, 35 y responde Jesús: “Felices pues, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan”: Sn. Lc. 11, 27, que vale ante la respuesta de María: “Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”: Sn. Lc. 1, 38; ¿quién más que María cumplió la voluntad de Dios, escuchó la “palabra” de Dios y la cumplió a cabalidad? Ella concibió en su mente y en su corazón a Cristo Jesús, antes que en su vientre.

Estaba preparada para ése gran acontecimiento, cuando aterriza la gracia, uniendo en ésa forma el cielo con la tierra, el Verbo se encarna en una Virgen. Por lo tanto, es la primer cristiana de éste mundo y si Abraham es Padre de la Fe en el Antiguo Testamento. María es la Madre de la Fe, en el Nuevo Testamento. Es más, el Ave María, bien rezado, pensado, meditado, comienza con Dios, después de ser llena de gracia, se le ofrece la compañía del Señor, se le bendice entre todas las mujeres, por la condición de Madre de Jesús y se bendice al fruto de su vientre, que es Jesús. El Ave María, relata su primera parte en el Evangelio de San Lucas, 1, 42, queda englobada entre Dios y Jesús, el saludo de la prima Isabel, comienza con Dios Padre y termina con Jesús Dios Hijo, todo preparado con sumo cuidado por el Espíritu Santo, juntándose en la Visitación como ocurrió en la Anunciación, confluyen las tres divinas personas en la “primer cristiana del mundo”, en la primer creyente que inaugura el Nuevo Testamento, fundándose y fundiéndose en una perfecta unión entre María con Jesús, unión indisoluble, así como es una verdad bíblica, indudable, incuestionable y creíble.

María, continuó en esa condición espiritual y anatómica, después de cumplido el designio de Dios, a través del importante concurso del Espíritu Santo, que descendió sobre ella, llenándola de sus dones y del infaltable fruto, “el amor”. Contestó el ángel: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el niño Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios”: Sn. Lc. 1, 35. Único evento ocurrido en el mundo, que sin necesidad de varón quedó María encinta, ajeno a las influencias extranjeras y extranjerizantes, que transmiten “mentiras y calumnias”, todo con el objeto de aumentar clientela, membresía, fuera de la Iglesia Católica. Eso lleva al irrespeto a nuestra y también de ellos, Madre María, consagrada como tal, desde la cruz, que con esmero humilde, como toda

madre, ama a sus hijos, aunque no la amen, llamen ni imploren; está presta siempre al servicio, al socorro, al auxilio de todos, pero todos sin excepción, esperándolos con los brazos abiertos de madre amorosa. A todos sus hijos, pero en realidad, todos sus hijos.

En todos los niveles de la tradición referida en los evangelios, María la Madre de Jesús, en todo momento es designada sencilla y llanamente, con este título legítimo y honorífico: Sn. Mc. 3. 31, 35; Sn. Jn. 2. 1, 12; Sn. Jn. 19, 25. Con ellos, se define toda la función en la obra de la salvación. Su maternidad enteramente voluntaria, el relato de la anunciación lo pone claramente de relieve. Ante la vocación inesperada, que le anuncia el ángel, la presenta San Lucas, preocupada, como es lógico, ya que pide ver claro. ¿Cómo conciliar este llamamiento de Dios, con el llamamiento a conservar la virginidad, que oyó antes?

Se sabía que en Nazaret había muchas doncellas. Dios prefirió a María, se hubo fijado bien en ella, es más desde la creación, la tenía reservada, preparada, la cuidaba con cariño, igual que la Sabiduría: Prov. 8. 22, 31. La predestinación de Jesús para Hijo de Dios, envuelve y toma en cuenta a la doncella de Nazaret. Con sobrado derecho, pide aclaración, dado que “no es un objeto, sino todo un sujeto” digno de definición, para desempeñar tan importante papel, transitar por senderos desconocidos: “Fue enviado un ángel de parte de Dios”: Sn. Lc. 1, 27. Un ángel a la futura reina de los ángeles, cabe una pregunta: ¿Quién se arrodilló ante quién? ¿El ángel ante la Virgen que queda llena de Jesús o María ante el ángel emisario de Dios? Merece respuesta grupal entre cristianos marianos. Se presentó el Espíritu ante la doncella purísima.

Como Pediatra con más de 45 años, sé que los niños se entienden perfectamente entre los mismos niños. Los ángeles entre los ángeles, juntando el candor de los niños, con la gracia de las vírgenes, se entienden de maravilla, a base de la maternidad, son expertas como madres.

El mismo que definía las gracias y encanto humano del Hijo. No los separó un instante de los encantos de las gracias de la joven elegida para Madre, a imagen de la infusión paterna, se vislumbraba en longitud de días la virginal génesis de la Madre, predestinada a darse, a entregarse entera, sin reservas, en absoluta consagración: Madre, al concebir y dar a luz; Madre al desprenderse de su divino Hijo, en su entrega generosa, confiada y voluntaria, en el momento más difícil, doloroso, pero glorioso: al pié de la cruz, desangrado, anémico, vapuleado, martirizado y muerto; lo más relevante en María, (ya mencionado) ella había creído en su “resurrección”, como conocedora del trascendental suceso, no corre al sepulcro y lo espera paciente y tranquilamente.

Fue en la cruz que Jesús pronuncia el sermón misericordioso, compasivo y de perdón; “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”: Sn. Lc. 23, 34 y a continuación, la herencia definitiva: dice a la Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, después, dijo al discípulo amado: “Ahí tienes a tu Madre” y desde aquel momento, el

discípulo se la llevó a su casa”: Sn. Jn. 19. 26, 27. La pregunta que encierra el misterio doloroso de la cruz: ¿Es que Simeón tuvo noche oscura? Noche oscura, no significa incredulidad o duda, pero sí perplejidad ante esa situación: angustia, desorientación, sólo las madres tienen entrañas, es potestad netamente femenina, los hombres no.

Describen que la muerte de un hijo, destroza las entrañas en las madres, así ha de haber sentido María. Jesús en el huerto de Getsemaní, como humano-divino, predominó lo humano al rogar: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa”; luego interviene lo divino: “pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” Sn. Lc.22, 42; y en su aceptación, se torna en respuesta divina; fue cuando su sudor, se convertía en gotas de sangre y así mismo, su dolor humano predominó en la cruz. Lo divino, lo levantó; no flaqueó, ni titubeó y no pidió clemencia. Quizá, murió en noche oscura; desolado, desamparado, aislado; en noche cubierta de dolor y tristeza, sintiéndose abandonado por su Padre: ¿Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado? Sn. Mt. 27, 46; y su entrega divina.”Padre, en tus manos entrego mi Espíritu” y expiró: Sn. Lc. 23, 46. Todo este dolor y sufrimiento en presencia de su Madre, armada solamente del valor que Dios Padre le proporcionaba, desde luego la eligió, la apoyó en los momentos sublimes. Fidelidad de Dios a la Virgen fiel, humilde y obediente, digna Madre, para su Hijo Dios Jesús.

Es probable que la tentación del desierto, fuera una perplejidad ante el destino mesiánico del Varón de Dolores, del que habla el profeta Isaías, como llama Yahvé, con título honorable, al que llama a colaborar en su designio, para cumplirlo a cabalidad, es que envía “al Siervo paciente de Dios”: Is. 49. 3, 6. Si Jesús, pasó esa noche oscura ¿por qué no María? la corredentora, destinada a estar al pie de la cruz, como toda madre, al lado de su Hijo, sólo con la ayuda de la oración, pudo soportar valientemente el suplicio. De seguro Padre Dios, la preparó desde pequeña, enseñándole no a sufrir, sino a “saber sufrir”. El viejo Simeón se lo profetizó desde temprano: Sn. Lc. 2, 25; quien contaba con la presencia del Espíritu Santo, junta en él la bendición y la profecía dolorosa.

No resulta fácil adherirse al Señor, que venía a salvar por la cruz y todo el que se le acerca, experimenta también la caricia del dolor y María estaba suficientemente identificada con su divino Hijo, para que su dolor fuera también extremo. Jesús era su único Hijo, biológica y sociológicamente era fruto de ella, a su través le venía la herencia humana; su temperamento, sus sentimientos eran similares a los de la Virgen. Así mismo los dolores de Jesús, eran también sus dolores. Hasta cierto punto, era el espejo en que se miraba él; lo que él padecía en el cuerpo, ella en su alma, pero como el hombre es un ser substancial, en que el cuerpo y el alma, forman una sola unidad, el dolor del cuerpo se refleja en el alma y el dolor del alma, se refleja en el cuerpo, lo comprobamos cuando hemos pecado, nos sentimos mal por dentro y por fuera, de acuerdo a la intensidad de este, es más notorio el deterioro, a veces ocultamos la cara y no se puede mirar de frente, nos avergonzamos; lo vemos fácil

en los (as) adolescentes al ejercer prácticas en solitario o acompañados (as), el alma desolada, abrumada y la facies alterada. “Los ojos, el espejo del “alma”.

Volviendo a la soledad en la noche oscura de Jesús, con dolor lacerante corporal y su “alma” sentirse abandonada del Padre, le reclama con una interrogación: ¿Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado?: Sn. Mc. 15, 34; mientras tanto; “María, habría muerto de dolor”, dicen los santos padres: “Si Dios no la ha sostenido milagrosamente con su poder”. El dolor denigrante. El dolor de compasión y el dolor de la impotencia, no podía más que ejercer su profesión de “orante”, pedir al Dios de la misericordia. Todos estos dolores, se miden por su grandeza de amor y en su intimidad. La muerte de un extraño duele, pero del Hijo predilecto del Padre, profeta del amor y la reconciliación; testimonio del perdón y maestro irrepetible de la misericordia: el Santísimo Dios, hecho Hombre, que sin encontrársele culpa alguna padeció muerte de cruz, entre dos ladrones.

Santa María Virgen, siempre vivió bajo el sentido profético y atormentador, de las palabras duras de Simeón: “Mientras a ti misma una espada te atravesará el “alma”, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”: Sn. Lc. 2, 35. Por ello, ella vivió con ese presagio del misterio de aquella espada de dolor, clavada en su alma y en su corazón, desde entonces no pudo mirar a su Jesús, sin contemplarlo como: “Signo de contradicción”, sin ver en él al: “varón de dolores”, que conoce del sufrimiento en carne propia; el condenado a muerte ignominiosa, por los pecados de su pueblo, profetizado por Isaías. La espada de dolor, pesará siempre en el corazón de María. Primero sufrió la primera herida, cuando perseguidos por Herodes, ocasiona huida a Egipto; Jesús a los doce años se pierde en el Templo; podemos imaginar las horas interminables de angustia, compartidas con el varón casto, bueno, justo y santo José; un anticipo del angustioso desgarró que martirizaría su corazón, hasta el Golgota. Esta misma espada de dolor, desgarró su corazón, durante treinta años al ver crecer a Jesús y en tres años de prédica, persecución, acoso, aprehensión y el viaje al cadalso.

María vivía en preparación, en calistenia, en espera de la noche oscura: (Simeón). Al sucederse los misterios salvíficos de la redención, a los que por voluntad del Padre, está íntimamente ligada y asociada, ocasiona nuevas heridas dolorosas a su corazón. O sea, no fue algo temporal o pasajero, que ocurrió y terminó. No. La estaba preparando para el futuro inmediato del sufrimiento redentor. Sufrió María en su corazón materno, por la separación de Jesús al comenzar la vida pública, por el vacío que le dejó su partida, la terrible soledad en que quedó sumida su “alma”.

Las madres nicaragüenses, se identifican con el sufrimiento aceptado por María, al separarse forzosamente de sus hijos, por múltiples causas en nuestro conmovido país, vimos la disgregación familiar, con aquella incertidumbre ya hecha crónica, por ignorar el futuro de sus seres queridos; abandonados, mal alimentados, desarraigados en el grosero exilio, causas y efectos que no detienen el éxodo inmisericorde, por no

vivir atemorizados ni aterrados, esos nuestros jóvenes, que buscan nuevos horizontes. Eso lacera fuertemente el corazón de una madre. Igual a las madres nicaragüenses María, también como “Mater dolorosa”.

Entre María y Jesús, se dio la perfecta comunicación, por lo que nos hallamos ante una íntima instancia de Salvación y de gracia, directamente con el misterio del propio Dios y cuando tal se produce en nuestra historia, es cuando se están cumpliendo profecías. Sólo nos queda llenarnos de júbilo, decir junto con el ángel: “Alégrate llena de gracia, el señor está contigo”. Sn. Lc. 1, 28; “oh contemplada, hemos visto cómo el primer portal atravesado, gracias a la inserción de María, traspasa el misterio del Espíritu Santo y del Hijo eterno. María como bendito recipiente y receptora voluntaria: alegre, gozosa y dichosa, significando en el momento salvífico, el punto de convergencia, el campo preciso y precioso, en donde aterrizó la gracia. Cuando decimos, campo, terreno, (vientre bendecido, luego bendito), uniéndose el cielo con la tierra, porque Dios Padre, tuvo que escoger primeramente a una virgen; la revelación cristiana había de mostrar en su plenitud el valor religioso de la virginidad, esbozada en el Antiguo Testamento; la fidelidad en un amor exclusivo para Dios.

El argumento empleado por ciertos hermanos en Cristo Jesús, cuando mencionan a “hermanos de Jesús”, dando a entender que María había concebido más hijos, lean: Sn. Mc. 3, 31; Sn. Mc. 6, 3; Sn. Jn. 7, 3; Hch. 1, 4; 1 Cor. 9, 5; Gal. 1, 19, han llevado a pensar a diferentes críticos, que por la forma denigrante y acerba, como ignorando la palabra profusamente trillada, gastada por muchos que dicen leer sus biblias, la entienden e interpretan equivocadamente a su gusto y se dicen cristianos, les ruego encarecidamente, lean e interpreten bien:

“Mientras se escuchaban estas palabras del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi elegido”: Sn. Mc. 1, 11; “Así amó Dios al mundo, le dio al Hijo único, para que quien crea en él, no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a él. Para quien crea en él, no haya juicio. En cambio, el que no cree, ya se ha condenado, por el hecho de no creer en el nombre del Hijo único de Dios”: Sn. Jn. 3. 15, 18. “Crean en Dios, crean también en mí”: Sn. Jn. 14, 1; Sn. Mc. 9, 7: “Este es mi Hijo amado, escúchenlo”: Sn. Mc. 9, 7; “Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios Hijo único, nos lo dio a conocer, él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer”: Sn. Jn. 1, 18; “Pues, por supuesto que nadie ha visto al Padre: sólo aquel que ha venido de Dios, ha visto al Padre”: Sn. Jn. 6, 46; “Mi Padre, ha puesto todas las cosas en mis manos. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiera dar a conocer”: Sn. Mt. 11, 26.

Para los exigentes basta por hoy de citas bíblicas, pero nuestra Santa Iglesia, conocedora de ellas, reunida en el segundo Concilio Ecuménico en Constantinopla, año 381, conservó esta expresión en sus formulación del Credo de Nicea y confesó: “Al Hijo único de Dios, engendrado del Padre, antes de todos los siglos, luz de

luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consubstancial al Padre”. DS 150.

Esto demuestra palmariamente y terminantemente, que María, la Santísima Virgen, nuestra Madre de la Iglesia, guardó y se preservó virgen después del nacimiento de Jesús y lo de: “ahí afuera están María y tus hermanos”, es la forma figurada de cariño, de compañerismo, de confraternidad, no de consanguinidad. Pero, además hay otras citas bíblicas dignas de mención: ¿No es este el hijo del carpintero? “Pero si su madre es María y sus hermanos son Santiago, José, Simón y Judas. Sus hermanas están también entre nosotros”, entonces ¿de dónde le viene todo esto?: Sn. Mt. 13. 55, 56. Esto ocurrió en la sinagoga y uno de los presentes las profirió, “como un tapazo”. Parece y no parece, lo cierto es que son hijos de otra María: “También estaban ahí observándolo todo, algunas mujeres, que desde Galilea habían seguido a Jesús para servirlo. Entre ellas, estaban María Magdalena, María, madre de Santiago y de José y la madre de los hijos de Zebedeo”: Sn. Mt. 27. 55, 56. Estas palabras y las anteriores, no pronunciadas por Dios, pero escritas a nombre del libro de Dios, en todas las biblias del universo, liberan de la confusión; era otra María, no se referían y se trataba de María, la bendita Madre de su único Hijo Jesús. Es más, todos somos hijos de Dios, Jesús Hijo de Dios y de María, eso nos hace hermanos (as) de Jesús. Hermano en la Biblia: sobrino: Gen.11, 27; prójimo: Mt. 5,23; correligionario: Hch. 9, 30; de la misma raza: Tobías. 1. 3; primo: 7, 12; hermano carnal: 7, 4; pariente: 7, 10. Más elocuencia ya no procede ni encaja, ante tanta verdad revelada en la Palabra de Dios, que es palabra de vida y de verdad.

“MARÍA ASUNTA AL CIELO”

Nada expresamente nos dicen las sagradas escrituras, sobre el final de la Virgen María. Estuvo al pie de la Cruz, mientras su divino Hijo entregaba su espíritu al Padre. A los cuarenta días, el Señor Jesús, asciende a los cielos, despidiéndose de los discípulos públicamente, encargando encarecidamente a Pedro por tres veces: “Simón Pedro, ¿me quieres? Pedro se puso triste al ver que Jesús le preguntaba por tercera vez si lo quería y le contestó: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Entonces Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas” Sn. Jn. 21, 17. 2. “Jesús hizo también otras muchas cosas. Si se escribieran una por una, creo que no habría lugar en el mundo para tantos libros”. Sn. Jn. 21, 25.

Con esta explicación sucinta del apóstol Sn. Juan el discípulo amado de Jesús, que acompañó a la Virgen Santa Madre de Jesús al pie de la cruz, entendemos que faltan expresiones y palabras no referidas al respecto. Trataremos de concebir realidades no escritas en la Santa Biblia, no tenemos porqué ser tan ridículamente exigentes de verlas escritas o que estén ausentes. Como por ejemplo, vemos en el Evangelio de San Lucas lo relacionado a la resurrección de Jesucristo: “El primer día de la semana, muy temprano, fueron las mujeres al sepulcro, llevando los perfúmenes que habían preparado. Pero se encontraron con una novedad: la piedra que cerraba el sepulcro había sido removida y al entrar, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar, pero en ese momento vieron a su lado a dos hombres con ropas fulgurantes. Estaban tan asustadas que no se atrevían a levantar los ojos del suelo. Pero ellos les dijeron: ¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. Resucitó. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea: El Hijo del Hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado y al tercer día resucitará. Ellas entonces recordaron las palabras de Jesús. Al volver del sepulcro, les contaron a los once y a todos los demás, lo que les había sucedido. Las que hablaban eran María de Magdala, Juana y María la madre de Santiago. También las demás mujeres que estaban con ellas decían lo mismo a los apóstoles. Pedro se levantó y salió corriendo al sepulcro, se agachó y no vio más que los lienzos, por lo que volvió a casa preguntándose por lo ocurrido” Sn. Lc. 24. 1, 12.

Cabe la pregunta con respuesta dada por transmisión del Espíritu Santo que vivía en constante comunicación y unión con María, a quien repletó, bañó, llenó desde la Anunciación; ya sabía lo de la resurrección de su Hijo, no necesitaba correr como las mujeres, ni como Pedro y Juan, para corroborarlo, ya que ella creyó en su palabra, así como obedeció a Dios, entendió, captó y obedeció al Hijo, cuando dijo que resucitaría, la fe de María, le daba la seguridad: “Se aferró a la garantía de lo que

se espera; la prueba de las realidades que no se ven” Heb. 11, 1. Ningún documento lo atestigua: Sn. Jn. 21, 25.

Volvemos con lo relacionado a la ascensión al cielo de María Santísima. No hay nada escrito, (insisto en leer Sn. Jn. 21, 25), solamente se estima que tan pura, tan santa, tan limpia, tan inmaculada, ¿cómo imaginar que iba a ser sepultada, cuando no se sabe nada de ella, iba a tener la misma suerte de los mortales? No hay descripción después de Pentecostés, capítulo tratado en otra parte de este libro, en la parte importante que describe “haber sido llena del Espíritu Santo” junto con los apóstoles. Después desaparece de escena. Como María era orante, leía las sagradas escrituras, en donde con otras vírgenes sabían de la próxima venida del Salvador del género humano a través de una Virgen. De seguro leyó: ¿”Señor, quién entrará bajo tu tienda y habitará en tu montaña santa”? El que es irreproachable y actúa con justicia, el que dice la verdad de corazón y no calumnia con su lengua” Sal. 14, 1. 2. y “Guárdame oh Dios, pues me refugio en ti. Yo digo a Yahvé ¡Tú eres mi Señor, mi bien, no hay dicha fuera de ti! Sal. 15, 2; “Por eso está alegre mi corazón, mis sentidos rebozan de júbilo y aún mi carne descansa segura: pues no has abandonado mi alma a la muerte, ni dejarás que yo sufra la corrupción. Me enseñarás la senda de la vida, gozos, plenitud en tu presencia, delicias para siempre a tu derecha”: Sal. 16. 9, 11.

La pregunta que cabe, no es a base de suposiciones, sí a base de lógica: ¿Cómo Jesús iba a abandonar a su Madre? Fue la más leal de sus discípulos, Jesús les ofreció a ellos: “No se turbe su corazón, creen en Dios, crean en mí”, “en la casa de mi Padre, hay muchas mansiones, sino no se los hubiera dicho, voy a prepararles un lugar”: Sn. Jn. 14. 1, 2. No cabe la menor duda, María estuvo firme hasta el final con el discípulo amado, Juan. ¿Iba Jesús a dejar que su Madre, la del “sí” sufriera la descomposición general de todo cadáver, cuando somos pasto de gusanos, nos deformamos, descomponemos, culminamos en el recorrido, sin piel, sin partes blandas que es lo que le da forma al cuerpo, quedando en esqueleto? No. Y Dios ¿dónde queda?

¿Después de la fidelidad, docilidad, obediencia terrena, no merecía un premio celestial? A la cooperadora mayor de la redención del género humano, siempre corporal o espiritualmente al lado de su Hijo.

Al escoger Dios a una Virgen para Madre de su Hijo, tuvo mucho cuidado en la selección. Ella fue Reina y Madre, ocupando realza materna, por su relación directa con su Hijo Jesús, “cuyo reinado no tendrá fin”. Sn. Lc. 1, 33 y por su asociación a él y con él en la obra salvífica, fue destinada a hacer de todos los hombres “un linaje real” Ap. 5, 10. En el cumplimiento de su misión sobre la tierra, María fue perseverante y fiel hasta el fin y recibió como premio: “merecida corona” 2ª. Tím. 4, 8; la “merecida corona perenne de la gloria”. 1ª. Pe, 5, 4, para reinar con Jesucristo, de suerte que en ella, se ha cumplido anticipadamente, lo que San Pablo animaba a todos: “si perseveramos, reinaremos con él” 2ª. Tím. 2, 12.

María fue “exaltada por el Señor, para que más plenamente se asemejara a su Hijo: Señor de señores”: Ap. 19, 16. Su realeza celeste, no la aleja de nosotros; antes bien, es la continuación sublimada de su función materna, por tanto amor ejercido ya en la tierra. En el mismo Apocalipsis de San Juan: “Apareció en el cielo una magnífica señal: Una mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas; está embarazada y grita de dolor de parto, porque le ha llegado la hora de dar a Luz... Apareció en el cielo, otra señal: un gran dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos y en la cabeza siete coronas, con su cola, barre la tercera parte de las estrellas del cielo, precipitándolas sobre la tierra.... El dragón se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar al hijo en cuanto naciera. Y la mujer dio a luz un hijo varón que ha de gobernar a las naciones, con vara de hierro, pero su hijo fue arrebatado y llevado ante Dios y su trono, mientras la mujer, huyó al desierto, donde tiene un lugar que Dios le ha preparado. Allí la alimentarán durante mil doscientos sesenta días....

Entonces se desató una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón. Lucharon el dragón y sus angeles, pero no pudieron vencer y ya no había lugar para ellos en el cielo. El dragón grande, la antigua serpiente, conocida como el Demonio o Satanás, fue expulsado; el seductor del mundo entero fue arrojado a la tierra y sus angeles con él. Oí entonces una fuerte voz en el cielo, que decía: Por fin ha llegado la salvación el poder y el reinado de nuestro Dios” Ap. 12. 1, 10. El triunfo del Hijo se evoca aquí, inmediatamente después de su nacimiento. El texto apocalíptico, sin duda alguna se refiere a la Iglesia, donde nace Jesús espiritualmente, entre dificultades y persecuciones, bajo la estricta protección divina. Tal es en efecto, la panorámica general del Apocalipsis, que San Juan escribió a fines del siglo I, teniendo ante su mirada, la situación de la Iglesia, cuyo crecimiento en medio de obstáculos internos y externos, había de ser la pauta de su vida en todos los tiempos.

No se puede descartar sin embargo, la alusión a María en el mismo texto por las resonancias que hay en él de lugares bíblicos, relativos al Mesías, su Hijo. Se trata en el pasaje apocalíptico de una mujer que aparece como una señal, evocando al Profeta Isaías 7, 14. “El Señor por su cuenta, te dará una señal: “Miren la Virgen está en cinta y da a luz un Hijo y le pone por nombre Enmanuel”, por supuesto el Profeta profetiza, el historiador, relata; el herrero, trabaja el hierro; el Médico, examina y sana; todo con la ayuda de Dios. Desde entonces se espera el cumplimiento de la profecía, esa realidad ocurre y se realiza a través de María con su Enmanuel: (Dios con nosotros) que es el mismo Jesús. Se alude al conocimiento del nacimiento de un hijo varón destinado a gobernar las naciones, como se esperaba del Mesías, según palabras puestas en boca del mismo Mesías esperado: “Voy a proclamar el decreto del Señor, que me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo, te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra; los gobernarás con cetro de hierro”. Sal. 2. 7, 9.

El final de María en su ascensión gloriosa, cabe verlo insinuado en la aparición de la mujer en el cielo y de pié sobre la luna, símbolo de las vicisitudes cíclicas del tiempo, así mismo y con fuerza, parece sugerido en su vuelo hacia el lugar reservado por Dios, frases (ya descritas antes) que recuerdan las pronunciadas por Jesús al despedirse de sus discípulos: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones y me voy prepararles un lugar y cuando haya ido, volveré y los llevaré conmigo" Sn. Jn. 14, 2. Si eso les ofrece a los apóstoles, Pedro, el de la traición por tres veces, estuvo incluido, además lo perdona y premia, dándole las llaves del Reino, con el objeto de ratificar la confianza al perdonado, así funcionaba el amor de Jesús, perdonador: ¿con muy mala memoria? Insisto: ¿por qué no se iba a llevar a María su leal, fiel, digna, buena, humilde, generosa, dulce, tierna y sencilla Madre, al cielo? Sin embargo, a pesar de todas estas resonancias bíblicas, el mencionado texto del Apocalipsis, no convence a muchos exigentes, por no ser fundamento fuerte que lleve a la reflexión que originó y mantuvo la creencia tradicional en la ascensión de María, sólo con buena voluntad podemos ubicarlo. El mejor reducto que nos queda, por la veracidad y por venir de la viva voz de Jesús, es el de Sn. Jn. 14, 2, ya descrito anteriormente, que por fe, no creemos que la dejaría convertir a tan bella criatura "en momia o en putrefacción", así de cruda es mi sencilla y franca opinión.

En los siglos IV y V, algún autor lo interpretó en sentido mariano, pero sin referencia a la ascensión, como ocurrió en Jesús, descrito en Sn. Mc. 16. 12, 14: "Después Jesús se apareció bajo otra figura a dos de ellos que se dirigían a un pueblito. Volvieron a contárselo a los demás, pero tampoco los creyeron. Por último, se apareció a los once discípulos mientras comían y los reprendió por su falta de fe y por su dureza para creer a los que lo habían visto resucitado" y Sn. Lc. 24. 50, 53: "Jesús los llevó hasta cerca de Betania y levantando las manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, se postraron ante él, Después volvieron llenos de gozo a Jerusalén y continuamente estaban en el Templo, alabando a Dios". Que no tienen discusión y si se discuten estos dos pasajes de Jesús en su ascensión a los cielos, es por ganas de protestar.

Esta referencia descrita en los siglos IV y V, se vio como insinuada en la Edad Media la teoría Escolástica: (sistema filosófico-teológico dominado por la corriente de Aristóteles), pero la exégesis: (interpretación filológica, histórica o doctrinal, posteriormente descartada). Recientemente se han vuelto a valorar los textos, incluso en un sentido asuncionista, sólo a través de la revelación divina es posible conocer el hecho complejo y misterioso de la ascensión de María. Los llamados evangelios apócrifos (se dice de ciertos escritos judíos y protocristianos) que contrariamente a los evangelios canónicos (arreglado a los sagrados cánones y demás disposiciones eclesiásticas) no se aceptan como textos sagrados. Otros más antiguos, entre los conocidos como: "tránsitos" que se remontan al S. II, hablan de la traslación corporal de María al cielo, mezclando esta afirmación, con elementos indudablemente fantásticos. Creamos en el Evangelio de San Juan, ya citado y ratificado por boca de Jesús.

A fines del S. IV, San Epifanio: “se refiere a lo que pudo ser el desenlace de la vida de María y aunque afirma que nada sabe con certeza, no excluye que se encuentre en las delicias el sagrado cuerpo de aquella por medio de la cual brilló la luz del mundo”. En los siglos IV y V, algún autor, lo interpretó en sentido mariano, pero sin referencia a la asunción. Referencia insinuada en la Edad Media, por medio de la teología escolástica, pero la exégesis científica posterior, la descartó. El Señor Jesús dijo: “La verdad los hará libres” y es la libertad que necesitamos, para sentirnos libres del acoso en contra de la asunción de la Virgen a los cielos. Convergamos que sólo a través de la revelación divina, es posible conocer el hecho complejo y misterioso de la asunción de María a los cielos. Mientras, las reacciones ante los escritos apócrifos, abarcaban desde la ciega aceptación de cuanto en ellos se leía, hasta la completa negación de su valor histórico y testimonial; empezaron algunos a buscar un posible fundamento teológico, sobre el cual asentar la verdad sobre la asunción corporal y del alma; de acuerdo a la difusión en aquellos escritos. Este trabajo iniciado en el S. VI y estimulado por la dedicación de una fiesta litúrgica a la Dormición de María, alcanzó en oriente su culminación en el S. VIII.

En occidente, la fiesta fue introducida en el S. VIII, continuaron las discusiones, a causa de un escrito difundido falsamente, con la firma de San Jerónimo. No se aceptan ni trucos ni falsedades, sin base teológica. Por fin, a comienzos del S. XI, atribuido también falsamente a San Agustín, fue cuando los grandes escolásticos, aún los que negaban la inmaculada concepción de María, comenzaron a afirmar abiertamente su “asunción corporal al Cielo”. La creencia se hizo unánime en occidente y en oriente y desde entonces continuó ya sin interrupción.

La asunción de María al Cielo, no fue observada por testigo alguno, como en Jesucristo. Jesús era y es Jesús, María era y es María; ella nunca ha tratado ni ha sido mayor que él, nunca ha luchado por lucir más y mejor que él, siempre estuvo como detrás de la puerta, nunca trató en ningún momento de sobresalir, recordemos a la “humilde esclava del Señor”, así se mantuvo, se sigue manteniendo en nuestros corazones y nuestras mentes. Así de sencillo, que no haya celo, no es que se quiera ni se deba cometer el error de anteponerla a Jesús. Jesús es el sol que alumbra a María, que es la luna, sin sol, no hay luna. Así de clara es la situación. Por lo tanto no hay discusión. La asunción de María, fue como ese algo impensado o por lo menos seguro en un principio, que llegó a conocerse y aceptarse con certeza, como contenido en la revelación, gracias a una reflexión sobre el designio del Salvador de Dios y sobre algunas verdades reveladas.

Las verdades reveladas, que incluyeron su aceptación indiscutible la “asunción de María en cuerpo y alma al cielo”, fueron: su maternidad divina, su integridad virginal, su vínculo con el Salvador y su plenitud de “gracia”. He aquí las reflexiones de la Iglesia, partiendo de dichas verdades innegables, indudables e indiscutibles.

No cabe imaginar, que quien amó en la tierra a Dios, como verdadero Hijo y fue por él amada como verdadera Madre, viviese largo tiempo en el cielo, privada, al igual que su Hijo mismo, del gozo de aquella cercanía íntima, física y espiritual, que anhelan quienes profunda y tiernamente se aman.

Tenemos que entender, poner nuestra mejor voluntad, en lo relacionado con María, la Madre de Dios hecho Hombre; Jesucristo, no iba a exponer a su Santísima Madre, pura, limpia e inmaculada a la corrupción, descomposición y hasta la putrefacción de su cuerpo: “Cuando Dios los visite, lleven mis huesos de aquí, junto con ustedes”: Gen. 50, 25, en señal de que cuando se entierra a alguien, termina en huesos pelados, o al “polvo eres y en polvo te convertirás”: Gen. 3, 19. Si la última “palabra” pronunciada en la cruz, antes de expirar Jesús, gritó fuerte y entregó su “espíritu”. “Padre, en tus manos encomiendo mi “espíritu”: Sn. Lc. 23, 46 y la presencia del “alma” y del “espíritu” que juntos viven en María: “Tan verdad, como que vive mi “alma”: Am, 6, 8; bíblicamente, queda demostrado que Dios Padre celestial, asciende a Jesús al cielo. “en cuerpo, alma y “espíritu” “María fue “asunta” al cielo en “cuerpo, alma y espíritu”, por haber amado con el “alma” y el “corazón” y cumplido su vida en el “espíritu”, al realizarse en ella, el primer Pentecostés de los evangelios, donde ya goza de las delicias, de nuevo al lado de su Hijo Santo.

Oración: “Sal alma cristiana de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en nombre del “Espíritu” Santo, que se derramó sobre ti, habitas en la santa Sión, con la Santa Virgen María, Madre de Dios, con San José su castísimo esposo y todos los ángeles y santos de Dios, por el mismo Jesucristo” Amén.

Con relación a la ascensión de María al cielo, nos enriquecemos con la palabra de Dios, no propiamente dirigidas a ella, por ser la mayoría del Antiguo Testamento, pero con carácter profético, que la ubican por insinuación con cada una de las palabras en el Nuevo Testamento:

“Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús”. Sn. Lc. 1, 42.

“Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”. Amén. “Esta segunda parte es obra de la Iglesia, que completa el Ave María”.

Lo que continúa, es la versión última de la proclamación del fundamento del Dogma, sobre la Asunción de la Virgen Santísima, a través de la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, que SS Papa Pío XII, Eugenio Pacelli, sin discusión alguna, con los fundamentos por él y los obispos expuestos:

La Asunción de la Virgen Santísima



"Toda espléndida, la hija del rey" (Sal 45, 14)

"Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza"(Ap 11, 19-12,1).

"La Asunción de María es una participación singular en la resurrección de Cristo": S.S. Juan Pablo II

FUNDAMENTO DE ESTE DOGMA

El Papa Pío XII bajo la inspiración del Espíritu Santo, y después de consultar con todos los obispos de la Iglesia Católica y de escuchar el sentir de los fieles, el primero de noviembre de 1950, definió solemnemente con su suprema autoridad apostólica, el dogma de la Asunción de María. Este fue promulgado en la Constitución "Munificentissimus Deus":

"Después de elevar a Dios muchas y reiteradas preces y de invocar la luz del Espíritu de la Verdad, para gloria de Dios omnipotente, que otorgó a la Virgen María su peculiar benevolencia; para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte; para aumentar la gloria de la misma augusta Madre y para gozo y alegría de toda la Iglesia, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado que La Inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrenal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo".

¿Cual es el fundamento para este dogma? El Papa Pío XII presentó varias razones fundamentales para la definición del dogma:

- 1- La inmunidad de María de todo pecado: La descomposición del cuerpo es consecuencia del pecado y como María, careció de todo pecado, entonces Ella estaba libre de la ley universal de la corrupción, pudiendo entonces, entrar prontamente, en cuerpo y alma, en la gloria del Cielo.
- 2- Su Maternidad Divina: Como el cuerpo de Cristo se había formado del cuerpo de María, era conveniente que el cuerpo de María participara de la suerte del cuerpo de Cristo. Ella concibió a Jesús, le dio a luz, le nutrió, le cuidó, le estrechó contra su pecho. No podemos imaginar que Jesús permitiría que el cuerpo, que le dio vida, llegase a la corrupción.
- 3- Su Virginidad Perpetua: como su cuerpo fue preservado en integridad virginal, (toda para Jesús y siendo un tabernáculo viviente) era conveniente que después de la muerte no sufriera la corrupción.
- 4- Su participación en la obra redentora de Cristo: María, la Madre del Redentor, por su íntima participación en la obra redentora de su Hijo, después de consumado el curso de su vida sobre la tierra, recibió el fruto pleno de la redención, que es la glorificación del cuerpo y del alma.

La Asunción es la victoria de Dios confirmada en María y asegurada para nosotros. La Asunción es una señal y promesa de la gloria que nos espera cuando en el fin del mundo nuestros cuerpos resuciten y sean reunidos con nuestras almas.

Madre Adela Galindo SCTJM

A fin de orientar al (la) estimable lector (a) me permito referir en el Catecismo de la Iglesia Católica, la definición de Dogma de Fe.

Numeral 88: “El Magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que tiene de Jesucristo, cuando define dogmas, es decir, cuando propone, de una forma que obliga al pueblo cristiano, a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas en la Revelación divina o verdades que tienen con ella, un vínculo necesario”.

Numeral 89: “Existe un vínculo orgánico entre nuestra vida espiritual y los dogmas. Los dogmas son luces en el camino de nuestra fe, lo iluminan y lo hacen seguro. De modo inverso, si nuestra vida es recta, nuestra inteligencia y nuestro corazón, estarán abiertos para acoger a los dogmas de la fe”. Sn. Jn. 8. 31, 32.

Numeral 90: “Los vínculos mutuos y la coherencia de los dogmas, pueden ser hallados en el conjunto de la Revelación del Misterio de Jesucristo. Concilio Vaticano, “nexos mysteriorum” LG 25: “Existe un orden o “jerarquía” de las verdades de la doctrina católica, puesto que es diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana”.

“VENERACIÓN Y CULTO A MARÍA”

El culto puede ser de “Latría” o de “Dulía”. El de Latría o de adoración sólo se debe hacer y rendir a Dios, tanto en la unidad de su naturaleza, como en la Trinidad de sus personas, por consiguiente a cada una de ellas, al Verbo encarnado, a la Eucaristía, al Sagrado Corazón.

El de Dulía, corresponde a todos los santos que reinan en el cielo y que la Iglesia ha declarado como tales: Concilio Tridentino, canon 1255. Pero a la Santísima Virgen, por ser la Madre de Jesús, Dios hecho Hombre, se le debe un culto muy superior al de todos los santos, se llama “Hiperdulía; culto que podemos calificar de divino, por su importante nexo con su Hijo Jesús y por lo mismo aunque criatura pura, pertenece al orden hipostático, por la conformación de la Trinidad. La Iglesia debió crear una terminología propia, con la ayuda de nociones de origen filosófico: sustancia, persona o hipóstasis, para considerar al ser divino, de su unidad, ya que dio el ser a Jesucristo. Además, el culto que se le debe a la persona, se le debe también a su imagen, en su representación, su retrato, así como a sus reliquias auténticas, tratándose de los santos; porque este culto se termina en la persona y no en el objeto material que tenemos delante, (este culto se llama relativo). (El que se rinde a la persona es directo). Es un error craso pensar que Concilio Vaticano II, ha desvirtuado de alguna manera el culto a los santos y a la veneración de sus imágenes, pues claramente dice: “Manténganse firmemente las prácticas de exponer las imágenes sagradas a la veneración de los fieles” (Sacrosantum Concillium).

Ya se explicó ampliamente: “Que solamente al Señor tu Dios, adorarás”. Quedando claro “que a la Virgen Santísima no se le adorará, sino que se le amará y venerará”, bien definido en Vaticano II: LG 66. Lo que se ha querido es filtrar o suprimir los abusos que podríamos cometer, dando motivo a críticas indebidas: “Que adoramos imágenes, muñecos y enredan con mala intención, llamándonos: “blasfemos” etc. Vale hacer un paréntesis; con el debido respeto, pregunto: ¿Son blasfemos todos (as) aquellos (as) que cuelgan retratos de sus padres o hijos en paredes; los que mantienen en sus mesas de noche o mesas de sala, fotografías de los (las) amados (as)? o quienes conservan en honor al respeto y al recuerdo de sus padres; fotografías de sus seres queridos, sus bellezas, sus linduras, que acomodan en las carteras; ¿son blasfemos también? Y no es así.

Hay sin embargos puristas, a los que les estorban tantas imágenes de santos o vírgenes, que en aras de no deslucir nuestras muestras fieles de fe, el principal motivo que debemos dedicar y fijar nuestra mirada, respeto y devoción, es al Altar del Sacrificio, la presencia de Jesús sacramentado, lo más importante que debe

relucir, con flores que reflejen los tiempos litúrgicos, imágenes del Santo, a cuyo nombre es dedicada la Iglesia o Parroquia. Las imágenes del Vía crucis, que nos recuerden el sufrimiento padecido por Jesús, nuestra razón de ser, nuestro guía, nuestra luz, nuestra salvación, lo que nos motiva a adorarlo, admirarlo, amarlo, alabar, glorificarlo y bendecirlo con alegría; con la boca, los brazos y el corazón.

No es que queramos darle gusto a los detractores, que nos influencien, que nos inquieten, no. El objeto, es no darles motivo a ataques indebidos y cumplir con la ordenanza y deseo de Vaticano II. Pero como cristianos marianos, no debe faltar una imagen de la Virgen santísima en cualquiera de las advocaciones, “amándola y venerándola”, con toda sinceridad o aprovechándose de su presencia el rezo del Santo Rosario, que es una franca alabanza a Dios, antes o después de la Misa, no en el momento de la Misa. Esta devoción, no es optativa, es necesaria, dada su calidad de medianera e intercesora y la distribuidora de todas las “gracias”, desde el momento en que es la corredentora del género humano, por ello, la Iglesia nos exhorta a todos los fieles, para que como el Apóstol San Juan: “La tengamos en nuestras casas”: Sn. Jn. 19, 27; eso no es invento, es bíblico, sin discusión; no sólo en nuestras casas, sino en nuestro corazón, en nuestra parroquia, en nuestros labios y por qué no en nuestra Patria, porque: ¿Quién causa tanta alegría? “La concepción de María”, si es la Madre de nuestro Señor Jesús, por encima de todos los santos, una filial y especial devoción, dada sus virtudes, como la oración, la piedad, la humildad, la sencillez, la lealtad, la fidelidad y tantas virtudes que la adornaron, que juntas contribuyen a la virtud por excelencia de la Justicia. La devoción es una consagración, una entrega del hombre al servicio de Dios y de la familia de Dios, que abarca a los ángeles y a los santos.

Las primeras noticias relacionadas al culto y veneración tributada a María, apareció en un escrito apócrifo del Siglo II, en que se hablaba de su tumba, conservada en Jerusalén. No consta sin embargo, se tratara de un culto público y comunitario, tampoco de su veracidad. En el mismo siglo, los santos padres, anteponen a Eva y María, pero sus afirmaciones, se refieren únicamente a la fe y obediencia con que María en la anunciación, desató la atadura del pecado de Eva, sin hacer ulteriores consideraciones acerca de la ausencia total del pecado en su vida. También los cristianos, habían comenzado a honrar a los mártires, en el aniversario del día de su martirio, conmemorándose como día de natalicio a la vida eterna.

María entra en la liturgia, vinculada al misterio de la encarnación del Hijo de Dios, con una conmemoración en honor de ella, alrededor de la Navidad, que se inicia en oriente en el S. IV y pasa a occidente en el S. V. Desde entonces está atestiguada la conmemoración, en una plegaria eucarística. Por este tiempo, los santos padres, se fijan en su plenitud de “gracia” y hablan de su total limpieza y hermosura, de su excelsa santidad, pero no hacen mención específica de su concepción inmaculada. Algunos símbolos de fe de aquel tiempo, la llaman simplemente: “Santa”. DS 4460.

En este siglo, se dedicaron celebraciones a los ascetas (parte de la Teología de aquellos que tratan de seguir la vida perfecta cristiana) y a las vírgenes. Coincide con la festividad por esa época San Epifanio, quien tuvo que reprochar severamente, a algunas mujeres, que habían improvisado celebraciones, en las cuales se ofrecía a la Virgen, panes, llamados Kollirida, como hacían con los dioses paganos.

El primer testimonio conocido acerca de la concepción de María, sin pecado original, es de Julián de Esclana, en el S. V. Su afirmación era consecuencia de su optimismo pelagiano (sobre la naturaleza humana, a la cual no consideraba estrictamente necesitada de la “gracia” divina). San Agustín refutó y rechazó esta tesis; la frase fue interpretada en el sentido de que le atribuía efectivamente el pecado original, dado que según él, la transmisión del mismo, estaba vinculada al placer generativo y María había sido engendrada por sus padres, como la generalidad de los hombres y mujeres. La autoridad de San Agustín y por contraste, el desprecio por el autor pelagiano, (secta herética de los seguidores de Pelagio y su doctrina profesada por ellos, rechazando a la tesis del pecado original). Todo esto influyó en la prolongada negación en occidente, del privilegio de la concepción inmaculada de María, que por otra parte, parecía a todos irreconciliable, con la universalidad del pecado original y de la redención, firmemente creída. No se veía la posibilidad de que una persona humana fuera concebida sin el pecado de origen o liberada de él, antes de que hubiese tenido lugar la redención de Jesucristo. En los S. VI y VII, prosiguiendo el recorrido histórico, se consigna el comienzo de nuevas celebraciones, primero en oriente y luego en occidente. Se trataba de la fiesta en honor a la presentación de Jesús en el templo, con marcado acento mariano al igual que las fiestas de la anunciación y de la natividad de María.

A principio del S. V. se dedica en oriente la celebración del 15 de agosto, en la cual es honrada como Madre de Dios Hijo. Esta adquiere en el S. VI, el carácter del memorial de su día de natalicio a la vida del cielo, tomando el nombre de Dormición o tránsito y a finales del S. VII, pasa extendiéndose a todo occidente con el nombre de Asunción en los S. VIII y S. IX. A propósito de esta celebración, resulta extraño advertir, con la mirada vuelta a todos los siglos, brevemente reseñados, la tardanza con que fue apareciendo el culto público a María.

A comienzos del S. VIII, iniciaron en oriente a celebrar una fiesta por la concepción de María, pero su objeto, no era la preservación del pecado original, pese a los calificativos “exuberantes” de Santa e Inmaculada, que se atribuían a dicha concepción. La fiesta pasó a occidente entre los S. XI y S. XII, con igual determinación del objeto, que sólo más tarde se fue precisando. A partir del S. XI, por influjo inicial de San Anselmo, la teología comenzó a superar la explicación material de la transmisión del pecado de origen, vinculada al placer generativo y se orientó hacia una explicación fundada en la solidaridad moral o jurídica con Adán. Similar pensamiento al de San Agustín. Relacionado a la solidaridad, fue liberada del

estigma: (huella impresa sobrenaturalmente en el cuerpo de algunos santos, como símbolo de la participación que sus almas tomaban en la pasión de Jesús).

La Iglesia no reconoce aún, el carácter sobrenatural; estigma directamente provocado del pecado original y la solidaridad con Adán, a que daba lugar, permitía más fácilmente la excepción. De este modo, cayó uno de los grandes obstáculos para la afirmación de la Concepción Inmaculada de María. Quedando por superar el obstáculo que oponía la fe en la universalidad de la redención obrada por Jesús. Esta era la razón por la cual el mismo San Anselmo y con él los grandes doctores escolásticos: (corriente medieval, en que dominaba la enseñanza de Aristóteles), quienes sostuvieron en sus enseñanzas, la santificación de la Virgen María, ya concebida en el vientre materno, antes de nacer. No faltaron a pesar de todo, quienes se inclinaban a favor de su concepción inmaculada.

Hacia finales del S. XIII, Duns Escoto, (conocido por las novenas a María, previas a la Navidad), aprovechando una intuición de Guillermo Ware, maestro suyo, se encontró con dicho obstáculo y explicó, cómo el privilegio de la Inmaculada Concepción de María no sólo, no atenta a la universalidad de la redención, sino que manifiesta su eficacia, incluso preservada de pecado original. Su argumentación, fue formulada por un discípulo suyo: Francisco Mairone, utilizando la conocida frase: “Dios pudo hacer que la bienaventurada Virgen María, fuese concebida inmaculada, convenía que lo hiciera, luego, lo hizo”; a partir de entonces fue ganando simpatizantes esta convicción, a tal punto, que el Concilio reunido en Basilea, Suiza, cuando había católicos, en un actual dominante país protestante, que lo único que conserva, son las hermosas, bellas iglesias y catedrales católicas, en las que celebran su culto. Fue ahí, en 1439 con carácter ecuménico, se decidió definir como Dogma: “El privilegio mariano”. Esto sin embargo, no fue válido, porque durante el Concilio, rota ya entonces su comunión con Roma, pese a todo, continuaba una lucha extremadamente contraria. Hice mi consideración antes del relato histórico, respecto a mi opinión personal y palpada in Vitro en mis visitas a las bellas catedrales e iglesias, con vídriales extraordinariamente bellos; donde rinden su culto ajeno completamente al catolicismo.

Posteriormente en 1483: SS Sixto IV intervino para moderar el conflicto, condenando las mutuas acusaciones de herejía o pecado mortal, “ya que nada había sido decidido todavía por la Iglesia Romana y la sede apostólica”: DS 1426. El Concilio de Trento, en 1546, evitó expresamente pronunciarse, declarando: “No ser intención suya, comprender en el decreto en que se trata del pecado original, a la bienaventurada e inmaculada Virgen María, Madre de Dios hecho Hombre”. DS. 1516, en tanto que aseguraba ser doctrina de la Iglesia, “que ella por especial privilegio divino, había evitado en su vida entera, todos los pecados, incluso veniales”: DS 1573.

En 1616: SS Pablo V permitía la exposición de anular opiniones, con tal de que no se calificase la contraria de herética o se implementara de errónea. Al año

siguiente, prohibía la exposición de la tesis contraria “al privilegio” en actos públicos, manteniendo el veto de denigrar a los defensores. En 1661, SS Alejandro VII, al renovar las disposiciones de sus predecesores en pro de la sentencia favorable a la Concepción Inmaculada de María, afirmaba que: “Ya casi todos los católicos la abrazaban”: DS 2015. En 1662: SS Gregorio XV extendió la anterior prohibición a los actos privados, con la misma salvedad; sólo a los dominicos permitió poco después, exponer su opinión contraria “al privilegio mariano”, dentro de la orden, no delante de todos. Ahí la honestidad con los suyos. Ello no obstante, tardó mucho tiempo aún en consolidarse teológicamente en dicho caso, al igual que otros, el sentido de la fe del Pueblo de Dios, el que percibe como intuitivamente la revelación transmitida y su verdadero contenido, se había manifestado en la Iglesia, anticipándose al acuerdo entre teólogos.

Tiempo después, van surgiendo en occidente celebraciones marianas nuevas, mientras se va iniciando una decadencia en la liturgia, que es poco a poco suplantada en el aprecio de los fieles por devociones privadas. Ello no obstó ni bastó, para que estas mismas devociones, inspiraran establecer nuevas festividades, que se iban acumulando en el calendario litúrgico, de nuevo incluido, predominantemente. A raíz de Vaticano II este calendario fue debidamente revisado y varias celebraciones marianas, poco vinculadas expresamente al misterio de Jesucristo, dejaron de ser obligatorias para la Iglesia universal. Es interesante recordar que las devociones y el culto dedicados a la Virgen María, han dado lugar, a lo largo de los años y de los siglos a múltiples expresiones artísticas, a veces de todos los géneros, las cuales han servido a su vez, para fomentar aquel culto ordenado y aquellas devociones merecidas.

La razón última y suprema de la vocación y el culto a María, está en Dios, no nos equivoquemos, no es exclusiva para ella, ni ella con su humildad demostrada, aceptaría como propias, todo descansa en la Santísima Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, fijémonos bien en su proclama, mirando de frente y pensando en futuro.”Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el poderoso, ha hecho maravillas en mí”: Sn. Lc. 1. 48, 49. O bien, tomando las palabras sabias de San Pablo. “Todo lo puedo en aquel que me fortalece”: Flp., 4, 13. Concretamente, las principales y notorias maravillas y prodigios que Dios le ha regalado, a través de quien se derramó a rebalsar el Espíritu Santo y la gloria de ser Madre del Rey del Universo, Jesús con eso le basta y sobra, para regalarnos lo que guste, le plazca y lo que le sobre.

Entre las maravillas con que fue premiada: Maternidad divina, asociación en la obra salvadora con su bendito Hijo, la santidad excelsa de la que dio ejemplo mientras estuvo en la tierra y la exaltación de todos los bienaventurados en el Cielo.

Vaticano II, a través de La Constitución Lumen Gentium: acerca del pueblo de Dios, es claro en afirmar: El relato de la alocución de SS Pablo VI, sobre María,

en Vaticano II: “Así pues, siguen conservando sus derechos las opiniones que en las escuelas católicas se proponen libremente acerca de aquella que, después de Jesucristo, ocupa en la santa Iglesia, el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros”: LG 54.

”Uno sólo es el mediador”, según la palabra del Apóstol: “Porque uno es Dios y uno también el mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo, para redención de todos”. 1. Tim. 2. 5, 6. Sin embargo, la misión maternal de María, para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación que le corresponde únicamente a Jesús, antes bien, sirve para demostrar el poder de Jesús. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen, sobre los hombres no emana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Jesús; se apoya en la mediación de este, depende totalmente de ella y de la misma, saca su poder.”Y María lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo Jesús, la fomenta”: LG 60.

Menciona además estas prerrogativas como títulos al culto y devoción que se le tributan, cuando afirma:”María que como Madre Santísima del Dios Hombre, activamente presente en los misterios de su Hijo, fue por “gracia” divina enaltecida después de su Hijo, sobre todos los angeles y los hombre, es justamente honrada por la Iglesia, con un culto especial” y agrega: “Por este motivo principalmente, a partir del Concilio de Efeso, ha crecido maravillosamente el culto del pueblo de Dios, hacia María, en veneración y amor, en la invocación e imitación ”: LG 66.

Sabiamente, nos aconseja: “En las expresiones o en las palabras, eviten cuidadosamente todo aquello que pueda inducir a error en los hermanos separados o a cualesquiera otras personas acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia. Recuerden finalmente los fieles, que la verdadera devoción, no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica , que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”: LG 67.

“SOLO AL SEÑOR TU DIOS, ADORARÁS”.Sn. Jn. 4, 24: Sn. Mt. 4, 1º.

“ANTOLOGIA MARIOLÓGICA”

Creo sinceramente que la corona de este humilde trabajo, dedicado en toda su expresión sencilla, explicativa, con devoción a la perfecta unión de María con Jesús, tratando de ordenar las pocas palabras pronunciadas por María y que en concordancia, por inspiración pura y legítima del Espíritu Santo, encontramos en el caminar de Jesús, esas mismas palabras pronunciadas en distintas ocasiones y frecuentemente rebuscando en la inmensa literatura revisada, no encontré ninguna referencia, fué lo que me motivó en hacer públicas, con el preciso y precioso afán de darlas a conocer a quien o quienes me hagan el favor de leerlas, constatando con Biblia en mano su veracidad. Valga la repetición, la corona con que culmino estas sencillas reflexiones, auxiliado por los textos Mariológicos de los últimos Papas, a fin de enriquecer con ellos, las enseñanzas ya ofrecidas del Magisterio de la Iglesia. Se dicen mariológicos y no simplemente marianos, porque hay que ceñirse a la escogencia que hicieron para ello, de textos de una cierta densidad teológica. Refiero sí, que el término de Antología, empleado por muchos autores cristianos, trata de explicar la colección de obras dignas de ser destacadas y la palabra Mariológica, la conocemos mejor como Marianas, referidas a la Virgen María.

Aparte de esto, en la revisión realizada, se ofrecen tan solo aquellos que pudieron aportar algún matiz nuevo o que sugieren una forma distinta de presentación de la que después de Vaticano II, se dio lo que llamamos cristianamente una Revolución, “no revoluta”, que es la que interpretan políticamente. Revolución, fue un refrescamiento, una renovación por inspiración neta, pura y santamente, del Espíritu Santo, que desde la fundación de la Iglesia por y de Jesucristo se la anunció a sus discípulos, a sus seguidores y continuadores de su Una, Santa, Católica por Universal y Apostólica Iglesia, a través de la palabra viva de Jesús: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Créanlo por las obras. En verdad, en verdad les digo: el que crea en mí, hará las mismas obras que yo hago y como ahora voy al Padre, las hará mayores. Y todo lo que pidan en mi nombre, lo haré, de manera que el Padre sea glorificado en su Hijo. Y también haré lo que me pidan, invocando mi nombre. Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos y yo rogaré al padre y les dará un Protector, que permanecerá siempre con ustedes....

El Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes lo conocen, porque está con ustedes y permanece en ustedes.” Sn. Jn. 14. 11, 17. “No los dejaré huérfanos, sino que volveré a ustedes” Sn. Jn. 14. 18. “Les he dicho todo esto, mientras estaba con ustedes. En adelante, el Espíritu Santo, el intérprete que el Padre les va a enviar, en mi nombre, les enseñará todas

las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho.” Sn. Jn. 14. 25, 26; “Cuando venga el Protector que les enviaré desde el Padre, por ser el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí. Y ustedes también darán testimonio de mí, porque han estado conmigo desde el principio”. Sn. Jn. 15. 26, 27. “Pero es verdad lo que les digo: les conviene que yo me vaya, porque mientras yo no me vaya el Paráclito no vendrá a ustedes. Si me voy, es para enviárselos”: Sn. Jn. 16, 7.

Es de suma importancia, hacer el relato de la institución de la Eucaristía, durante la última cena del Señor Jesús: “Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con los apóstoles y les dijo: Yo tenía gran deseo de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer; porque les digo que ya no la comeré más, hasta que halle el cumplimiento en el reino de Dios”....

“Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: “Tomen esto y repártanlo entre ustedes; porque les digo que a partir de este momento, no beberé del producto de la vid, hasta que llegue el Reino de Dios. Tomó luego pan y dadas las gracias, lo partió y se los dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía. Hizo lo mismo con la copa, diciendo: Esta es la copa de la Nueva Alianza, sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes” Sn. Lc. 22. 14, 20. Las eucaristías, se realizan en cumplimiento de su palabra e indicación, en memoria y en honor de Jesús sacramentado.

A continuación viene la pasión y el camino al Calvario, la crucifixión, la presencia de Maria su Madre: “Junto a la Cruz, estaba su Madre y la hermana de su Madre, Maria, la mujer de Cleofás y Maria Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y junto a ella al discípulo amado, dice a su Madre: Mujer ahí tienes a tu hijo, luego dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre. Y desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa”. Sn. Jn. 19. 25, 27. “Jesús probó el vino y dijo: “Todo está cumplido. Después inclinó la cabeza y entregó el Espíritu” Sn. Jn. 19. 30, Esta entrega generosa fue a su Iglesia, hace más de dos mil años. Continúa ya resucitado con la más completa descripción en los Hechos de los apóstoles: “De hecho, se presentó a ellos después de su pasión y les dio numerosas pruebas de que vivía, durante cuarenta días se dejó ver de ellos y les habló del Reino de Dios” y agregó: “Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”. Hch. 1. 3, 6, anunciándoles Pentecostés. Que ocurrió en su ausencia, diez días después de la Ascensión o cincuenta días después de la Pasión.

El objeto de celebrar Pentecostés, que inició como festividad agraria, conmemora en lo sucesivo, el hecho histórico de la alianza, para convertirse al fin en la fiesta del Don del Espíritu Santo, inaugurando en la tierra, la nueva Alianza:

- A) Efusión escatológica del Espíritu. Sn. Pedro cita al Profeta Joel. 3. 1, 5. Ahí muestra que Pentecostés realiza las promesas de Dios: en los últimos tiempos el Espíritu, será dado a todos, cita además a Ez. 36. 27. Jesús había anunciando que el Precursor estaría presente y que los iba a bautizar en el

Espíritu Santo. Mc. 1. 8. Jesús, después de su resurrección, confirmó ésa promesa: Hch. 1. 5.

- B) Coronamiento de la Pascua de Jesús. Según la catequesis primitiva, Jesús muerto, resucitado y exaltado a la diestra del Padre, acaba su obra, derramando el Espíritu sobre la comunidad apostólica naciente: Hch. 2. 17. Definido como Pentecostés, la plenitud de la Pascua.
- C) Comunidad abierta a todos los pueblos. El Espíritu se da con vistas a un testimonio que ha de llegar y llevar hasta los confines de la tierra. Hch. 1. 8; el milagro de audición, subraya que la comunidad mesiánica se extenderá a todos los pueblos: Hch. 2. 5, 11. El Pentecostés de los paganos: Hch. 10, 44ss, acaba de hacerlo patente. La división, confusión observada en la Torre de Babel, Gen. 11. 1, 9, aparece la antítesis más completa: Pentecostés y su término.
- D) Comienzo de la misión. El Pentecostés que reúne a la comunidad mesiánica, es también el punto de partida de su misión. El discurso de Sn. Pedro, de pie con los once restantes: Hch. 2, 14, es el primer acto de sumisión desde la misión encomendada por Jesús, pura obediencia, nada de iniciativa propia: “Los que están reunidos, le preguntaron: Señor ¿es en este el momento que vas a restablecer el Reino de Israel? A ustedes no les toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad. Recibirán una fuerza, el Espíritu Santo... Entonces serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra”. Hch. 1. 6, 8. Después es que participaron de la Ascensión a los cielos, concluyendo este hermoso pasaje: “Y dicho esto fue levantado en presencia de ellos y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras ascendía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: Galileos, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Este que ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le han visto subir al cielo” Hch. 1. 9, 11.

Interesa relatar el hecho sucinto de todos (as) los (as) que esperaban el Espíritu Santo, prometido por Jesús. “Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, distaba de la ciudad como media hora de camino. Entraron en la ciudad y subieron a la habitación superior de la casa donde se alojaban. Ahí estaban Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago hijo de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos perseveraban juntos en la oración, en compañía de algunas mujeres, de Maria, la Madre de Jesús y de sus hermanos” Hch. 1. 12, 14.

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar, de repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga violenta de viento, que llenó toda la casa donde estaban y aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del

Espíritu Santo y comenzaron a hablar en Lenguas, según el espíritu les concediera que se expresaran” Hch. 2. 1, 4.

Hasta aquí el relato fiel, legítimo y fidedigno, sobre el acompañamiento de María, nuestra Madre Santísima, a los apóstoles y la venida del Espíritu Santo, el esperado por todos (as), prometido por su Hijo. Sin embargo, el hecho de haber descrito en los inicios de este pequeño, pero significativo aporte, se menciona una de las cualidades más relevantes en María, era la oración, por ello la bautizamos como “orante”, de seguro tomó iniciativa entre los doce varones rudos que la acompañaban en unión de otras mujeres y otros hermanos, que a la vez al ser hermanos de los apóstoles y de Cristo Jesús, lo son de nosotros. Toda participación de María, es tomada en cuenta por la sucesión de los Cardenales, que estando en la cúspide del Vaticano, le van dedicando sus más amorosas reflexiones, a través del Magisterio de la Iglesia.

Comenzamos nuestra selección con los pontificados de quienes llevaron el báculo en Roma, a través de sus escritos de los Santos Padres, los que nos despiertan educándonos, nos embelesan culturizándonos, nos relatan datos históricos, escogidos delicadamente de la Santa Biblia, en los cuales dedican sus pensamientos amorosos, justificados, legítimos y veraces sobre la Santa Virgen María, piedra fundamental del cristianismo, que jugó un papel determinante en el nacimiento de Jesús, desde la anunciación, su aceptación, visitación a la prima Isabel, nacimiento, cuidado, educación en la fe, hasta la adolescencia y con acompañamiento perenne en la predicación, mientras extendía el Evangelio a todas partes, la motivación del Primer milagro de Jesús, su encarcelamiento, las vejaciones y humillaciones; la presencia firme, de apoyo con su amor, al pie de la cruz, su resurrección, su ascensión a los cielos y que el mismo divino Hijo, logró su asunción a los cielos, no permitiendo su corrupción y descomposición de su cuerpo humano. Alcanzan la dignidad y hasta cierto punto, la exigencia de leerlos, aprenderlos, saborearlos e imitarlos en toda su extensión de la palabra; muy a pesar de los desafectos, detractores, críticos, difamadores que quieren pero no pueden enturbiar y hasta borrar la imagen de santidad, pureza, sobriedad, sencillez, humildad e inmaculada, además de ser una fuente inagotable de amor y perdón, cual es la Santísima Virgen María, Madre de Jesús y de todos los que supuestamente creemos en Jesús y queremos a Jesús.

SS Juan XXIII, Ángelo Giuseppe Roncalli, llamado el Papa bueno, quien convocara el Concilio Vaticano II, inició una nueva era en la historia de la mariología. El 25/01/59, anuncia a los cardenales reunidas en la Basílica de San Pablo. Su propósito de convocar un Concilio. El periodo antepreparatorio de 1959-1960 y el preparatorio 1960-1962. Inaugurado el 11/10/62. El 3/06/63, fallece SS Juan XXIII. Su inmediato sucesor, SS Pablo VI.

Sin embargo, todavía hay otros fragmentos de su iluminado magisterio, que vale mencionar. La brevedad del pontificado de Juan Pablo I, sólo ha permitido recoger escasos y sencillos retazos, los que expondremos aquí, como recuerdo de aquella

maravillosa sabiduría, que tan hermosas lecciones, pudo darnos sobre la Virgen. Por último, la selección obediente al magisterio de SS Juan Pablo II, copiosísimo y rebotante de amor y devoción a la Madre del Redentor, queda resonando todavía, abierta la escucha de su palabra, quien aprovechó sus 25 años en el Trono de Roma.

De esta forma, he recolectado este valioso material, ordenando los textos correspondientes a cada uno de los pontificados, de forma que se lograra una cierta armonía temática-cronológica, escritos públicos, indicando simplemente al final de cada exposición, la fecha en que fueran emitidos. Las sabias enseñanzas de SS Juan XXIII, quien ideara por inspiración del Espíritu Santo e inaugurara el Concilio Vaticano II, siendo el Vigésimo segundo Concilio ecuménico de la Iglesia Católica. Convocado, con el objeto de conseguir la Renovación de la Iglesia y preparar la unidad de las diversas iglesias cristianas, así como discutir sobre la libertad religiosa, la revitalización de la Liturgia y la interpretación de la Biblia. Clausurado por SS Pablo VI, El 8/12/65. Como preludio del Concilio nos dice SS Juan XXIII: “Porque lo que se exige hoy de la Iglesia, es que se infunda en las venas de la humanidad actual, la virtud perenne, vital y divina del Evangelio. La humanidad alardea de sus recientes conquistas en el campo científico y técnico, pero sufre también las consecuencias de un orden temporal que algunos han querido organizar, prescindiendo de Dios”. Observamos un ateísmo galopante en todo el orbe, pero firmeza en nuestra Santa Iglesia.

Por esto, el progreso espiritual del hombre contemporáneo, no ha seguido los pasos del progreso material. De aquí surgen la diferencia por los bienes inmortales, el afán desordenado por los placeres de la tierra, que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos y por último un hecho completamente nuevo y desconcertante, cual es la existencia de un sistema militante, que ha invadido ya a muchos pueblos”

Nos introduce dulcemente en el abordaje de:

“La piedad mariana, comprendida según la doctrina de la Iglesia, no puede menos de llevar más segura y rápidamente las almas hacia Jesucristo, nuestro único y divino Salvador”. 18/02/59.

“Cuánta es la grandeza, cuánta la gloria de María, a la luz de la Santísima Trinidad...Hija, Madre, esposa de las personas divinas. Por la presencia de María surgen especiales relaciones del paraíso con la tierra, del Hijo de Dios con los hijos de los hombres. A través de María, todos somos llamados a formar parte de aquella gran familia”. 24/05/59.

“Ya en la Eucaristía nos ha dejado el Redentor, el testamento supremo de su cuerpo y de su sangre. Pero en el Calvario, el justo condenado, hizo su segundo testamento de familia; quiso dejarnos a María, su Madre, como Madre nuestra,

confiándola a San Juan, que notario y testigo de tan grato don, nos representaba a todos”. 16/09/59

“La Inmaculada evoca los fulgores de la aurora. Preservada inmune de la contaminación original, Maria es repleta de gracia desde el primer instante de su concepción. Ya en el seno materno, el alma de Maria resplandece de luz divina. Después de una noche de largos siglos transcurridos desde la culpa de los primeros padres, se levanta esta estrella matutina, límpida y pura, transparente e inviolada, mientras el cielo alborea como promesa del día que amanece. La intimidad con Dios, concedida a Adán en su creación y tan pronto perdida, vuelve en Maria a su perfección original y ya se anuncia la llegada del Sol de justicia, de aquel que, comunicando la vida, restablece en los hombres de buena voluntad la amistad y unión con Dios....

Inmaculada significa también promesa y flor blanca de redención. Aquella que, en atención a los meritos de su Hijo Redentor, fue preservada de la mancha original, tuvo este privilegio porque estaba predestinada a la sublime misión de madre de Dios; ella que debía dar carne mortal al verbo eterno del Padre, no podía estar contaminada un solo instante por la sombra del pecado. Inmaculada dice por tanto, dependencia de Jesucristo, pues todo lo ha recibido la Madre, en función de su Hijo. El brote en la tierra de esta corola blanquísima es presagio seguro de reconciliación de la humanidad con Dios.

La Inmaculada sugiere además orden y belleza. Orden de su naturaleza elevada por la “gracia” apenas salida de las manos del Creador y por ello dócil a su querer y a sus deseos. Belleza que brota de este orden y es su luminoso coronamiento... Finalmente, Inmaculada dice visión de paraíso. Aquella gracia que le fue concedida en grado perfecto y sobreeminente desde el primer instante de su existencia terrena y que también a nosotros nos es dada, aunque en medida ciertamente inferior, es solo una prenda de la bienaventuranza eterna. La Inmaculada preanuncia el alba de aquel día eterno y nos guía y sostiene en el camino que todavía nos separa de él”. 7/12/59.

“En su maternidad divina, se funda el título de Reina, que resume todas sus grandezas. Mueve el corazón del Salvador y está en posesión del corazón de los hombres. Es la Madre de la Iglesia y con su oración omnipotente y con las “gracias” que derraman sus manos sobre el mundo, contribuye a la siembra y expansión de la semilla evangélica”. 13/12/59.

“El verbo se hace carne y viene a habitar entre nosotros. “Hemos visto su gloria”: Sn. Jn. 1. 14. Esta gloria divina se derrama sobre la humanidad y la penetra profundamente en aquel en quien “habita corporalmente la plenitud divina”. Col. 2. 9. Y la virgen santa, escogida para ser su madre bendita, le ofrece, con la naturaleza humana asumida en su seno inmaculado, toda la familia humana, devuelta a la certeza de una vida nueva”. 25/03/60.

“La devoción a Maria Santísima, no tiende a otra cosa que hacer más firme, pronta y operante nuestra fe, más ardiente nuestra caridad y más sincero y fecundo nuestro compromiso cristiano”. 28/03/60.

“Maria, la dulce Madre de Jesús, verbo divino, que por la gracia del Espíritu Santo, se hizo carne en ella fue hecha así, Madre nuestra”. 5/06/60.

“Se habla de fraternidad sin Dios. ¡Vana ilusión!... Recordad que quien ama en el corazón de Maria, da un amor fuerte y de pura ley, pues no existe afecto humano que pueda igualar al de la madre. María es Madre, como ninguna otra. Os busca a todos para estrecharos contra su corazón. Cerca de él, todos os sentiréis hermanos”. 11/09/60

“Cualquiera que sea nuestro estado de vida y nuestras responsabilidades, todos estamos envueltos por la dulce maternidad de la Virgen María, que obra en favor nuestro, como una madre que se prodiga por sus pequeños: ella ama, ella cuida, ella protege, ella intercede”. 9/06/61

“La devoción a la Virgen María Madre de Jesús y Madre nuestra, ha de ser cultivada con sentido católico, moderando la tendencia del sentimiento, a quedarse en las pequeñas efusiones del sentimiento, a las que se abandona a veces nuestro pueblo, exaltando, las particularidades locales más bien que los títulos de honor preclaros preeminentes de María” 27/07/61

“Todos nosotros, pensando en la madre, sabemos que somos hermanos del Hijo, sabemos que el Espíritu, la divinidad del hermano, pasa místicamente a nosotros y de este modo, podemos comprender muchas verdades misteriosas y admirables... Es necesario pues, que profundicemos, que procuremos con todos los medios, cultivar en nosotros estos sentimientos, avivando siempre nuestro amor fervoroso a María”. 15/08/61.

“María se encontraba orando con los apóstoles... en espera del prodigio que había de dar cumplimiento pleno a la palabra de Jesús. El Espíritu consolador, iba a confirmar la enseñanza del Hijo de Dios y a renovar toda la tierra... Ella estuvo presente en el cenáculo y permanece con nosotros, incomparable guía y protección durante toda nuestra vida, a lo largo de los siglos que verán la obra de la Iglesia, hasta la consumación del tiempo, hasta abrirse la eternidad de gozo para los redimidos”. 6/06/62.

“En la vida orante de la Iglesia universal, precede y sobresale la adoración y glorificación de la Santísima Trinidad augusta: Padre, Hijo y Espíritu Santo. A la luz de la misma Trinidad sigue debidamente distanciada en la Liturgia, la veneración a María, Madre de Jesús, nuestro Salvador y por este título: poderosa y suavísima Madre nuestra”. 24/06/62.

“Jesús, el Redentor del mundo se presenta a la humanidad a través de María, en los brazos de María. Con Él está la Madre durante el largo recogimiento de

Nazaret; la encontramos en el período de la predicación; la volvemos a encontrar en el Calvario, a la hora del sacrificio supremo. Desde el momento inefable de la anunciación, de Belén al Gólgota, María está siempre con Jesús. Ella participa en todos los misterios de la vida del Salvador”. 21/11/62.

“La Madre está al pie de la cruz; el Hijo ha sido crucificado, da su vida por el género humano. María no se deja vencer por la tremenda e incomparable angustia. Ella sabe que comienza ahora el verdadero triunfo y por eso con maternal afecto, acoge el último suspiro de Jesús, que muere y que le confía en el apóstol Sn. Juan, a todos nosotros”. 26/12/62.

Al morir SS Juan XXIII, el 3/06/63. La sucesión recae en SS Pablo VI, Giovanni Battista Montini, el 21/06/63.

Nos dice SS Pablo VI: “La Madre de Jesús, asistió con su presencia a la Iglesia no sólo cuando nació del costado abierto de su Hijo y cuando en cierto modo se inauguró en Jerusalén con la efusión del Espíritu Santo, sobre ella, sino que ha continuado asistiéndola siempre en sus luchas, en sus sufrimientos y en su progreso a lo largo de los siglos”. 30/06/63.

“La ascensión puede decirse que es el epílogo de la historia de María Santísima. Es en efecto, el coronamiento de toda su vida mortal y de la misión que la Virgen recibió de Cristo Jesús, para que cumpliera la encomienda a ella confiada sobre la tierra... ¿Qué relación podemos descubrir entre los misterios de la vida temporal de la Virgen y su gloria? María nunca perdió el contacto con la fuente de la vida, que es Dios y precisamente por no haber perdido a causa de la prerrogativa de su inmaculada concepción, libre como estaba de todo pecado, de toda infracción contra la vida, era acreedora a la posición instantánea y completa de la vida eterna. Igualmente hay que hablar de la maternidad de la Virgen. Pues habiendo dado ella la vida a Cristo Jesús y habiendo Cristo Jesús resucitado y subido al cielo, era evidente y por así decir, lógico, por el amor que el Hijo manifestó a tan excelsa Madre y por la conexión entre los misterios que unen a María con Jesús, que ella fuese al punto asociada en alma y cuerpo a la gloria eterna, al triunfo del paraíso”. 25/08/63.

“El honor que se debe a María, conforme a la excelencia de su ser y de su misión, es un honor singular, un honor superior, un honor que siente no poder igualarse jamás al que el Señor le ha rendido y que dentro del plan divino merece; honor que ella misma presagió, al profetizar que todas las generaciones la llamarían bienaventurada; honor que no olvida su humildad de criatura, como ella es y se proclama y que por tanto, no ignora el abismo inconmensurable de la trascendencia divina sobre el cual sólo la adoración tiende un puente, pero que se hace entusiasta y extático, al advertir que Dios mismo quiso cruzar aquel abismo para hacerse hombre, cubriéndola a ella con su Espíritu y eligiéndola como única puerta para entrar en nuestro mundo y en nuestra historia”. 11/10/63

“La inmaculada concepción, no es Más que una esencial premisa por la maternidad divina, es decir, el presupuesto adecuado para la venida de Cristo Jesús a la tierra. Fue así como el Hijo de Dios se reservó, en el inmenso cenagal de la pobre humanidad, un espacio intacto, un parterre florido, fragante, sobre el cuál posarse: la Virgen Santísima”. 8/12/63.

“¿Se ha realizado alguna vez la naturaleza humana de una forma completamente perfecta? Después de Adán la humanidad no ha vuelto a tener esta fortuna salvo en Nuestro Señor Jesucristo y en su Madre Santísima. Esta hermana nuestra, esta hija elegida de la estirpe de David, refleja el designio original que Dios tenía sobre el género humano cuando nos creó a su imagen y semejanza. Poder admirar en María el retrato de Dios, reconstruido por fin, reproducido en su genuina y nativa belleza y perfección: he aquí una realidad que nos encanta y arroba, satisfaciendo la encendida e inapagada nostalgia de belleza que los hombres llevan en el corazón. Ellos, en efecto, creen poder alcanzar el ideal, cuando con múltiples esfuerzos, dan de la belleza alguna imagen, alguna expresión, pero sin ahondar en sus profundas y verdaderas características, que no son las de la forma, sino la del ser. María es perfecta en su ser, es inmaculada en su naturaleza íntima, desde el *première* instante de su vida. Por eso estaríamos sin cesar admirando tan prodigioso reflejo de la belleza divina hasta sentirnos, a pesar de ser tan desemejantes, misteriosamente consolados. Desemejantes, porque María es la única privilegiada y nadie podrá jamás, no solo igualarla, sino tan siquiera parecérsela de cerca”....

Consolados, no obstante, porque María es nuestra Madre; porque ella representa lo que todos llevamos en el fondo del corazón, la imagen auténtica de la humanidad, la imagen de la humanidad inocente, santa. Ella nos recuerda los orígenes, porque está en perfecta relación con Dios mediante la gracia, porque su ser es todo armonía, candor, sencillez, es toda transparencia, gentileza, perfección, es todo belleza...En María, la imagen de la belleza, se alza por fin, sobre la humanidad sin mentira ni engaño. Todas las criaturas la contemplan y exclaman: eres la verdadera, la auténtica belleza”. 8/12/63.

“La inmaculada concepción no es más que una esencial premisa para la maternidad divina, es decir el presupuesto adecuado para la venida de Cristo Jesús a la tierra. Fue así como el Hijo de Dios se reservó, en el inmenso cenagal de la pobre humanidad, un espacio intacto, un parterre florido, fragante, sobre el cual posarse: la Virgen María”. 8/12/63.

“No debemos olvidar nunca, quién es María a los ojos de Dios...quién es María en la historia de la salvación...La visión panorámica de la teología, centrada en la Sierva del Señor, no debe nunca desaparecer de nuestra mirada espiritual si queremos comprender algo verdadero, auténtico, embelesador, de la criatura privilegiada sobre la cual se extiende y se coloca la trascendencia divina y de la cual toma realidad humana el Verbo de Dios”. 8/02/64.

“En María se cumple de modo perfecto cuanto Cristo Jesús ha dado y prometido a la humanidad redimida; ella ha sido la primera en participar de su obra de salvación y de sus méritos y por eso es entre todos, el miembro primero y privilegiado del Cuerpo místico, hasta el punto de reflejar en sí, como tipo y modelo, la entera figura de la Iglesia”. 24/03/64

“Quien establezca una confrontación entre María y la Iglesia encontrará razones bellísimas para reunir a las dos en una viva admiración del designio de Dios, que quiso para llevar a cabo la redención, la cooperación humana: la de María y la de la Iglesia; encontrará en la tradición secular, teológica y litúrgica, referidos muchas veces a María y a la Iglesia los mismos símbolos; encontrará que María es la figura ideal de la Iglesia....En María, “llena de gracia”, hallamos todas las riquezas que la Iglesia representa, posee y dispensa; en María, sobre todo, tenemos a la Madre virginal de Cristo Jesús y en la Iglesia, a la Madre virginal de los cristianos. María y la Iglesia son realidades esencialmente insertas en el designio de la salvación, que nos ofrece el único principio de gracia y único mediador entre Dios y el hombre, que es Cristo Jesús...Quien ama a María debe amar a la Iglesia y quien quiera amar a la Iglesia, debe amar a María”. 27/05/64.

“Nunca podremos cumplir plenamente nuestro deber de venerar a María, cuyo título a tales honores sobrepasa nuestros límites y nuestras posibilidades”. 15/08/64

“Una lámpara es hermosa si está encendida. La luz de María es Cristo Jesús... Si la disociáramos de Jesús, el culto a María perdería su razón de ser”. 15/08/64.

¿Porqué — nos podemos preguntar—debo honrar a la Virgen?. La respuesta es fácil. El Señor ha sido el primero en honrarla. María es la Madre de Jesús, los designios de Dios se cumplieron por medio de ella, la Providencia hizo girar en torno a esta Mujer escogida, su plan de salvación”. 15/08/64.

“María es el anuncio, María es el preludio, María es la aurora, María es la vigilia, María es la preparación inmediata al coronamiento y término del desarrollo secular (que sucede o se repite cada siglo) del plan divino de la redención; es la meta de la profecía, es la clave de la inteligencia de los misteriosos mensajes mesiánicos, es el punto de llegada del pensamiento de Dios....La aparición de María en la historia del mundo, es como el encenderse de una luz en un ambiente oscuro; una luz mañanera, todavía pálida e indirecta, pero suavísima, hermosísima. La luz del mundo, Jesucristo, está para llegar; el destino feliz de la humanidad, la posibilidad de su salvación es ya segura: María la trae consigo” 8/09/64.

“Una mujer—no conocemos su nombre—una mujer del pueblo, entusiasmada por las palabras de Jesús, se puso a gritar: “Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron”. Pero el Señor replicó: “Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”. Lc. 11. 27, 28. Referida a la Virgen, esta respuesta no desconoce

ciertamente la excelencia singularísima de su divina maternidad, pero quiere poner de relieve un mérito personal y excelso de María, que no solo ha engendrado a Cristo Jesús Señor, sino que ha creído en él, ha guardado la palabra de Dios, ha unido al privilegio de su elección el mérito de su correspondencia obediente”. 11/09/64.

“¿Qué relaciones y qué diferencias hay entre la maternidad de María, universal por el señalado puesto de caridad que Dios le ha asignado en el plan de la redención y el sacerdocio instituido por el Señor para ser instrumento de comunión salvífica entre Dios y los hombres? María da a Cristo Jesús a la humanidad y también el sacerdocio da Jesús a la humanidad, pero de modo diverso... María engendra a Jesús en la carne y lo comunica luego a las “almas” llamadas a la salvación, por las misteriosas vías de la caridad; el sacerdocio, con su ministerio sacramental y exterior, dispensa aquellos dones de caridad y de “gracia”, aquel Espíritu que forma el Cristo Jesús místico en las almas, cuando estas aceptan el servicio del sagrado poder sacerdotal.... Ahora bien: “María está, después de Jesús y por virtud de Jesús en el vértice de este organismo de salvación, precede y supera al sacerdocio, está en un plano de excelencia superior y de actuación distinta respecto de él, si el sacerdocio en su más alto grado, posee las llaves del reino de los cielos, la Reina de los cielos, es la Virgen María. Por eso es también, respecto de la jerarquía, la reina de los apóstoles”. 7/10/64.

“Aunque enriquecida por Dios con dones abundantísimos y maravillosos, para que fuera digna Madre del Verbo encarnado, María es cercana a nosotros; como nosotros es hija de Eva y por lo mismo hermana nuestra en razón de la común naturaleza humana. Aunque inmune de la mancha original por virtud de los futuros méritos de Jesús, ella unió a los divinos dones recibidos el ejemplo acabado de su fe... En su vida mortal, realizó la figura perfecta del discípulo de Jesús, fue espejo de todas las virtudes y asimiló plenamente en su conducta las bienaventuranzas predicadas por Jesucristo”. 21/11/64.

“La realidad de la Iglesia no se limita a su orden jerárquico, a su sagrada liturgia, a sus sacramentos, al conjunto de sus instituciones, sino de su íntima característica fuerza, fuente principal de su eficacia, estriba en su íntima unión con Jesús, unión que no podemos pensar sino relacionada con la Madre del Verbo encarnado, a quien Jesús mismo asoció tan íntimamente consigo en la obra de nuestra salvación. Por eso, mirando a la Iglesia, era preciso que contemplemos con amor las maravillas que Dios realizó en su Santa Madre el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre la bienaventurada Virgen María. Será siempre una eficaz ayuda para la recta inteligencia del misterio de Jesús y de la Iglesia”. 21/11/64.

“Así como la maternidad divina es la razón por la cual María está singularísimamente ligada con Jesús y asociada a la obra de la salvación humana realizada por él, así también de la maternidad divina, derivan principalmente las relaciones entre María y la Iglesia, puesto que María es la Madre de Jesús, en el momento de asumir en su seno virginal la naturaleza humana, unió a sí como Cabeza su cuerpo místico, que

es la Iglesia. Por eso María, siendo Madre de Jesucristo, lo es también de todos los fieles y pastores, es decir, Madre de la Iglesia”. 21/11/64.

“La virgen inmaculada, que pronunció el “fiat” de la perfecta conformidad al divino querer, aceptando ser la Madre del Verbo encarnado, escogió la participación voluntaria a los padecimientos de su Hijo Redentor”. 30/07/66

“Cuando hacemos hoy estudios sobre el hombre, encontramos innumerables imperfecciones, miserias, complejos; también elementos nobles y elevados, pero mezclados con deficiencias profundas...Ahora bien. Si aplicamos nuestros criterios de estudio de María..., captamos el resplandor inmediato de una belleza virgen, pura, inocente, inmaculada, nativa, originaria, que no conoceríamos exactamente en su realidad si ésta Cándida criatura no nos hubiera sido dada”. 15/08/66

“María es aquella hacia la cual la Iglesia toda se orienta cuando quiere afianzar su propia vocación escogidísima a ser siempre y en todas partes enteramente de Jesús”. 15/08/66.

“Como vemos en gran parte de la juventud, hoy se va buscando el tipo, el modelo, la figura de aquel o de aquella que de algún modo personaliza un modo de vivir. Esto viene a confirmar que la pedagogía de la Iglesia, al proponer a María como ideal maravilloso, no es anacrónica o inadecuada. Al contrario, responde plenamente a las aspiraciones limitadas y acuciantes del corazón moderno...

Contempla a María—dice la maternal recomendación de la Iglesia, sé su admirador, sé capaz de escrutar, al menos con algún sentimiento de nostalgia, este ideal purísimo de humanidad que es la Virgen”. 15/08/66.

“En María se refleja fielmente la idea creadora de Dios y se realiza la definición intacta y auténtica del hombre, imagen suya. Luz, inteligencia, dulzura, profundidad de amor, belleza, en una palabra, brillan en el rostro cándido e inocente de la Virgen...Bastaría este pensamiento para embelesar nuestros espíritus, que tanto más ávidos están de belleza humana cuanto más falso, mas impúdico, mas deforme, mas doliente se nos presenta hoy el semblante humano en la múltiple y como obsesionante visión del arte figurativo. Párese en este pensamiento el que quiera restaurar la ciencia de la belleza y a fin de descubrir sus relaciones trascendentes para gozo interior y expresión exterior, reencuentre a María la más alta, la mas verdadera, la más típica figura de la estética espiritual humana”. 8/12/66.

“No se comprende a María, la madre, sin el Hijo. Los privilegios de María santísima le vienen de Jesús. Ella es como la luna: si el sol se apaga, no la vemos; si en cambio, los rayos del sol la alcanzan, se ilumina. El culto a María es un culto introductivo; vamos a María para llegar a Jesús...a través de ella, llegamos a Cristo Jesús, el Hijo de Dios”. 5/03/67.

“Una circunstancia muy importante hay que poner de relieve: María estuvo ciertamente iluminada por un carisma de luz extraordinario, cual su inocencia y su

misión, le deban asegurar. En el Evangelio se deja entrever la lucidez cognoscitiva (de lo que era capaz de conocer) y la intuición profética de las cosas divinas, que inundaba su alma privilegiada. Con todo, la Virgen poseyó la fe, la que supone no la evidencia directa del conocimiento, sino la aceptación de la verdad por motivo de la palabra reveladora de Dios...Podríamos encontrar la confirmación de esta virtud fundamental de la Virgen en todas las páginas en que el Evangelio registra lo que ella era, lo que ella dijo, lo que ella hizo...Son formas de escucha, de averiguación, de aceptación, de sacrificio, formas de meditación, de espera, de interrogación, de acogida interior, de seguridad tranquila y soberana en el juzgar y actuar, de plenitud, de oración; formas propias, sí, de aquella alma singular, “llena de gracia” y envuelta por el Espíritu Santo, pero formas asimismo de fe y como tales no sólo admirables, sino también imitables para nosotros”. 10/05/67.

“María se halla investida de tan alta misión y dignidad, que ella es la Madre del Hijo de Dios y por lo mismo, la hija predilecta del Padre y el Santuario del Espíritu Santo” LG 53. No es posible contemplar a la Virgen sin ver y adorar el cuadro divino, trinitario, en el cual se encuentra ella colocada. La trascendencia divina relampaguea ante nuestros ojos, que gozan pudiéndola contemplar de algún modo en ésta hija de nuestra estirpe de Adán. Tal vez por esta accesibilidad, el culto a María alcanza con frecuencia en la vida religiosa de muchos, una prioridad práctica... Pero es María misma la que nos lleva en su vuelo trascendente hacia Dios”. 29/05/68.

“Creemos que María es la Madre siempre Virgen del Verbo encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo y que por esta elección singular, en atención a los méritos de su Hijo, ella ha sido redimida de modo eminente, preservada de toda mancha de pecado original y colmada del don de la gracia sobre todas las demás criaturas.

Asociada por un vínculo estrecho e indisoluble a los misterios de la encarnación y la redención, la santísima Virgen Inmaculadas ha sido, al final de su vida terrena, elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial y configurada con su Hijo resucitado en la anticipación del destino futuro de todos los justos. Creemos que la santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el Cielo su misión maternal para con los miembros de Jesús, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos”. 30/06/68

“En el seno de la Iglesia se produce un hecho conocidísimo, comunísimo y como espontáneo en la psicología del pueblo, pero cuya legítima eficacia critican muchos de los hermanos cristianos, separados todavía de nosotros: el hecho de recurrir a la intercesión, a la mediación, a lo que podríamos decir con palabras, la recomendación. Recurrimos a María para llegar a Jesús. Para nosotros discípulos de la escuela espiritual y doctrinal de la Iglesia, este recurso nada tiene de extraño, de ilógico, de vano.

Sabemos muy bien que: “No hay mas que un Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús” 1 Tim 2, 5 y que sólo él es: “Autor de salvación eterna”

Heb 5, 9. Pero sabemos también que el plan de salvación incluye la cooperación humana, la dispone, prepara, introduce a la fuente de la “gracia”; ciertamente no causa, pero facilita de manera adecuada la circulación de la caridad, la comunión, la solidaridad previstas en el proyecto establecido por Dios para salvarnos....

Intercesión es la palabra que aplicamos a esta intervención que tanto peso tiene en el culto de los santos y en un grado mucho más elevado, en el culto especial que justamente tributamos a la Madre de Jesús...No se diga que obrando de este modo instrumentalizamos la oración, el culto a la Virgen, para satisfacer nuestras necesidades temporales y que practicando la religión de esta manera cedemos al utilitarismo que invade hoy todas las expresiones de la vida moderna. No es ningún mal confesar en la oración nuestros límites, nuestras necesidades, nuestra confianza en conseguir de lo alto, lo que con nuestras fuerzas no podemos alcanzar”. 8/10/69.

No nos olvidemos los católicos, la importancia de la oración directa a Jesús o bien a la intercesora María. ¿Quién dice que prestarán oídos sordos, cuando mencionamos la palabra de Dios? a base de la lectura bíblica, que aparece en todas las biblias, leemos bien: “Pidan y se les dará; busquen y hallarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca, haya y al que llama, se le abrirá”: Sn. Mt. 7. 7, 8 y “Hagan lo que él les diga”: Sn. Jn. 2. 5. “Ella, mas que toda otra criatura, tuvo parte--¡y qué parte!--única, activa, santísima en la pasión redentora de Jesús”. 8/10/69

“Jesucristo domina el pensamiento, domina la historia, domina la concepción del hombre, domina la cuestión capital de la salvación del hombre. Ahora bien. ¿Cómo ha venido Jesucristo a nosotros? ¿Ha venido por sí solo? ¿Ha venido sin alguna relación, sin alguna cooperación por parte de la humanidad? ¿Puede ser conocido, comprendido, considerado, prescindiendo de las relaciones reales, históricas, existenciales, que su aparición en el mundo, llevó consigo? Es claro que no. El misterio de Jesús, está inserto en el designio divino de la colaboración humana. Ha venido a nosotros, siguiendo el camino de la generación humana. Ha querido tener una Madre; ha querido encarnarse mediante el ministerio vital de una Mujer, de la Mujer bendita entre todas...Jesús ha venido a nosotros, por María; lo hemos recibido de ella; lo encontramos como la flor de la humanidad, abierta sobre el tallo inmaculado y virginal que es María”. 24/04/70.

Expongo yo: Estas lúcidas y brillantes expresiones de SS Pablo VI, son una verdad contundente, irrefutable, indiscutible e incuestionable. Totalmente creíbles y entendibles. No ha existido una explicación más veraz, lógica y cierta. ¿Verdad? Con el máximo respeto que se merecen nuestros hermanos esperados, pongo en el tapete para los que dudan, a quienes se resisten u obedecen a doctrinas y lineamientos extraños, venidos de fuera, de muy cerca o de lejos, del norte de América o del viejo Continente; de quienes como hombres han fundado iglesias, cultos, denominaciones, que sobrepasan las 3.000; haciendo caso omiso de lo que ocurrió hace más de

VEINTE SIGLOS y que después de tanto tiempo de existencia y supervivencia, a pesar de ataques repetidos por reinados, imperios, gobiernos, sectas, sectarios y sacerdotes tránsfugas, a la Una, Santa Iglesia Católica, por universal y Apostólica, sea cuestionada e increída por hombres comunes y corrientes, marginando la divinidad de la creación por Dios, que contó con el concurso importante del Espíritu Santo, que fue determinante en la creación de la nueva criatura: “Jesucristo”, al venir enviado por Dios desde el Cielo, a formarse en el vientre de María Virgen humilde, pura, sin mancha, en donde por voluntad propia y en obediencia al Padre, ocurre milagrosamente el aterrizaje en la “llena de gracia”, preparada para tal suceso.

Continúo: Podrán cuestionar que tenemos errores, no se discute; que hubo “una non santa” Inquisición, censurable; que sacerdotes pederastas: condenable e imperdonable. Pero no por encontrar uno, dos, tres “árboles caídos”, ¿el fecundo bosque deja de reverdecer? Con frutos tan ostensibles, con tanta abundancia “por su santidad comprobada” entre tantos y tantas entregados (as) a labores de educación, de caridad, de amor al prójimo; de Monjas consagradas al servicio de sus hermanos necesitados, con atención en hospitales, escuelas; sacerdotes misioneros, alejados de su lar patrio; de tanto semillero de jóvenes que se entregan a la castidad, al sacrificio y hasta la soledad. Y qué decir de tantos Beatos y Beatas, Santos y Santas de nuestra Santa Iglesia Católica, que no sólo honran a Jesús, sino a nuestras comunidades, que siendo fieles a Jesús y a María, estamos muy contentos y felices en “la única y ordenada barca de san Pedro”.

Concluyo: San Lucas y San Juan, relatan a cabalidad: vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, completados por San Mateo y San Marcos, sin ser bien leídos, creídos e interpretados; tienen o no razón de formar otros grupos, están en su derecho, son libres si quieren apartarse, pero saben que no es la verdadera, por ser fundada por hombres comunes y corrientes. Cuentan con excelentes predicadores, escritores de lujo; no es discutible ni cabe duda alguna, es una realidad, pero lo ideal, sería cumplir un deseo aún no superado de SS Juan XXIII, “su soñado ecumenismo”, ratificado por SS Juan Pablo II y del mismo Vaticano II, que uniendo nuestras voces a las suyas o viceversa, alabemos y glorifiquemos al Señor de señores, al Amor de los amores, al Rey de reyes, cambiaríamos los cristianos el mundo. Expongo mi deseo sincero, como autor de esta importante recopilación de la Santísima Trinidad y la implicancia del papel brillante desempeñado por la tres veces Santa Virgen María, junto a su “hijo amado, exaltándolo”, porque respira y se nutre por Él. Repito la cordial, sincera y respetuosa invitación a través de estas sencillas líneas, trazadas con el corazón deseoso y motivado por la merecida, necesaria y lógica unidad en Cristo Jesús.

“¡Qué cercano a nosotros está el Evangelio en las virtudes que María personifica e irradia con esplendor humano y divino! ¡Y cómo desaparece de nosotros el posible temor de que dando a nuestra espiritualidad el matiz de la devoción mariana, pudieran

nuestra religiosidad, nuestra visión de la vida, nuestra energía moral, volverse blandas, femeninas, infantiles! Basta acercarse a ella, poetisa y profetisa de la redención y escuchar de sus labios angelicales el himno más fuerte y renovador que jamás se haya pronunciado: El Magnificat; es ella quien revela el designio transformador del proyecto cristiano, la eficacia histórica y social brota todavía del cristianismo”. 24/04/70.

“Con su magnánime valentía, que supera a cualquier figura clásica de heroísmo moral, ella estaba junto a la cruz de Jesús”. 20/02/71.

“San Lucas, como insinuando la fuente auténtica de su encantadora narración acerca de la noche de Belén, concluye con este precioso testimonio: ¡María conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior! Sn. Lc. 2. 19. En una confidencia delicadísima y estupenda, nos revela la vida íntima de la Virgen, la segunda forma como hizo suyo el acontecimiento exterior del nacimiento de Jesús, del cual ella como Madre, había sido felicísima protagonista. Ella pensaba de nuevo, revivía, intentaba comprender mejor, darse cuenta, traducir en términos de pensamiento y de amor lo que en ella y por medio de ella, había tenido lugar en términos de suceso, de historia concreta, en las circunstancias exteriores que nosotros calificamos de reales. Buscaba la realidad superior y total de los hechos en significado profundo, es decir, en el pensamiento divino, del que eran expresión; intentaba penetrar, asir en la medida de lo posible, disfrutar del misterio. Algo semejante a lo que imaginamos ocurre en todas las madres cuando engendran de nuevo en su corazón al propio hijo, anteriormente engendrado en sus entrañas. Así es, sin duda como se forma en el corazón de una madre”. 27/12/72

“En el resplandor matinal del episodio evangélico (de la presentación de Jesús niño en el templo), que es como el ofertorio de la gran obra sacrificial y redentora de la vida de Jesús, María está junto a su Hijo, consciente por la profecía de su misión dolorosa, asociada ya anticipadamente a la pasión”. 2/02/74.

“Hagan lo que él les diga”: Sn. Jn. 2. 5. Estas palabras que en apariencia expresan tan solo el deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete de bodas, si se tiene en cuenta la perspectiva peculiar del cuarto Evangelio, vienen a ser en realidad como una resonancia de la fórmula que el pueblo de Israel utilizaba para ratificar la alianza del Sinaí: Ex 19, 8; Dt 5, 27, o para renovar compromisos contraídos en ella: Jos 24, 24; Esd 10, 12; Neh 5, 12; y son también una voz que concuerda admirablemente con la del Padre, en la teofanía del Tabor: “Escúchenlo”, Sn. Mt. 17, 5. 2/02/74.

“Dios ha colocado en su familia, la Iglesia, como en todo hogar doméstico, la figura de una Mujer, que calladamente y en espíritu de servicio, vela por ella y la protege benignamente en su camino hacia la patria, hasta que llegue el día glorioso del Señor”. 2/02/74.

“La devoción a la santísima Virgen insertada en el cauce del único culto que justa y merecidamente se llama cristiano---porque en Jesús tiene su origen y eficacia, en Jesús halla plena expresión y por medio de Jesús, conduce por el Espíritu al Padre---, es un elemento cualificado de la genuina piedad de la Iglesia. La Iglesia, en efecto, refleja por íntima necesidad en la práctica del culto el plan redentor de Dios. Por eso corresponde a María un culto singular, porque singular es el puesto que ella ocupa dentro, de dicho plan. Por lo mismo, todo auténtico desarrollo del culto cristiano lleva consigo necesariamente un sano incremento de la veneración a la Madre del Señor”. 2/02/74.

“María, la purísima, la inmaculada, humildemente se adoptó al rito de la purificación prescrito por la ley mosaica, cubriendo con el silencio su prodigioso secreto; la maternidad divina había dejado intacta su virginidad, otorgando a ésta, el privilegio de ser el santuario angélico de aquella. Aquí el conocimiento se hace misterio, el misterio poesía, la poesía, amor, amor inefable. Ya no será estéril y vana la actitud, ya no será inhumano, sino sobrehumano el destino de la carne, cuando quede sometida al Espíritu y el Espíritu quede embriagado por el amor más vivo, más fuerte, más absorbente de Dios”. 2/02/75.

“María deja desbordar su alegría ante su prima Isabel, que alaba su fe... Ella mejor que ninguna otra criatura ha comprendido que Dios hace maravillas, que su Nombre es Santo, que muestra su misericordia, ensalza a los humildes, es fiel a sus promesas”. 9/05/75

“Asociada de manera eminente al sacrificio del Siervo inocente, como Madre de dolores, ella está, a la vez, abierta sin reserva a la alegría de la resurrección”. 9/05/75.

“Mientras en nuestros días la mujer avanza en la vida social, nada más provechoso y exaltante que el ejemplo de esta Virgen y Madre, repleta del Espíritu Santo, que resume y encarna todos los auténticos valores del espíritu humano”. 16/05/75

“María es la única criatura humana, además del Señor Jesús, su Hijo, que ha entrado en el paraíso con alma y cuerpo, al finalizar su vida terrena. Esta excepcional fortuna de María, nos obliga a una meditación básicamente teológica que debe alimentar y enriquecer siempre nuestra devoción a la Virgen, a saber: La de su particularísima relación con Jesús, relación que la ha llevado consigo una gloriosa cadena de gracias singulares, concedidas a la humilde Sierva del Señor, gracias distribuidas en escala ascendente y por lo mismo, indicadoras de una intención divina encaminada a modelar en María el ejemplar, el dechado de una humanidad nueva, predestinada a una salvación trascendente”. 15/08/75.

“Todos seremos transformados”. 1 Cor 15, 51. Pero ¿cuando? Pero ¿cómo? El eco de estos repetidos gritos no se pierde en el vacío. La ágil, triunfante y santísima figura de María, viva y resucitada, se nos presenta en el esplendor de su asunción.

Ella es la primera anticipada de nuestra resurrección futura, esperanza y garantía de nuestro auténtico y real destino....

Esta luz tan virginal, dulce y Cándida, tan perfumada de maternal bondad y tanto penetra en nuestra escena temporal y humana, que por sí sola aumenta el grado de valor de la vida presente, ordenada a desembocar en el gozo prometido de la vida eterna, pero ya desde ahora feliz para nosotros, gracias al don que precisamente María Asunta desde el Cielo nos ofrece, tomándolo de las manos de Jesús, el don de la esperanza”. 15/08/75.

“La Iglesia católica ha creído siempre que el Espíritu Santo, interviniendo de manera personal en la obra de la salvación humana, aunque en comunión indisoluble con las otras Personas de la Santísima Trinidad, ha asociado consigo a la humilde Virgen de Nazaret y que lo ha hecho como corresponde a su índole de amor personal del Padre y del Hijo, es decir, con acción a la vez poderosísima y suavísima, disponiendo perfectamente la persona de María con todas sus facultades y energías, tanto espirituales como corporales, para las funciones que tenía reservadas en el plan de la redención....

Fue el Espíritu Santo, quien llenando de “gracia” a María en el primer instante de su concepción, la redimió de modo más sublime en previsión de los Méritos de Jesucristo Salvador del género humano, haciéndola por consiguiente inmaculada. El mismo Espíritu Santo, quien viniendo sobre ella, le inspiró el asentimiento prestado en nombre del género humano a la concepción virginal del Hijo del Altísimo y fecundó su seno, para que diera a luz al Salvador de su pueblo soberano de un reinado imperecedero....

Fue también el Espíritu Santo quien enardeció su alma de júbilo y reconocimiento, estimulándola a entonar a Dios, su Salvador el Cántico del Magnificat. Fue igualmente Espíritu Santo quien sugirió a la Virgen, el buen consejo de guardar fielmente en su corazón el recuerdo de las palabras y de los hechos referentes al nacimiento y la infancia de su Unigénito, en los que ella había tenido parte tan íntima y amorosa. Fue asimismo el Espíritu Santo quien impulsó a María a solicitar amablemente de su Hijo, el prodigio de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, con el que comenzó Jesús con su actividad taumatúrgica (facultad de realizar prodigios) despertando la fe de sus discípulos. Fue nuevamente el Espíritu Santo el que alentó a la madre de Jesús, presente al pie de la cruz, inspirándole, como antes en la anunciación, el “fiat” a la voluntad del Padre celestial, que la quería maternalmente asociada al sacrificio del Hijo para la redención del Género humano....

Fue el Espíritu Santo quien dilató con caridad inmensa el corazón de la Madre dolorosa, para que recibiese de los labios del Hijo, como su póster testamento, la misión de Madre para con el discípulo preferido, Juan en prefiguración de su maternidad a favor de la humanidad entera. Fue una vez más el Espíritu Santo, quien elevó a María, en alas de la caridad más ferviente, al puesto de “orante” por

excelencia en el cenáculo, donde los discípulos de Jesús, algunas mujeres con ella, esperaron al Abogado prometido. Fue finalmente el Espíritu Santo el que, inflamado con altísimo fuego el alma de María peregrina en la tierra, acrecentó sus ansias de reunirse con el Hijo glorioso, disponiéndola a recibir dignamente como remate de sus privilegios, el de ascensión en cuerpo y alma a los cielos...

Pero con la ascensión gloriosa no se concluyó la misión de María como socia del Espíritu de Jesús en el misterio de la salvación. Aunque absorta en la contemplación gozosa de la bienaventurada Trinidad, María sigue espiritualmente solicita por todos sus hijos redimidos, estimulada siempre en su nobilísimo oficio por el amor increado, alma y motor supremo del cuerpo místico... Por eso, debemos considerar que la acción de la Madre de la Iglesia a favor de los hombres, no sustituye ni rivaliza con la acción todopoderosa y universal del Espíritu Santo, sino que la implora y la prepara; no sólo con la oración intercesora, ajustada a los designios divinos conocidos en la visión beatífica, sino también con la influencia directa de los ejemplos que nos dejó, en particular el de su máxima docilidad a las inspiraciones del Espíritu divino". 13/05/75.

"¡Oh María santísima, inmaculada en tu concepción, criatura predilecta, hija de Dios Padre todopoderoso, elevada al culmen de sus designios de misericordia para con la humanidad entera!...Tú eres la humilde y admirable Madre de nuestro Señor Jesucristo y por ello, Madre de Dios, es decir, Madre del Verbo encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre, nuestro Salvador. Tú, la esposa purísima del Amor inefable, el Espíritu Santo, misterioso principio de la encarnación llevada a cabo en tu seno inviolado. Acoge, oh María, este nuestro acto de renovada y unánime devoción, con el cual queremos reconocer y celebrar la elección que Dios ha hecho de ti, única y bendita entre todas las mujeres, asignándote un puesto excelso y providencial en el plan redentor de la humanidad... En ti Virgen purísima, hizo resplandecer el ideal trascendente de la belleza humana, sin mancha, constituyéndote espejo ejemplar de la libre obediencia a la divina voluntad, dechado incomparable y accesible de fe, de esperanza, de caridad, modelo para nosotros de contemplación silenciosa y gozosa de los designios divinos y también de solícita y atenta comunión con las sufridas vicisitudes humanas....

A ti, Manantial de la Vida, confiamos las esperanzas de los jóvenes inquietos en la búsqueda de un mundo más justo y más humano y te pedimos confiadamente que orientes sus pasos hacia Jesús, primogénito de la humanidad renovada, para que bajo la luz que irradia de él, se armonicen sus esfuerzos y se cumplan sus esperanzas. Reina de misericordia, oh María, escucha el gemido de los que sufren, el grito de los oprimidos, la plegaria de los que sienten hambre y sed de justicia y consíguelos que se mitigue su dolor, se reconozca su derecho y sea colmado su anhelo de verdadera libertad....

Santa custodia de la Palabra eterna, Madre de los hombres, adelanta la hora de la unión total entre cuantos confiesan a Jesús único Salvador y Mediador; Sierva

del Señor e hija de Sión, vuelve las mirada a tu pueblo, nacido de la fe de Abraham; Arca de la Nueva Alianza, intercede por todos aquellos que, redimidos por Jesús, no conocen todavía la luz del Evangelio. Madre del Resucitado y Madre de los redimidos, oh María, concédenos a nosotros tus hijos, el espíritu de las bienaventuranzas, la sabiduría de la cruz, hasta que, vencida la muerte, después del alba radiante en que la esperanza cristiana se convierta en posesión eterna” 8/12/75.

Al fallecer SS Pablo VI, lo sucede SS Juan Pablo I, Albino Luiciani y nos enseña:

“María santísima, Reina de los Apóstoles, será la fúlgida estrella de nuestro pontificado” 27/08/ 78.

“Comenzamos nuestro servicio apostólico invocando, cual espléndida estrella de nuestro camino, a la Madre de Dios, María” 3/09/78.

“La Virgen, que ha guiado con delicada ternura nuestra vida de niño, de seminarista, de Sacerdote y de Obispo, continúe iluminando y dirigiendo nuestros pasos para que, convertidos en voz de Pedro, con los ojos y la mente fijos en su Hijo Jesús, proclamemos al mundo, con alegre firmeza, nuestra profesión de fe: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Sn. Mt. 16, 16. 3/09/78.

“María, la Madre de Jesús, Madre de la Iglesia y Madre dulcísimo de cada uno de nosotros, sea siempre vuestro modelo, vuestra guía, vuestro camino hacia el Hermano mayor y Salvador de todos: Jesús”. 24/09/78.

Su pontificado, sólo duró un mes, al fallecer en 1978. Sucediéndole SS Juan Pablo II, Karol Wojtila, octubre 1978; de quien recogemos las sabias enseñanzas:

“No hay imagen más conocida y que hable mas sencillamente del misterio del nacimiento del Señor, como la de María con Jesús en sus brazos. ¿Acaso no es esta la imagen que despierta en nosotros ante todo, la confianza? ¿No es esta imagen la que nos permite vivir en el ámbito de los misterios de nuestra fe? Y al contemplarlos como divinos, considerarlos al mismo tiempo, tan humanos. 1/01/79.

“De entre tantos títulos atribuidos a la Virgen, a lo largo de los siglos, por el amor filial de los cristianos, hay uno de significado profundísimo: el de “Virgen fiel”. ¿Qué significa esta fidelidad de María? ¿Cuáles son sus dimensiones?:

La primera dimensión se llama: “búsqueda”. María fue fiel en primer lugar, cuando se puso a buscar amorosamente la hondura del sentido que el designio de Dios tenía para ella y para el mundo. ¿Cómo será eso? preguntó al ángel de la anunciación: Sn. Lc.1, 34. Ya en el Antiguo Testamento, esta búsqueda fue enunciada con una expresión de rara belleza y extraordinario contenido espiritual: “buscar el rostro del Señor”. No puede haber fidelidad si no hay en la raíz esta ardiente, paciente y generosa búsqueda; si no anida en el corazón del hombre una pregunta para la cual sólo Dios tiene respuesta, mejor dicho, de la cual sólo Dios es la respuesta....

La segunda dimensión de la fidelidad se llama “acogida”, aceptación. ¿Cómo será eso? Se transforma en los labios de María en “hágase”: Sn. Lc. 1, 38. Acepto. Es este el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre se da cuenta de que jamás comprenderá totalmente el “cómo”; de que en el designio de Dios hay más zonas de misterio que de evidencia; de que por más que se esfuerce, nunca logrará entenderlo satisfactoriamente. Es entonces cuando el hombre acoge el misterio, le da cabida en su corazón, como María: “conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior”, Sn. Lc. 2, 19. Es el momento en que el hombre se abandona al misterio, no con la resignación de quien capitula frente a un enigma, a un absurdo; antes bien, con la disponibilidad de quien se abre para ser habitado por algo ---por alguien--- más grande que el propio corazón. Es en definitiva, el momento de la fe, que es adhesión de todo el ser al misterio revelado....

La tercera dimensión de la fidelidad, es la “coherencia”. Vivir de acuerdo con lo que se cree; ajustar la propia vida al objeto de la personal adhesión. Aceptar incomprensiones, persecuciones, antes que permitir rupturas entre la fe y la vida. Esto es la coherencia, el núcleo más íntimo, talvez de la fidelidad....

“Toda fidelidad, sin embargo, debe pasar por la prueba más exigente: la de la duración. Por eso la cuarta dimensión de la fidelidad, es la “constancia”. Resulta fácil ser coherente un día, algunos días. Lo importante y difícil es serlo toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícilmente a la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad la coherencia que dura la vida entera. El “hágase” de María en la anunciación encuentra su plenitud en el “hágase” silencioso que repite al pie de la cruz”. 26/01/79.

“María es venerada como Reina de los Apóstoles; ella, sin formar parte de la constitución jerárquica de la Iglesia, hizo posible toda la jerarquía, pues dio al mundo el Pastor y Guardián de nuestras vidas: 1 Sn. Pe. 2, 25. Esta mujer, que los evangelios no mencionan entre los participantes en la última cena, acudió al pie de la cruz para consumir su aporte a la historia de la salvación humana. Con su actitud valerosa prefiguró la valentía de todas las mujeres que a lo largo de los siglos, contribuyen a que nazca Jesucristo en cada generación”. 7/10/79.

“Toda la vida de María en la tierra fue peregrinación de una creyente”: LG 58. Caminó como nosotros, entre sombras y esperó en lo invisible. Conoció las mismas contradicciones de nuestra vida terrena. Se le prometió que su Hijo, heredaría el trono de David y cuando nació, no hubo lugar para él ni siquiera en un mesón. Pero María siguió creyendo. El ángel le había dicho que su Hijo sería llamado Hijo de Dios y en cambio, lo vio calumniado, traicionado, condenado y abandonado a morir como un ladrón en la cruz. A pesar de ello, María creyó que se cumplirían las palabras de Dios. Sn. Lc. 1, 45 y que “para Dios, nada hay imposible” Sn. Lc. 1, 37. 6/10/79.

“María vió a su Hijo crecer:”En Sabiduría, en estatara y en gracia”. Sn. Lc. 2, 52. Primero en su regazo y luego escuchándolo a lo largo de la vida oculta en Nazaret; este Hijo, que era el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, fue formado por ella en el conocimiento humano de las Escrituras y de la historia del designio de Dios sobre su pueblo, como también en la adoración al Padre. Al mismo tiempo ella fue la primera de sus discípulos; primera en el tiempo, pues ya al encontrar a su Hijo adolescente en el Templo, recibió de él lecciones que guardó en su corazón: Sn. Lc. 2, 51; pero sobretodo, primera porque nadie ha sido instruido por Dios: Sn. Jn. 6, 45, con tanta profundidad”. 16/10/79

“María, dice San Efrén, es la tierra en que fue sembrada la Iglesia. Efectivamente, desde el momento en que la Virgen se convirtió en Madre del Verbo encarnado, la Iglesia quedó constituida, en forma oculta pero germinalmente perfecta, como cuerpo Místico, por la presencia del Redentor y de la primera redimida. A partir de entonces, la incorporación de Jesucristo implica una relación filial no sólo con el Padre celeste, sino también con María, la Madre terrena del Hijo de Dios”. 30/11/79.

“Afirmamos con toda la Iglesia que la Virgen se convirtió en madre de Dios, por haber engendrado según la carne un hijo, era personalmente el Verbo de Dios. Espontáneamente se plantea al Espíritu una pregunta: ¿Por qué prefirió el Verbo, nacer de una mujer a descender del Cielo con un cuerpo ya adulto, plasmado por la mano de Dios? ¿No habría sido este un camino más digno de él?

Más conveniente a la misión de Maestro y Salvador de la humanidad. Sabemos que, sobretodo en los primeros siglos, algunos cristianos, como los docetas (herejes de los primeros siglos cristianos, que según ellos, el cuerpo humano de Jesús, no era real, sino aparentemente ilusivo) y los gnósticos (doctrina filosófica y religiosa de la Iglesia Católica; mezclaban lo cristiano con creencias judaicas y orientales, dividida en varias sectas, que pretendían tener un conocimiento intuitivo y misterioso de las cosas divinas, liderados por Simeón el mago), ellos hubieran preferido que las cosas sucedieran así. El Verbo en cambio, eligió otro camino. La respuesta nos llega con la límpida y convincente sencillez de las obras de Dios. Jesús quería ser un vástago autentico: Is. 11, 1, del linaje que venía a salvar; quería que la redención surgiera como del interior de la humanidad, como algo suyo. Jesucristo quería socorrer al hombre no como un extraño, sino como un hermano, haciéndose en todo menos en el pecado, semejante a él: Heb. 4, 15. Por eso quiso una madre y la encontró en la persona de María. La misión fundamental de la doncella de nazaret fue por tanto, la de ser el medio de unión del Salvador con el género humano”. 30/11/79.

“María vivió su fe en una actitud de profundización continua y de descubrimiento progresivo atravesando momentos difíciles de tinieblas...que superó con la escucha y obediencia responsable a la palabra de Dios...Ella caminó en la esperanza, pasando con dócil prontitud de la esperanza judía a la esperanza cristiana. Ella actuó la caridad,

acogiendo en sí sus exigencias hasta la donación más completa y el sacrificio más grande”. 30/11/79

“María ha expresado especialmente su alegría en el cántico del “Magnificat”. ...Era el gozo experimentado por la confianza que le demostraba Dios al confiársele en la persona del Hijo unigénito. Ella, llevando en su seno al Verbo encarnado y dándolo al mundo, se convirtió en la depositaria singular de la confianza de Dios hacia el hombre...El gozo que María expresa y canta en el “Magnificat”, es el más grande que ha invadido y transformado el corazón humano; un gozo unido a la gratitud más viva y a la humildad más profunda”. 16/02/80

“La Página de San Lucas, en su sobria concisión, es riquísima de contenidos bíblicos del Antiguo Testamento y por la inaudita novedad de la revelación cristiana. La protagonista es una mujer, la mujer por excelencia, escogida desde toda la eternidad para ser la indispensable colaboradora principal del plan divino de salvación. En la “almah” profetizada por Is. 7, 14, la muchacha que responde al nombre de Miriam, María de Nazaret, humilde y escondido poblado de Galilea: Sn. Jn. 1, 46. Desde el anuncio dirigido a María por Gabriel, en el nombre mismo de Dios, comienza la auténtica novedad cristiana, que ha situado a la mujer en una altísima e incomparable dignidad, inconcebible para la mentalidad hebrea del tiempo y para la civilización grecorromana...

Ella es saludada con palabras tan altas, que la atemorizan: “Alégrate”. La alegría mesiánica penetra por primera vez en la tierra. “Llena de gracia”. La Inmaculada es aquí definida en su misteriosa plenitud de elección divina, de predestinación eterna, de claridad luminosa. “El Señor está contigo”. Dios está con María, miembro escogido de la familia humana, para ser la madre de Enmanuel, del que es “Dios con nosotros”. De ahora en adelante, Dios estará siempre sin arrepentimiento ni retractaciones, junto con la humanidad, hecho uno con ella, para salvarla como Redentor. María es la garantía viviente, concreta, de esta presencia salvífica de Dios”. 25/03/81.

“A María y mediante ella a la humanidad, el Verbo ha pedido una naturaleza humana y María, plenamente disponible al querer divino se la ha ofrecido” 25/03/81.

“Los caminos que han introducido a Jesucristo en el mundo y lo han unido con la historia humana para todos los tiempos han pasado a través de la inescrutable acción del Espíritu Santo, Señor y dador de vida y al mismo tiempo, a través del corazón humilde de la Sierva del Señor, María de Nazaret”. 7/06/81.

“¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!”. Rom. 11, 33. Este himno resonó sin cesar en el corazón de María durante su vida terrena y sigue resonando en él con acentos incomparables, ahora que por el misterio de la asunción, vive en la eternidad. Sobre el abismo de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de

Dios, sobre sus insondables decisiones, se funda el hecho de que la Mujer que se llamó y fue en verdad, la Sierva del Señor, haya alcanzado un puesto singularísimo en su Reino... En ella precisamente, en ella sobretodo, se ha realizado la verdad que proclama: “Servir a Dios es reinar”. 23/08/81.

“Hay un episodio evangélico, que a primera vista, puede desconcertar... Cuando anuncian a Jesús que su madre y sus hermanos desean hablarle, él con la mirada puesta en la multitud, exclama: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Sn. Mc. 3. 33, 35... No quería Jesús, con aquella frase, negar el amor que tenía a su Madre y a sus parientes; mucho menos despreciar el valor de los afectos familiares en general. Precisamente el mensaje cristiano subraya la grandeza y necesidad de los vínculos familiares. Lo que Jesús quería es anticipar y explicar, de algún modo, la doctrina fundamental de la vid y los sarmientos, es decir, de la transfusión de la vida divina que se da entre Jesús redentor y el hombre redimido con su gracia, que, cumpliendo la voluntad de Dios, es elevado al supremo rango de una vida en intimidad con Él”. 21/11/81.

“Imitando a María, que por su singular santidad, manifestó en sumo grado a Jesús ante el mundo, la Iglesia crece en la fe, en la esperanza y en la caridad, convirtiéndose ella misma en portadora y como en ostensorio (manifestación) del Salvador entre los hombres... La Sierva del Señor se presenta a nuestros ojos como fúlgido (resplandeciente) punto de referencia y modelo concreto en la realización de los grandes ideales de entrega al Padre, de unión con Jesús, de docilidad al Espíritu, de servicio a la Iglesia, de testimonio ante los hombres”. 5/12/81.

¡Oh María! Tú que, como ningún ser humano, fuese encomendada al Espíritu Santo, ayuda a la Iglesia de tu Hijo, a ser fiel y perseverante en la misma encomienda, para que pueda esparcir sobre todos los hombres los bienes inefables de la redención.... Tú que asististe a la Iglesia en los comienzos de su misión apostólica, intercede por ella, para que, extendiéndose por todo el mundo, adoctrine sin cesar a todos los pueblos y anuncie el Evangelio a todas las criaturas....

Tú que experimentaste en plenitud la fuerza del Espíritu Santo, cuando te fue dado a concebir en tu seno virginal y dar a luz al Verbo eterno, obtén para la Iglesia la fecundidad, con la cual haga renacer constantemente, del agua y del Espíritu, hijos e hijas de la entera familia humana, sin distinción de lenguas, de razas, de culturas, dándoles el “poder de ser hijos de Dios”. Sn. Jn. 1, 12....

Tú que tan íntima y maternalmente estás unida a la Iglesia y precedes a todo el pueblo de Dios en los caminos de la fe, la esperanza y la caridad, abraza a todos los hombres, que peregrinan a través de la vida temporal hacia el destino eterno, con aquel amor que tu Hijo, el Redentor divino, derramó en tu corazón desde lo alto de la cruz....

Tú que eres la primera servidora de la unidad del Cuerpo de Jesús, ayúdanos a cuantos sentimos dolorosamente el drama de las divisiones en el cristianismo,

para que busquemos con constancia el camino de la unidad perfecta, mediante la fidelidad incondicional al Espíritu de la Verdad y el Amor...

Tú que, por el misterio de tu excelsa santidad, libre de toda mancha desde el momento de tu concepción, sentiste de manera singularmente profunda que la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto, mientras, sometida a la caducidad, nutre la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción, no ceses de cooperar a la revelación de los hijos de Dios, que la creación misma espera con impaciencia, para entrar también ella en la libertad de su gozo. Rm. 8. 19, 22....

Oh Madre de Jesús, glorificada ya en el cielo con cuerpo y alma, como imagen y comienzo de la Iglesia que sigue sobre la tierra mirando al futuro, aguardando que llegue el Día del Señor: 2a. Sn. Pe. 3, 10, no ceses de brillar como signo de esperanza cierta y de consuelo ante el pueblo de Dios peregrinante” LG 68. 8/12/81.

“¿Qué significó, en aquella casa de la sierra de Judea, la presencia de María? ¿Fue sólo un gesto cortés, una atención delicada con su pariente, que había concebido un hijo en su ancianidad? Sn. Lc. 1, 36. ¿Fue una prestación asistencial simplemente humana? No. La presencia de María fue mucho más significativa y espiritualmente fecunda, porque procuró a su pariente los dones incomparables de la “gracia”, de la “alegría” y de la luz, asociando en esta donación a la madre y al futuro precursor. La anciana mujer, en efecto, apenas oyó el saludo de María, advirtió que su hijo saltaba en su seno y animada por el Espíritu Santo que había recibido, respondió con entusiasmo al saludo. Más aún, por una iluminación del mismo Espíritu que la había penetrado, adquirió la superior capacidad de reconocer en su joven pariente, a la Madre de su Señor”. 11/02/82.

“Proclamada por Isabel “bendita”, junto con el fruto de su seno. Proclamada dichosa por haber creído: Sn. Lc. 1. 42, 45. María responde cambiando de interlocutor, pues comienza a hablar elevando al Señor, desde su humildad de Sierva, un admirable Cántico de alabanza”. 11/02/82.

“Aunque la concepción virginal de Jesús y el misterio de su nacimiento quedaron ocultos a los hombres y a los ojos de sus paisanos de Nazaret, fue considerado: “hijo del carpintero”: Sn. Mt. 13, 55, “hijo de José”: Sn. Lc. 3, 23, la verdadera realidad de su concepción y su nacimiento nada tuvieron que ver con la tradición del Antiguo Testamento, que hacía del matrimonio una condición privilegiada y de la continencia, una situación incomprensible y socialmente despreciable... María y José, que vivieron el misterio de la concepción y del nacimiento de Jesús, fueron testigos de una fecundidad diversa de la carnal, es decir, de la fecundidad del Espíritu....

La historia del nacimiento de Jesús está en perfecta línea con la revelación de aquella continencia: “por el reino de los cielos”: Sn. Mt. 19, 12, del que Jesús habló un día a sus discípulos...más aún: puede decirse que realizó la absoluta plenitud de

la fecundidad espiritual, pues precisamente en las circunstancias pactadas por María y José sobre el matrimonio y la continencia tuvo lugar la encarnación del Verbo eterno”. 24/03/82.

“Desde entonces el discípulo la acogió en su casa”: Sn. Jn. 19, 27, es decir, asumió el cuidado terreno de la Madre de su Maestro; pero no solo esto, sino que se convirtió por voluntad de Jesús, en hijo suyo. La frase puede significar también lo que dice literalmente: “la llevó a vivir consigo”. La maternidad de María se manifiesta de un modo particular en aquellos lugares donde ella se encuentra con los hombres, donde ella habita y se deja sentir especialmente su presencia materna. Son lugares numerosísimos y variadísimos. Desde las hornacinas (huecos en forma de arcos, que se solía dejar en el grueso de la pared) en las casas o en las calles, donde figura la imagen de la Madre de Dios, a las capillas o templos construidos en honor suyo....

En alguno de esos lugares, la presencia de la Madre, se hace extraordinariamente viva y su luz se difunde ampliamente, atrayendo desde lejos a los hombres. Esta irradiación se extiende a veces a toda una diócesis, a una entera nación o a varias naciones, incluso a continentes. Son los santuarios marianos. En todos estos lugares se cumple maravillosamente aquel testamento del Señor crucificado. El hombre se siente allí encomendado a María, acude allí para estar con ella, como con la propia madre, le abre su corazón y le habla de todo, “la lleva a su casa”, es decir a sus problemas, propios y ajenos, a los problemas de la familia, de los grupos sociales, de las naciones, de la humanidad entera”. 13/05/82.

“Mujer, ahí tienes a tu Hijo”. Con estas palabras, Jesús abrió de un modo nuevo el corazón de su Madre. Poco después, la lanza del soldado romano, atravesó el pecho del Crucificado. Aquel corazón abierto, se ha convertido en señal de redención cumplida con la muerte del Cordero de Dios. El corazón inmaculado de María, abierto por las palabras de Jesús, se encuentra espiritualmente con el corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado. El corazón de María ha sido abierto por el mismo amor al hombre y al mundo con el que Jesucristo amó al hombre y al mundo, ofreciéndose a sí misma en la cruz por ellos, hasta ser atravesada por la lanza”. 13/05/82

“Por obra del Espíritu Santo se convirtió en la Madre de Dios Hijo. Es esta la cumbre más alta a que podía ser elevada una simple criatura humana. Y precisamente ante tal elevación, María se llama a sí misma sierva, Sierva del Señor...Cual fiel es, desde el principio, la “Madre al Hijo”, el que dirá un día a los apóstoles: “Quien quiera ser el primero, sea servidor de todos” Sn. Mc. 10, 44. 19/09/82.

“Los grandes momentos de la historia de la salvación están caracterizados por la presencia de la mujer. El hombre, al principio de su creación, llega a la plenitud de su ser personal, sale de su soledad originaria, cuando Dios le pone delante a la mujer; en aquel momento descubre el sentido y la vocación genuinos de su ser personal, la llamada al don de sí, que constituye la auténtica comunión personal: Gn. 2, 23,

24. Al principio de la nueva creación, el Verbo entra en nuestra historia y se hace hombre, gracias al consentimiento de una Mujer. "Hágase en mí, según tu palabra": Sn. Lc. 1, 38, dice María y el Verbo se hace carne dentro del espacio espiritual y corporal que le abre la disponibilidad creyente y amante de una Mujer....

En el momento cumbre de la historia de la salvación, en el acto de donación que Jesús hace de sí en la cruz, la humanidad personificada por el discípulo a quien Jesús amaba, es confiada a la Mujer: Sn. Jn. 19, 27. Luego, cuando nace el Cuerpo de Jesús, que es la Iglesia, el don del Espíritu es acogido por una comunidad en la que está presente María: Hch. 1, 14. Y también las últimas palabras de la historia serán una invocación femenina: la de la Esposa que pide a su Esposo no demore ya más su presencia definitiva: Ap. 22, 17, para que la humanidad sea completa y eternamente salvada". 6/12/82

"Aquel a quien la Ley y los profetas habían presentado como el esperado de los pueblos: Gn. 49, 10; Is. 9, 5, 6; Sn. Jn. 1, 45; está en espera; de él hablan ya los dos excelsos interlocutores y apenas llegue la respuesta, esto es cuando resuene el "fiat" en los labios de la Virgen, vendría inmediatamente". 23/03/83

"Los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a su Madre. Este inefable misterio de alegría queda bajo el velo de un místico silencioso. Ciertamente, ella, la primera redimida, así como estuvo de modo especial cercana a la cruz del Hijo, así también tuvo una experiencia privilegiada del Resucitado, capaz de causarle una alegría intensísima única, entre las de todos los demás salvados por la sangre de Jesucristo". 10/04/83.

"El misterio pascual, glorificación de la vida, es en el espacio y en el tiempo, fuente perenne de vida y la participación en el mismo por el seguimiento de Jesús, da siempre como fruto la vida eterna...El resultado más hermoso y exaltante ha sido el triunfo de María. Ella es el logro más alto del misterio pascual, es la Mujer perfectamente realizada..., porque supo como nadie: meditar, asimilar y vivir este misterio". 17/04/83

"La participación de María en el drama final de la redención fue el término de un largo camino. Tras haber comprobado cómo la predicción de las contradicciones que Jesús tenía que sufrir, se había ido cumpliendo en su vida pública, María comprendió más vivamente al pie de la cruz el significado de aquellas palabras: "Una espada te atravesará el "alma": Sn. Lc. 2, 35. La presencia en el Calvario, que le permitía unirse con toda el "alma" a los sufrimientos del Hijo, formaba parte del designio de Dios. El Padre quería que ella, llamada a la cooperación más íntima en el misterio redentor, estuviese asociada al sacrificio y compartiese todos los dolores del crucificado, uniendo la propia voluntad a la suya en el deseo de salvar al mundo". 4/05/83.

"Una primera alusión clara al que sería el camino elegido por Jesús, la escuchó María al presentarlo en el templo. Después de indicar las contradicciones que

rodearían al Niño, Simeón se dirigió a María para decirle: “A ti una espada te atravesará el “alma”: Sn. Lc. 2, 35... Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Simeón pronunció estas palabras proféticas, que iluminaron a María sobre el destino doloroso del Mesías y sobre el inmenso drama en que se vería envuelto su corazón materno. Ella comprendió entonces más claramente el significado que tenía aquel rito de la presentación. Ofrecer al Hijo era ofrecerse voluntariamente a la espada. Comprometida por el sí dado a Gabriel y dispuesta a llegar hasta el fondo en el don de sí misma al servicio de la salvación, María no retrocedió ante la perspectiva de los grandes sufrimientos que se le anunciaban”. 4/05/83.

“El relato de la caída de Adán y Eva muestra la participación de la mujer en el pecado, pero recuerda también la intención divina de elegir a la mujer como aliada en la lucha contra el pecado y sus consecuencias. Una manifestación espacialísima de esta intención se vio en el episodio de la anunciación a María, cuando Dios ofreció a la Virgen de Nazaret la maternidad más sublime, pidiéndole su consentimiento para la venida del Salvador al mundo... ¿Cómo no ver en esto una valoración singular de la personalidad femenina? En María se realiza la perfecta emancipación de la mujer; en nombre de toda la humanidad, la joven de Nazaret, es invitada a pronunciar el “sí” esperado por Dios en la nueva alianza”....

“María no defraudó a quien solicitaba su cooperación. Su respuesta marcó un momento decisivo en las historia de la humanidad... El sí de la anunciación, no fue sólo una aceptación a la maternidad que se le proponía; significó, sobre todo el compromiso de María para el servicio del misterio de la redención... Al dar su consentimiento al mensaje del ángel, ella aceptó colaborar en toda la obra de reconciliación de la humanidad con Dios, tal como su Hijo, la iba a realizar”. 4/05/83

“En el calvario, María se unió al sacrificio del Hijo, que tendía a la formación de la Iglesia; su corazón materno compartió totalmente la voluntad de Jesús de “reunir a los hijos de Dios dispersos”: Sn. Jn. 11, 52. Habiendo sufrido por la Iglesia, ella mereció ser la Madre de todos los discípulos de su Hijo, la Madre de la unidad entre ellos... Ningún corazón ecuménico es más grande ni más ardiente que el de María”. 11/05/83.

“En el momento en que consumaba su sacrificio, Jesús dijo a su Madre estas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”: Sn. Jn. 19. 26, 27. El evangelista añade que, después de pronunciarlas, Jesús era consciente de que todo estaba cumplido. El don de la Madre, era el don final que concedía a la humanidad como fruto de su sacrificio. Se trata pues de un gesto con que quiere coronar la gesta redentora. Al pedir a María que trate al discípulo predilecto como a su hijo. La invita a aceptar el sacrificio de su muerte y a asumir en cambio, una nueva maternidad. Como Salvador de toda la familia humana... quiere dar a la maternidad de María, la mayor amplitud. Para ello elige a Juan como símbolo de

todos los discípulos a quienes ama y da a entender que el don de su Madre es el signo de una especial intención de amor con que abraza a todos los que desea atraer a sí como discípulos, es decir, a todos los cristianos y a todos los hombres. Por otra parte, al entregar a María individualmente, Jesús manifiesta la voluntad de hacer de ella no solo la Madre de la multitud de sus discípulos, sino de cada uno de ellos en particular, como si cada uno fuera su único hijo, que ocupa el puesto de su Hijo Único". 11/05/83.

"La devoción a la Virgen no contrasta con la devoción a su Hijo. Más aún: se puede decir que el culto mariano, lo estableció Jesús, al pedir al discípulo predilecto que tratase a María como una Madre. Juan se apresuró a cumplir la voluntad del Maestro, recibiendo desde entonces a María en su casa, dándole muestras de cariño filial, en correspondencia a su afecto materno; así se inauguró una relación de intimidad espiritual que contribuyó a que el discípulo profundizara su relación con el Maestro, cuyos rasgos inconfundibles reencontraban en el rostro de la Madre....

Las palabras que Jesús crucificado dirigió a su Madre y al discípulo predilecto han conferido una nueva dimensión a la religiosidad. La presencia de una madre en la vida de gracia es fuente de consuelo y alegría. En el rostro maternal de María los cristianos reconocen un singularísimo del amor misericordioso de Dios, que con la mediación de una presencia materna, hace comprensible la solicitud a su bondad de Padre. María viene a ser la figura que atrae a los pecadores y les muestra con su dulzura y clemencia, el ofrecimiento divino de su reconciliación". 11/05/83

"Pentecostés nos habla de la presencia de María en la Iglesia; presencia orante en la Iglesia de los apóstoles y en la Iglesia de todos los tiempos. Entonces, desde su puesto en ella como simple fiel, pero la primera entre los fieles, por ser la Madre, sostuvo la oración común y unió su voz con la de los apóstoles y demás discípulos, implorando el don del Espíritu Santo". 22/05/83.

"Salve Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen... Nuestra gratitud se eleva al Padre, que nos ha dado al Verbo divino, Pan vivo bajado del Cielo; y se dirige también con alegría a la Virgen, que ofreció al Señor la Carne inocente y la Sangre preciosa que recibimos en el altar... Ese Cuerpo y esa Sangre divinos, que por la consagración se hacen presentes y son ofrecidos al Padre y se convierten en comunión de amor para todos, fortaleciendo e la unidad del Espíritu para constituir la Iglesia, conservan su matriz originaria de María. Ella preparó esa Carne y esa Sangre, antes de ofrecérselos al Verbo como don de toda la familia humana, para que él se revistiese de ellos y fuese nuestro Redentor, Sumo Sacerdote y Víctima... En la raíz de la Eucaristía está, pues, la vida virginal y maternal de María, su desbordante experiencia de Dios, su camino de fe y de amor que hizo por obra del Espíritu Santo, de su carne un templo, de su corazón un altar... Y si el Cuerpo que comemos, como la Sangre que bebemos es un regalo inestimable del Señor Resucitado a nosotros, caminantes por la vida, lleva también en sí, como Pan fragante el sabor y perfume de la Virgen Madre....

Nacido de la Virgen para ser oblación pura, santa e inmaculada, Jesús realizó sobre el altar de la cruz el sacrificio único y perfecto, que cada celebración eucarística renueva y actualiza de manera cruenta. En este único sacrificio, tomó parte activa María, la primera redimida, la Madre de la Iglesia. Estuvo junto al Crucificado, sufriendo profundamente con su unigénito; se asoció con espíritu materno a su sacrificio; consintió con amor a su inmolación. LG 58; lo ofreció y se ofreció al Padre. Cada Eucaristía es memorial de este sacrificio y de la pascua que devolvió la vida al mundo; cada Misa nos pone en comunión íntima con la Madre, cuyo sacrificio se vuelve a hacer, como se vuelve a hacer presente el sacrificio del Hijo”. 5/06/83.

“En el momento en que se consumaba su sacrificio, Jesús dijo a su Madre estas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”. Sn. Jn. 19. 26, 27. El evangelista añade, que después de pronunciarlas, Jesús era consciente de que todo estaba cumplido. El don de la Madre era el don final que concedía a la humanidad como fruto de su sacrificio....

Se trata pues, de un gesto con que quiere coronar la obra redentora. Al pedir a María que trate al discípulo predilecto como a su hijo, la invita a aceptar el sacrificio de su muerte y a asumir, en cambio, una nueva maternidad. Como Salvador de toda la familia humana, quiere dar a la maternidad de María, la mayor amplitud. Para ello elige a Juan como símbolo de todos los discípulos a quienes ama y da a entender que el don de su madre es el signo especial, intención de amor con que abraza a todos los que desea atraer a sí como discípulos, es decir, a todos los cristianos y a todos los hombres. Por otra parte, al entregar a María individualmente, Jesús manifiesta la voluntad de hacer de ella no sólo la madre de la multitud de sus discípulos, sino de cada uno de ellos en particular, como si cada uno fuera su único hijo, que ocupa el puesto de su Hijo único”. 11/06/83.

“Ahí tienes a tu hijo” Sn. Jn. 19, 26. Creemos que en aquel único hombre, Jesús le confió a cada hombre y al mismo tiempo, despertó en su corazón un amor tal que fuera reflejo materno de su propio amor Redentor. Creemos que somos amados con este amor, que estamos rodeados por él, es decir, por el amor de Dios que se ha revelado en la redención, por el amor de Jesús que ha realizado esta redención mediante la cruz y finalmente, por el amor de Madre, que estaba junto a la cruz y que recibió a todo hombre en su corazón desde el corazón del Hijo”. 18/06/83.

“En las palabras de la anunciación a María, la dignidad real de Jesucristo está expresada de modo mesiánico. De la estirpe real de David había de nacer aquel que sería enviado por Dios como Ungido, como Mesías, para la salvación de su pueblo...La Cruz del Calvario fue para él el trono de David. Pero justamente en la humillación del Rey crucificado alcanzan pleno sentido las palabras de Gabriel: “Su reinado no tendrá fin”. Lc. 1, 33....

“A los ojos de nuestra fe, junto a la verdad del reinado de Jesús, aparece también el reinado de María. La Madre del Mesías, desde el momento de la anunciación, ha

tenido una parte especialísima en el Reino constituido, gracias a la obra de su Hijo. Y a los pies de la cruz, aceptó de corazón sobre las propias sienes su corona de espinas... Unida a Él en el despojo, está también unida a Él en la gloria... Creemos que la Madre de Dios participa de la resurrección de Jesús, mediante su ascensión al Cielo. La Asunta participa de aquel reinado, del que oyó hablar en el momento de la anunciación: “Su reinado no tendrá fin”. Participa de él a título de Madre y con amor de Madre”. 19/06/83.

“El “hágase” de María en la anunciación permitió a Dios inaugurar una nueva alianza con la humanidad, mas admirable aún que la establecida con el pueblo de Israel. Pensemos un instante en aquel día lejano y emotivo en que el Señor ofreció una nueva alianza de amor a las tribus de Israel, al pié del Monte Sinaí, por medio del profeta Moisés, su portavoz... Ex. 19. 4, 6. Moisés explicó a sus hermanos y hermanas el contenido del mensaje divino, los instruyó para hacerles concientes del proyecto que venía del Señor... Después de haber sido iluminado por la explicación de Moisés, todo el pueblo respondió unánime: “Haremos cuanto dice el Señor”: Ex. 19, 8. Estas palabras que resultaron memorables en la espiritualidad hebraica, fueron como el “hágase”, esto es, el “sí” con que Israel aceptaba unirse a Dios, como esposa al esposo....

A la luz de estos hechos, quizá podamos comprender mejor la escena de la Anunciación. El ángel Gabriel, enviado por Dios, manifiesta a la Virgen el designio que el Señor tiene sobre ella.... Se trata de una forma nueva de alianza; esta vez, Dios desea unirse a nosotros, tomando nuestras facciones. María, ante la propuesta divina, se comporta de manera prudente y libre. Si Dios la interpela, también ella interpela a Dios:” ¿Cómo será eso, pues no conozco varón? Sn. Lc. I, 34. El ángel le ofrece una iluminación ulterior sobre la voluntad divina: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti”: Sn. Lc. 1, 35. Aunque se le pide creer lo increíble, María exclama:”Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra”: Sn. Lc. 1, 38. En esta expresión de la Virgen resuena sustancialmente el eco de la que pronunció todo el pueblo de Israel, al acoger el don de la alianza en el Sinaí. Esto quiere decir que la fe de Israel maduró en los labios de María. Ella es verdaderamente la hija de Sión”. 3/07/83.

“Los libros sagrados del Antiguo Testamento expresan continuamente esta gozosa certeza: Dios está en medio de su pueblo; él ha escogido a Israel como lugar de su morada. La morada del Señor en el pueblo de su elección está íntimamente relacionada con la alianza que él quiso restablecer en el monte Sinaí. Es como decir que Dios se hace de tal forma aliado o sea cercano, amigo, solidario del hombre que desea estar siempre con nosotros. Él mismo declara: “Pondré mi morada entre ustedes y no los detestaré. Caminaré entre ustedes y seré su Dios y ustedes, serán mi pueblo”: Lv. 26. 11, 12....

Apenas concluida la alianza al pié del Sinaí, el pueblo, por orden de Dios, erigió un santuario: Ex 25, 8 y colocó en él el arca que contenía las dos tablas, sobre las

cuales estaban grabados los Diez Mandamientos, dados por el Señor a Moisés: Ex 25, 16; Ex. 31, 18; Dt. 10. 1, 5. El arca, como signo sensible de la presencia de Dios debía acompañar al pueblo durante su peregrinación por el desierto, hasta su establecimiento en Palestina. Luego por obra de Salomón, fue construido el templo de Jerusalén y dentro de la parte más secreta del mismo, llamada “el santísimo”, fue colocada el arca; 1 Re. 8. 1, 9. Era aquel lugar el más sagrado de todo Israel. Dentro de aquel recinto en forma simbólico habitaba el Señor....

Para representar esta morada de Dios en medio de su pueblo, el lenguaje religioso del Antiguo Testamento, usa frecuentemente la imagen de la nube. Mediante este elemento figurativo, los libros sagrados hablan de Dios que baja a habitar en el monte Sinaí: Ex. 124, 16, en el santuario: Ex. 40. 31, 32 y en el templo de Jerusalén: 1 Re. 8. 10, 11. Y he aquí que nos encontramos con un cambio inesperado. Cuando el ángel Gabriel trajo el anuncio a María, Dios revelaba a esta doncella, la intención de dejar la morada del templo de Jerusalén para realizar una nueva forma de presencia entre su pueblo. Él quería unirse a nosotros haciéndose uno de nosotros, asumiendo nuestro rostro. María, envuelta por la mística nube del Espíritu Santo, da su propio consentimiento al proyecto de Dios y desde aquel instante su seno se convierte en el arca de la nueva alianza, sagrario bendito donde ha bajado a morar la presencia encarnada de Dios”. 10/07/83

“Hagan lo que él les diga”: Sn. Jn. 2, 5. Con estas palabras la Madre de Jesús, presente en las bodas que se celebraban un día en Caná de Galilea, sugería a los servidores del banquete que hiciesen lo que Jesús les ordenara... Aquella recomendación se podría llamar su “testamento espiritual”, porque es la última palabra que de ella nos han conservado los evangelios”. 17/07/83.

“Cuando María y José encontraron al niño Jesús en el templo, después de tres días de angustiosa búsqueda, su Madre no pudo contener este amoroso lamento:”Hijo, ¿porqué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscamos tu padre y yo!: Sn. Lc. 2, 48. Es consolador para nosotros saber que también la Virgen preguntó: ¿por qué? A Jesús en una circunstancia de intenso sufrimiento... El episodio del hallazgo en el templo demuestra que la Virgen no siempre, ni inmediatamente comprendió el comportamiento de su Hijo... A pesar de ello, María “conservaba todo en su corazón”: Sn. Lc. 2, 51. 31/07/83.

“María es Madre de la Unidad, Madre de los hijos de Dios dispersos. En el Antiguo Testamento, los hijos de Dios dispersos eran los desterrados en tierras extranjeras, especialmente en Babilonia. El Señor los había dispersado entre los pueblos a causa de sus pecados: Dt. 4. 25, 27; pero una vez que se convirtieron por la predicación de los profetas, los reunió de nuevo, haciéndolos retornar. El Templo de Jerusalén, reconstruido de sus ruinas, fue el lugar privilegiado de la reunificación: Ez. 37. 21, 26, 2. Jesús con su muerte, es Aquel que ha reunido a todos “los hijos de Dios dispersos”: Sn. Jn. 11, 52... Ahora, los dispersos son todos los hombres, víctimas

del maligno, que arrebató y dispersa: Sn. Jn. 1, 12...Jesús reúne a la humanidad en otro Templo, que es su misma persona: Sn. Jn. 12, 3. La verdadera Jerusalén, es la Iglesia... María es la Madre de este nuevo Jerusalén....

“Mira, todos esos se han reunido, vienen a ti; tus hijos llegan de lejos, decía el profeta a la antigua Jerusalén: Is. 60, 4; “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, dice Jesús a su Madre, cuando desde la cruz, le confía al discípulo amado: Sn. Jn. 19, 26, que representaba a los discípulos de todos los tiempos”. 7/08/83.

“La Asunción es la conclusión escatológica de aquella conformación progresiva con Jesús, que en la etapa del camino histórico de María, se expresó a través de las angustias de la fe, esperanza y amor, de la disponibilidad y aceptación plena de la voluntad salvífica de Dios y del servicio generoso y responsable en la obra redentora de su Hijo”. 14/08/83.

“En María, desposada virginalmente con José y divinamente fecundada, encontramos la alegría del amor casto de los esposos y de la maternidad acogida y guardada como don de Dios; en María, que se va solícita a visitar a Isabel, encontramos la “alegría” de servir a los hermanos, llevándoles la presencia de Dios; en María que presenta a los pastores y a los magos el esperado de Israel, encontramos la comunicación espontánea y confidencial propia de la amistad; en María, que en el templo ofrece a su propio Hijo al Padre celestial, encontramos la “alegría” impregnada de ansias que sienten los padres y educadores con relación a sus hijos y alumnos; en María, que después de tres días de afanosa búsqueda, halla a Jesús en el templo, encontramos la “alegría” paciente de la Madre que se da cuenta, de que su hijo, antes que a ella misma, pertenece a Dios”. 23/10/83.

“La primera palabra que se le dirige a María en el Nuevo Testamento es una invitación jubilosa: “Alégrate”: Lc. 1, 28. Este saludo está vinculado a la venida del Salvador. A María antes que a nadie, se le anuncia una “alegría” que luego se proclamará para todo el pueblo. María participa de esta “alegría” en manera y medida extraordinaria. En ella se concentra y alcanza plenitud, la “alegría” del antiguo Israel y explota incontenible la felicidad de los tiempos mesiánicos. La “alegría” de la Virgen es en particular, la del resto de Israel, la de los pobres que esperan la salvación de Dios y experimentan su fidelidad”. 27/11/83

“La salvación desciende del Cielo, pero brota también de la tierra. El Mesías Salvador, es el Hijo del Altísimo, pero al mismo tiempo, fruto del seno de una mujer...La historia de la salvación, que es historia de una alianza con Dios, se desarrolla en un diálogo entre él y su pueblo. Todo es palabra y respuesta. A la palabra creadora y salvadora de Dios, debe seguir la respuesta de fe de la humanidad. Esta lógica está presente, sobre todo en el acontecimiento fundamental de la salvación, la encarnación del Verbo. Lo mismo que en Cristo Jesús, “Palabra” del Padre, se resumen todas las gestas salvíficas de Dios, así en la respuesta de María se comprendían y llegan a plenitud las adhesiones de fe de todos los que forman su

pueblo. María en particular, es la heredera en plenitud de la Fe de Abraham. Si al Patriarca lo tenemos por Padre, con mayor razón, María debe ser considerada Madre nuestra en la fe. Abraham está en el origen, María en el culmen de las generaciones de Israel. Él anticipa y representa ante Dios al pueblo de la promesa; ella, descendiente de Abraham y heredera privilegiada de su fe, obtiene el fruto de la promesa. Por la fe y la obediencia de María, son bendecidas, según la promesa que fue hecha a Abraham, todas las familias de la tierra”. Gn. 12, 3. 4/12/83.

“La perfección otorgada a María no debe causarnos la impresión de que su vida en la tierra fuera una especie de vida celestial, muy distinta de la nuestra. Ella conoció las dificultades cotidianas y las pruebas de la vida humana, vivió en la oscuridad que lleva consigo la fe. Ella, no menos que Jesús, experimentó la tentación y el sufrimiento de las luchas íntimas..., comprendió todo lo que concierne a nuestra condición terrena, todo lo que tiene de exigente y penoso”. 7/12/83.

“Cuando el Padre decidió enviar su Hijo al mundo, quiso que naciera de una mujer, por obra del Espíritu Santo y que ésta mujer fuese absolutamente pura, para acoger en su seno y luego en sus brazos maternos a la que es la santidad perfecta. Entre la Madre y el Hijo, quiso que no existiera obstáculo alguno, ninguna sombra debía ofuscar sus relaciones. Por eso María fue hecha “inmaculada”; ni siquiera por un instante la rozó el pecado. Esta es la belleza que el ángel Gabriel, en la anunciación, contemplaba al acercarse a María...”llena de gracia”: Sn. Lc. 1, 28...En ella todo está dominado y dirigido por la “gracia”, desde el origen de su existencia. Ella no solo ha sido preservada del pecado original, sino que ha recibido una perfección admirable de santidad. Es la criatura ideal, como Dios la había soñado; una criatura en la que jamás hubo el más leve obstáculo a la “voluntad” divina. Por el hecho de estar totalmente penetrada por la “gracia”, en el interior de su alma todo es armonía y la belleza del ser divino se refleja en ella de la manera más impresionante”. 7/12/83.

SS Juan Pablo II, fallece en el año 2005, a partir de entonces recae el Solio Papal en SS Benedicto XVI, Joseph Ratzinger.

“ALEGRES CELEBRACIONES MARIANAS”

Las celebraciones marianas en Nicaragua, se concentran en los días Litúrgicos de las diferentes advocaciones, como ejemplo el 13 de mayo, la Virgen de Fátima; el 24 de mayo María Auxiliadora. Pero la celebración llamada “callejera o la gritería”, el siete de Diciembre, se vuelca todo Nicaragua mariano o no, en cantos de alegría y afines, con repartición de gofios, dulces, frutas, objetos típicos en las casas, cuyos anfitriones con amor brindan atención a los visitantes alegres que salen esa noche, con el grito, que ya dejó de ser nacional, por los nicas en el exterior: ¿Quién causa tanta alegría? y a coro respondemos: “La Concepción de María” o bien celebramos purísimas, con cantos a la novena en casas particulares y la chavalada no se queda en casa. Haciendo eco al dogma de la Inmaculada Concepción de María, quien aparece ante los cristianos, ante la figura de la Iglesia Católica, esposa fiel de Jesucristo, ella como modelo de la humanidad nueva, alcanza la realización plena, limpia de pecado, con la dignidad que le corresponde como Madre de Jesús, el Dios hecho Hombre, a quien bendecimos, alabamos, glorificamos, amamos, queremos y adoramos. A María, cantamos, amamos, queremos, admiramos y veneramos.

GLORIA A DIOS

“BIBLIOGRAFÍA”

1. Anunciación. P. Antonio Orbe. S. I. Biblioteca de autores cristianos. Edica. Madrid 1976.
2. Biblia de Jerusalén. Nihil Obstat. Dr. Ramón Scheifler. Censor Ecco Bilbao. España. 1975. Biblia Latinoamericana. XIV Edición.
3. Biblia Latinoamericana. XIV edición.
Nihil Obstat. Antonio V. Gonzalez. Arzobispo de Quito. Ecuador. Sociedad Bíblica Católica internacional. Roma 1972.
4. Catecismo de las Iglesia Católica. Propiedad de la Santa Sede. Edición español. 1992.
5. Concilio Vaticano II. Biblioteca de autores cristianos. Editorial Católica. Madrid 1967.
6. El Gran Desconocido. El Espíritu Santo y sus dones.
Padre Antonio Royo Marin. O. P. Biblioteca de autores cristianos. Edica. Madrid 1975.
7. Está en crisis la fe de los cristianos. Cardenal Leo J. Suenens, Cardenal Garrone. Vaticano. Ediciones paulinas. Madrid. 1969.
8. Historia de la vida mortal de María, Virgen Madre de Dios.
Padre José María Ramirez. San José. Costa Rica. 1981
9. Madre nuestra. Padre J. G. Treviño. Sp. S.
Nihil Obstat: Rafael Lopez. M. Sp. S. Ccn. Ecc.
Miguel Darío Cardenal Miranda. Arzobispo Primado. México. 1976
10. María de Nazaret. Virgen y Madre. Monseñor Elías Yanes.
Arzobispo de Zaragoza. España. Ediciones paulinas. 1979.
11. María, la mujer nueva disponible al Espíritu. Varios autores. Sociedad Mariológica. Ediciones paulinas. Bogotá. Colombia. 1979.
12. María en el Nuevo Testamento. Padre Salvador Carrillo Alday. M. Sp. S.
Salvador Uribe Jaramillo. Obispo de Sonson. Rionegro. Colombia, 1986.
13. Mater Dei. Reflexiones sobre la Virgen María. Padre Santiago de Anitua. Sacerdote Jesuita. San José. Costa Rica. 1989.

14. Lo mejor de María. Padre Vicente Martínez Blat. Doctor en mariología. Publicaciones del centro de espiritualidad "San Juan de la Cruz" Padres carmelitas descalzos. San José. Costa Rica 1988
15. El misterio de María. Padre José María Canda Pitarch. Biblioteca Básica del creyente. Director: Padre José María Javierre. Madrid 1984.
16. Las palabras de María. Padre Diego Jaramillo. Centro Carismático. El minuto de Dios. Bogotá. Colombia.
17. Renovación carismática. Padre Diego Jaramillo. Centro carismático. El minuto de Dios. Bogotá. Colombia. 1978.
18. Se llamaba María y era mi Madre. Movimiento sacerdotal mariano. Guadalajara. Jalisco. México.
19. El Silencio de María. Padre Ignacio Larrañaga. México. 1976
20. Teología de la palabra. Aloysius Church. S. J. Ediciones paulinas. México. 1971.
21. La soledad de María. Padre J. G. Treviño. M. Sp. S. México 1954
22. La Virgen María. Padre Rafael García Herreros. Centro carismático: El minuto de Dios. Bogotá. Colombia. 1980.
23. Vocabulario de Teología bíblica. Padre Xavier León Dufour. José Carpmay, Obispo auxiliar. Les editions du cerf. París. 1970.



Mi padre, el Dr. Enrique Alvarado Abaunza, nacido en Masaya, Nicaragua, el 19 de Septiembre de 1936, confiesa y relata su problema de fe, a pesar del ejemplo en su madre Lila, entregada a las oraciones, al rosario y preocupada todo el tiempo por asistir en compañía de sus hijos a misa.

Mi abuelo Humberto, era Médico entregado en forma apostólica, con nobleza, ética y moral ejemplar; en Masaya asistía a la Iglesia esporádicamente, por cumplir en bautizos o misas especiales.

Enrique, inicia sus estudios de primaria en el Colegio Salesiano; refiere la incomodidad al asistir de forma exigida a misa: el sacerdote oficiaba de espaldas, era en latín, es decir, no permeó en él ningún interés religioso.

Estudió Medicina en México y asistía a misa por cumplir. Regresa en 1966 a Managua, en donde ejerce su profesión de Médico, especializado en Pediatría y Cirugía pediátrica, con éxito rotundo, tanto en hospitales generales con servicios gratuitos, como en su Consulta Privada, cuando se balanceaban en ese entonces los servicios médicos. Es hasta en 1977, que llevado a la fuerza por tíos Peché y Celia, que conoce al Señor, al recibir el baño del Espíritu Santo, a través de los seminarios de la Vida en el Espíritu, que ofrecía la Renovación Carismática Católica; permanece por un lapso mayor a los veinte años activo, sigue perseverante en todo lo aprendido y cumpliendo los lineamientos provenientes de la ICCRS, con sede en las oficinas de Ciudad Vaticano, Roma.

En este modesto libro hace un estudio cuasi novedoso sobre las escasas palabras pronunciadas por la Virgen María y su concordancia con el Viejo y Nuevo Testamento, Catecismo de la Iglesia, Vaticano II y consultas de libros católicos; referidos ante el trascendental y único evento: Anunciación, aceptación, advenimiento, vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, colocado como el centro del cosmos y la historia, entra el eterno en el plan Redentor de la humanidad, a costa de su propio sacrificio en el madero de la cruz, con los brazos abiertos, esperándonos con amor. Una vez resucitado, el Espíritu Santo, ilumina a María, lo espera con paciencia de vuelta a su regazo; no como María Magdalena, Juan y Pedro, que corren al sepulcro vacío y comprobarlo. Esa certidumbre le viene por ser repleta y llena del mismo Espíritu y es por esa su familiaridad, que 10 días después de la Ascensión de Jesús a los cielos, (a 50 días de la Pascua), como orante que era, dirige las oraciones de Pentecostés en el cenáculo con el cuerpo apostólico. Culmina con una poco o nada conocida Antología Mariológica, de donde recogió riqueza de expresiones, en honor a María Santísima, por los Papas desde su dirección en el Vaticano, un hermoso himno amoroso dedicado a la Madre de nuestro Salvador, Rey de reyes, Amor de los amores y Señor de señores.

Su hija Karla Vanessa Alvarado Valerio